

01056
8



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**LA CRISIS HISTÓRICA DE LA
IZQUIERDA SOCIALISTA MEXICANA
(1987-1989)**

Tesis que para obtener el título de Maestro en Estudios
Latinoamericanos presenta

MASSIMO MODONESI

2002

Asesora: Dra. Raquel Sosa Elízaga



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo cuenta con la *complicidad* humana e intelectual de muchas personas que me acompañaron en estos años. En particular no puedo no mencionar a Teresa Rodríguez de la Vega, Raquel Sosa y Guillermo Almeyra quienes contribuyeron directamente a esta investigación y me han *soportado* durante este tiempo, demostrándome todo su afecto.

Arturo Anguiano merece un agradecimiento especial por haberme abierto la puerta de los laberintos de sus archivos, verdaderas minas de oro de la historia de la izquierda socialista contemporánea. Por lo mismo, quiero mencionar al Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista fundado por Arnolfo Martínez Verdugo, cuyos acervos constituyen un patrimonio de interés nacional y merecerían ser valorados como tales.

Por otra parte, agradezco a México y a la UNAM las oportunidades que me ofrecieron, las cuales intento compensar con el compromiso político, intelectual y académico que me liga a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y al Centro de Estudios Latinoamericanos.

Por último, esta tesis está dedicada a los militantes socialistas mexicanos de ayer, hoy y mañana, por su entrega a las mejores causas de este maravilloso y trágico país.

TABLA DE CONTENIDO

<i>Introducción</i>	4
<i>Capítulo I. Las raíces de la crisis</i>	
Los parte aguas: el movimiento estudiantil de 1968	18
Los parte aguas: la reforma política de 1977	23
Las facetas de la izquierda mexicana	26
Flujos y reflujos del movimiento popular	32
Los albores del neoliberalismo	36
Configuración de la crisis de la izquierda socialista	41
Los socialistas: del PCM al PSUM, del PSUM al PMS	49
La autodenominada izquierda revolucionaria	63
Conclusiones	80
<i>Capítulo II. El florecimiento de la crisis: la izquierda socialista</i>	
<i>y el movimiento cardenista</i>	
El surgimiento de la Corriente Democrática	87
La candidatura de Cárdenas	96
El Primer Congreso del PMS	100
La Izquierda Revolucionaria y la Unidad Popular	105
El movimiento cardenista	112
Tensiones en el PMS	116
La defensa del PMS	122
La escisión en el PRT	132
El Movimiento al Socialismo	143
La declinación de Heberto Castillo	149
Conclusiones	154

Capítulo III. La flor marchita y la semilla:

de la Revolución Socialista a la Revolución Democrática

I. El partido del 6 de julio	157
II. Los socialistas rumbo al PRD	170
III. Corrientes y derivas	177
IV. En defensa del socialismo	190
V. ¡El PMS ha muerto, viva el PRD!	197
VI. Afluentes	205
<i>Conclusiones</i>	212
<i>Apertura. La experiencia mexicana en el contexto latinoamericano</i>	218
<i>Bibliografía citada</i>	233
<i>Índice de siglas</i>	261

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación se basa en un conjunto de premisas conceptuales, hipótesis y delimitaciones metodológicas que es necesario enunciar antes de entrar en el análisis propiamente dicho.

En primer lugar, hay que justificar el énfasis puesto en la vertiente socialista de la izquierda mexicana. La definición de “izquierda” ha suscitado, a lo largo de la historia contemporánea, amplios debates políticos y -en menor medida- académicos.¹ Es conocido el origen “relativo” del concepto desde la Revolución Francesa, su acepción amplia en función de una contraposición ideal, permanente y general: en cada país, en cada momento histórico, una izquierda se contrapone a una derecha. Una definición general podría formularse entonces de la siguiente manera: la “izquierda” es un posicionamiento político fundado en un cuestionamiento del *status quo* a partir de una serie de principios y valores expresados en la tríada ideal surgida en el 89 francés: libertad, igualdad, fraternidad. Es comúnmente aceptado que ésta es la matriz histórico-ideológica de donde nace el movimiento socialista moderno -en sus múltiples corrientes y en sus variantes nacionales- cuyo

¹ Los últimos dos trabajos académicos de trascendencia mundial son el de Norberto Bobbio, Destra e Sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica, Donzelli, Roma, 1994 y el de Anthony Giddens, Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales, Cátedra, Madrid, 1994. Otro intento de definición puede encontrarse en Eugenio Del Río, La izquierda. Trayectoria en Europa occidental, Talasa, Madrid, 1999.

desarrollo será inspirado, desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, por el pensamiento de Carlos Marx y de sus discípulos. La izquierda socialista profundizó el alcance de los principios de la Revolución Francesa y, a partir de ellos, desarrolló una crítica radical al capitalismo y planteó la necesidad de su superación en favor de otro sistema económico, social y político. Así que del tronco común de la izquierda moderna se ramificó una vertiente socialista autónoma y definida que, desde la revolución bolchevique hasta los años '80, ocupó el centro del conflicto político y social en la mayor parte del globo.²

Por lo tanto, sería muy impreciso hablar simplemente de izquierda, concepto de uso común en el discurso político, sin acompañar esta palabra de adjetivos calificativos. Mismos adjetivos que han dado lugar a la larga serie de tipologías que acompañaron la historia de la contienda política que caracterizó el siglo XX. El corte más utilizado ha sido el de la definición ideológica, a partir de la cual se distinguieron las izquierdas liberales, las nacionalistas y las

² En los años noventa hubo varios intentos de reconstruir la trayectoria del movimiento comunista internacional, desde distintas perspectivas. Entre los trabajos más relevantes podemos mencionar el polémico libro de François Furet (Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX siècle, Robert Laffont-Calmann-Levy, París, 1995), el intento anterior de Massimo L. Salvadori (L'utopia caduta. Storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov, Laterza, Roma, 1992) y la más reciente obra coordinada por Stéphane Courtois (Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression, Robert Laffont, París, 1997) la cual suscitó la respuesta de varios autores franceses (Michel Dreyfus, Bruno Groppo, Claudio Ingerflom, Roland Lew, Claude Penetier, Bernard Pudal, Serge Wolikow (coords.), Le siècle des communismes, Les Editions de l'Atelier, París, 2000. pp. 542). Otro anillo relevante de esta cadena es la obra de Aldo Agosti (Bandiere Rosse, un profilo storico dei socialismi europei, Editori Riuniti, Roma, 1999). Desde la perspectiva del socialismo europeo un aporte fundamental es constituido por el monumental trabajo de Donald Sassoon, (Cent'anni di socialismo. La sinistra nell'Europa occidentale del XX secolo, Editori Riuniti, Roma, 1997). Un esfuerzo equivalente a nivel latinoamericano podría ser el ensayo de Jorge Castañeda (La utopia desarmada, Joaquín Mortíz, México, 1993), aún cuando se trate más bien de un panfleto socialdemócrata más que un verdadero trabajo de historia política.

socialistas, así como las distintas corrientes en su seno. A partir de este criterio de distinción y en función de una mayor precisión conceptual, en este trabajo centramos nuestra atención en la componente socialista de la izquierda mexicana.

En segundo lugar, es necesario justificar la decisión de estudiar a las principales organizaciones al interior de esta corriente política. Desde sus orígenes, se ha tendido a identificar a la izquierda socialista con una serie de partidos y organizaciones sociales. Efectivamente, la organización en partidos, sindicatos y otras formas asociativas ha sido un rasgo característico de la izquierda socialista, en el intento de sumar las fuerzas necesarias -de transformar una mayoría numérica en una fuerza política- para enfrentar los recursos económicos, coercitivos e ideológicos de los sectores dominantes minoritarios. Desde el "¡uníos!" con el que terminaba el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, el movimiento socialista situó a la organización al centro de su estrategia política. Así que, en gran medida, la historia de la izquierda socialista es efectivamente la historia de sus organizaciones. Al mismo tiempo, la historia de la izquierda socialista es, en un sentido más general, la historia del conflicto político y social que atravesó el siglo XX, cuando la constante resistencia de los pueblos frente a las oleadas de modernización capitalista se manifestó en una lucha política y social organizada y dirigida a superar el capitalismo y construir otra sociedad. En este sentido hay que asumir la

intuición de Antonio Gramsci, según el cual para escribir la historia de un partido hay que escribir la historia de un país.³

Sin embargo, hay que reconocer lo inalcanzable que resulta esta tarea para un solo investigador, cuando para ella se requeriría del trabajo conjunto e interdisciplinario de grupos de especialistas, que pudieran relacionar niveles y profundidades, que permitieran trazar las trayectorias y los perfiles de la izquierda socialista en sus distintas manifestaciones políticas, sociales y culturales, en sus diversas expresiones nacionales e internacionales. Esta labor de investigación está por hacerse. Los tiempos parecen maduros en la medida en que el acercamiento y la pulsión interdisciplinaria están permeando las ciencias sociales y humanas, abriendo un “mercado común” –como proponía Fernand Braudel⁴– de amplias perspectivas, formando hábitos, experiencias, compartiendo e intercambiando categorías y metodologías.⁵ Así que, si bien este trabajo se centra en los partidos y las organizaciones de la izquierda socialista mexicana, apunta a la relación entre éstos, la coyuntura histórica y el entorno social.

El corte histórico de esta investigación se justifica por la percepción relativamente generalizada, en la academia como en la intelectualidad, de que a finales de los ochenta se cerró un ciclo histórico para la izquierda socialista.

³ Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel, ERA, México, 1981-1999.

⁴ Fernand Braudel, “La larga duración” en La historia y las ciencias sociales, Alianza, México, 1986, p. 62.

⁵ Ver Immanuel Wallerstein (coord.), Abrir las ciencias sociales, Siglo XXI, México, 1996.

Sin ahondar en los matices y las polémicas que subyacen detrás de esta afirmación, hay que observar cómo, incluso entre los que reconocen la subsistencia y la influencia de la izquierda socialista en las luchas sociales y políticas en curso, se asume que ésta es y será radicalmente distinta a la del pasado. Así que, más allá de la supervivencia y el nivel de incidencia política – asunto evidentemente de gran importancia- de la izquierda socialista, se puede asumir la existencia de un corte histórico determinado, lo cual evidentemente sustenta la tesis de la madurez del objeto de estudio en cuestión.⁶

En el amplio horizonte que se desprende de esta hipótesis, se inserta, como grano de arena, el esfuerzo de investigación que se plasmó en este ensayo. En primer lugar, porque se dedica a analizar una época fundamental – un parte aguas- de la trayectoria de la izquierda socialista, que podemos ubicar al final de los años 80. En Europa, ya desde algún tiempo, a la producción testimonial y la reflexión estrictamente política sobre la izquierda socialista se ha sumado una serie de estudios académicos, los cuales, con resultados y distribución geográfica desigual, enriquecen enormemente al análisis de este

⁶ Lo que subyace a los intentos mencionados de trazar una trayectoria histórica es que ésta se considera concluida. Por lo demás la idea de un quiebre histórico se manifestó desde las primeras reflexiones sobre la izquierda a raíz o en vísperas de la caída del muro. Los títulos de algunas obras de referencia son sintomáticos de esta percepción. Ver, por ejemplo la obra coordinada por Robin Blackburn (Después de la caída, Crítica, Barcelona, 1991), el libro de Ludolfo Paramio (Tras el diluvio. La izquierda ante el final del siglo, Siglo XXI, México, 1988), el trabajo de Bogdan Denitch (Más allá del rojo y del verde. ¿Tiene futuro el socialismo?, Siglo XXI, México, 1991), y desde México, el volumen coordinado por Arturo Anguiano (El socialismo en el umbral del siglo XXI, UAM-X, México, 1991) y el número 21 de la revista Dialéctica (BUAP, Puebla, invierno de 1991) que incluye textos de Adolfo Sánchez Vázquez, Enrique Semo, Gabriel Vargas Lozano, Mario Salazar Valiente, Carlos Figueroa, Enrique de la Garza y Michael Löwy.

fenómeno histórico-político.⁷ En particular, han empezado a circular análisis sobre el periodo que aquí nos ocupa -la crisis mundial de la izquierda socialista entre los años 80 y 90- los cuales vinieron a complementar y reformular las lecturas sobre que se dieron en otra época, muy distinta, la de los años 60 y 70.⁸ En América Latina, si bien existe una extraordinaria riqueza documental, testimonial y de reflexión política y teórica desde y sobre la izquierda socialista de fin de siglo, es apenas incipiente el esfuerzo de reconstrucción histórica de su trayectoria y, en particular, de la época que nos interesa. El trabajo más conocido, *La utopía desarmada* del politólogo mexicano Jorge G. Castañeda, aún cuando es animado por un afán reconstructivo, no cumple con el rigor historiográfico y debe ser considerado más bien un ensayo político, destinado a sustentar un determinado posicionamiento de la izquierda latinoamericana en los años 90. Sin embargo,

⁷ Además de los ensayos históricos ya mencionados, hay que mirar con atención la producción francesa, la cual retorna sobre la cuestión desde distintas perspectivas disciplinarias. Ver, por ejemplo, el trabajo coordinado por Gérard Mendel (*La mouvance des communistes critiques. Enquête sur le désarroi militant. Une écoute sociopsychanalytique*, L'Harmattan, París, 1997), el de Michéle Bertrand y otros (*La reconstruction des identités communistes*, L'Harmattan, París, 1997), el de Frédéric Sawicki, (*Les réseaux du parti socialiste. Sociologie d'un milieu partisan*, Belin, París, 1997), además de dos intentos de síntesis histórica (Hugues Portelli, *Le parti socialiste*, Montchrétien, París, 1998; y Yves Santamaria, *Histoire du Parti communiste français*, La Découverte, París, 1999).

⁸ En particular es muy interesante la literatura sobre la transformación y la escisión del Partido Comunista Italiano: Piero Ignazi, *Dal PCI al PDS*, Il Mulino, Bologna, 1992; Carlo Baccetti, *Il PDS*, Il Mulino, Bologna, 1997; Marcello Flores y Nicola Gallerano, *Sul PCI. Un'interpretazione storica*, Il Mulino, Bologna, 1992; Giorgio Galli, *Storia del PCI*, Kaos, Milano, 1993; Jean-Yves Dormagen, *I comunisti. Dal PCI alla nascita di Rifondazione Comunista*, Koinè, Roma, 1996; Aldo Agosti, *Storia del PCI*, Laterza, Roma, 1999; P. Bellucci, M. Maraffi, P. Segatti, *PCI, PDS, DS. La trasformazione dell'identità politica della sinistra di governo*, Donzelli, Roma, 2000; Giuseppe Chiarante, *Da Togliatti a D'Alema. La tradizione dei comunisti italiani e le origini del PDS*; Laterza, Roma, 1996; Massimo L. Salvadori, *La sinistra nella storia italiana*, Laterza, Roma, 1999.

esta y otras obras demuestran que llegó el tiempo de balances históricos sobre una etapa fundamental de la historia de América Latina, la que empieza en los años 60, a raíz de la revolución cubana y termina con las transiciones democráticas y con el asentamiento del neoliberalismo en la región. En esta historia, la izquierda socialista, en el bien y en el mal, fue protagonista.

En México, en los años recientes, además de algunas obras de alcance limitado, destacan dos intentos de interpretación histórica de largo aliento. *La izquierda mexicana en el siglo XX* de Barry Carr, historiador australiano, tiene el valor de abarcar un siglo de historia, aún cuando concentra su análisis en el Partido Comunista Mexicano y sus sucesores, dejando de lado otras expresiones significativas de la izquierda socialista.⁹ Además, es necesario subrayarlo con relación a nuestro trabajo, el capítulo final –agregado en un segundo momento– es insuficiente para explicar la coyuntura crítica y decisiva de 1987-1989. Arturo Anguiano, en su libro *Entre el pasado y el Presente, 1969-1995*, si bien ofrece más elementos para entender la última etapa, subestima la corriente comunista y se orienta más a la polémica –desde la perspectiva trotskista– que a la reconstrucción y a la interpretación propiamente históricas.¹⁰ Más allá de los aportes y las limitaciones de la literatura sobre el tema, hay que destacar como los autores mencionados, así como otros protagonistas y observadores de la vida política mexicana,

⁹ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, ERA, México, 1996.

¹⁰ Arturo Anguiano, *Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995*, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México, 1997.

reconocen -implícita o explícitamente- la trascendencia de los acontecimientos de 1987-1989.

En esta dirección, este trabajo tiene el propósito de contribuir a la tarea colectiva de reconstruir, reformular y completar la historia de la izquierda socialista en México, así como de sacar de ella algunas líneas de lectura para emprender el análisis comparativo de la izquierda socialista latinoamericana. Las páginas que siguen no tienen la ambición de abarcar una trayectoria secular sino simplemente de ilustrar y enfatizar la magnitud de los acontecimientos ocurridos entre 1987-1989, sobre los cuales existe -hasta la fecha- una gran riqueza de documentos, testimonios y de análisis de coyuntura pero no una verdadera investigación histórica. En el corte temporal se desprende la hipótesis de fondo de este ensayo: la izquierda socialista mexicana se transformó radicalmente a partir del surgimiento del movimiento cardenista.

Hablar de transformación nos remite a otra hipótesis central de este trabajo: la existencia de una crisis histórica de la izquierda socialista mexicana a finales de los años 80. Esta afirmación surge de la investigación y, al mismo tiempo, se refiere a la relación entre crisis y transformación, que constituye el punto de partida teórico del análisis histórico de una coyuntura crítica. Sin querer menospreciar los análisis de larga duración y su interpretación de las transformaciones paulatinas, escogimos el estudio de una coyuntura crítica

para revelar aspectos de la realidad que en épocas de relativa o aparente estabilidad podrían pasar desapercibidos y para resaltar no solamente las condiciones que hicieron posibles las transformaciones realmente ocurridas sino también las potencialidades y la riqueza de los distintos proyectos que se entrecruzaron en un determinado momento de la historia de la izquierda socialista mexicana. El análisis de una crisis es el estudio del “momento” de la transformación, donde el “antes” y el “después” se sobreponen -lo viejo que no acaba de morir y lo nuevo que no termina de nacer, parafraseando una vez más a Gramsci. Este enfoque nos lleva a dejar de lado, en esta investigación, el análisis sistémico y estructural y nos coloca en el terreno del estudio de los procesos históricos concretos, en una actitud de respeto hacia lo que ocurrió al margen de su funcionalidad con cierto “modelo” surgido de las circunstancias. En este sentido, tratamos de entender una crisis histórica no como un simple acontecimiento –un hecho histórico- aún cuando éste pese y actúe como detonador, sino como un proceso de acumulación de contradicciones y de conflictos que “revientan” y abren el paso a la transformación. De esta concepción surge la metáfora que marca los títulos de los capítulos, una crisis puede ocasionalmente compararse al ciclo de vida de una flor: tiene raíces subterráneas, florece cuando sale a la luz del día, revela sus colores y sus matices y se somete a la intemperie, marchita cuando regresa a la

homogeneidad de la tierra pero deja una semilla que anuncia un porvenir indeterminado, la posibilidad de otra flor.

El objetivo de este estudio será entonces reconstruir, ilustrar e interpretar las raíces, las circunstancias y las formas de una crisis histórica que hizo posible la transformación de la izquierda socialista mexicana. No se trata de una investigación histórica en sentido estricto porque la seriedad del oficio de historiar hubiera requerido un tratamiento exhaustivo de las fuentes y porque la cercanía temporal juega evidentemente un papel distorsionador. Se trata más bien de un “ensayo de interpretación histórica”, en el cual la reconstrucción de los hechos es funcional a un intento explicativo, es el substrato que permite lanzar y discutir hipótesis. Tampoco nos propusimos el objetivo de una reconstrucción minuciosa porque consideramos que no era necesaria para avanzar las líneas interpretativas. Investigaciones futuras aclararán algunos pasajes y podrán modificar alguna conclusión parcial pero difícilmente podrán negar la magnitud del hecho histórico en cuestión, que es lo que nos interesa subrayar aquí y ahora.

Por otro lado, como ya mencionábamos, la investigación se centra en la vida interna de las organizaciones políticas de la izquierda socialista mexicana, especialmente los dos partidos con registro electoral –el Partido Mexicano Socialista (PMS) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)- a partir del análisis de sus documentos, sus órganos de prensa y las

declaraciones de sus dirigentes, poniendo énfasis en el intenso debate que se vivió a lo largo de estos dos años. No es objeto de este trabajo un análisis sociológico de las bases militantes y de la percepción ciudadana con relación a estos núcleos políticos y su actuación, así como no es central el estudio de las transformaciones económicas, sociales y culturales de fondo, que ha dado lugar a investigaciones extremadamente valiosas. Para los fines que nos propusimos, consideramos que las percepciones y las lecturas que surgieron en la izquierda socialista mexicana a lo largo de los debates y los conflictos que relatamos son el reflejo de una serie de fenómenos sociales, los cuales cristalizaron en el movimiento popular de 1987-1988. Por lo tanto, consideramos pertinente centrar nuestra investigación en este reflejo, lo cual nos permitirá echar rayos de luz tanto sobre las organizaciones de la izquierda socialista cuanto sobre la sociedad mexicana y el surgimiento, en su seno, del movimiento cardenista. De esto se desprende otra hipótesis de fondo: las estructuras políticas --partidos y organizaciones sociales- de la izquierda socialista son extremadamente sensibles a las transformaciones sociales y en particular a los fenómenos de movilización que las acompañan. La experiencia mexicana puede ser ilustrativa de esta tendencia general.

A otro nivel, si bien hay que reconocer la distorsión que puede producirse en la argumentación política -de carácter coyuntural- en relación con los procesos concretos, no deja de ser relevante, con el debido cuidado,

considerar los análisis y las transformaciones que se produjeron en un espacio político, social e intelectual tan importante como el que ocupaba la izquierda socialista en México a finales de los años 80. Decidimos, además, evitar el uso excesivo de las reconstrucciones y las valoraciones *a posteriori* de los protagonistas de la época para enfocarnos en lo que opinaban en aquel entonces, cual termómetro de la fiebre política que vivieron los socialistas mexicanos entre 1987 y 1989.

Recuperar la historia reciente de la izquierda socialista mexicana no es simplemente una forma de hacerle justicia a un tema relativamente “olvidado” por la academia, sino que es también un ejercicio necesario a la comprensión de la coyuntura y el debate que viven en la actualidad esta corriente política y sus dispersos herederos. Es decir que es imposible entender al Partido de la Revolución Democrática y a los otros grupos políticos que constituyen la izquierda mexicana actual, sin remitir a los acontecimientos de 1987-1989, a los debates, las fracturas y las transformaciones que se gestaron en este momento al interior de las principales organizaciones de la izquierda socialista mexicana. Al mismo tiempo, como ya señalábamos, esta investigación no se construyó a partir de un desenlace –la formación del PRD- sino que se centra en el debate previo al interior de las izquierdas socialistas, aún cuando este debate tuvo una incidencia relativa en la constitución identitaria del nuevo partido. Por lo tanto la pertinencia de este estudio no reside en una lectura

histórica del nacimiento del PRD sino que se propone rescatar una serie de proyectos que influyeron en la coyuntura sin determinarla en última instancia. Porque la utopía y el proyecto socialista estuvieron rondando este momento histórico y requieren ser reconocidos y evidenciados en la medida en que permiten entender lo que pasó al margen de lo que será posteriormente el PRD, un partido en donde el socialismo fue subordinado al nacionalismo revolucionario, a cierta ambigüedad ideológica, a una socialdemocracia a la mexicana nunca formulada explícitamente como tal. Las expresiones de la crisis de la izquierda socialista, los debates y las distintas salidas que se plantearon fueron elementos constituyentes de la coyuntura, permiten dar cuenta de algunos “movimientos” al interior de ésta y abren a una lectura más profunda de lo que pasó así como de lo que pasará, insertando elementos que han sido olvidados por lecturas meramente causales y mecánicas de esta etapa de la historia política de México.

Finalmente, el estudio de la izquierda socialista mexicana a finales de los '80 se ubica dentro de una preocupación más amplia que se extiende a escala latinoamericana y no deja de tener una relación con el contexto mundial. Sobre la utilidad del análisis de la experiencia mexicana para abrir una serie de preguntas y de líneas de investigación sobre la crisis de la izquierda socialista latinoamericana, ahondaremos en las conclusiones.

La estructura del ensayo responde a la dinámica de los acontecimientos del periodo en estudio, lo cual nos lleva a distinguir tres momentos fundamentales: antes, durante y después del surgimiento del movimiento cardenista. Así que, en el primer capítulo intentaremos caracterizar a la izquierda socialista antes del movimiento cardenista: describiendo brevemente su trayectoria desde 1968, evidenciando su relación con la sociedad mexicana y los ciclos de la movilización social, apuntando a los elementos que configuraban desde mediados de los 80 la crisis general de toda la izquierda socialista y rescatando las dinámicas propias de las principales organizaciones. En el segundo capítulo, trataremos de analizar las formas y las modalidades del impacto producido por el movimiento cardenista: relacionando la génesis y el desarrollo de este fenómeno de movilización política y social con las reacciones, los debates, las polémicas y las rupturas que se gestaron al interior de las distintas izquierdas socialistas mexicanas. En el tercer capítulo propondremos una evaluación de las transformaciones que este impacto provocó al interior de la izquierda socialista mexicana: reconstruyendo los diversos itinerarios que llevaron a la conformación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y recuperando los argumentos de los protagonistas y el alcance histórico de los acontecimientos. Por último, en un ejercicio final de apertura, esbozaremos algunas líneas de contacto entre la experiencia mexicana y las vicisitudes de las izquierdas socialistas

latinoamericanas de finales de los años 80, en el intento de delimitar y problematizar un horizonte de estudio más amplio.

Capítulo I

LAS RAÍCES DE LA CRISIS

La historia reciente de la izquierda socialista mexicana puede ordenarse alrededor de tres parte aguas históricos fundamentales separados uno del otro por una década: 1968-1977-1988.¹¹ Antes de revisar a fondo el tercer momento —que corresponde a la crisis histórica que analiza este ensayo—, es necesario trazar brevemente la trayectoria anterior e individualizar las líneas de fractura al interior de este amplio espacio político que abarca a distintos partidos y organizaciones de orientación socialista. Sin entrar en una revisión minuciosa, será indispensable señalar algunos elementos fundamentales que permitan caracterizar el perfil y el estado de esta izquierda antes de la coyuntura de 1987-1989.

Los parte aguas: 1968

¹¹ Estos cortes históricos son generalmente aceptados por observadores, analistas y protagonistas, aunque hay que remarcar la ausencia de estudios históricos con relación a todas estas coyunturas desde el punto de vista de la izquierda mexicana. El corte sucesivo al 1988 es sin duda alguna el 1994, año de la insurrección zapatista en Chiapas, sobre el cual tampoco se ha escrito desde esta perspectiva. ¿Cómo se ha vivido este momento al interior de la izquierda mexicana? ¿Cuál ha sido el impacto del levantamiento? ¿En qué medida ha modificado su composición, su discurso y sus prácticas? Mucho se ha especulado, reconociendo la magnitud y el alcance del fenómeno zapatista, poco o nada ha sido investigado y documentado.

Como en muchas otras partes del mundo, el año de 1968 marcó un corte profundo en la historia de la izquierda en México.

La corriente comunista, con el Partido Comunista Mexicano (PCM) a la cabeza, venía del fracaso del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) - *proyecto de articulación con la izquierda cardenista del Partido Revolucionario Institucional (PRI)*- y de un paulatino distanciamiento de los gobiernos priístas, de la ideología de la revolución mexicana y del lombardismo, variante socialista de ésta.¹² La actuación del PCM en el movimiento estudiantil que sacudió México en el año de las olimpiadas ha sido objeto de ásperas controversias en los años posteriores en el seno de la izquierda socialista. Gran parte de los protagonistas y los observadores coinciden en que el PCM no pudo imprimir su sello al movimiento -aún cuando muchos de los dirigentes más destacados venían de su Juventud- y evitar el desenlace sangriento del 2 de octubre en Tlatelolco.¹³ Los estudiantes radicalizados de 1968, en su

¹² Sobre la historia del PCM, ver, además del libro de Barry Carr ya citado, la obra compilada por Arnoldo Martínez Verdugo, (Historia del comunismo en México, Grijalbo, México, 1985), un trabajo -limitado a los primeros veinte años de existencia- de Manuel Márquez Fuentes y Octavio Rodríguez Araujo, (El Partido Comunista Mexicano, México, El Caballito, 1973) y más recientemente un interesante investigación histórica de Antonio Rousset, sobre la coyuntura de 1955-1960 (La izquierda cercada. El partido comunista y el poder durante las coyunturas de 1955 a 1960, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Instituto Mora, México, 2000).

¹³ Ver, por ejemplo, Raúl Álvarez Garín, La estela de Tlatelolco, Grijalbo, México, 1998. La postura comunista puede encontrarse en los documentos publicados en la revista Memoria núm. 115 ("Nueva provocación contra la libertad y la democracia", "Comunicado del V Pleno del Comité Central del PCM" y "Nueva etapa en la lucha por la democratización del régimen político", México, septiembre de 1998, pp. 38-39, pp. 40-42 y pp. 43-46), así como la entrevista a Arnoldo Martínez Verdugo en el mismo número ("Comprometidos con el movimiento", pp. 4-10) y el ensayo del ex dirigente comunista ("El movimiento estudiantil popular y la táctica de los comunistas" en Memoria, núm. 57, México, agosto de 1993).

mayoría, o no se reconocían en los ideales socialistas o percibían al PCM como un freno a la movilización, como una amenaza a su independencia y -a pesar de la postura crítica de los comunistas mexicanos frente al aplastamiento de la primavera de Praga por lo soviéticos- como los defensores de un socialismo que poco tenía que ver con los ideales libertarios de la nueva generación. Así que el movimiento estudiantil fue -además de un intento de cambiar el país en el sentido de la democracia, la libertad y la justicia social- un vigoroso movimiento de crítica y renovación de la izquierda mexicana.¹⁴

En 1968, además de manifestarse plenamente la influencia de la revolución cubana, llegaron a México nuevas vertientes y nuevas concepciones revolucionarias y se fortalecieron otras que se habían mantenido bajo la sombra del comunismo filosoviético y el nacionalismo revolucionario gubernamental. Uno de los principales cuestionamientos de la nueva generación de militantes socialistas que se forjó en la lucha estudiantil fue la crítica frontal a la visión tradicional de la izquierda comunista y lombardista de la revolución por etapas y a su táctica de alianza con los sectores progresistas de la burguesía nacionalista que ya había provocado polémicas y escisiones en la izquierda desde los años treinta con la formación de grupos trotskistas y a finales de los cincuenta con el nacimiento de la corriente

¹⁴ Entre otros, ver Manuel Aguilar Mora, Huellas del porvenir 1968-1988, Juan Pablos, México, 1989.

espartaquista.¹⁵ Los nuevos revolucionarios mexicanos de 1968, como en otras partes del mundo, volvían a poner en el orden del día la necesidad de una profunda transformación social y cultural y se distanciaban de la izquierda comunista tradicional –definida despectivamente “reformista” y “burocrática”. Sobre estas bases, a partir de 1968, aparecieron o se fortalecieron en México los distintos grupos de la llamada “nueva izquierda revolucionaria” con sus referentes nacionales o internacionales: los maoístas y la revolución cultural y la línea de masas; los trotskistas y la revolución permanente; los castristas y el foquismo; los espartaquistas y la cabeza del proletariado; así como una serie de variantes vietnamitas, albanesas, miristas, cristiano revolucionarias y todas las versiones de la IV Internacional.¹⁶

Ya antes de 1968 habían aparecido brotes guerrilleros de distinto origen y proyección, los cuales se insertaban tanto en el clima de la época como en la larga duración de las rebeliones campesinas en México: desde la resistencia armada encabezada por Rubén Jaramillo hasta el Partido de los Pobres de Lucio Cabañas; desde el fracasado asalto al cuartel de Ciudad Madera en 1965 hasta la lucha armada de Genaro Vázquez y los “cívicos”. La

¹⁵ Este cuestionamiento no era novedoso en sí, sino que a raíz de la revolución cubana y alrededor del 68 cobró una fuerza que antes no había tenido. Para rastrear el origen de la postura etapista, típica de los partidos comunistas tercermundistas, hay que remitir a la época de la III Internacional y de lo que en la izquierda comunista latinoamericana se conoció como el “browderismo” o la política de “unidad a toda costa”. En México, el mayor exponente de esta concepción fue un dirigente sindical que nunca militó en el PCM pero gozaba del apoyo del Comintern, Vicente Lombardo Toledano.

¹⁶ Ver Fabio Barbosa, “La izquierda radical en México” en Revista Mexicana de Sociología, núm. 2, México, abril-junio de 1984.

noche de Tlatelolco así como el “halconazo” de 1971, desnudando el carácter represor del Estado postrevolucionario y apuntalando la tesis que afirmaba que la revolución socialista pasaba por su destrucción, fortalecieron la opción de las armas y empujaron muchos jóvenes hacia la clandestinidad. No fue casualidad que el PCM tuviera que cerrar su organización juvenil, la Juventud Comunista, cuando se formaron numerosos grupos armados compuestos en gran parte por sus militantes, como -por citar el ejemplo más ilustrativo- en el caso de la Liga Comunista 23 de septiembre. La pronta y brutal reacción del régimen desarticuló en pocos años la opción guerrillera y los sobrevivientes, cuando no abandonaron la lucha política, alimentaron las organizaciones populares y revolucionarias que proliferaron a lo largo de los años setenta.¹⁷

Durante estos años, a pesar del reforzamiento de las múltiples organizaciones que conformaban a la autodenominada “izquierda revolucionaria”, que se ligaba a las luchas de masas, que vertía sus mayores esfuerzos en la organización desde abajo, se asistía a una recuperación del PCM, el cual completaba su alejamiento del régimen priísta y enriquecía y

¹⁷ Ver Marco Bellingheri, “La imposibilidad: la guerrilla y el movimiento estudiantil en México, 1960-1974” en Ilán Semo et al., *La transición interrumpida. México 1968-1988*, Nueva Imagen, México, 1993, pp. 49-73; y José Luis Rhi Sausi, “La parábola de la guerrilla mexicana” en Coyoacán, núm. 3, año 1, México, abril-junio 1978, pp. 65-78. Sobre la historia de la guerrilla mexicana la bibliografía es actualmente muy escasa y anecdótica. Evidentemente la historia oficial ha propiciado el olvido de una faceta incómoda de la historia de México, pero tampoco los sectores independientes de la academia han tratado a fondo el tema. Solamente en los últimos tiempos se nota un interés creciente, aún cuando se desconoce la existencia de investigaciones relevantes.

reformulaba su bagaje ideológico, inspirándose en la experiencia “eurocomunista”.¹⁸

Así que desde 1968 hasta mediados de los años setenta, la totalidad de la izquierda socialista mexicana se sumergió en una época de ascenso de las luchas sociales y todas sus vertientes abrevaron de este torrente. Su crecimiento, a pesar de la represión, era evidente tanto en los sectores populares como en el medio intelectual, donde circulaba ampliamente el pensamiento marxista, que ocupaba espacios importantes de difusión en las universidades públicas y en una serie de publicaciones políticas.¹⁹

Los parte aguas: la reforma política de 1977

Casi una década después, la reforma política de 1977 representó otro hito fundamental en la historia de la izquierda mexicana.

A pesar de haber recurrido ampliamente a la represión contra las guerrillas pero también contra las organizaciones de izquierda y contra todo movimiento social independiente o disidente (como el caso más conocido de la

¹⁸ En particular de las ideas de Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano (PCI). Merece mencionarse cómo el giro propuesto por Berlinguer se originaba de reflexiones pesimistas surgidas en ocasión del golpe en Chile, vertidas en un histórico artículo publicado en la revista comunista Rinascita.

¹⁹ Sería necesaria y deseable una investigación sobre la influencia del marxismo en México entre los años 70 y 80, considerando en particular la presencia de numerosos exiliados políticos del Cono Sur, entre los cuales figuraban destacados intelectuales marxistas. Probablemente, en estos años, México fue el país latinoamericano donde mayormente se sintió la influencia del marxismo, en la academia como en la divulgación.

Tendencia Democrática del sindicato de los electricistas (SUTERM) -dirigida por Rafael Galván), el régimen priísta jugaba paralelamente la carta de la apertura política. Después de la liberación de buena parte de los presos políticos y de la cooptación de sectores de izquierda por parte del gobierno de Miguel de la Madrid, durante la presidencia de José López Portillo se impulsó la llamada reforma política, por medio de la cual fueron reconocidos oficialmente el PCM y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y que abría a otras organizaciones la posibilidad de participar a las elecciones y obtener financiamiento público. La reforma política, al interior del medio socialista mexicano, suscitaba interpretaciones diversas que articulaban dos claves de lectura: por un lado se entendía como una concesión del régimen a la presión popular y por lo tanto como una conquista política, por el otro como una maniobra del Estado para reafirmar su legitimidad democrática y mantener bajo control la oposición, canalizándola hacia la actividad electoral y cooptándola en la vida institucional. Por otra parte, a pesar de que toda la izquierda socialista independiente consideraba insuficientes los contenidos de la reforma, había distintas valoraciones de las posibilidades que ésta abría.²⁰ Para el principal destinatario de la apertura -el PCM-, la reforma política – aunque limitada- redefinía la política opositora y representaba una ocasión

²⁰ Sobre el tema, ver Octavio Rodríguez Araujo, La reforma política y los partidos en México, Siglo XXI, México, 1979; y una interesante encuesta publicada por la editorial Nuestro Tiempo: La reforma política y la izquierda. Encuestas y debates, Nuestro Tiempo, México, 1979.

para aumentar sensiblemente la visibilidad, la proyección y la influencia del movimiento socialista y, además, estimulaba la profundización del proceso de adecuación ideológica, de eliminación de los resabios de dogmatismo y doctrinarismo, abría la puerta a la lógica de las alianzas políticas y de programa en vista de las elecciones, empujaba a la unificación y a la aceptación del pluralismo interno. El historiador comunista Enrique Semo, resume así los efectos de la reforma:

“la idea de partido de cuadros fue cediendo el lugar a la de partido de masas; las prácticas conspirativas se disolvieron en la actividad electoral; las polémicas ideológicas internas cedieron el lugar a las discusiones parlamentarias; la preparación de la revolución fue sustituida por la lucha por la democracia”.²¹

Por otra parte, partiendo de constataciones similares, en los sectores más radicales de la izquierda socialista se criticaba duramente la vía electoral emprendida por el PCM, considerando que la tarea fundamental y urgente consistía en la preparación de la revolución, la organización independiente de las masas y la contraposición directa e irreducible al Estado burgués. Participar en las elecciones significaba -para los grupos de la autodenominada “izquierda revolucionaria”- aceptar la fachada democrática del régimen priísta y el marco del Estado postrevolucionario, subordinar la lucha de clases a las contiendas

²¹ Enrique Semo, “La izquierda vis à vis” en Ilán Semo et al., La transición interrumpida. México 1968-1988, Nueva Imagen, México, 1993, p. 139.

electorales y, por lo tanto, postergar la revolución y prolongar la agonía del capitalismo mexicano a costa de los sectores populares.²² En última instancia se trataba de la vieja polémica surgida en los años 60, donde se acusaba al rival en la izquierda, el PCM, de caer en las ilusiones de una alianza progresista, de reformas democrático-burguesas y de un ajuste al patrón de acumulación capitalista, cuales condiciones previas a una transición al socialismo. Al mismo tiempo, el partido más importante de este sector intransigente, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), sin abandonar las críticas al PCM y a la reforma política, no desdeñó las posibilidades ofrecidas por ésta y obtuvo el registro electoral, aún aclarando que se trataba de un instrumento para aprovechar todos los espacios que pudieran dar visibilidad a un proyecto revolucionario el cual, en última instancia, se decidía mediante la lucha revolucionaria, la organización independiente de las masas y se planteaba la destrucción del Estado actual para edificar otro. Otras organizaciones de la llamada “izquierda revolucionaria”, por convicción o por imposibilidad de obtener el registro, optaron por el abstencionismo y volcaron sus energías en el movimiento popular.

La reforma política, aún cuando se tratara de una maniobra defensiva del régimen priísta, fue sin duda un hito histórico porque generó nuevas perspectivas, abriendo el espacio electoral y dando mayor visibilidad a una

²² Ver, por ejemplo, las tesis de Manuel Aguilar Mora en La crisis de la izquierda en México. Orígenes y desarrollo, Juan Pablos, México, 1978.

izquierda que se había dedicado exclusivamente a un trabajo de base -en gran medida clandestino, porque suscitó una serie de redefiniciones políticas e ideológicas y porque desplazó, renovó y recrudesció las divisiones en su seno.

Las facetas de la izquierda socialista mexicana

La reforma política y la posibilidad de participar en las elecciones hicieron más evidente la contraposición entre los distintos proyectos que albergaban en este gran caudal que era la izquierda socialista mexicana de finales de los años 70. En un lado se situaba la autodenominada “izquierda revolucionaria”, compuesta por el PRT -único partido de esta corriente con registro- y otras organizaciones menores y más dispersas, donde sobresalían, por razones distintas, la Organización de la Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC) y la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR). Esta vertiente de la izquierda socialista condenaba el “electoralismo” y la aceptación de la lógica de la reforma política por parte de otra izquierda que se autodefinía simplemente “socialista” -la cual se volcaba en las posibilidades ofrecidas por los nuevos espacios legales- que incluía tanto al PCM (después Partido Socialista Unificado Mexicano, PSUM), al Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) como a los partidos socialistas aliados al PRI: el Partido

Socialista de los Trabajadores (PST) y el Partido Popular Socialista (PPS).²³ El otro eje de la contienda era el clásico ya mencionado: la izquierda más radical rechazaba y criticaba la concepción de la revolución gradual de la izquierda menos radical y su táctica de presión hacia el régimen priísta para que volviera a tomar un rumbo nacionalista y popular, fortaleciendo la autonomía relativa del Estado. De esta contraposición de fondo surgían las discusiones más ásperas, como -por ejemplo- las polémicas a raíz de la nacionalización de la banca en 1982, la cual fue apoyada por el PSUM -heredero del PCM- y por el PPS y el PST. La izquierda “revolucionaria” se negaba a cualquier negociación con el régimen o sectores de él, acusaba de “entreguismo” a los “reformistas” y reiteraba sus principios: la ruptura del sistema capitalista, el derrocamiento del régimen vía revolucionaria, el inmediato pasaje al socialismo, el rechazo a cualquier tipo de alianza multiclasista, la centralidad de la lucha de clase y la organización de las masas al margen del Estado.²⁴

Evidentemente esta contraposición no era aceptada por el PCM, el PMT, el PST y el PPS que rechazaban la acusación de reformismo —esta

²³ Aquí vale la pena aclarar que, aún cuando formalmente socialistas, el PPS y el PST eran vistos con sospecha por las demás organizaciones y por la intelectualidad de izquierda a causa de sus alianzas con el PRI, lo que se traducía en un trato privilegiado por parte del gobierno que viciaba su independencia.

²⁴ Este debate de fondo puede encontrarse en casi todos los documentos políticos de la llamada izquierda “revolucionaria”, incluso podía considerarse uno de los pocos puntos de encuentro entre los distintos grupos de esta corriente, como lo demuestra la centralidad que asume en la “tesis políticas a discusión” de la Unión Nacional de la Izquierda Revolucionaria, un intento de reagrupación de distintas organizaciones de esta área, cuyo primer apartado empieza con un punto sobre “La izquierda reformista y la izquierda revolucionaria”. Ver UNIR, Tesis políticas a discusión, México, 9 de junio de 1985, mimeo, pp. 3-4.

palabra maldita en el movimiento comunista internacional- profesando su fe revolucionaria. En la práctica, entre estos partidos había diferencias profundas en la medida en que el PCM y el PMT eran partidos independientes mientras que el PST y el PPS eran cercanos a los gobiernos priístas y dependían de su apoyo. Esta ambigüedad frente al PRI suscitaba el repudio del conjunto de la izquierda socialista independiente, la cual los definía despectivamente “paleros” o “paraestatales”.

Por lo demás, existían una multiplicidad de líneas de fractura ideológicas entre las distintas organizaciones de la izquierda socialista. Si bien todas caracterizaban el Estado mexicano como capitalista y burgués, como ya mencionamos la división fundamental se daba entre los que individuaban una fracción progresista al interior de éste y proponían una alianza táctica para avanzar hacia el socialismo por medio de una etapa de transformaciones democráticas, antiimperialistas y antioligárquicas y los que señalaban la necesidad del pasaje inmediato a la revolución socialista, al margen de las alianzas con el Estado y sectores de la burguesía. El posicionamiento en este aspecto repercutía en la caracterización del “enemigo” principal en la cual se distinguían las organizaciones que ponían en el centro de su estrategia la lucha contra el imperialismo –y por lo tanto tendían a ser mayormente nacionalistas- y las que asumían que la subordinación al imperialismo era un rasgo insoslayable de la burguesía mexicana y por lo tanto la lucha tenía que ser

francamente clasista. En otros niveles aparecían diferencias semánticas -bajo las cuales subyacían evidentemente diferencias ideológicas- en relación a la caracterización del "sujeto" revolucionario, así que se utilizaban -según el caso- las siguientes fórmulas: clase obrera, proletariado, alianza obrero-campesina, trabajadores, pueblo, masas oprimidas y explotadas. Otro punto en donde se percibían matices relevantes era la cuestión de la "toma del poder", para la cual -después de la ritual declaración de fe revolucionaria- algunas organizaciones proponían un camino pacífico y constitucional; otras dejaban abierta la puerta a la vía armada como momento último de un proceso de luchas; unas insistían en la toma del aparato estatal mientras que otras más pensaban en un proceso de construcción paulatina de una hegemonía desde abajo y en la construcción de otro Estado. A nivel de las formas organizativas, se distinguían las agrupaciones que hablaban de vanguardia y de partido revolucionario y las que pensaban en organizaciones de masas y en frentes amplios. Por último, se enfrentaban distintas visiones en relación al bloque soviético, así como filiaciones ideológicas ligadas a alguna corriente del movimiento socialista internacional y otras de carácter principalmente nacional.²⁵

Han sido numerosos, a lo largo de los años, los intentos de clasificación de la izquierda socialista mexicana, pero en general coinciden en

²⁵ Ver el interesante ejercicio de Rigoberto Gallardo, "Como ve las cosas y que propone la izquierda" en Patria Nueva, núm. 3, México, marzo 1987, pp. 22-25.

poner al centro la cuestión del Estado y de las alianzas, como puntos nodales de la definición estratégica, ordenando las corrientes según su menor o mayor independencia del régimen priísta. Por ejemplo, sobre esta base, Adolfo Gilly distingue cuatro corrientes en la izquierda mexicana: la cardenista, la lombardista, la comunista y la marxista radical.²⁶ Enrique Semo, en la misma lógica, reconoce solamente tres izquierdas: la que ve en el Estado la arena principal de lucha y el socialismo como un movimiento dirigido a darle contenido popular; la que insiste en el salto revolucionario que edificaría un nuevo Estado y en la autonomía del movimiento popular; y una izquierda intermedia que caracteriza el Estado en sus dos facetas -autoritaria y de consenso- y que plantea una lucha prolongada hecha de enfrentamientos directos, en la sociedad, así como de luchas parlamentarias por reformas, según una línea de flexibilidad organizativa y estratégica.²⁷ Por otro lado, pero siempre alrededor del mismo eje, Sergio Zermefío, a partir de 68, ubica tres vertientes en la izquierda mexicana: la radical-guerrillera, la maoísta-basista y la reformista.²⁸ Finalmente otros autores individualizan simplemente dos grandes corrientes, una reformista y otra revolucionaria, siguiendo siempre la línea de

²⁶ Adolfo Gilly, La larga travesía, Nueva imagen, México, 1985, pp. 175-180; Nuestra caída en la modernidad, Joan Boldó i Climent, México, 1988, p. 140.

²⁷ Enrique Semo, "La izquierda mexicana frente a la crisis" en Jorge Alcocer (compilador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988, pp. 119-120.

²⁸ Sergio Zermefío, "Los intelectuales y el Estado en la década perdida" en Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo (coordinadores), El nuevo Estado mexicano. III. Estado, actores y movimientos sociales, Nueva Imagen, México, 1992, p. 196.

la independencia o de la “colaboración de clase”.²⁹ Por otra parte, se podrían avanzar otras definiciones, distinguiendo una izquierda tendencialmente institucional, cuya acción política privilegia las elecciones y la toma del poder del Estado y una izquierda tendencialmente social que enfatiza la organización popular y la construcción de un contrapoder desde abajo.³⁰

Sin embargo todas estas caracterizaciones no hacen justicia a los matices, ni a la multiplicidad de líneas de fractura, -teóricas o coyunturales- que se manifestaron a lo largo de la historia de la izquierda socialista en México. Las distintas organizaciones de esta izquierda vivieron una secuencia ininterrumpida de fusiones, escisiones, alianzas, encuentros y desencuentros. En general, como escribe Enrique Semo, era propio del socialismo mexicano no tener una fisonomía definida.³¹ Sin embargo se podría discutir esta tesis a la luz de un análisis comparativo, en el horizonte más amplio del movimiento socialista occidental, lo cual llevaría a observar una tendencia general –sobre todo después de 1968- hacia una fisonomía plural atravesada por una serie de fracturas ideológicas y organizativas, salvo los casos en donde una corriente -generalmente los comunistas ligados a la Unión Soviética- lograra asumir una visibilidad y una influencia predominante. Así que la observación de Semo –intelectual orgánico de la corriente comunista- puede leerse de otra

²⁹ Es el caso de los intelectuales cercanos a la “izquierda revolucionaria”.

³⁰ A partir de esta distinción trato de analizar las tendencias recientes de la izquierda europea en “Izquierda institucional vs. Izquierda social”, Bajo el Volcán, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, núm. 2, abril de 2001, pp. 13-26.

³¹ Enrique Semo, “La izquierda mexicana frente a la crisis”, cit., p. 118.

forma: la falta de fisonomía definida no es propia de la izquierda socialista mexicana sino deriva de la falta de una hegemonía definida en su seno.

Más allá de la búsqueda de una tipología que fuera representativa de las múltiples diferencias entre las organizaciones de la izquierda socialista mexicana, en la óptica de este trabajo es oportuno mantener las denominaciones que utilizaban los protagonistas de historia que nos interesa y, por lo tanto, reconocer una división entre el Partido Mexicano Socialista (PMS) -último descendiente del PCM- en donde se aglutinó buena parte de la izquierda independiente, que se definía y se asumía simplemente “socialista”, por una parte, y las otras organizaciones –donde sobresalía el PRT- que se denominaban de “izquierda revolucionaria”, por la otra.

Flujos y reflujos del movimiento popular

La historia de la izquierda socialista mexicana está íntimamente ligada al curso de la movilización popular. Es comúnmente aceptado que entre finales de los años 70 y principios de los años 80 se vivió el apogeo del ascenso de masas iniciado en los años 60, lo cual se traducía en organización y protesta. En estos años, las distintas organizaciones de la izquierda socialista mexicana -aún manteniendo cierto nivel de dispersión y enfrentamiento- fueron empujadas desde abajo a una serie de experiencias unitarias.

Desde finales de los setenta se había manifestado una tendencia a la creación de frentes locales o regionales, en muchos casos influidos por organizaciones de la izquierda revolucionaria y en algunos por el PCM-PSUM. Nacieron así el Comité de Defensa Popular en Chihuahua y en Durango, el Campamento Tierra y Libertad en San Luis Potosí, el Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey, el Frente Popular de Zacatecas y el Consejo Obrero Campesino y Estudiantil del Istmo (COCEI) -que ganó en 1981 la alcaldía de Juchitán en alianza con el PCM y después con el PSUM- así como otras experiencias unitarias de movilización social.

Por otra parte, las luchas en el campo, en las escuelas, en las fábricas y los barrios exigían formas de coordinación y se asistió a una convergencia sectorial en la cual participaron las distintas corrientes de la izquierda socialista mexicana. En 1979, nacieron la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) y la Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación (CNTE), que emprendió una larga lucha contra el caciquismo pro gubernamental en el Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación (SNTE). En 1981, en el sector obrero, donde siempre había sido más fuerte el control corporativo de la Confederación de los Trabajadores Mexicanos (CTM) y del Congreso del Trabajo (CT), al calor de una serie de huelgas y a partir de la convergencia entre algunos sindicatos progresistas y otros de pequeñas y medianas empresas, nació la Coordinadora Sindical

Nacional (COSINA).³² Siempre en 1981, nació la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP), que recogía las experiencias de lucha por la vivienda y los servicios desarrolladas por numerosas organizaciones urbanas surgidas en los años anteriores. El movimiento urbano popular fue el movimiento social de mayor ascenso entre los años setenta y los ochenta y fue también el espacio en el que la izquierda socialista pudo arraigar con mayor facilidad. Después de unos años particularmente conflictivos, el movimiento urbano popular emprendió una parábola ascendente hasta los años ochenta, extendiendo sus organizaciones a lo largo de las mayores ciudades de país, en un crecimiento lento pero regular hasta 1985 cuando, a raíz del sismo que sacudió la Ciudad de México, recibió el impulso de los damnificados organizados en la Coordinadora Única de Damnificados (CUD). El PRI, la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) y el gobierno intentaron frenar esta construcción popular independiente pero, a pesar de cooptar, obstaculizar y reprimir, no lograron detener este fenómeno de movilización social surgido de la vertiginosa urbanización del país. Las demandas del movimiento urbano popular fueron extendiéndose desde las reivindicaciones locales y parciales hacia el cuestionamiento de los planes de

³² Ver los trabajos de Jorge Cadena Roa, "Las demandas de la sociedad civil los partidos y las respuestas del sistema" en Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa (coordinadores), *Primer Informe sobre la democracia: México 1988*, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988, pp. 285-327 y "Notas para el estudio de los movimientos sociales y los conflictos en México" en Víctor Gabriel Muro y Manuel Canto Chac (coords.), *El estudio de los movimientos sociales. Teoría y método*, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de México-Xochimilco, México, 1991, pp. 37-49.

austeridad y a la denuncia del autoritarismo priísta. Así que, desde mediados de los ochenta, era evidente un alejamiento del localismo y el gremialismo y una proyección de los movimientos sociales urbanos hacia la política nacional.³³

Desde finales de los años 70, las coordinadoras sectoriales dieron vida a una serie de experiencias unitarias en donde participaron activamente las distintas organizaciones de la izquierda socialista. En 1978, se formó el Frente Nacional contra la Represión. En 1982, CONAMUP, CNPA y COSINA se unieron en el Frente Nacional en Defensa del Salario, contra la Austeridad y contra la Carestía (FNDESCAC) -apoyado por el PSUM y el PMT- que agrupaba a más de 110 organizaciones. En 1983, el Frente se fundió con la Coordinadora Nacional de Defensa de la Economía Popular (CNDEP)- estructura paralela sostenida por distintas organizaciones de la izquierda revolucionaria- formando la Asociación Nacional Obrera Campesina y Popular (ANOCP). A partir de esta instancia unitaria se impulsaron una serie de huelgas obreras que culminaron, en 1983, en un paro cívico que obtuvo un relativo éxito de movilización y, en 1984, en un segundo paro que fue

³³ Ver las investigaciones de Juan Manuel Ramírez Sáiz, El movimiento urbano popular en México, Siglo XXI, México, 1984; "El movimiento urbano popular (MUP): teoría y método" en Víctor Gabriel Muro y Manuel Canto Chac (coords.), El estudio de los movimientos sociales. Teoría y método, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de México-Xochimilco, México, 1991, pp. 93-109 y "Entre el corporativismo y la lógica electoral. El Estado y el Movimiento Urbano Popular (MUP)" en Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo (coordinadores), El nuevo Estado mexicano. III. Estado, actores y movimientos sociales, Nueva Imagen, México, 1992, pp. 171-194.

considerado un fracaso. A partir de esta experiencia, varios autores sitúan en los primeros años de los ochenta el declive de la movilización social e indican como punto de inflexión el segundo paro cívico en 1984.³⁴

Si no fue declive seguramente las luchas sociales entraron en una etapa oscilante y dispersa y solamente hasta finales de 1985 y a partir de 1986 se advirtieron las señales de un posible repunte en las luchas sociales: la movilización desatada por el sismo del 19 de septiembre de 1985, la huelga del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), las movilizaciones de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) en Chiapas y Oaxaca, el surgimiento del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en la UNAM y el malestar en relación a la política gubernamental que se expresaba en el seno de la CTM.

Los albores del neoliberalismo

En términos estrictamente económicos sin lugar a duda el parte aguas fue el año 1982, cuando la crisis de la deuda hundió una economía mexicana ya mermada por la crisis del capitalismo en los años setenta, cerró un ciclo de crecimiento sostenido y cimbró el proyecto de desarrollo nacional. Frente a la crisis económica -después del sobresalto populista de la nacionalización de la

³⁴ Por ejemplo Semo, cit., Anguiano, cit., pero también la Organización Revolucionaria Punto Crítico en un documento titulado "Notas sobre la situación actual de la izquierda" en Punto Crítico, núm. 151, México, julio de 1988, pp. 20-28.

banca- el gobierno entrante de Miguel De la Madrid adoptó la política de “ajuste estructural”, cuya matriz fundamental fue dictada por el FMI y que tanto estragos haría en América Latina a lo largo de los años ochenta: contención de la inflación vía control de precios y salarios, liberalización del mercado interno, reestructuración del sector público vía despidos y privatizaciones, reconversión industrial, desnacionalización, apertura comercial, facilidades a la inversión externa y a la industria maquiladora, pago estricto de la deuda y creciente integración económica con los Estados Unidos.³⁵

Se asistía entonces al agotamiento histórico de una época de desarrollo del capitalismo mexicano, caracterizada por un sistema de intervención y regulación estatal, y se abría el paso al neoliberalismo, en plena sintonía con las tendencias mundiales. Los efectos sociales del nuevo curso de la política

³⁵ Ver Miguel Basañez, El pulso de los sexenios. 20 años de crisis en México, Siglo XXI, México, 1991. Sobre la percepción de la intelectualidad crítica acerca de la situación económica y social en estos años, ver, entre otros, los siguientes textos: Sergio De la Peña, “La política económica de la crisis” en González Casanova, Pablo y Jorge Cadena Roa (coordinadores), Primer Informe sobre la democracia: México 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988, pp. 73-114; Enrique De la Garza Toledo, Raúl Corral y Javier Melgoza, “México: crisis y reconversión industrial” en Brecha, núm. 3, México, junio de 1987, pp. 51-72; Rolando Cordera, “El escenario económico de la sucesión presidencial en 1988” en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987, pp. 109-128; Alejandro Álvarez y Gabriel Mendoza, “México 1988: un capitalismo depredador en crisis” en Cuadernos Políticos, núm. 53, enero-abril de 1988, pp. 34-46; Arturo Huerta y José C. Valenzuela, “Economía política de la transición capitalista. México en los ochenta”, pp. 37-50; Enrique Caballero Urdiales y Felipe Zermeno López “La larga crisis de la agricultura y su impacto en la economía nacional”, pp. 63-96 en Jorge Alcocer (compilador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988. Ver también Adolfo Gilly, Nuestra caída en la modernidad, Joan Boldó i Climent, México, 1988 y Lorenzo Meyer y Héctor Aguilar Camín, A la sombra de la Revolución Mexicana, Cal y Arena, México, 1989.

gubernamental fueron devastadores: durante el quinquenio 82-87 el crecimiento fue mínimo, el peso del trabajo en la producción de la riqueza disminuyó, los salarios reales se desplomaron, el costo de la canasta básica aumentó, se contrajo el gasto social, se redujeron los subsidios a alimentos, se deterioraron los servicios sociales, la reconversión industrial incrementó el desempleo, crecieron el sector informal, la economía subterránea, la delincuencia y la migración hacia las ciudades y los Estados Unidos. Una serie de fenómenos que sacudieron y empezaron a transformar sensiblemente a la sociedad mexicana.³⁶

La crisis económica y social y el giro de tuerca de De la Madrid no podían no extenderse a la esfera política. El modo de hacer política sobre el cual se había edificado el PRI fue puesto en discusión. A este nivel, se asistía al agotamiento del pacto cardenista, en la medida en que el Estado reducía sensiblemente su capacidad de control social, mediante la redistribución, el clientelismo y el paternalismo. Las instituciones estatales no alcanzaban a canalizar viejas y nuevas demandas y se erosionaban los mecanismos de

³⁶ Transformaciones de extraordinaria importancia para entender los acontecimientos sociales y políticos posteriores. Ver, entre otros, los siguientes textos: Rosario Ortiz M. y Roberto Iriarte, "Reconversión industrial y lucha obrera" en Brecha, núms. 5-6, México, diciembre de 1988, pp. 81-96; Rosalba Carrasco, "La clase obrera en la crisis" en Memoria, núm. 19, México, marzo-abril de 1988, pp. 265-274; Raúl Trejo Delabre ("Trabajadores y crisis de la A a la Z. Panorama frente a la sucesión presidencial", pp. 333-349) y Rodolfo F. Peña, ("El mundo obrero en vigilia", pp. 351-371) en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987; Enrique Provencio, ("1982-1984, los efectos sociales de la crisis", pp. 97-116) Raúl Trejo Delabre y José Woldenberg K. ("Sindicatos y proyecto nacional en la crisis de hoy", pp. 177-194) en Jorge Alcocer (compilador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988.

negociación. El corporativismo iba mostrando profundas fisuras, incluso en el sector obrero, tradicionalmente el más compacto y subordinado al régimen.³⁷ Algunos autores subrayaron cómo el viejo modelo político se convertía en una traba para la modernización económica, y se expresaba un conflicto entre la racionalidad capitalista y la racionalidad corporativa.³⁸ La contrarreforma neoliberal iniciada por el gobierno de De la Madrid, además de modificar sensiblemente las relaciones sociales y políticas tradicionales del régimen post revolucionario, barrió con las ilusiones de un viraje populista que había suscitado la nacionalización de la banca y desdibujó con esto uno de los puntos de mayor enfrentamiento entre las distintas corrientes de la izquierda socialista mexicana.

El malestar social provocado por la crisis económica suscitó una serie de movilizaciones unitarias en donde se desdibujaban las identidades partidarias, mientras que la política económica del gobierno provocaba un acercamiento a nivel de análisis de coyuntura. Si bien la percepción de las profundas transformaciones económicas -y de sus consecuencias sociales y políticas- era similar al interior de la izquierda, se daban lecturas diferentes en cuanto a la posible salida de la crisis. En particular, desde la nacionalización de la banca, se habían manifestado dos posturas en relación a la posibilidad de

³⁷ Ver José Woldenberg, "La negociación político social en México" en Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa (coordinadores), Primer Informe sobre la democracia: México 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988, pp.188-208.

³⁸ Ver Adolfo Gilly, Nuestra caída en la modernidad, Joan Boldó i Climent, México, 1988.

que fuera este mismo Estado el que recuperara el rumbo perdido del “desarrollo compartido”. Durante el gobierno de De la Madrid, fue el problema de la deuda externa y de una posible moratoria el eje alrededor del cual se posicionaron las fuerzas de izquierda. En general, se tendía a poner la moratoria al centro de toda estrategia de acción política, sea como forma de presión hacia el gobierno sea como precondition para cualquier lucha reivindicativa. Por otra parte, algunos grupos minoritarios insistían en que la deuda no era el problema central, sino que el punto cardinal era el proceso de reestructuración capitalista que se vivía en el país, que la defensa de la soberanía podía convertirse fácilmente en la defensa de “la burocracia y del Estado burgués” y que la moratoria no garantizaba un viraje en la política económica antipopular del gobierno.³⁹ Por último, si el análisis apuntaba hacia una reconfiguración del bloque en el poder, a la emergencia de una tecnocracia y al desplazamiento de los sectores de la clase política más ligados al viejo modelo nacionalista revolucionario, algunos pensaban que estos sectores podían acercarse a la izquierda y alejarse del nuevo bloque dominante, mientras que para otros la lucha de clases debía expresarse en la organización independiente y la combatividad creciente de los sectores subalternos. Sin

³⁹ El tema de la deuda estuvo al centro de uno de los Encuentros de Dirigentes de Izquierda, ocurrido entre el 8 y el 10 noviembre de 1985, donde los distintos partidos expresaron sus posturas. Ver, por ejemplo, las ponencias del PSUM, la UIC, el PSD, la Corriente Socialista y la ponencia conjunta del PTZ-POS. Sobre el tema, ver también Máxime Durand, “Deuda y acumulación en México” en Brecha, núm. 5-6, México, diciembre de 1988, pp. 97-108; y Sergio de la Peña “La deuda externa: nuevo fiel de la balanza” en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987, pp. 129-145.

embargo, aún cuando era evidente el giro del gobierno hacia el neoliberalismo y el abandono de las políticas de corte populista, no eran claras las señales de una posible fractura intraburguesa.

Sumergidas en una época de transformaciones económicas y sociales, entre flujos y reflujos de la movilización, las izquierdas socialistas mexicanas iban reformulando sus análisis de situación: compartían la percepción de un giro en la política del gobierno, intuían sus alcances estructurales y buscaban una estrategia adecuada al nuevo escenario que se venía gestando.

Configuración de la crisis de la izquierda socialista mexicana

Además de la participación en la movilizaciones sociales y cierta convergencia en el análisis de coyuntura, otro punto sobre el cual, desde mediados de los años '80, se percibía un acercamiento, desde las organizaciones políticas hasta los intelectuales progresistas, era sobre la percepción de las dificultades y los límites de la izquierda socialista.⁴⁰

Sin olvidar que en el debilitamiento de la izquierda habían jugado un papel crucial el Estado -con su política de represión y cooptación- y las

⁴⁰ Para citar algunos textos particularmente significativos de distintas corrientes de pensamiento: Adolfo Gilly, "Las elecciones y la izquierda radical" en Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, núm. 4, julio de 1987, pp. 12-14.; Roger Bartra, "La izquierda ante las elecciones de 1988" en *Oficio Mexicano*, Grijalbo, México, 1993, pp. 165-174; Julio Moguel, "La crisis de la izquierda" en Brecha, núm. 3, junio de 1987, pp. 3-17; Organización Revolucionaria Punto Crítico, "Notas sobre la situación actual de la izquierda" en Punto Crítico, núm. 151, México, julio de 1986, pp. 20-28.

oscilaciones de la movilización popular, en el debate al interior de la distintas organizaciones –detrás de los discursos triunfalistas para consumo externo- se tendía a poner el dedo en las debilidades propias. La observación más recurrente era que los socialistas -aún estando presentes- no estaban al frente de los grandes movimientos sociales. Si durante una época, su carácter localizado podía aparecer como un momento, una etapa de su expansión, ahora aparecían límites estructurales, un arraigo muy fragmentado, limitado y –sobretudo- volátil.⁴¹ Entre los flujos y reflujos de las luchas sociales, la izquierda socialista –más allá de la valoración de sus avances relativos- se daba cuenta de que no había penetrado entre los asalariados y que sus bases campesinas y urbanas eran frágiles. Lo cual se atribuía a que, a lo largo de dos décadas, las organizaciones socialistas habían estado rezagadas en relación a los movimientos sociales, al interior de los cuales se forjaban militantes generalmente más ligados a la organización de pertenencia que al partido de referencia.

Era evidente que la izquierda socialista no había sido capaz de extender su influencia más allá de ciertos límites. Tampoco había logrado alimentar una resistencia a la altura de la ofensiva conservadora en curso. Se descubrió alejada de la sociedad, de la cual no había sido capaz de interpretar las transformaciones, los nuevos sujetos y las nuevas temáticas y, menos aún,

⁴¹ Anguiano, op. cit., p. 357.

verterlas en un proyecto político. Así, las diversas organizaciones de la izquierda socialista, a pesar de su presencia en las movilizaciones, aparecían sin grandes perspectivas, encerradas en sus limitados tradicionales sectores de influencia, donde además el nivel de articulación entre lucha social inmediateista y lucha política de largo alcance tendía a diluirse.⁴²

Como escribió un destacado intelectual comunista, Roger Bartra:

“Precisamente, la crisis de la izquierda se agudizó a mediados de los ochenta por la fragilidad partidaria que se generalizó entonces, causada por la compleja acción combinada de la crisis económica prolongada y la reconversión capitalista, las consecuencias desmovilizadoras de la sociedad que ambas acarrearán, la falta de perspectivas y la lógica de la reforma política”⁴³

Estas constataciones, a los ojos de observadores, dirigentes y militantes, aparecían todavía más graves si se consideraba el contexto de crisis económica que -según un axioma clásico y simplista- era sinónimo de descontento y de crecimiento de la oposición.⁴⁴ Además la decadencia de las funciones integradoras del Estado creaba las condiciones para una expansión en sectores tradicionalmente “reservados”, gracias al andamiaje corporativo y clientelar, del régimen. Sin embargo, como lo señala un documento de la ORPC, los efectos fueron opuestos:

⁴² Ver Organización Revolucionaria Punto Crítico, op. cit., pp. 20-28.

⁴³ Bartra, “La izquierda ante las elecciones de 1988”, cit., pp. 165-174.

⁴⁴ Ver Moguel, “La crisis de la izquierda”, cit. pp. 3-17.

“Esa crisis tan esperada por la mayoría de los grupos de izquierda, creyendo que encontraríamos el fermento social propicio para crecer en la sociedad, influir en las masas, acelerar el camino hacia la revolución; esa crisis ha sido en esta primera fase lo contrario de lo que esperábamos. Ha sumido al sector democrático y revolucionario en su conjunto en un proceso de dispersión y debilitamiento”.⁴⁵

Así la izquierda socialista en general no solamente no había podido conservar las posiciones conquistadas hasta ese momento sino que se mantenía dividida y enfrentada, sin un sólido arraigo social, limitado a algunos sectores y organizaciones y concentrado en algunas regiones del país, en particular el Valle de México y algunas enclaves regionales, allí donde el panismo no llegaba a los niveles de influencia que tenía en el Norte o en el Bajío.

Para muchos autores, esta falta de perspectivas en el terreno de la lucha social fue lo que empujó las organizaciones socialistas a un mayor participación electoral. Si esto es cierto para los sectores de la izquierda revolucionaria que, desde 1985, empezaron a superar sus posturas abstencionistas, esta tesis es sólo parcialmente válida para el caso de los partidos que ya habían obtenido el registro. Lo que es cierto es que la opción

⁴⁵ Organización Revolucionaria Punto Crítico, cit., p. 20.

electoral, en medio de las dificultades que sufría el movimiento socialista mexicano, adquirió mayor importancia.⁴⁶

Los resultados fueron desesperanzadores. A pesar de que la izquierda independiente contaba con tres partidos reconocidos por la Secretaría de Gobernación –PSUM, PMT y PRT- en las elecciones federales de 1985 se manifestó un relativo estancamiento en términos de votos que, en la práctica, significaba un fracaso político de gran magnitud.⁴⁷ Para algunos autores, la presencia política de la izquierda socialista se había hecho superficial, en las elecciones, en la opinión pública, en los medios de comunicación, en las convocatorias efímeras, escondiendo un debilitamiento interno y la reducción de su arraigo social, en términos de la militancia, de la participación, de la adhesión consciente al socialismo, de la cultura política.⁴⁸ Efectivamente eran evidentes y reconocidos como tales fenómenos típicos de los años ochenta: el decrecimiento de la militancia política, el desdibujamiento ideológico y el refugio –frente a la crisis económica- en el individualismo. En algunos casos se trataba de un abandono absoluto, en otros, de un alejamiento relativo porque parte de la militancia se volcaba hacia tareas más concretas, subordinando el

⁴⁶ En este sentido, Adolfo Gilly, “Las elecciones y la izquierda radical”, cit.; Bartra, “La izquierda ante las elecciones de 1988”, cit.; Moguel, “La crisis de la izquierda”, cit., Anguiano, cit.

⁴⁷ El PSUM obtuvo el 3.30% -frente al 4.08% de 1982 y el 5.01% del PCM en 1979- el PRT el 1,58% y el PMT el 1,59%. El PST lograba el 3.25% y el PPS el 2.41%, aumentando ligeramente su votación, ver César Cansino, *La transición mexicana. 1977-2000*, Centro de Estudios de Política Comparada, México, 2000.

⁴⁸ Ver Anguiano, op. cit., Semo, op. cit.

proyecto político de fondo a las urgentes actividades de organización y gestión sobre temas y reivindicaciones coyunturales.⁴⁹

Las dificultades en lo social y las perspectivas electorales provocaron, en un primer momento, una etapa de enfrentamiento entre corrientes, luchas internas, rupturas y rendimientos de cuenta. En esto se evidenció como las organizaciones socialistas no solamente no lograban extender su presencia en la sociedad mexicana sino que tendían a contraerse, a ensimismarse, a reducirse siempre más a núcleos burocráticos o aparatos en pugna por espacios sociales restringidos.⁵⁰

Por otro lado, la crisis de la izquierda socialista mexicana se conectaba a una serie de derrotas históricas del movimiento socialista internacional –de las cuales hablaremos en las conclusiones generales- desde la crisis de los modelos soviético, maoísta y eurocomunista hasta el fracaso del foquismo y de las guerrillas en América Latina y en México, pasando por el golpe de Estado en Chile, las dificultades del sandinismo y de la guerrilla centroamericana en general. Toda una época de ofensiva conservadora y neoliberal y de retirada del movimiento socialista y del marxismo.

Aunque la crisis del país había llevado a segundo plano las cuestiones teóricas o de filiación internacional, la crisis de la izquierda socialista mexicana era también una crisis ideológica, identitaria y de proyecto. En estos

⁴⁹ Ver Anguiano, op. cit., Semo, op. cit.

⁵⁰ Ver Anguiano, op. cit.

años, acierta Anguiano, empezó a diluirse el perfil socialista de la izquierda en México.⁵¹ Este desdibujamiento identitario contribuyó seguramente a crear las condiciones para un acercamiento entre las distintas organizaciones, las cuales ahora veían como un estorbo a su dispersión y sus diferencias, cuando antes se dedicaban a una encarnizada lucha por la pureza revolucionaria o por la interpretación de los “textos sagrados”.

Todas las agrupaciones socialistas vivían las mismas dificultades, vivían la misma dura realidad del país. Asumidas sus debilidades, la izquierda socialista mexicana buscó contestar mediante la unificación, cuestión que ocupó mucho espacio en las discusiones de la época y que fue el tema central del III Encuentro de Dirigentes de Izquierda.⁵² Como bien apunta Roger Bartra: la unidad se transformó en la salida de la *impasse*, en un mito regenerador.⁵³

Otro elemento sintomático de la crisis incipiente, que se convertía al mismo tiempo en un factor de acercamiento entre los distintos proyectos, era el creciente peso que asumía, en un ideario socialista por lo demás estancado, el tema de la democracia. Ya en 1986, otro Encuentro de Dirigentes de

⁵¹ Ver Anguiano, *op. cit.*

⁵² Ver algunas de las ponencias presentadas en esta ocasión: PMT, “Ponencia para el tercer encuentro de dirigentes de izquierda”, 9 de mayo de 1986, mimeo; Partido Revolucionario Socialista, “Acerca de la unidad de izquierda”, 9 de mayo de 1986, mimeo; Partido Patriótico Revolucionario, “Por la mayor unidad política de la izquierda”, 9 de mayo de 1986, mimeo; Partido Mexicano de los Trabajadores, “Ponencia para el III Encuentro de Dirigentes de Izquierda”, 9 de mayo de 1986, mimeo.

⁵³ Ver Roger Bartra, “La unidad, ¿para qué?” en *Oficio Mexicano*, cit., p. 177. La misma opinión se encuentra en Enrique Semo, “La izquierda ve en su unidad la única salida” en *Proceso*, núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 12-15.

Izquierda fue dedicado a este tema, mostrando como la democracia -a pesar de los distintos enfoques que allí se manifestaron- iba adquiriendo un lugar central en las reflexiones al interior de las distintas organizaciones. En realidad se trataba de un acercamiento a distintas velocidades, en donde cabían los que planteaban una severa autocrítica y asumían el valor absoluto de la democracia burguesa; los que insistían en que la democracia real podía plantearse solamente a partir de profundas transformaciones del régimen de propiedad; los que perseveraban en una concepción de democracia clasista y los que se limitaban a criticar la “democracia funcional” creada por el régimen.⁵⁴

Estos mismos matices, al interior de una creciente preocupación por el tema de la democracia, se expresaban en los medios intelectuales de izquierda. Para algunos se trataba de un proceso de renovación positiva, de maduración de una izquierda que finalmente asimilaba las experiencias negativas del socialismo real, que se aireaba con los vientos de las transiciones en el Cono Sur, que afinaba el análisis del sistema político mexicano y se alimentaba de vertientes olvidadas o menospreciadas del socialismo y del marxismo. Otros veían los riesgos de una asimilación acrítica, en donde la “democracia” venía a

⁵⁴ Ver las ponencias presentadas: Partido Socialista Unificado de México, “Por una izquierda consecuentemente democrática”, 14 de marzo de 1986, mimeo; Movimiento Revolucionario Popular, “Sobre la democracia y el país”, 14 de marzo de 1986, mimeo; Partido Mexicano de los Trabajadores “Ponencia sobre la democracia en México”, 14 de marzo de 1986, mimeo; Partido Social Demócrata, Ponencia, 14 de marzo 1986, mimeo; Partido Patriótico Revolucionario, “Elevar la lucha impostergable por la democracia: una necesidad impostergable”, 14 de marzo de 1986, mimeo; PRT, “La verdadera democracia” en La Batalla, núm. 15, México, junio-julio 1986, pp. 13-16.

sustituir a la “revolución”, en donde se trataba simplemente de encubrir la confusión ideológica y la incapacidad política que reinaban en la izquierda socialista. Tampoco había consenso sobre la real dimensión del reclamo democrático: si para todos era indudable el aumento de la presión popular por una apertura del sistema político, algunos sostenían que la cuestión económica era mucho más sentida. Incluso Carlos Pereyra, un pionero en el tema, veía una relación de causa a efecto entre las dos y, en una comparación que podría llevar muy lejos, trataba de ilustrar la concepción de la democracia de la izquierda socialista mexicana asegurando que en México la reivindicación democrática estaba vinculada a la crisis económica mientras que en el Cono Sur se relacionaba a los derechos humanos y políticos. Roger Bartra, por su lado, veía una sobreposición entre las demandas sociales y las demandas democráticas, considerando que el crecimiento de la sociedad civil era la demostración que el autoritarismo ya no era “operativo”. Adolfo Gilly -y con él la intelectualidad trotskista en general- insistía en que la izquierda no había avanzado mucho en el terreno democrático a causa de su falta de ruptura con el socialismo real.⁵⁵

⁵⁵ Ver, entre otros textos sobre esta cuestión, la discusión entre Roger Bartra, Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Rubén Jiménez Ricárdez y Carlos Pereyra, “México: la democracia y la izquierda” en Cuadernos Políticos, núm. 49/50, ERA, México, enero-junio de 1987.

Los socialistas: del PCM al PSUM, del PSUM al PMS

Al interior de estas tendencias generales que perfilaban una crisis profunda de la izquierda socialista mexicana hay que ubicar los recorridos de sus principales organizaciones.

El PCM, recién obtenido el registro en 1979, empezó las maniobras unitarias articulando la Coalición de la Izquierda y, en 1981, en su XIX Congreso, después de un intenso proceso de revisión ideológica, se disolvió y dio vida y espina dorsal al Partido Socialista Unificado de México (PSUM), en el cual confluyeron el Partido Socialista Revolucionario (PSR), el Movimiento de Acción y Unidad Socialista (MAUS), el Partido del Pueblo Mexicano (PPM) y el Movimiento de Acción Política (MAP). El MAUS y el PSR eran antiguos desprendimientos del PCM, lo cual -junto a la manifiesta hegemonía de los comunistas en el grupo dirigente del PSUM- daba la sensación de un simple ensanchamiento del PCM o de un regreso a los orígenes. Por otra parte, el PPM era una escisión a la izquierda del PPS, originada por un fraude electoral en las elecciones para gobernador en el Estado de Nayarit, que fue avalado por el PPS a cambio de una senaduría. El PPM se distinguía por ser un partido doctrinario y caudillista; su líder Gazcón Mercado entró inmediatamente en conflicto con el grupo dirigente del PSUM, y encabezó una escisión en 1985 que restó al nuevo partido el aporte sólido aunque localizado

de los militantes nayaritas fieles a Gazcón, la llamada “ola verde”. Por último se sumó el Movimiento de Acción Política (MAP), una agrupación reducida pero particularmente activa en el sindicalismo universitario y nuclear (Sindicato Unitario de los Trabajadores de la Industria Nuclear, SUTIN), cuyos rastros ideológicos remitían al pensamiento de Rafael Galván y al nacionalismo revolucionario.⁵⁶

El PMT se retiró a último momento del proceso de fusión a causa de discrepancias sobre el símbolo -que siguió siendo la hoz y el martillo del PCM-; la composición de los órganos dirigentes y el rompimiento de los acuerdos; formalismos que según varios autores enmascaraban las ambiciones de Heberto Castillo de ser candidato a la Presidencia de la República en 1982 en lugar de Arnoldo Martínez Verdugo.⁵⁷ El mismo Martínez Verdugo dijo en la asamblea de fusión que la ausencia del PMT se debía a diferencias de fondo sobre el carácter del nuevo partido:

“El partido en el que estábamos dispuesto a fusionarnos sólo podía ser un partido de clase por su proyecto y su política, es decir no un partido pluriclasista, sino un partido definitivamente

⁵⁶ Sobre la herencia del pensamiento de Galván entre los dirigentes del MAP, ver el libro colectivo Clase obrera, nación y nacionalismo. Textos en homenaje a Rafael Galván, El Caballito, México, 1985.

⁵⁷ Sobre las razones de la ruptura ver, Jorge A. Villamil Rivas, “Porqué nace y lucha el Partido Mexicano de los Trabajadores” en Jorge y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, tomo II, pp. 103-128; Javier Santiago, PMT, la difícil historia 1971-1986, Posada, México, 1987; Rodolfo Echeverría y Federico Piña, La fusión de la crisis, Ediciones del Círculo de Estudios Políticos José Revueltas, México, 1987; y Gustavo Hiraes, “Adiós al comunismo mexicano” en Nexos núm. 133, México, enero de 1989.

obrero (...) que debe basarse en una teoría revolucionaria que todos reconocemos en el socialismo científico”.⁵⁸

En esto, el ex secretario general del PCM subrayaba la distancia entre el PMT y el PSUM, que no se alejaba del PCM en sus rasgos político-ideológicos fundamentales. Los orígenes del PMT remontan a 1974, cuando lo que había quedado del Comité Nacional de Auscultación y Coordinación (después Organización) -después de las salidas de Octavio Paz, Carlos Fuentes, Luis Villoro, Miguel Angel Velasco, Carlos Sánchez Cárdenas y de la escisión del grupo de Rafael Aguilar Talamantes- decidió convertirse en un partido de izquierda distinto al PCM y a toda la izquierda marxista. El PMT, a diferencia de los otros partidos de la izquierda mexicana, no profesaba el socialismo, se refería a “los trabajadores” en lugar de la clase obrera, se inspiraba en las corrientes revolucionarias nacionales, en particular al cardenismo, y centraba su programa en reivindicaciones concretas relacionadas con la defensa de la soberanía nacional, la independencia económica, la moratoria del pago de la deuda externa, la defensa del petróleo y la lucha contra el “charrismo” sindical. Su voluntad de “nacionalizar la revolución” quedaba expresada en el símbolo del partido: un jeroglífico azteca cuyo significado es unión y movimiento. En los últimos años había centrado su discurso en el respeto de la pequeña propiedad y en la inclusión en el partido de los pequeños y medianos

⁵⁸ Citado en Hirales, “Adiós al comunismo mexicano”, cit..

empresarios y los llamados “dirigentes naturales”, lo que suscitaba suspicacias en el contexto de la cultura política clientelar mexicana.⁵⁹

Pero el partido “nuevo” -el partido de masas y de jóvenes- que debía volcarse hacia el país real -rechazando el marxismo “exótico” del PCM y sus manuales- nunca despegó. De las figuras que impulsaron el proyecto, después de la expulsión de Demetrio Vallejo, quedó solamente Heberto Castillo, ex dirigente del MLN, líder estudiantil y preso político en 1968. El carisma de Heberto Castillo fue el pegamento y el límite del PMT: la lealtad personal y la indiscutible autoridad del líder enmascaraban la ausencia de democracia interna y las constantes oscilaciones políticas. Cierta antiintelectualismo, como reacción a la amplia difusión del marxismo en los años setenta, se manifestaba en graves deficiencias ideológicas y en un vacío programático que la presencia pública de Heberto Castillo no podía ocultar. Además, como otras organizaciones de la izquierda, padecía un exceso de centralización en la capital y una deficiencia de arraigo en la sociedad.⁶⁰

La vida del PMT fue marcada por los esfuerzos por obtener el registro electoral y por la enorme decepción de la elección de 1985, donde no pudo ni siquiera obtener los votos necesarios para mantenerlo. Así que el PMT, por necesidad, volteó hacia otras organizaciones de izquierda. En un primer

⁵⁹ Sobre el PMT, ver Javier Santiago, cit., y Jorge A. Villamil Rojas, “Por qué nace y lucha el PMT”, cit..

⁶⁰ Luis Jesús Galindo Cáceres, “De la izquierda perdida, lo que aparezca. Comentario a la ponencia sobre la democracia y el PMT” en Jorge y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, tomo II, pp.129-139.

momento, con el afán de superar el aislamiento -cerrando filas, endureciendo y radicalizando su postura- avanzó en un sorprendente proceso de fusión con el PRT. Sucesivamente Heberto Castillo, con su estilo característico, hizo una profunda autocrítica y viró hacia el PSUM, aliado natural del PMT.⁶¹

El PSUM había nacido entre las expectativas que suscitaba su objetivo declarado: abrir un proceso de unificación de la izquierda socialista mexicana a partir de la formulación de un proyecto de socialismo democrático. Sin embargo, para algunos autores, el PSUM fue simplemente la salida encontrada por la dirigencia comunista a la crisis interna del PCM y en su fracaso se situaría la verdadera crisis del comunismo mexicano: en la incapacidad de dirigir un proyecto ampliado, en la crisis de su dirección histórica.⁶² Las reacciones agresivas de la dirigencia del PSUM hacia Gazcón Mercado - argumentando que los comunistas no podían ceder continuamente frente a sus aliados- y el escándalo suscitado por el secuestro de Arnoldo Martínez Verdugo en 1985 por parte de una fracción del Partido de los Pobres, eran simplemente las manifestaciones exteriores de una crisis profunda de un pensamiento y una serie de referentes.⁶³

⁶¹ Ver Javier Santiago, cit., y PMT, "Informe del Comité Nacional a la 4 Asamblea Nacional Ordinaria", 1987, mimeo.

⁶² De hecho un grupo de ex-"renovadores" del PCM, decidieron dejar el PSUM y fundar el Movimiento Comunista Libertario, para después regresar en 1983, Ver Rodolfo Echeverría y Federico Piña, La Fusión de la Crisis, Ediciones del Círculo de estudios José Revueltas, México, 1987.

⁶³ Argumentos en esta dirección se encuentran en Hiraes, cit., y Echeverría y Piña, cit..

Más allá de las intenciones y los entusiasmos iniciales, lo que fue evidente fue la degradación de la vida interna del PSUM, polarizada por las luchas entre las corrientes y las ambiciones personales, encarnizadas por la frustración que provocaba el estancamiento político y la crisis interna de un proyecto ambicioso. Solamente en segundo plano aparecieron las divisiones ideológicas, por las cuales, por ejemplo, en el Congreso de 1982 los miembros originarios del PCM y del MAP se enfrentaron con los del PPM y del PSR a raíz de los acontecimientos ocurridos en Polonia y en relación a la nacionalización de la Banca.⁶⁴

En las palabras de un intelectual comunista:

“se empañó la tendencia socialista democrática que había crecido en el viejo partido comunista, se paró la radicalización de los nacionalistas, se interrumpió la flexibilización de los marxistas-leninistas y se anquilosó la ortodoxia de los lombardistas”(…) “Lo han abandonado intelectuales, artistas, profesionistas, sindicalistas, el partido está desecho, dividido, desarmado ideológicamente, sin brújula -sólo le quedan el aparato y las siglas- y se sostiene básicamente con las prerrogativas del gobierno y los ingresos de los diputados.”⁶⁵

⁶⁴ El grupo parlamentario del PSUM votó a favor del proyecto presidencial sobre la indemnización del “daño moral”.

⁶⁵ Ver Roger Bartra, “La unidad, ¿para qué?”, cit., p. 16.

Así que un proyecto que, a principios de los ochenta, parecía abrir nuevos cauces a la izquierda socialista y había suscitado muchas esperanzas, reveló en pocos años sus límites y sus taras.⁶⁶

En el *Informe* al último congreso del PSUM, su secretario general, Pablo Gómez, a pesar de no considerar totalmente negativo el balance del PSUM y de proponer una nueva fusión, reconocía los límites de este primer ensayo unitario. Su lectura no dejaba márgenes de duda: eran evidentes el retroceso electoral, la disminución de la militancia, así como el desgaste de la imagen del partido. Pablo Gómez enumeraba una serie de causas profundas: el reflujo de la movilización, la escasa presencia de los socialistas en las luchas en curso, la falta de combatividad, de reflexión e investigación, la dispareja distribución regional, la presencia de grupos al interior del partido que dificultaban la vida orgánica, la concentración en pocos dirigentes de la toma de decisiones, la escisión del 1985 que había perjudicado la imagen y la vida interna del partido.⁶⁷

⁶⁶ Además de los autores citados, en esta línea, también Iván García, "El PSUM", en Jorge y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, tomo II, pp. 173-176 y, en el mismo volumen, Miguel Angel Velasco, "Esfuerzos en aras de la construcción de la fuerza organizada de los trabajadores. Comentario a la ponencia sobre el PCM y el PSUM", pp. 177-179.

⁶⁷ Ver "Unidad por la democracia y el socialismo", Informe del Comité Central al Tercer Congreso del PSUM, presentado por Pablo Gómez y aprobado por el Congreso, suplemento de Así es, México, núm. 198, 8 de julio de 1987.

En general se trataba de una autocrítica devastadora, en la medida en que admitía que no se había encontrado la “forma organizativa”, mientras se navegaba lejos de las masas y en una peligrosa deriva burocrática:

“la característica de nuestros organismos es que se hallan aislados y se repliegan a una vida cerrada por la ausencia de una concepción de la vida del partido, abierta hacia el movimiento de masas, sea este sindical, campesino.” (...) “Los órganos de dirección del PSUM deben ser sujetos a crítica. El defecto principal de la mayoría de ellos, en particular del Comité Central, es su desligazón de la base y su falta de decisión para encabezar a los socialistas tanto en las acciones regionales como en las luchas nacionales” (...) “Porque desvinculan la lucha del partido y de las masas, se reducen a lo administrativo. De aquí surge un tipo de dirigente o funcionario que va desligándose de la actividad verdaderamente política, para reducirse al ámbito administrativo”⁶⁸

Aún reconociendo que “a estas alturas -cinco años después de su fundación- es preciso señalar que las características del PSUM no están del todo delineadas”, en su informe, Pablo Gómez indicaba como salida a tal situación un nuevo paso hacia la unidad de la izquierda, hacia “la construcción del partido socialista de masas”, en vista de la próxima coyuntura electoral. El análisis de la situación del país identificaba las profundas transformaciones ocurridas en las formas y los contenidos de las políticas estatales y, después del descenso de las luchas populares, las señales de un posible repunte en la movilización.

⁶⁸ Ibid., pp. 10-11.

Ocupaba un lugar central en el *Informe al Congreso* el tema de la democracia, asumido como el eje estratégico de la transformación, por lo que las demandas más concretas y puntuales eran una reforma constitucional en sentido parlamentarista y una reforma electoral en sentido proporcional, para “cerrar el paso a la tendencia bipartidista”.⁶⁹

A pesar de su análisis despiadado de la experiencia del PSUM, Pablo Gómez negaba que la nueva fusión que se proponía fuera una salida desesperada, sino que por el contrario confiaba que fuese la expresión de una “nueva cultura política, caracterizada por la búsqueda constante de su unidad orgánica y política”.

En palabras del secretario general del PSUM:

“Esta tendencia no es resultado de la pequeñez de los grupos de izquierda, pues en el pasado tales organizaciones eran aún más pequeñas y no se producían procesos unitarios. Al parecer, dicha tendencia es la expresión de una visión crítica de lo que es la izquierda y de sus posibilidades de desarrollo político y orgánico”. (...) “La ausencia tan prolongada en México, de una izquierda orgánica con gran arrastre de masas, así como la crítica sistemática a la existencia grupuscular, el caudillismo, la marginalidad y otros problemas graves, han llevado a muchos miembros de partidos de izquierda a plantearse soluciones nuevas, a buscar un camino para la conformación de un partido con gran fuerza política.”⁷⁰

⁶⁹ Ibid., p. 6.

⁷⁰ Ibid. p. 11.

Por otro lado, admitía que la fusión no era ninguna garantía ni ninguna panacea y que eran razonables las preocupaciones, pero concluía invocando su necesidad y su inevitabilidad. Estas mismas razones eran expresadas por los principales dirigentes de las organizaciones interesadas a un nuevo proyecto unitario, en términos de una solución a la crisis de la izquierda, a su dispersión orgánica, a la falta de un proyecto viable, a la importancia de la coyuntura en la historia del país, a las mayores convergencias que discrepancias entre las distintas agrupaciones.

En general se apuntaba al proyecto de nueva fusión como a un acontecimiento histórico para la izquierda, por su magnitud, sus principios, su intento de superar los límites de una cultura en crisis, de diluir el dogmatismo y el sectarismo, aceptar el pluralismo, adquirir realismo y madurez.⁷¹ Heberto Castillo, y con él el PMT, se sumó con entusiasmo a la idea de un nuevo partido que permitiera rectificar los errores de la izquierda, causas junto: “a las circunstancias económicas, políticas y sociales dadas en las cuatro últimas décadas, para hacer que la inconformidad popular sea capitalizada por el PAN y otros sectores de derecha”.⁷²

Así el nuevo partido -llamado Partido Mexicano Socialista (PMS), anteponiendo lo “mexicano” a lo “socialista” en concesión a Heberto Castillo y el PMT- tenía la ambición de formular un proyecto a la altura de los nuevos

⁷¹ Ver Hiraes, cit.

⁷² Citado en Oscar Hinojosa “El nacimiento del PMS, más importante pero menos atrayente que el del PSUM” en Proceso, núm. 543, 30 de marzo de 1987, p. 25.

problemas que planteaban la crisis económica, el reflujó del movimiento y la reestructuración capitalista en curso. *El Convenio de Fusión*, aprobado en la Asamblea Constitutiva del PMS el 29 de marzo de 1987, era minucioso en cuanto a los acuerdos y las etapas de la fusión, mientras que el *Programa* era más bien general y ambiguo. Después de evocar los puntos cardinales de la izquierda socialista mexicana -democracia, socialismo y soberanía- delineaba sumariamente la “nueva revolución” y una “vía al socialismo” que sería precedida por:

“el establecimiento del nuevo poder, democrático y popular, sobre las bases de una nueva democracia política desarrollada y la aplicación de un programa económico y social que responda a los intereses del pueblo trabajador y garantice la justa distribución de la riqueza conforme al trabajo”.⁷³

Se insistía, por otra parte, en la democracia y el pluralismo como ejes de un nuevo proyecto de país y de construcción de una nueva izquierda, por lo que se reconocían, por primera vez, las corrientes organizadas en el seno del nuevo partido y se establecía el principio de dirección colegiada.⁷⁴ Se concebía la unidad de la izquierda como un proceso en curso y se invitaba a las otras organizaciones socialistas a dar un paso más, abriendo incluso las puertas a un

⁷³ Ver “Programa del PMS” en Partido Mexicano Socialista, Documentos Fundamentales, 1987, mimeo, p. 14.

⁷⁴ Ver “Convenio de Fusión”, punto 17, en *ibid.*, p. 9

posible futuro ingreso del otro partido con registro: el PRT.⁷⁵ Los compromisos contraídos con Heberto Castillo y el PMT eran perceptibles en la insistencia en los símbolos nacionales, en la doble filiación ideológica -la tradición revolucionaria mexicana y la teoría revolucionaria socialista- y en las aperturas hacia la propiedad privada, que gozaba de un reconocimiento explícito.

Además del PMT, entraban al nuevo partido el Partido Popular Revolucionario (PPR), la Unión de la Izquierda Comunista (UIC), el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y un grupo escindido del PST. El PPR (ex Corriente Socialista) se formó en 1985, después de años de semiclandestinidad, a partir de algunos sectores de la Liga 23 de septiembre y de estudiantes radicalizados, alrededor de una confusa mezcla de ortodoxia comunista, prosovietismo, antiimperialismo y propuestas de amplias alianzas con sectores de la burguesía y de la burocracia sindical en dirección de una revolución antioligárquica y antiimperialista.⁷⁶ La UIC era otro desprendimiento del PCM que regresaba después de catorce años de separación, en los cuales se había aliado primero, en 1979, con el PST y después, desde 1982, con el PSUM. Su principal dirigente, Manuel Terrazas, no se distinguía de la vieja guardia comunista sino por su insistencia en la

⁷⁵ Ibid., p. 8.

⁷⁶ Ver Ciro Mayén Mayén, "Corriente Socialista: por una democracia de los trabajadores", en Alonso y Sánchez Díaz, cit., pp.181-191; Mario Medina, "Entrevista a Camilo Valenzuela" en La Unidad, núm. 35, México, 8 de mayo de 1988, p. 7.

doctrina marxista-leninista.⁷⁷ Ambas organizaciones habían participado a la coalición electoral promovida por el PSUM en 1985. A ellos se sumaba lo que quedaba, después de una escisión importante, del MRP. El MRP -nacido en 1981 de restos del espartaquismo, de sectores guerrilleros y de una escisión del PCM- aglutinaba grupos diversos, principalmente estudiantes y colonos y abanderaba una doctrina heterogénea que incluía el cristianismo revolucionario, el marxismo-leninismo, el maoísmo y el nacionalismo. A pesar de su tendencia antipartidista, sus métodos clientelares en las organizaciones populares y una línea política de lucha de masas de corte maoísta, el MRP apoyó en 1982 la campaña de la candidata del PRT: Rosario Ibarra de Piedra.⁷⁸ Por último, se sumó un sector del PST que había rechazado el oportunismo de Rafael Aguilar Talamantes quien, pensando aprovechar el *vuelo de la neonata Corriente Democrática del PRI, había convertido el PST en Partido del Frente Cardenista de Renovación Nacional (PFCRN)*. Los opositores a Talamantes perdieron la batalla legal para el registro del PST y optaron por sumarse al proceso de fusión.⁷⁹

⁷⁷ Ver Alma Romo, "El PMS es el primer paso para lograr una alternativa revolucionaria. Entrevista con Manuel Terrazas" en *La Unidad*, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 7.

⁷⁸ Ver Mario Medina, "Entrevista a Carmelo Henríquez" en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 7; Eduardo Nivón, "El MPR y la democracia" en Alonso y Sánchez Díaz, cit., pp. 193-206.

⁷⁹ Ver Mario Medina, "El PST formalizó su ingreso al PMS" en *La Unidad*, núm. 1, 30 de agosto de 1987, p. 3; Oscar Hinojosa "En el PST tenemos que considerar nuestro comportamiento político. Entrevista con Graco Ramírez" en *Proceso*, núm. 545, 13 de abril de 1987, pp. 24-27. Afirmaba el dirigente que encabezó la escisión hacia el PMS: "No es posible convertir el cardenismo en una teoría política. (...) tengo la impresión de que Aguilar

A diferencia del PSUM, el PMS nacía en medio de desprendimientos, tensiones, polémicas, escepticismo y críticas.⁸⁰ Si en general la idea de la unidad de la izquierda era aceptada como necesaria y deseada, incluso desde la intelectualidad cercana al partido se consideraba que esta fusión era el resultado de la crisis de las diversas organizaciones fusionantes, de su manifiesta incapacidad para constituirse en alternativas reales de poder. Efectivamente, como mencionamos, la fuerza de las distintas agrupaciones estaba en descenso y el PMS parecía una suma de debilidades, de organizaciones divididas y desmoralizadas, que habían perdido credibilidad, simpatía y arrastre ante la opinión pública. Además la fusión no llegaba a raíz de un empuje desde abajo, sino entre los altibajos de la movilización popular y tampoco parecía el producto de transformaciones culturales en la izquierda, ni de una autocrítica profunda, ni de un claro acercamiento en las concepciones políticas.⁸¹

Más que un paso hacia un proyecto de izquierda amplio y con capacidad expansiva, se consideraba el PMS como el producto de una fusión organizativa y electoral entre aparatos carentes de sustentos sociales y

Talamantes quiso especular con esos acontecimientos: quiso colocarse en uno de los vagones del tren y liquidar el proyecto original del PST", p. 27.

⁸⁰ Ver Oscar Hinojosa, "El nacimiento del PMS, más importante pero menos atrayente que el del PSUM" en Proceso núm. 543, 30 de marzo de 1987, pp. 25-26. Hay que mencionar que, en vísperas de la fusión, salieron del PMT el llamado Grupo de los 100 y la Corriente de Base, mientras que del PSUM se desprendió la Federación Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos de Durango.

⁸¹ Además de los textos citados de Hirales y Echeverría y Piña, ver Jesús Zambrano "En el filo de la navaja", suplemento a La Unidad núm. 37, 22 de mayo de 1988; Rodolfo Echeverría, "Interrogantes en torno a la unidad de la izquierda" en La Jornada, 30 de noviembre de 1986.

políticos, unidos por la necesidad de encontrar una vía de supervivencia y de conservación.⁸²

No sorprendió que desde un principio afloraran los conflictos internos, en particular alrededor de la personalidad de Heberto Castillo, quien suscitó polémicas por sus críticas al Consejo Estudiantil Universitario (CEU) -junto a otros dirigentes- y por su insistencia en la apertura hacia la clase media, los pequeños empresarios y a los llamados “dirigentes naturales”.⁸³ Por lo demás, la atención estaba puesta en las elecciones de 1988 y en la posibilidad de una candidatura única de la izquierda, que incluiría a las organizaciones de la llamada “izquierda revolucionaria, en particular el PRT.⁸⁴

La autodenominada izquierda revolucionaria

En la autodenominada “izquierda revolucionaria”, el partido más importante era indudablemente el PRT. El PRT nació en 1976 de la fusión de distintas corrientes trotskistas: la Liga Obrera Marxista, la Liga Comunista

⁸² Ver Enrique Semo, “La Izquierda ve en su unidad la única salida”, cit. y las opiniones recogidas por Oscar Hinojosa “El nacimiento del PMS, más importante pero menos atrayente que el del PSUM”, cit.

⁸³ Heberto Castillo, “Extraño silencio” en Proceso, núm. 545, 13 de abril de 1987, pp. 35-37; “La posible unidad” en Proceso, núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 35-36; “Por la toma del poder” en Abraham Nuncio, cit., pp. 281-290.

⁸⁴ Oscar Hinojosa, “De una elección preliminar saldrá el candidato de la izquierda y podría ser en mayo” en Proceso núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 12-13.

Internacionalista y la Liga Socialista.⁸⁵ En 1978, el partido fue reconocido como asociación política y solamente en 1981 obtuvo el registro oficial. El año siguiente participó en las elecciones postulando para la presidencia a Rosario Ibarra de Piedra, quien se había distinguido por su campaña de defensa de los derechos civiles, contra la represión, por la liberación de los presos políticos y por la presentación de los desaparecidos. La relación con Rosario Ibarra dio al PRT cierta visibilidad y apertura, lo que le permitió extender su presencia en la sociedad mexicana y salir de las universidades, que habían sido el espacio privilegiado de su influencia, para insertarse en los sectores populares. A pesar de esto, el PRT nunca logró el “giro a la industria” que siempre se propuso y obtuvo resultados electorales muy limitados, que apenas le permitían alcanzar el mínimo necesario para conservar el registro.⁸⁶

En sus planteamientos políticos, el PRT insistía en su perfil revolucionario, en su compromiso fundamental con las luchas de masas -de las cuales las elecciones eran simplemente una manifestación coyuntural-, en su concepción de “revolución permanente” y en el “programa de transición”, que reunían tareas democrático burguesas y tareas propiamente socialistas, y con esto reafirmaba su rechazo al estalinismo y al lombardismo. Por otra parte, en

⁸⁵ Que editaban respectivamente las revistas *Clave*, *El Socialista* y *Bandera Roja*, ver Anguiano, cit., nota a p. 40.

⁸⁶ A lo largo de este proceso el PRT sufrió dos escisiones, de donde renació la LOM y surgió el Partido Obrero Socialista (POS), esta última a raíz de la revolución sandinista, que el partido decidió apoyar a pesar de las diferencias ideológicas frente a varias corrientes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Ver Manuel Aguilar Mora, “La democracia en México: ¿burguesa o socialista?” en Alonso y Sánchez Díaz, cit., pp. 141-150.

los últimos años, había adquirido importancia, en la estrategia política del PRT, la cuestión de la deuda externa y de la moratoria, ahora puesta al centro de un proyecto antiimperialista y de liberación nacional y considerada como la condición *sine qua non* para poder plantear reivindicaciones más avanzadas.⁸⁷ Se reconocía además, no sin una previa autocrítica, que la lucha por la democracia, creciente reclamo desde abajo, era una lucha fundamental, aunque se insistía en que fuera una democracia proletaria lo cual era evidentemente inalcanzable en un régimen burgués como el priísta.⁸⁸

También en el PRT se compartía la visión generalizada de la modernización en curso del capitalismo mexicano, las transformaciones sociales y políticas consecuentes, las fluctuaciones de las luchas populares a lo largo de los años ochenta, así como, para 1986, la percepción de señales de una reactivación de la movilización social.⁸⁹ Se reconocía además que, así como el tema de la democracia, también la unidad de la izquierda era un insistente reclamo popular, aún cuando se criticaban los procesos en curso por estar guiados por intereses partidarios, mientras se consideraba necesaria una unificación desde abajo, desde el movimiento popular. Por otra parte, el PRT

⁸⁷ "Hacia un partido revolucionario de masas. Proyecto de resolución sobre la construcción del partido para el V Congreso" en Cuadernos de La Batalla, núm. 6, junio de 1987, p. 11.

⁸⁸ Ibid., p. 12. Ver también Aguilar Mora, "La democracia en México..", cit. y la respuesta de otro intelectual trotskista, Octavio Rodríguez Araujo, "Construir la democracia socialista desde ahora", en Alonso y Sánchez Díaz, cit., p. 151-155. Así como el "Informe electoral" en PRT, Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, núm. 3 junio de 1987, pp. 25-35.

⁸⁹ Ver "Hacia un partido..", cit., pp. 21-31.

evaluaba que, aunque en las elecciones habían obtenido escasos resultados, las coaliciones y las fusiones eran la única alternativa para revertir la desconfianza hacia la izquierda socialista, su tendencia al aislamiento social y restar bases al PAN, cuyo ascenso en los últimos años era inquietante.⁹⁰

Al nacimiento del PSUM, el PRT había reiterado su concepción de las dos izquierdas -reformista y revolucionaria- insistiendo en que el PSUM tenía un proyecto de socialismo distinto al del PRT, en particular en relación a la eterna cuestión de la independencia de los trabajadores y de la naturaleza de clase de las alianzas.⁹¹ A principios de 1986, el PRT fue protagonista del mencionado intento de fusión con el PMT, el cual había virado momentáneamente a la izquierda a raíz de su fracaso electoral para después volver a su cauce natural, al lado del PSUM, obligando al PRT a abandonar el ya avanzado proceso de unificación.⁹² En el PRT se hizo una severa autocrítica sobre esta experiencia -de la cual el partido salió dejando una imagen de sectarismo- considerando que no se habían evaluado suficientemente las diferencias de fondo con el PMT.⁹³ El PRT había contestado la invitación de ese partido de incorporarse al proceso de fusión

⁹⁰ Ver "Informe electoral" en PRT, Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, núm. 3, junio de 1987, pp. 27-30.

⁹¹ Ver PRT, "Declaración del buró político del PRT sobre el anuncio de fusión entre PCM, PMT, PPM, PSR, y MAUS", 18 de agosto de 1981, mimeo.

⁹² El PRT y el PMT emitían, en mayo de 1986, un "Boletín interno conjunto", donde planteaban -iniciando con la cuestión de la deuda- su proyecto común e invitaban a la "unidad popular y revolucionaria" a otras organizaciones como el MRP, el PRS, el PPR, con los cuales se había conformado el llamado Grupo de los Cinco.

⁹³ Ver "Hacia un partido...", cit., p. 4.

con el PMS con la contrapropuesta de una coalición electoral, llegando incluso a aceptar la idea de la fusión a la largo plazo, mediante un pasaje previo en una federación de partidos.⁹⁴ Sucesivamente, en una serie de intercambios que se prolongaron hasta después del nacimiento del PMS, había alegado una serie de problemas de método, acusando el PMS de querer una simple anexión.⁹⁵ Finalmente, había argumentado su rechazo tajante a partir de las razones de siempre: siendo el PMS un gran reagrupamiento de la izquierda reformista, el PRT no podía reducirse a una simple corriente revolucionaria al interior de un proyecto que no compartía. Para los trotskistas, si el PSUM, fusionándose con el PMT, desdibujaba su perfil, al mismo tiempo actuaba en coherencia con su histórico proceso de socialdemocratización. Por otra parte, se consideraba que el PMS carecía de sólidos acuerdos políticos internos y que aceptaba la inclusión de los pequeños y medianos empresarios y abandonaba definitivamente el marxismo. Para el PRT, el PMS era una mera operación electoral que además no suscitaba ni siquiera las simpatías que despertó el nacimiento del PSUM. Por su parte, los trotskistas pensaban tener la posibilidad de crecer, en particular considerando el estado crítico de las demás organizaciones de la izquierda revolucionaria. Se fortalecía así la teoría de los

⁹⁴ Ver el documento de la mayoría del PRT del 8 de abril, "La unidad posible y necesaria" en Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, núm. 2, junio de 1987, pp. 30-32.

⁹⁵ Hasta el 26 de marzo de 1987 se mantuvo abierta la posibilidad de un arreglo, como se puede observar en los documentos incluidos en los citados Boletines Internos de Discusión e Información y después en los Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, de 1986 a 1987.

dos polos: uno reformista encarnado por el PMS y uno revolucionario, que el PRT quería articular a su alrededor.⁹⁶ Así que, a pesar de la persistente oferta de una coalición total de la izquierda y de unas elecciones primarias para elegir al candidato presidencial, el PRT dio por cerrado el diálogo con el PMS y se dedicó a la tarea de unificar la izquierda revolucionaria.⁹⁷

Al margen de las negociaciones con el PSUM y después con el PMS, el PRT no había dejado de volcar sus mejores energías en la unificación, a su alrededor, de las distintas organizaciones de izquierda sin registro. En un primer momento reingresó al partido la Liga Obrera Marxista (LOM) y después entró la Corriente de Izquierda Revolucionaria (CIR), corriente de base del PMT escindida al momento de la entrada al PMS.⁹⁸ Aún cuando se construían alianzas con el Partido de los Trabajadores Zapatistas (PTZ), el Partido de la Revolución Socialista (PRS) y la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), el objetivo principal del PRT era manifiestamente una alianza con la Organización de la Izquierda Revolucionaria-Líneas de Masas (OIR-LM). A pesar de compartir los principios básicos del radicalismo revolucionario, las diferencias entre maoístas y trotskistas, a nivel de ideología

⁹⁶ Ver los documentos citados, "Hacia un partido..." y "La unidad posible y necesaria", así como "Precisando nuestra política electoral y de alianzas" en Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, núm. 4, julio de 1987, pp. 2-4.

⁹⁷ Ver "Precisando nuestra política electoral y de alianzas" y "Nuestra propuesta sobre la unidad en la coyuntura electoral" en Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT, núm. 4, julio de 1987, pp. 6-8.

⁹⁸ Ver el intercambio de cartas con la LOM y el convenio de fusión en Documentos de discusión..., núm. 2, junio de 1987, pp. 12-14, así como el "Protocolo de fusión de la CIR al PRT" en Documentos de discusión..., núm. 4, julio de 1987, p. 11.

y de estrategia, no eran menores. El PRT consideraba que la opción de “ir al pueblo” y de la lucha exclusiva en las organizaciones de masas era válida “sólo en última instancia” y que era determinante la existencia de una opción política de largo alcance. Pero, más allá de esto, lo que mantenía alejadas a las dos organizaciones era la competencia y la lucha por la hegemonía en los mismos, reducidos, espacios sociales. Si el PRT acusaba a la OIR-LM de sectarismo y hegemonismo en la conducción de la CONAMUP, la OIR-LM contestaba acusando al PRT de haber boicoteado la coalición electoral en Durango y criticaba su postura frente al CDP de Chihuahua. A pesar de estas polémicas, y gracias a la aversión hacia el neonato PMS, se mantenía un canal de comunicación.⁹⁹

Además de las dificultades en las relaciones con las otras organizaciones de izquierda, el PRT vivía una conflictiva dinámica interna. Desde 1985, alrededor de Adolfo Gilly y Arturo Anguiano, se había conformado una oposición interna que avanzaba una crítica de orden político-estratégico sobre la cuestión de la deuda externa. Para la minoría, en el nuevo enfoque, que ponía al centro la moratoria, se perdían de vista las componentes internas del proceso de reestructuración capitalista y se caía en el dependantismo, que veía en el imperialismo el gran enemigo y que era el eslabón a partir del cual podían justificarse la alianza con los sectores

⁹⁹ Ver “Carta de la OIR-LM al PRT” y “Carta del PRT a la OIR-LM” en Documentos de discusión..., núm. 2, junio de 1987, pp. 36-38.

nacionalistas de la burguesía. Dos distintas estrategias políticas descendían de la definición de México como un país semicolonial o, como pretendía la minoría, como un “país capitalista de desarrollo intermedio subordinado al imperialismo”.¹⁰⁰

A esto se añadía una severa crítica a la dirección por su actitud en el transcurso del proceso de fusión del PMS. A pesar de compartir la teoría de la izquierda reformista y revolucionaria y la evaluación negativa hacia la fusión que dio vida al PMS, la minoría insistía con mucha más decisión en la necesidad de la unidad de la izquierda, en un frente, así como había sido propuesto formalmente por el PRT en el febrero de 1986.¹⁰¹ En particular los disidentes apuntaban a una alianza inmediata con la OIR-LM, mientras que manifestaban sus resistencias hacia un acercamiento con el Partido de la Revolución Socialista (PRS), fundado por Gascón Mercado a su salida del PSUM. En general la minoría -más allá de las críticas a la dirección- invitaba a retomar la discusión sobre las alianzas, abriendo espacios reales a la negociación con el PMS.¹⁰²

¹⁰⁰ Así lo planteaba la minoría del PRT en “Fusiones y Confusiones. La unidad de la izquierda y las divergencias en el PRT” en Documentos de discusión..., núm. 2, junio de 1987, p. 22.

¹⁰¹ Como se desprende del documento congresual “Por un partido revolucionario enraizado en los trabajadores” en La Batalla núm. 5, febrero de 1987, pp. 28-41, ver también el documento “Adecuar nuestra política electoral” en Documentos de discusión..., núm. 4, julio de 1987, p. 8.

¹⁰² Además de los citados “Fusiones y confusiones” y “Adecuar nuestra política electoral”, ver el artículo de Adolfo Gilly y Arturo Anguiano, “Crisis social, recomposición política y unidad electoral de la izquierda” en Pueblo, núm. 128, julio de 1987, pp. 32-34.

Sobre esta misma cuestión, dos diputados y miembros de la dirección nacional, Pedro Peñaloza y Ricardo Pascoe, manifestaban opiniones que convergían con las de la minoría encabezada por Gilly. En un documento interno, los dos diputados ponían énfasis en la dimensión social antes que electoral de la unidad y criticaban la dirección por no haber percibido este reclamo de los movimientos sociales, por dejar a los reformistas el “sentimiento unitario de clase” y por caer en el dogmatismo y el sectarismo. Volvían a plantear la hipótesis de una corriente revolucionaria en un futuro partido unificado de la izquierda pero, vistas las condiciones, apoyaban la propuesta del PRT de impulsar una coalición electoral.¹⁰³

Estas lecturas, a diferencia de la que avanzaba la dirección del partido, partían de una visión más pesimista de la situación de la izquierda, y en particular del PRT, que -a pesar de su indudable crecimiento- seguía siendo un partido pequeño, con un arraigo social muy limitado. En la discusión sobre la línea se enfrentaban dos imágenes del PRT: la de un partido con amplios márgenes de crecimiento que debía defender su propio proyecto político y la de un partido en dificultad que debía pensar en como sobrevivir y ligarse a un proyecto de mayor alcance.¹⁰⁴ Tan era así que los disidentes habían ventilado el peligro de la pérdida del registro y de las prerrogativas que lo acompañaban,

¹⁰³ Ver Pedro Peñaloza y Ricardo Pascoe, “La unidad que queremos” en Documentos de discusión..., núm. 2, junio de 1987, pp. 34-35.

¹⁰⁴ Ver Adolfo Gilly, “Renuncia al Comité Central” y “Las elecciones y la izquierda radical” en Documentos de discusión..., núm. 4, julio de 1987, pp. 37-43 y 12-14, así como en el documento citado “Por un partido revolucionario enraizado en los trabajadores”.

con todos los riesgos que esto comportaba para un partido cuyas finanzas dependían casi exclusivamente de las cajas públicas.¹⁰⁵ La dirección censuró duramente estas alusiones, denunciándolas como parte de una campaña para entrar al PMS y de un chantaje de parte del gobierno para que el PRT moderara sus actitud. Se acusaba además a los disidentes de fraccionalismo, de poner en discusión la legitimidad del Comité Político, de plantear diferencias en todos los puntos fundamentales de la línea del partido.¹⁰⁶

Por debajo de estas discusiones políticas, las contraposiciones al interior del PRT se alimentaban siempre más de acusaciones personales y de agresiones verbales de un lado y del otro. Los opositores en particular insistían en la falta de democracia interna y el ostracismo hacia las disidencias y, en distintos momentos, se verificaron las renunciaciones a los órganos de dirección de figuras importantes como Anguiano, Gilly, Peñaloza y Pascoe.¹⁰⁷

Más allá del PRT, existía una izquierda revolucionaria de tradición abstencionista. Como el PRT, desde 1968, las distintas organizaciones de este sector se habían definido a partir de sus diferencias con los que ellos llamaban "reformistas", encarnados sucesivamente por el PCM, el PSUM y -desde 1987- por el PMS. En relación a este último, los distintos grupos de esta

¹⁰⁵ Ver Gilly, "Renuncia al CC", cit.

¹⁰⁶ Ver "A propósito de los que se retiran del debate sobre la unidad de la izquierda" y "Respuesta a la renuncia de Adolfo Gilly" en Documentos de discusión..., núm. 3, junio de 1987, p. 22 y pp. 45-48 y "Confusiones y diversiones" y "Carta del Comité Político a Pascoe" en el núm. 2, junio de 1987, pp. 27-30 y pp. 42-43.

¹⁰⁷ Ver las cartas de las renunciaciones en los Documentos de discusión..., núms. 1-4, mayo-julio 1987.

corriente coincidían en subrayar que se trataba de un avance en la unificación de la izquierda y un paso hacia la clarificación y la simplificación de las opciones de izquierda, en la medida en que PSUM y PMT compartían la misma línea hacia los sectores progresistas del gobierno, la misma ideología pequeñoburguesa y el mismo planteamiento pluriclasista. Por otra parte denunciaban las dificultades internas de las organizaciones fundadoras, la falta de claridad en su línea política, su proyección meramente electoral y su carácter de instrumento de presión más que de construcción de una alternativa revolucionaria. A esto contraponían una visión basada en la actualidad de la revolución, la independencia de clase, la organización popular y la acumulación de fuerza mediante la resistencia activa. Por lo tanto el único acercamiento posible con los “reformistas” podía darse en el movimiento popular, mediante una unidad de acción, aunque también a este nivel primaban los ataques y las críticas.¹⁰⁸

En esta visión había coincidencia con el PRT y, en consecuencia, había habido muchos acercamientos entre las diversas organizaciones de la izquierda “revolucionaria”, desde la lucha contra la represión hasta las iniciativas unitarias de principios de los ‘80, donde el PRT y los demás marcharon juntos. Las diferencias nacían, más que de la opción abstencionista -“consciente” mediante la anulación del voto- que caracterizaba este sector, de la

¹⁰⁸ Ver los Documentos Fundamentales de la OIR-LM, mayo de 1982, folleto.

competencia que vivían estas agrupaciones para conquistar espacios organizativos y ideológicos en los mismos sectores del movimiento popular. En particular se temía la hegemonía del PRT, único partido con registro de la izquierda “revolucionaria”. Este temor había llevado, durante la época de ascenso de masas, a la formación de la Coordinación Revolucionaria Nacional (CRN) ¹⁰⁹ y posteriormente de un Frente Político de la Izquierda Revolucionaria (FPIR), que en 1985 se transformará en Unión Nacional de la Izquierda Revolucionaria (UNIR).¹¹⁰ Este proyecto tenía como objetivo de largo plazo una fusión orgánica y, en el mediano, fortalecer las pequeñas organizaciones frente al PRT. La UNIR sufrió el reflujo de la luchas sociales y el consiguiente recrudescimiento de las divergencias políticas y -después de algunas escisiones importantes- desapareció.¹¹¹

Entre las ruinas del UNIR, tres organizaciones sobresalían por su presencia y su influencia en el medio socialista. La principal era sin duda la Organización de la Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), la cual contaba con un importante --aunque disperso-- arraigo social. Sus orígenes, como otras organizaciones de la llamada izquierda revolucionaria, remontaban al espartaquismo y al 68, mientras que sus antecedentes concretos se sitúan en

¹⁰⁹ Conformada por el Comité de Defensa Popular, Unión Campesina Independiente, el Movimiento de Lucha Popular, el Movimiento de Lucha Revolucionaria, la Organización Revolucionaria Punto Crítico y después también por la COCEI, Anguiano, cit., p. 40.

¹¹⁰ Compuesta por ACNR, MRP, MLP, MIR, ORP, ORPC, OIR-LM, SO, ULR y FMIN.

¹¹¹ Ver UNIR, Tesis políticas a discusión, 9 de junio de 1985, folleto, y los dos números de la revista Debate, núm. 1 y núm. 2, de septiembre de 1986 y abril de 1987. Se escindieron, sucesivamente el MRP, la COCEI y el CDP de Chihuahua.

plena época de ascenso de masas, en 78, en la Coordinadora Línea de Masas. La OIR-LM se constituyó como tal solamente en 1982 de la fusión de varios grupos de tendencia maoísta.¹¹² Su perfil ideológico giraba alrededor del pensamiento maoísta y de la llamada “línea de masas”, que consistía en concebir la revolución como un proceso prolongado y focalizar la actividad política en la organización popular, en la “integración física y política” con el pueblo -“ir al pueblo” y “servir el pueblo”-, en la formación de espacios de contrahegemonía mediante la construcción de órganos de poder popular. El referente histórico fundamental de los maoístas era, por supuesto, la China de la revolución cultural y reivindicaban las herramientas del marxismo-leninismo, criticando el revisionismo y el socialismo burocrático soviético.¹¹³ Su espacio de arraigo social fundamental era el movimiento urbano popular y se concentraba en algunas regiones del país -Durango, Chihuahua, Zacatecas y el Estado de México- a las que ellos mismos llamaban las “islas de la OIR”.¹¹⁴

¹¹² Ver OIR-LM, “Informe al Congreso de Fusión”, 5-7 febrero de 1982, folleto. Se define así la conformación de la OIR-LM: “una agrupación política proveniente de Política Popular con una fuerte influencia en el Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey y el Comité de Defensa Popular de Durango, la seccional Ho Chi Min (presente en el Valle de México, Oaxaca, Guerrero y parte de Jalisco), y el Frente Popular de Zacatecas, sucesivamente tendrán otros núcleos importantes en Veracruz y en el Valle de México, con la formación de la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata del Valle de México”.

¹¹³ Ver los citados Documentos fundamentales, así como el artículo de Pedro Moctezuma, “Necesidad de la construcción del partido revolucionario. Su democracia”, en Alonso y Sánchez Díaz, cit., pp. 207-226. Ver también para referencias generales sobre el maoísmo y la Línea de Masas, el libro de Isaac Deustcher, El maoísmo y la Revolución Cultural China, ERA, México, 1971, y el número I de la Revista del Partido del Trabajo, Paradigmas y Utopías, México, marzo de 2001, en particular para el caso mexicano, el documento “Por una Línea de Masas” de la organización Política Popular, pp. 161-210.

¹¹⁴ Informe de la CPN a la I Asamblea Nacional Plenaria, folleto, junio de 1985, p. 26.

La Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), nacida en 1983, alrededor de una publicación titulada *Punto Crítico* (que había empezado a circular en 1972), se caracterizaba por la presencia de un buen número de destacados dirigentes populares, ligados al sindicalismo independiente y a la Asamblea de Barrios (AB) de la Ciudad de México, y por una importante labor intelectual, debida a su presencia en las universidades públicas y a la circulación de la revista. Desde el punto de vista ideológico, la ORPC se ubicaba en la llamada “izquierda revolucionaria”, crítica frente al PCM, el PSUM y el PMS, volcada en el trabajo de masas –herencia de simpatías maoístas- y en la divulgación y la propaganda, mediante la revista y la labor de los intelectuales que integraban la organización.

La Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) se constituyó en 1983 a partir de los “cívicos” guerrerenses, después de un largo proceso de rearticulación entre sobrevivientes de la guerrilla encabezada por Genaro Vázquez y otra generación de militantes.¹¹⁵ Su arraigo, a los largo de los años ochenta, se extendió de la base guerrerense al movimiento urbano de la Ciudad de México, en particular en la Asamblea de Barrios y la Coordinadora Única de Damnificados (CUD). La ACNR, de filiación ideológica castrista y

¹¹⁵ La ACNR es el resultado de un proceso de fusión de la Asociación Cívica Guerrerense, el Comité promotor de Lucha Campesina y Popular, el Colectivo Democrático Revolucionario, el Grupo de Izquierda Revolucionaria-Espartaco, el Grupo Revolución, el Movimiento Cívico Jaramillista, el Movimiento Independiente de La Laguna, La Unión de Estudiantes Revolucionarios de Sinaloa y la Unión Revolucionaria Independiente, cfr. Anguiano, cit., en nota a p. 41.

guevarista, enfatizaba su carácter “rupturista”, en contraposición al “continuismo” del PMS, su proyecto de nueva revolución “democrática y de liberación nacional” y su táctica de “resistencia activa” como forma de acumulación de fuerzas.¹¹⁶

Estas organizaciones compartían la lectura general de la crisis económica y social, e incluso se distinguían por la aguda percepción de la profunda reestructuración económica que terminaba con un ciclo del capitalismo mexicano y marcaba el abandono de la política populista. Por otra parte, reconocían las dificultades de la izquierda socialista en general y de cada uno de sus integrantes.¹¹⁷

Particularmente duro era el balance interno de la OIR-LM donde se consideraban insuficientes los éxitos relativos en términos de arraigo; se asumía que no se había logrado construir un verdadero partido, por carencia de centralización, por la tendencia al caudillismo local y que, por lo tanto, la línea política era oscilante; que no se había podido salir de una lógica de estricta resistencia; y que al interior de la organización existían graves desviaciones, de tipo “antintelectual”, “ultrademocrático”, “pragmáticas” y “dogmáticas”. La insistencia en el trabajo de base, aunado a las tendencias anteriores, creaba

¹¹⁶ Ver estas concepciones en Mario Saucedo, “PMS ¿Unidad para la lucha o unidad electoral” en Patria Nueva, núm.4, abril-mayo 1987, 24-27; Germán Pintor, “La campaña que viene” en Patria Nueva, núm. 6, agosto-diciembre de 1987, pp. 27-33; y Humberto Zazueta, “Qué entendemos por democracia” en Patria Nueva, núm. 8, enero de 1988, pp. 16-18.

¹¹⁷ OIR-LM, Informe del Comité Político Nacional a la II Asamblea Nacional Plenaria, mayo de 1987, folleto; ORPC, “Notas sobre la situación de la izquierda”, cit.

un clima de rechazo a la reflexión teórica y una recaída en el pragmatismo, que en el quehacer concreto se convertía en actividades de presión en pro de concesiones asistencialistas. En la OIR-LM, además, se lamentaba el hecho que las negociaciones con las otras organizaciones de la llamada izquierda revolucionaria no habían prosperado y que en particular con el PRT se mantenían relaciones contradictorias -a pesar de las coincidencias generales- lo que creaba un peligroso aislamiento.¹¹⁸

Ya desde 1985, en coincidencia con el reflujo del movimiento popular y con las manifiestas dificultades del conjunto de la izquierda socialista, varios sectores de esta vertiente habían empezado a abandonar la línea abstencionista y abrirse a experiencias electorales al interior de coaliciones locales con la izquierda con registro. Aunque estas coaliciones produjeron resultados muy decepcionantes que alimentaron la desmoralización, la desmovilización, las deserciones y una nueva ola de divisiones, la opción electoral siguió siendo una válvula de escape para superar las dificultades o por lo menos un opción para un crecimiento ulterior, en espacios antes inexplorados.¹¹⁹

En 1985, en la OIR-LM, se dio un intenso debate, en el cual la mayoría reconoció que en las elecciones se jugaban aspectos importantes de la lucha de

¹¹⁸ Ver los documentos de la OIR-LM, Táctica del periodo; Movimiento popular: balances y perspectivas e Informe del Comité Político Nacional a la II Asamblea Nacional Plenaria, mayo de 1987.

¹¹⁹ Así en 1985 una serie de organizaciones de la izquierda revolucionaria hicieron un llamado a superar el abstencionismo, Coordinadora Revolucionaria Nacional (CDP, UCI, MLP, MLR, ORPC), "En México la oposición es mayoría!" en Excelsior, 21 de febrero de 1985.

clase y se imponía la necesidad de “romper el aislamiento y la tendencia a la marginación de la vida política y social del país” para “hacerse presente en un espacio de lucha”.¹²⁰ A pesar del fracaso de la coalición con el PRT en Durango y de los magros resultados de la izquierda en su conjunto -por la cual había invitado a votar en las elecciones nacionales-, para 1987, se consideraba que:

“Las experiencias que hemos tenido en este sentido, particularmente la del CDP de Durango, ha mostrado que las elecciones pueden servir para ampliar el trabajo de masas incorporando nuevos contingentes populares, para difundir ampliamente la línea política y las prácticas de la organización partidaria y de la organización de masas de nuevo tipo, y para que el movimiento eduque en la lucha política. Asimismo, que es posible tomar, por la vía electoral, espacios de representación como las regidurías municipales y la diputación local para fortalecer el trabajo de masas ya que de esta manera se refuerza la capacidad de gestoría, se crea una cobertura para la movilización, y se da mayor capacidad de difusión a los problemas de los trabajadores, así como de las propuestas políticas de las masas y de sus organizaciones para enfrentar esas necesidades. Es decir, las elecciones nos han servido para romper el cerco y para fortalecer la capacidad autogestiva del movimiento de masas.”¹²¹

Así la OIR-LM decidió aprovechar la coyuntura electoral de 88 fundamentalmente a nivel municipal pero sin desdeñar el nivel federal, donde

¹²⁰ Ver la entrevista de Mario Medina a Mario Saucedo, “La realidad del país nos hizo abandonar el abstencionismo” en La Unidad, p. 7. Así como los artículos citados de la revista de la ACNR, Patria Nueva.

¹²¹ Ver OIR-LM, Táctica del periodo, cit., p. 12.

proponía la creación de un frente electoral de la izquierda socialista, con la sola exclusión de los partidos “paraestatales”.¹²² Por otra parte, siguiendo la tendencia dominante, se planteaba el reagrupamiento de la izquierda revolucionaria y, en un primer momento, se avanzaba en un proyecto de fusión con organizaciones menores.¹²³

La ORPC había sido la organización que, en este sector, atribuyó desde un principio cierta importancia a los procesos electorales, apoyando del candidato del PCM (Valentín Campa) en 1976 y la de la candidata del PRT (Rosario Ibarra) en 1982, así como algunos candidatos a diputados. Si bien consideraba que, en las condiciones del país, las elecciones eran secundarias, al mismo tiempo podían servir para:

“legitimar las organizaciones de masas y sus dirigentes, articular y agrupar a fuerzas políticas y sociales dispersas, legitimar y expresar la protesta y el descontento social, utilizar el proceso electoral para la agitación y la denuncia y para difundir las ideas socialistas, además de generar hechos políticos relevantes y acumular experiencias políticas en la lucha y la gestión del poder local.”¹²⁴

¹²² Ver *Táctica del periodo*, cit. p. 14.

¹²³ La ORP, escisión del MRP, el MLP, el Comité de Defensa Popular de Chihuahua y la Organización Campesina Popular Independiente de la Huasteca Veracruzana. Ver Informe del Comité Político Nacional a la II Asamblea Nacional Plenaria, cit.

¹²⁴ Citado en Jaime Tamayo, “El neocardenismo y el nuevo Estado” en *Memoria*, núm. 29, enero-febrero de 1990, pp. 113-134.

Desde su fundación, en 1983, en la ACNR se había discutido la hipótesis de su participación electoral, lo que había provocado fuertes discusiones y, en 1985, la salida de los llamados “viejos cívicos” que venían de la tradición abstencionista y principista. En un primer momento, la opción fue la participación a nivel municipal –“el eslabón más cercano al pueblo”- bajo inspiración de la victoria de la COCEI en Oaxaca, considerando las elecciones como una cuestión táctica, como una forma entre tantas de lucha, una posibilidad de democratizar desde abajo, de salir de la marginalidad y de participar en las coyunturas electorales que finalmente eran las que daban legitimidad al PRI y marcaban el crecimiento del PAN, y manifestar allí la inconformidad social y la organización popular. A partir de estas consideraciones los “cívicos” perfilaban su participación a las elecciones federales de 1988.¹²⁵

Así que, para 1987, toda la llamada izquierda revolucionaria miraba a la coyuntura electoral como una oportunidad para recuperar cierta visibilidad política, frenar la avanzada de la derecha panista y canalizar el descontento social hacia sus posiciones.

Conclusiones

¹²⁵ Ver la entrevista con Humberto Zazueta y Germán Pintor, “La ACNR y la coyuntura electoral”, cit., así como Mario Saucedo, “PMS ¿Unidad para la lucha o unidad electoral”, cit., y Humberto Zazueta, “Qué entendemos por democracia”, cit.

Desde la segunda mitad de los años 80, la izquierda socialista mexicana entró en un proceso de desgaste que, para 1987, configuró los elementos de una crisis histórica que abarcaba las múltiples dimensiones que caracterizan un partido político: el proyecto político, la ideología, la estructura organizativa, la política de alianzas, la influencia política, el poder de convocatoria y el arraigo social.

La crisis del socialismo mexicano como opción política se manifestaba en la contracción de la militancia y de los votos obtenidos en las elecciones, así como en un sentido común conservador que recorría la sociedad negando la posibilidad de una transformación radical y, por lo tanto, desechando el proyecto socialista por ser utópico. A esto se sumaba la crisis del pensamiento marxista en varios de sus postulados, reflejo de un fenómeno mundial.¹²⁶ Finalmente, completaba el escenario, una crisis a nivel organizacional que se expresaba en cada de las distintas vertientes del socialismo mexicano y se extendía a los intentos de reagrupamiento mediante los cuales se pretendía fortalecer a este sector político.

Frente a esta situación crítica, las primeras respuestas, antes de 1988, se caracterizaron por una actitud defensiva y conservadora. Si bien en ningún momento se cuestionaba la definición y la orientación socialista, se avanzaba

¹²⁶ Sobre el origen de la llamada "crisis del marxismo" ver, entre otros, Eriq J. Hobsbawm, Historia del marxismo. El marxismo hoy, Bruguera, Madrid, 1980; Perry Anderson, Tras las huellas del materialismo histórico, Siglo XXI, México, 1986; Adolfo Sánchez Vázquez, De Marx al marxismo en América Latina, Itaca, México, 1999; Agustín Cueva, La tradición marxista. Categorías de base y problemas actuales, Planeta, México, 1987.

en la renovación ideológica relativa que ya había empezado años atrás. Esto era cierto en particular en el PMS, donde la presencia de Heberto Castillo y de los pemetistas aportaba una vertiente que históricamente había rehusado los referentes clásicos del marxismo y más bien insistía en la tradición revolucionaria mexicana y, en el aspecto programático, avanzaba la idea de una economía mixta. Por lo demás, se reiteraban los temas tradicionales del discurso político socialista insistiendo en la crítica al régimen priísta y las virtudes de una revolución democrática y popular.¹²⁷ Justamente en la cuestión democrática es donde era más sensible la renovación del ideario socialista, aún cuando en su interior diferían las posturas: entre la idea de democratización del país como socialización del poder y de la riqueza, una visión instrumental como condición para la transformación social y un reconocimiento de la democracia formal como un valor en sí. Al margen de estos ajustes, el ideario socialista no era sometido al profundo debate del cual pudiera surgir una adecuación a la nueva realidad política, social y económica.

Tampoco se revisaba críticamente la forma partidaria tradicional, aún cuando se argumentaba la necesidad de una relación respetuosa con los movimientos sociales, lo cual era la lógica consecuencia de la crítica del corporativismo priísta. Al margen de los deseos, los partidos de la izquierda socialista sufrían de los males característicos de este tipo de organización. Sin

¹²⁷ Ver "Programa del PMS" en Partido Mexicano Socialista, Documentos Fundamentales, 1987, mimeo.

embargo, la centralidad de la forma partido se confirmaba en los reiterados intentos de responder al debilitamiento político y social mediante una serie de reagrupamientos, alianzas y fusiones al interior de una estructura partidaria rígida, aún con algunas novedades como –en el caso del PMS- la aceptación de las corrientes internas y el principio de dirección colegiada.

Una política de acercamientos y alianzas restringida al medio político partidario y que, siempre en el caso del PMS, en continuidad con la tradición de los comunistas mexicanos, no se limitaba a reagrupar a las organizaciones socialistas dispersas sino que se mantenía abierta a la posibilidad de incorporar sectores nacionalistas y progresistas inconformes con el nuevo curso gubernamental.

A partir de esta situación crítica, en síntesis, la izquierda planteaba la posibilidad de una rearticulación de fuerzas frente a la dispersión histórica que la caracterizaba y una revisión ideológica limitada, confiando en que la lucha social iba a crear las condiciones para un crecimiento en el mediano plazo.

Justamente en su relación con la sociedad es dónde residía la expresión más dramática de la crisis de la izquierda socialista mexicana. Después de dos décadas de oscilante ascenso de las luchas, los albores del neoliberalismo marcaban nuevas reglas del juego y nuevas condiciones sociales que las organizaciones políticas tardaron en reconocer e incorporar a sus prácticas y sus proyectos. Por otra parte, la izquierda sufrió y no supo revertir el reflujó

relativo de la movilización social, lo cual lleva a preguntarse, a un nivel más general, cuál es la relación entre las luchas sociales y la conducción partidaria de izquierda. ¿Qué tanto se puede atribuir un reflujo en la movilización social a los problemas y los errores de la izquierda? ¿Qué tanto un reflujo puede ser la causa determinante de la crisis de la izquierda? Evidentemente la relación es dialéctica y no se puede explicar una cosa sin la otra, así que reflujo y crisis de la izquierda, en el México de mediados de los años 80, marcharon paralelos. En este sentido hay que matizar los argumentos de los que apuntan un dedo acusador contra las dirigencias partidarias porque, sin dejar a un lado errores y culpas políticas, ninguna dirigencia –por acertados que sean sus planteamientos- puede producir, por sí sola, luchas sociales y políticas que arrancan en buena medida de las condiciones objetivas y subjetivas de los sectores populares.¹²⁸ Una posible respuesta a los interrogantes planteados arriba, en el caso mexicano, debe tener en cuenta la falta de relación orgánica entre las organizaciones socialistas y las masas populares, elemento que revela las debilidades de las primeras pero las exenta de culpas con relación a la desmovilización relativa que se vivió en estos años.

Así que hay que reconocer cómo la crisis de la izquierda socialista mexicana se configura en una época histórica determinada, en donde, a pesar de los embates de una ofensiva conservadora, que fue denominada -en el curso

¹²⁸ Este es por ejemplo la línea argumentativa de Arturo Anguiano (op. cit.); la historia de la izquierda como una larga serie de errores de las dirigencias.

de los años- neoliberalismo, las reacciones sociales no encontraron inmediatamente los cauces políticos para expresarse más allá de la simple resistencia. El análisis de las condiciones que permitieron el asentamiento del neoliberalismo, en México como en otras partes, forma parte de un amplio debate. Manteniéndonos en un nivel de mera observación, hay que reconocer, en el caso del México de mediados de los ochenta, que las respuestas sociales no pudieron trascender la protesta y no se expresaron en una oposición política que enarbolará un proyecto alternativo. Por otro lado, a pesar de que la resistencia fue significativa no logró frenar las reformas neoliberales emprendidas por el gobierno de De la Madrid. Sin embargo, así como en el pasado y como lo veremos más adelante, será justamente un fenómeno de movilización popular a determinar los ritmos y las modalidades del desenlace de la crisis de la izquierda socialista mexicana.

En vísperas de las elecciones de 1988, en la izquierda socialista se albergaban más preocupaciones que esperanzas. Además de reconocer las altas y bajas de las luchas sociales, el alcance estructural de la contrarreforma iniciada por De la Madrid y los elementos que configuraban la crisis de la izquierda, no pasaban desapercibidos los avances electorales del PAN, en particular en el norte del país, donde en 1986 obligaron al régimen priísta a recurrir al fraude en la elección para gobernador en Chihuahua, desencadenando una serie de movilizaciones en defensa del voto. El PAN, en

cuyo seno se fortalecía la corriente ligada al mundo empresarial (los llamados “Bárbaros del Norte”), asumía a los ojos de la población un perfil opositor más definido, más concreto, más simple, comprensible y accesible, en la medida en que encarnaba el rechazo al Estado que había madurado a lo largo de la crisis y a raíz de las siempre más evidentes manifestaciones de las ineficiencias, la degradación del sector público, de los servicios y la culpable ausencia del Estado en las emergencias, como en ocasión del temblor de 1985 y de las explosiones en San Juanico en 1983.¹²⁹ Este crecimiento de la derecha, *dans l'air du temps* neoliberal, aunado al estancamiento o retroceso relativo de la izquierda, esbozaba una tendencia al bipartidismo PRI-PAN que no podía dejar de preocupar a los sectores progresistas.¹³⁰

Así que la izquierda socialista mexicana en su conjunto avanzaba hacia la coyuntura electoral en condiciones particularmente difíciles, las cuales anunciaban una crisis de dimensiones históricas.

¹²⁹ Ver las crónicas de Carlos Monsiváis en *Entrada libre. Crónica de la sociedad que se organiza*, ERA, México, 1987.

¹³⁰ Ver, por ejemplo, la discusión reproducida en Cuadernos Políticos, Bartra et al., cit., en particular las intervenciones de Rubén Jiménez, Carlos Pereyra, Luis Javier Garrido y Armando Bartra.

Capítulo 2

EL FLORECIMIENTO DE LA CRISIS. LA IZQUIERDA SOCIALISTA Y EL MOVIMIENTO CARDENISTA

El periodo transcurrido entre noviembre de 1988 y mayo de 1989, a lo largo del cual la crisis de la izquierda socialista se manifestó en su plenitud, puede visualizarse, por razones analíticas, en dos momentos, separados por el 2 de julio de 1988, día de las elecciones presidenciales. El primer momento es el del impacto del movimiento cardenista en la izquierda socialista mexicana.

El surgimiento de la Corriente Democrática

Mientras la izquierda se debatía entre las aristas de su crisis y buscaba desesperadamente las reagrupaciones que pudieran resultar atractivas y eficaces en vísperas de las elecciones del 1988, en el PRI se producía un proceso político inesperado aunque —de alguna manera— se insertaba en la historia de las disidencias democráticas al interior de la llamada “familia revolucionaria”, desde el vasconcelismo hasta el henriquismo, para mencionar las más significativas y sin considerar la larga serie de revueltas armadas que marcaron la construcción de la clase política en el México del siglo XX. Para

1987, un grupo de destacados dirigentes -encabezados por el hijo de Lázaro Cárdenas, Cuauhtémoc, ex gobernador de Michoacán, y por Porfirio Muñoz Ledo, ex presidente del partido, ex secretario de trabajo y ex representante de México ante la ONU- fundaron, al interior del partido de Estado, a la Corriente Democrática (CD).

La creación de la CD era una maniobra de algunos priístas desplazados por el nuevo curso de la política presidencial -acatada por el partido-, por lo que cuestionaba el giro desde el nacionalismo revolucionario hacia el neoliberalismo y, al mismo tiempo, criticaba la falta de democracia al interior del PRI, asumiendo una demanda de amplios sectores sociales, políticos y de opinión y buscando abrir los espacios para impulsar su lucha política en el partido. Privilegiando la lucha por el poder interno a la batalla ideológica, la CD concentró sus ataques, en un primer momento, en los mecanismos de selección del candidato a la Presidencia de la República, el cual era escogido -siguiendo la tradición postrevolucionaria- por el mandatario en cargo. La CD asociaba el notable desgaste del PRI en los años 80 con el abandono de los postulados nacionalistas y con la crisis del autoritarismo -en México como en toda América Latina- y vislumbraba una salida interna mediante mecanismos democráticos que sustituyeran el llamado "dedazo" y abrieran el proceso de selección del candidato priísta a la participación de los militantes, lo cual aseguraba el regreso a una línea política de corte popular. Sobre esta base, el

grupo disidente impulsaba explícitamente la precandidatura de Cuauhtémoc Cárdenas. Al mismo tiempo, pero con menor énfasis en esta etapa, los miembros de esta corriente reivindicaban la vigencia del nacionalismo revolucionario frente al neoliberalismo tecnocrático que progresivamente, a lo largo del gobierno de De la Madrid, se había incrustado en el aparato gubernamental y, en menor medida, en el partidario.¹³¹

Sobre estas bases, la CD se transformó rápidamente en una caja de resonancia del malestar de los sectores populares golpeados por la crisis –en particular los que permanecían al interior de las organizaciones priístas-, de los grupos dirigentes desplazados o marginados por el giro neoliberal y tecnocrático impuesto por la administración de De la Madrid -y sancionado por el PRI- y de la opinión pública favorable a una democratización del partido de Estado. La “disputa por la nación”, que vislumbraron años atrás Cordera y Tello¹³², asumía aquí la forma de una pugna intrapartidaria y, sorprendentemente, se filtraba a la luz pública asumiendo la forma de un debate nacional, como fue evidente cuando la CTM cuestionó abiertamente el informe presidencial del 1 de septiembre, sosteniendo la vigencia del nacionalismo revolucionario frente a las nuevas tendencias de las políticas públicas. Estos acontecimientos, aparentemente normales en un partido

¹³¹ Sobre la conformación y la historia del PRI, ver Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionaliza*, Siglo XXI, México, 1982 y Massimo Modonesi, “Alle origini del partito di Stato messicano” en *Latinoamerica*, núm. 67, Roma, mayo-agosto de 1998, pp. 45-77.

¹³² Rolando Cordera y Carlos Tello, *La disputa por la nación*, Siglo XXI, México, 1983.

democrático, se agigantaban tratándose del PRI porque ventilaban las líneas de conflicto que atravesaban la aparentemente monolítica estructura de poder construida a lo largo de 59 años de gobierno. El surgimiento de la CD no tardó en despertar gran interés en la opinión pública y suscitar una serie de movimientos al interior del sistema político mexicano.¹³³

Desde un principio, la izquierda socialista mexicana reconoció la importancia del surgimiento de la CD. Las percepciones variaban según los casos aunque tendían a centrarse en la idea que la corriente era un síntoma evidente de la crisis del PRI y de sus estructuras clientelares de poder, un reflejo desde arriba del descontento de los de abajo, un acontecimiento que podía suscitar conflictos al interior del régimen, sacudir a los partidos paraestatales de la tutela priísta y abrir un debate nacional que la izquierda no había podido o sabido despertar. Si bien había coincidencia en la valoración de que se trataba de una oportunidad para la izquierda, no quedaba claro qué rumbo y qué proporciones podía asumir esta corriente contestataria al interior del PRI lo que producía, al interior de las distintas organizaciones socialistas, análisis y posicionamientos distintos.

En un primer momento, el PMS mostró interés y dio señales de apertura hacia la CD. En medio de un clima general favorable a un acercamiento, los principales dirigentes socialistas plantearon –a título

¹³³ Luis Javier Garrido, *La ruptura. La corriente democrática del PRI*, México, Grijalbo, 1993.

personal- diversas hipótesis que variaban desde una alianza de centro izquierda a una incorporación de la CD al PMS, hasta una convergencia más general que incluyera el PAN.¹³⁴ Estas propuestas de alianzas amplias –en línea con los postulados programáticos del partido-, parecían ser más bien de carácter instrumental, destinadas a ahondar las contradicciones internas al PRI y a proyectar una imagen incluyente y flexible del neonato PMS.

Además de las consideraciones generales sobre el significado histórico –cuyas dimensiones estaban todavía por demostrarse- y coyuntural de este fenómeno político, pesaban factores internos. Por un lado, el largo recorrido unitario que condujo a la formación del PMS dejaba un antecedente de disposición al diálogo y a la negociación; por el otro, en el bagaje ideológico del partido cabía perfectamente la idea de una convergencia con sectores democráticos de la burguesía nacionalista, aún cuando esta idea era patrimonio de algunos sectores más que de otros.

¹³⁴ Gilberto Rincón Gallardo, secretario general del PMS, escribía sobre la “posibilidad de encuentro en la izquierda mexicana” y afirmaba que el “centro izquierda tiene en nuestro país tradiciones revolucionarias”, “Cerca de los cambios... hora de mirar de lejos”, La Unidad núm. 0, 17 de agosto 1987, p. 3; En estos mismos días, el semanario del PMS publicaba unas entrevistas a Cuauhtémoc Cárdenas y a Ifigenia Martínez (La Unidad, núm.1, 30 de agosto 1987, p. 7 y núm. 4, 20 de septiembre de 1987, p. 7). En la Reunión de Direcciones Nacionales y Locales del 22-23 de agosto se proponía lograr alianzas más amplias, “pues es necesario ser receptivos a todas las corrientes democráticas del país”, La Unidad, núm. 1, 30 de agosto de 1987, p. 12. Jesús Zambrano Grijalva proponía por su parte: “convocar a la CD del PRI, a las organizaciones sociales que están luchando de una u otra manera y a la izquierda en su conjunto, para ir integrando un nuevo bloque de fuerza para desplazar al actual bloque gobernante”, “La política de alianzas del PMS” en La Unidad, núm.1, 30 de agosto de 1987, p. 12; y Heberto Castillo, recién elegido en unas elecciones preliminares como candidato presidencial, abría a la posibilidad de primarias con otros candidatos, ver La Unidad núm. 3, 13 de septiembre de 1987.

El eje fundamental alrededor del cual se articulaban estas hipótesis de alianza era el tema de la conquista de la democracia política.¹³⁵ Para los años 80, este problema ya era considerado como el punto de quiebra del régimen priísta y el punto de arranque de todo proyecto opositor. Las afinidades - relativas a la defensa de la soberanía nacional y a la recuperación de un modelo de desarrollo basado en la iniciativa estatal en favor de la mayoría- pasaban a segundo plano en la medida en que la CD se proponía reformular los principios del nacionalismo revolucionario y el PMS todavía estaba buscando una propuesta socialista que fuera la síntesis de las experiencias precedentes y estuviera a la altura de los retos de los tiempos, en el contexto de las mutaciones de la economía mexicana y mundial. Más allá de estas consideraciones en positivo -con relación a lo que se podía lograr- tenía un peso no indiferente la idea que había que evitar que la crisis del régimen fuera aprovechada por la derecha panista la cual, a partir de un discurso combativo y de una conversión pragmática ligada a la influencia creciente de los grupos empresariales, estaba conquistando vastos consensos en los sectores populares golpeados por la crisis económica.

El tema de la democracia había entrado paulatinamente en la cultura política de la izquierda, pasando de ser concebido como una cuestión

¹³⁵ Ver Arnoldo Martínez Verdugo "Reorganización de las fuerzas políticas" en La Unidad, núm. 6, 4 de octubre de 1987, p. 3 y "Luchar por la democracia y promover cambios, el compromiso de la Corriente" en La Unidad, núm. 7, 11 de octubre de 1987, p. 4; Juan Luis Concheiro, "Democracia: objetivo de la alianza" en La Unidad, núm. 8, 18 de octubre de 1987, p. 5.

instrumental -con relación a las posibilidades de obtener espacios de poder, y de propaganda en contra del régimen- a ser un fin en sí mismo. Paralelamente a las aperturas hacia la CD, en el propio PMS estaba en curso un ensayo de elecciones internas para la candidatura a Presidente de la República que -precedente absoluto en la vida de los partidos políticos del México contemporáneo- iban a ser abiertas a todos los militantes y a los que quisieran afiliarse el día de la votación. El PMS atribuía particular importancia a este acto democrático, que -por ser ejemplar- podía legitimar el partido a los ojos de una sociedad sedienta de democracia y extender su arraigo social. El resultado, más allá de algunas deficiencias y considerando los costos y las condiciones de la campaña, fue destacable.¹³⁶ Por esta vía, Heberto Castillo fue elegido candidato presidencial del PMS con el 54,4% de los votos.

Este ejercicio democrático, que además representaba una prueba de fuego para la reciente fusión, estaba en el centro de la atención y del debate al interior del PMS. Hasta este momento, con relación a la CD primaba la idea de que se trataba de un fenómeno sintomático que podía convertirse en un hecho político importante que podría ser aprovechado, en términos de crecimiento orgánico y electoral, por el PMS, quien -a pesar de todas sus limitantes y fuerte de la experiencia de las elecciones internas- se consideraba a sí mismo el mayor partido de izquierda en la historia de México y veía con optimismo

¹³⁶ Ver Raquel Sosa Elizaga, "Elecciones preliminares y tareas partidistas" en La Unidad, núm. 6, 4 de octubre de 1987, p. 12; Francisco Ortiz Pinchetti. "Los candidatos del PMS comparecieron donde pudieron" en Proceso, núm. 565, 1 de septiembre 1987, pp. 16-19.

hacia adelante. Visto en retrospectiva podríamos afirmar que se sobreestimaba el PMS y se subestimaba a la CD, en la medida en que no se le reconocía una fuerza propia sino una relevancia “situacional” y coyuntural, en cuanto manifestación del desgaste del régimen.

Por su parte, el PRT criticó duramente a la CD desde su aparición. Corrigiendo las primeras declaraciones que la calificaban como una maniobra del régimen, se reconocía que se trataba de una manifestación de la crisis del PRI.¹³⁷ No obstante, se consideraba que la disidencia priísta se limitaba a cuestionar los mecanismos de sucesión presidencial y que su objetivo de fondo era conservar el régimen, recuperando su esencia nacionalista y populista. Por lo tanto, el PRT veía en la CD un peligro para la izquierda, en la medida en que podía atraer al PMS a un proyecto conservador. Así, la dirección perretista criticó la propuesta de este partido a Cárdenas y Muñoz Ledo para que se incorporen a la fusión, reiterando las diferencias no solamente ideológicas y teóricas, sino principalmente políticas que separaban al PRT del PMS, quien buscaba –según los trotskistas- la concertación con el Estado, la alianza con los pequeños y medianos empresarios y renunciaba al marxismo, el socialismo científico, la dictadura del proletariado y el internacionalismo. Por otra parte, en aparente contradicción, se reconocía la necesidad de algún proceso de convergencia entre las izquierdas y se volvía a plantear la propuesta de

¹³⁷ Ver PRT, “Hacia un partido revolucionario de masas”, cit., pp. 12-13.

coalición y de elecciones primarias entre el PMS y una unión de la izquierda revolucionaria todavía por construir.¹³⁸

Sobre la cuestión de la CD, en un primer momento la minoría interna al partido trotskista no se distinguió de la línea mayoritaria, interpretándola como una manifestación de la crisis del PRI, en donde el proyecto de modernización política tropezaba con el viejo aparato político, que incluía la burocracia sindical, la cual temía ser desplazada. Sin embargo, el principal dirigente de la disidencia, Adolfo Gilly, en un artículo en *La Jornada*, había abierto un espacio ligeramente más amplio, invitando a reflexionar sobre la naturaleza de la corriente y sus alcances y a no atacarla, aún sin pensar asimilarla a la izquierda.¹³⁹ El mismo Adolfo Gilly fue blanco de ironías y ásperas críticas al interior de su partido a causa de su participación a una comida a la cual asistieron Cárdenas y Muñoz Ledo, lo que provocó la renuncia del intelectual al Comité Político del PRT.¹⁴⁰

La CD venía entonces a complicar las ya difíciles relaciones entre la distintas izquierdas. Evidentemente, en la teoría perretista de los dos polos - reformista y revolucionario- un acercamiento con la CD coincidía en una ulterior manifestación del reformismo del PMS y, por lo tanto, provocaba un mayor alejamiento del PRT. También desde el PMS se asumía que el

¹³⁸ Ver "La unidad posible y necesaria", cit., p. 32; "Informe electoral", cit., p. 34.

¹³⁹ Ver Adolfo Gilly, "El desafío de Cuauhtémoc Cárdenas" en *La Jornada*, 13 de marzo de 1987.

¹⁴⁰ Ver Adolfo Gilly, "Renuncia" y "Frivolidades" en *La Jornada*, 11 de mayo de 1987 y 13 de mayo de 1987.

acercamiento ideal a la CD correspondía a un distanciamiento del PRT, contra el cual se multiplicaron las acusaciones de ultraizquierdismo y sectarismo y ser el responsable de limitar el alcance del necesario proceso unitario de la izquierda mexicana. Las atenciones del PMS se dirigían ahora menos hacia el PRT y más hacia la CD, así como a la ANCR y la OIR-LM, aliados de los trotskistas.¹⁴¹

La candidatura de Cárdenas

Entre septiembre y octubre de 1987, el ostracismo y la cerrazón de la dirigencia partidaria así como el “destape” del candidato oficial –Carlos Salinas de Gortari, quien había sido uno de los artífices de las reformas neoliberales- empujó a los miembros de la corriente a hacer siempre más explícitas sus diferencias políticas. La CD optó por alejarse de la cuna priísta al interior de la cual se había mantenido y acentuó su distanciamiento con el régimen, abriendo negociaciones sobre la posibilidad de una candidatura única de oposición con distintas fuerzas políticas, en primer lugar entre el PMS, la CD y el PPS.

¹⁴¹ Ver Jorge A. Villamil Rivas, “Coalición de la izquierda: un nuevo intento de unidad” en La Unidad, núm. 2, 6 de septiembre de 1987, p. 12; Jesús Zambrano Grijalva, “¿Quiénes rechazan la unidad electoral de la izquierda?” en La Unidad, núm. 7, 11 de octubre de 1987, p. 12. Además, en agosto, se disolvió la Unión Popular Mexiquense, por lo cual pemesistas acusaban al PRT, en alianza con el Partido de los Trabajadores Zapatistas. Ver sobre este punto Jesús Zambrano Grijalva, “La política de alianzas del PMS”, cit., y Antonio Cadena, “Buscando la punta” en La Unidad, núm. 4, 20 de septiembre de 1987, p. 4.

A mediados de octubre, Cárdenas abandonó el PRI y, sorpresivamente, se afilió al PARM y aceptó ser su candidato presidencial. La CD dejaba así formalmente el partido de Estado, asumiendo coherentemente una ruptura política irreductible por el tono crecientemente crítico de sus argumentos y por la dureza equivalente de las respuestas del aparato partidario. El PPS y el PST, viendo la oportunidad de reubicarse en el tablero político y recuperar la visibilidad perdida al lado del PRI, apoyaron de inmediato la candidatura de hijo del general Lázaro Cárdenas dando vida –con la CD y otras fuerzas menores- al Frente Democrático Nacional (FDN), mientras que en el PMS -a pesar de que la CD acompañó esta sorpresiva jugada con declaraciones que confirmaban la apertura y las coincidencias con ese partido- las reacciones fueron negativas.¹⁴² En general, la decisión de Cárdenas fue entendida como una elección de campo, como una manifestación de los límites de la ruptura con el área gubernamental. Se desataron entonces las críticas hacia la CD y sus nuevos aliados -en particular hacia el PARM- y Heberto Castillo, usando tonos ásperos, confirmó su candidatura presidencial.¹⁴³

¹⁴² Ver entrevista a Porfirio Muñoz Ledo, “La candidatura única surge de una necesidad y de una realidad” en *La Unidad*, núm. 10, 1 de noviembre de 1987.

¹⁴³ Ver Gerardo Galarza, “El lanzamiento de Cuauhtémoc, sofocón para sus presuntos aliados” en *Proceso*, núm. 572, 19 de octubre de 1987, pp. 16-21 y Heberto Castillo, *ibid.*, p. 34-37; así como dos dirigentes muy cercanos a Heberto Castillo, Eduardo Valle, (“Jugadas de candidatos”, *El Universal*, 15 de octubre de 1987) y Jorge A. Villamil Rojas (“Preliminares vs. Dedazo”, *Uno más uno*, 18 de octubre de 1987).

No obstante, en medio del rechazo generalizado, algunos dirigentes del PMS insistían en una propuesta de unidad. El ex secretario general del PCM, Arnoldo Martínez Verdugo, expresó de forma clara esta postura:

“Con todo lo discutible que es el PARM, si ese fuese el caso, yo lo aceptaría en un frente común. Cárdenas es un candidato importante. Ahora no sabemos si el PARM será el mismo de antes. Aún cuando el pasado cuenta y no puede olvidarse, yo quiero ver hacia adelante”.¹⁴⁴

Algunos, maliciosamente, señalaban que la posición más posibilista surgía de ex miembros de PCM, quienes habían apoyado a Eraclio Zepeda en la elección interna y mantenían fuertes suspicacias frente a Heberto Castillo.¹⁴⁵

Así que, a pesar de la decisión de Cárdenas, siguieron las negociaciones entre los distintos partidos alrededor de la propuesta de unas elecciones primarias entre Cárdenas, Heberto Castillo y –eventualmente– Rosario Ibarra de Piedra, candidata del PRT. El ex priísta envió una carta al PMS invitándolo a buscar una solución unitaria y, a pesar de la división en el partido, la dirección del PMS mostró la disposición a buscar un acuerdo para una candidatura común sobre la base de una plataforma electoral y –si Cárdenas no se retiraba en favor de Heberto Castillo– de unas primarias.¹⁴⁶ El

¹⁴⁴ Citado en Gerardo Galarza, pp. 18-19.

¹⁴⁵ Ver también Francisco José Paoli, “Izquierda: aritmética viciosa que suma y disminuye” en Uno más uno, 22 octubre de 1987.

¹⁴⁶ Ver “Carta del PMS a Cuauhtémoc Cárdenas”, (fecha 19 de octubre) en La Unidad, núm. 9, 25 de octubre de 1987, p. 5.

candidato del PMS afirmó que participaría si así lo hacía la candidata del PRT y si el PARM aceptaba de poner en discusión la postulación de Cárdenas. Finalmente, aunque Cárdenas expresó su acuerdo con la idea de las primarias, el PRT la rechazó, el neonato PFCRN se limitó a decir que su candidato iba a ser de todas formas el ex gobernador de Michoacán y el PARM simplemente dejó a su candidato la libertad de buscar otros apoyos a su campaña.¹⁴⁷

Mientras tenían lugar numerosas reuniones y actos ciudadanos a favor de la unidad que mostraban la existencia de una fuerte opinión pública favorable a una candidatura común de la oposición que pudiera competir con la oficial, las posiciones de los partidos parecían irreductibles y en el PMS afloraba el escepticismo y tomaba fuerza la postura contraria a la alianza con la CD y a favor de planteamientos más anclados a la izquierda.¹⁴⁸ Finalmente, a mediados de noviembre de 1987, la dirección del PMS dio por cerrado el asunto y, en un comunicado oficial, afirmó que los tiempos habían rebasado la posibilidad de un acuerdo, reiteró su disposición a “buscar otras formas y niveles de unidad y alianzas con fuerzas democráticas y de izquierda” y lamentó que, en una coyuntura tan especial, no se había “podido lograr un acuerdo amplio, sola condición para someter a elecciones primarias la

¹⁴⁷ Ver “Respuesta de Cuauhtémoc Cárdenas”, *ibid.*, p. 3.

¹⁴⁸ Ver José Hernández Delgadillo, “¿Habrá candidato único?” en *La Unidad*, núm. 11, 8 de noviembre de 1987, p. 3; Juan N. Guerra, “Unidad de izquierda: hacia una nueva mayoría” en *La Unidad*, núm. 9, 25 de octubre de 1987, p. 12.

candidatura de Heberto Castillo”.¹⁴⁹ A raíz de la fallida alianza, en el PMS se renovaban las manifestaciones de desconfianza hacia los partidos del FDN, acusándolos, junto a la CD, de falsa voluntad unitaria y de ambigüedad, lo que no daba garantías en el caso de una victoria en las elecciones primarias del candidato pemesista.¹⁵⁰

A pesar de estos argumentos, el malestar frente a la fallida alianza electoral era un sentimiento tan difundido al interior del PMS que la dirección tuvo que reconocerlo públicamente.¹⁵¹ Las reiteradas justificaciones y los llamados unitarios servían para limpiar la imagen del partido, pero no escondían el hecho de que no se había podido concretizar una estrategia política que la gran mayoría de sus cuadros y militantes consideraban adecuada a las circunstancias. Conforme la CD se alejaba del PRI y asumía una presencia propia, se intuía el posible aislamiento del PMS y -a pesar de que la dirección había puesto un alto a las especulaciones- en las páginas del semanario del partido -*La Unidad*- algunas voces insistían en la alianza con la CD y se oponían a la idea de que discutir este tema fuera ponerse en contra del partido o del candidato.¹⁵² Algunos, como Francisco Pizarro, por ejemplo,

¹⁴⁹ Ver “Comunicado: no hubo posibilidad de candidato único” en *La Unidad*, núm. 12, 15 de noviembre de 1987.

¹⁵⁰ Ver José Domínguez, “El PMS actuó con congruencia” en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 5; Jesús Zambrano Grijalva, “Quiénes rechazan la unidad electoral de la izquierda?”, cit., p. 12.

¹⁵¹ Ver “Informe de la Comisión Nacional Coordinadora al Primer Congreso del PMS”, mimeo, noviembre de 1987.

¹⁵² Ver Gilberto López y Rivas, “La discusión y la construcción del partido” en *La Unidad*, núm. 13, 22 de noviembre de 1987, p. 12.

ofrecían lecturas despiadadas: el PMS había antepuesto sus intereses de partido a los del pueblo y había caído en “concepciones atrasadas y sectarias revestidas de un lenguaje pseudo radical y populista”, que reducían sus posibilidades de “influir con su política y su programa a la construcción de una fuerza social y política capaz de ofrecer una alternativa democrática, popular y soberana”, perdiendo una ocasión histórica para superar la desmoralización, la desorganización y la marginalidad de los partidos de izquierda. Pizarro terminaba su *cahier de doléance* profetizando una pérdida de votos tal que impediría al PMS consolidar su presencia nacional y graves repercusiones internas.¹⁵³

El Primer Congreso del PMS

Para finales de noviembre de 1987, en el curso del Primer Congreso del PMS, empezó a cuajar una minoría interna que retomaba, aunque con matices, estos argumentos. Eduardo Montes, cuadro de origen comunista, cuenta como algunos dirigentes, en particular Gilberto Rincón Gallardo y Heberto Castillo, sabotearon un proyecto de resolución, concertado entre delegados de las distintas facciones, que proponía reabrir las negociaciones y volver a examinar

¹⁵³ Ver Francisco Javier Pizarro, “Se impusieron atraso y sectarismo” en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 4.

la posibilidad de elecciones preliminares. A pesar de la actitud hostil del grupo dirigente, esta resolución obtuvo el 28 por ciento de los votos (282).¹⁵⁴

Por otra parte, crecían las presiones de varios sectores democráticos y de izquierda. A raíz del fracaso de las negociaciones, nació el Grupo Poliforum, así llamado por el lugar en donde se reunían intelectuales, ciudadanos y militantes de partidos de izquierda en favor de una candidatura única de las fuerzas democráticas. En una recolección de firmas, además de las de muchos militantes socialistas, figuraban las de Eraclio Zepeda y Ricardo Becerra Gaytán, precandidatos del PMS derrotados por Heberto Castillo en las elecciones internas. La candidatura de Cárdenas empezaba a sacudir el ambiente político y suscitaba -alrededor y al interior del PMS- tensiones, polémicas y posturas contradictorias.

En el Congreso, además, circuló un llamado a la unidad de la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), cuyos argumentos correspondían a la postura de los opositores de la línea oficial del partido. En

¹⁵⁴ "Un candidato común. Proyecto de resolución" en Corriente del Socialismo Revolucionario, La izquierda en la encrucijada, Socialismo, México, 1992, pp. 49-50. Según Montes, Heberto Castillo, Álvarez Icaza, Rincón Gallardo, Alcocer y otros miembros de la dirección, así como la mayoría de los cuadros ex PMT, rechazaban tajantemente la posibilidad de una alianza. Montes escribe que: "Integrantes de la presidencia del Congreso y un grupo de delegados de casi todas las entidades del país trabajamos un proyecto de resolución, (...) para flexibilizar la posición del partido y dejar un amplio margen para las maniobras tácticas y los cambios, tan necesarios en una situación fluida como la de aquellos días". Según Montes, el documento se redactó el sábado 28, recogiendo sugerencias de delegados cercanos a Heberto Castillo, después de 10 horas de negociación con Graco Ramírez, José Domínguez, Francisco Pizarro y otros. Lo comunicaron a Rincón Gallardo quien consultó a Heberto Castillo, el cual respondió que acataría la decisión del Congreso pero mantendría su candidatura de forma independiente porque no podía traicionar los que votaron por él en las preliminares. Se impuso entonces la disciplina y el Congreso rechazó la propuesta.

el documento, se consideraba que el descontento creciente desatado por la crisis económica debía encontrar sus cauces electorales y por lo tanto era necesario “polarizar las opciones electorales”, “evitar la dispersión” y “aglutinar el descontento”. Para la ORPC, la salida de la CD liberaba un gran potencial de movilización, “recuperando la tradición cardenista”, y permitía cuestionar la legitimidad histórica del régimen priísta, basada en la ideología de la revolución mexicana y en un desarrollo económico que se había detenido. La izquierda socialista tenía entonces la oportunidad de disputar el poder -evitando que el PAN siguiera aprovechando el descontento popular- al interior de una “amplia alianza pluriclasista”, sobre la base de un programa de defensa de la soberanía, favorable de los intereses de los sectores populares, y de construcción de una “democracia integral” en México, sin “renunciar a sus definiciones de clase y a sus programas y principios”. La carta de la ORPC concluía con una invitación al PMS para que reconsiderara sus posiciones, al PRT para que dejara de lado opiniones sectarias e ideologizadas y a la CD, para que ratificara y profundizara “su combate contra el continuismo priísta”.¹⁵⁵ Aunque la ORPC seguía apoyando la candidatura de Super Barrio - luchador social enmascarado, abanderado de la Asamblea de Barrios de la

¹⁵⁵ Ver “Al Primer Congreso Nacional del Partido Mexicano Socialista”, 24 de noviembre de 1987, mimeo, además de la ORPC (firmaban Raúl Álvarez Garín y Marcos Rascón), la carta estaba suscrita por Convergencia Comunista 7 enero (Carlos Imaz y Imanol Ordorika), Nueva Democracia (Ricardo Becerra) y el Colectivo Rompan Filas (Oscar Moreno).

Ciudad de México- advertía las potencialidades de la coyuntura y planteaba los caminos de una salida alternativa.

El Congreso fue también el escenario donde afloraron los múltiples problemas internos del PMS. Desde varios lados, se lamentaba la ausencia de un debate sobre los grandes temas políticos y se señalaban las deficiencias en el análisis de coyuntura debido a que la dirección había sido absorbida por las cuestiones organizativas.¹⁵⁶ Los documentos presentados suscitaron tantas críticas que la misma Mesa de Táctica del Congreso, destacando las deficiencias del texto presentado por la dirección, remitió su redacción a una futura Conferencia Nacional.¹⁵⁷

A pesar del relativo éxito de las elecciones preliminares, la cuestión de la democracia interna era un cáncer diagnosticado en el cuerpo del partido. Se cuestionaban las prácticas clientelares y corporativas, así como la afiliación en bloque de enteras organizaciones sociales al partido, y las corrientes - herederas de las organizaciones fusionantes- se acusaban mutuamente de actitudes que obstruían la participación democrática y propagaban la desorganización, el arribismo, el pragmatismo y el caudillismo -esta última

¹⁵⁶ Ver, por ejemplo, "Entrevista con Manuel Terrazas" en La Unidad, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 7.

¹⁵⁷ Mario A. Medina, "Se criticó a la Conaco. Una conferencia nacional decidirá sobre el programa" en La Unidad, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 10; José Luis Pérez Canchola, "El PMS y el programa para la nueva revolución" en La Unidad, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 15, afirmó que no había en el programa "un análisis de la coyuntura, de las fuerzas, de las posibles alianzas, de las acciones de corto plazo"; Jesús Zambrano G. atribuía las debilidades a que los documentos eran producto de las concertaciones entre distintos grupos políticos, "Luces y sombras del primer congreso del PMS" en La Unidad, núm. 16, 20 de diciembre de 1987, p. 13.

acusación dirigida en especial a Heberto Castillo. Además, la constante pugna entre las fracciones, institucionalizada por el sistema de cuotas en los órganos directivos, no permitía una eficaz y clara toma de las decisiones, creando una dirección débil e incapaz de conducir el partido y -no habiéndose establecido un satisfactorio equilibrio entre los órganos nacionales y locales, entre centralización y descentralización- se multiplicaban los conflictos entre los órganos nacionales y locales del partido, con acusaciones de ambas partes.

Nadie, en el PMS, negaba estos problemas y en el Informe al Congreso, la Comisión Nacional Coordinadora (CONACO), por medio de Rincón Gallardo, reconocía límites y responsabilidades. Admitía que los esfuerzos destinados a lograr la unidad orgánica habían conducido a descuidar el análisis político, asumía que el PMS tenía todavía una presencia limitada por la falta de incorporación de nuevos contingentes más allá de los que provenían de los partidos fusionantes, los cuales, por otra parte, eran la causa de la frágil cohesión interna, de actitudes excluyentes y antidemocráticas. Así que la CONACO se veía obligada a:

“reconocer autocríticamente que no hemos sido capaces de darle estructura orgánica a los afiliados al partido, desplegar toda su potencialidad para vincularse a un movimiento de masas que crece casi en todas partes, y convertirse en una verdadera alternativa de poder...”¹⁵⁸

¹⁵⁸ “Informe de la Comisión Nacional Coordinadora al Primer Congreso del PMS”, en La Unidad, núm. 15, suplemento, 6 de diciembre de 1987, p. 7.

Aceptaban, además, que en la dirección se habían manifestado problemas de comunicación, lentitud y desorganización, lo que afectaba su capacidad de orientación política:

“La CONACO y la mayoría de las coordinadoras estatales se perdieron en largas discusiones de problemas secundarios, convirtiéndose de hecho en rehenes de la unidad, condiciones que abrieron paso a anarquía y burocratismo”.¹⁵⁹

A pesar de este balance, el grupo dirigente fue confirmado.¹⁶⁰ Todo indicaba que el PMS no había acabado de adquirir solidez, que su unidad era frágil, su vida interna estaba repleta de conflictos y su línea política era contestada desde adentro y desde varios sectores sociales.

La Izquierda Revolucionaria y la Unidad Popular

A pesar de que el PMS y el PRT reconocían que el país y la izquierda vivían una situación crítica, que existía un deseo popular de que la izquierda se

¹⁵⁹ Ibid., p. 7. Incluso miembros de la dirección como Eduardo Valle hablaban abiertamente del pragmatismo que permeaba la vida del partido en sus dicotomías básicas: dirección-base, métodos-objetivos, partido-realidad.

¹⁶⁰ Gilberto Rincón Gallardo fue elegido Secretario General y gran parte de la CONACO fue confirmada en el Comité Ejecutivo y en el Consejo Nacional. Siempre en el Congreso se asistió a una polémica, abierta por Valentín Campa contra la dirección y en particular Pablo Gómez, a raíz de la exclusión de muchos pesumistas de la dirección nacional.

unificara, las negociaciones fracasaron. El PMS respondía a la propuesta del PRT de una coalición y de elecciones primarias entre los candidatos de las distintas organizaciones con una invitación a sumarse a la fusión progresivamente o por lo menos a la candidatura de Heberto Castillo. El PRT rechazó, insistiendo en las diferencias que lo separaban de la CD.

El partido trotskista procedía en sus intentos por reagrupar a su alrededor a diversas organizaciones de la izquierda revolucionaria. A lo largo de 1987, se habían mantenido negociaciones con casi todas las agrupaciones de esta corriente y –como mencionamos- entraron al partido la LOM y la CIR, corriente de base del PMT escindida al momento de la entrada al PMS y opuesta a los acercamientos a la CD promovidos por Heberto Castillo. Por otra parte se tejían las relaciones con el PRS, el PTZ y la ACNR, aunque el objetivo principal seguía siendo la alianza con la OIR-LM.

Los maoístas se mostraron disponibles aún reiterando las diferencias pasadas y presentes. En una carta al PRT, la OIR-LM proponía superar las discrepancias, a raíz de la ruptura entre el PRT y el CDP de Chihuahua y encontrar el camino de la acción unitaria. Al mismo tiempo, defendía la postura del CDP y acusaba al PRT de no respetar y de boicotear la alianza. La respuesta del PRT reconocía las diferencias, esgrimía sus propias razones, pero manifestaba su disponibilidad a un acercamiento.¹⁶¹

¹⁶¹ Ver las citadas “Carta de la OIR-LM al PRT” y “Respuesta del PRT a la OIR-LM”.

Mientras seguían las pláticas con el PMS sobre una posible coalición electoral, se discutió un proyecto de convenio de unificación entre el PRT, la OIR y el PRS, cuyo objetivo era construir un polo de agrupación de la izquierda revolucionaria que rechazara todo acercamiento con la CD:

“un partido que se conduce y busca conducir al movimiento de masas con independencia política e ideológica de la burguesía, sus partidos y el Estado. Que no establece ninguna confianza en supuestos sectores democráticos, progresistas e antiimperialistas de la burguesía y sus partidos, especialmente el PRI y el PAN”.¹⁶²

Finalmente este proyecto se tradujo en una simple coalición electoral denominada Unidad Popular (UP), que incluía, bajo el registro del PRT, a la ACNR, la OIR-LM y otros grupos menores.¹⁶³

Entre las organizaciones integrantes de la UP, el PRT había sido, junto con el PRS, el más firme en rechazar la alianza con el PMS y la CD, mientras que la OIR-LM se mostraba más flexible. Incluso un destacado intelectual maoísta, Julio Moguel, sin olvidar el origen priísta de Cárdenas y su afiliación al PARM, había denunciado el sectarismo de la izquierda, ironizado sobre los temores de Heberto Castillo frente a un discurso demasiado parecido al suyo y

¹⁶² “Comunicado de la Multilateral al CP del PRT”, Documentos de discusión..., núm. 4, julio de 1987, p. 9.

¹⁶³ Partido de los Trabajadores Zapatistas, Partido Humanista, Unión Revolucionaria, ACNR y la Unidad de Vecinos y Damnificados 19 de septiembre.

avanzado la propuesta de un frente popular que abriera nuevas opciones de lucha y la posibilidad de cambios democráticos.¹⁶⁴

En la UP, los mayores conflictos se dieron entre la OIR y el PRT, en particular con relación al financiamiento, la organización de la campaña y las candidaturas plurinominales. La OIR y sus aliados reclamaban al PRT sus actitudes hegemónicas, mientras que el PRT contestaba acusándolos de no participar en la campaña en distintos estados y se escandalizaba por las declaraciones y los comportamientos de Alberto Anaya -del Frente Tierra y Libertad de Durango- en favor del candidato presidencial del PRI Carlos Salinas de Gortari, quien, según el dirigente maoísta:

“gobernará para todos los mexicanos, especialmente para obreros, campesinos y clases humildes; en el sentido de que será un régimen plural, respetuoso de la crítica y la disidencia política que abrirá espacios a la oposición de izquierda”.¹⁶⁵

La OIR-LM y sus aliados contestaban que el acuerdo electoral establecía su participación concentrada en cuatro Estados (Durango, Nuevo León, Veracruz y Zacatecas) y que sus militantes en la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ) estaban autorizados a promover la participación electoral simplemente en el ámbito individual. Los maoístas reiteraban las

¹⁶⁴ Ver Julio Moguel, “Pluralidad en un frente popular” en Uno más uno, 18 de octubre, p. 2.

¹⁶⁵ El Porvenir, Monterrey, 1 de octubre de 1987.

acusaciones de “sectarismo” y de “hegemonismo” contra el PRT y anunciaban que, de seguir así las cosas, iban a reconsiderar los términos de la alianza. En una carta de respuesta a esa organización, el PRT - que contaba con el apoyo de la ACNR- acusaba a la OIR de usar los problemas organizativos para enmascarar diferencias políticas. Con relación a las discusiones con el PMS, el PRT reiteraba sus críticas a la voluntad anexionista de tal partido, que rechazó las primarias con Rosario Ibarra para después proponerlas a Cárdenas. Preguntaba, además, provocativamente si la OIR-LM y sus aliados proponían, como el PMS, una alianza de centro-izquierda, abierta a corrientes del PRI, o un frente popular, al estilo de Julio Moguel.¹⁶⁶

En estos meses, el PRT reiteraba y argumentaba la línea tomada con relación a la CD y al PMS. La afiliación de Cárdenas al PARM, según ellos, confirmaba el primer juicio sobre la CD: se trataba de un típico ejemplo de transformismo, un intento de cambiar el sistema de dominación priísta para mantener su sustancia.¹⁶⁷ No se distinguían, además, las posturas de la CD de las de la CTM que, a principios de campaña electoral, en un documento, había manifestado sus discrepancias con la política económica del gobierno de la Madrid, reivindicando el nacionalismo revolucionario. Los trotskistas ponían en duda la profundidad del distanciamiento de la CD respecto al PRI, siendo que esta corriente, en un primer momento, cuestionó el verticalismo

¹⁶⁶ Ver PRT, “Carta a la OIR y al MRP”, 23 de octubre de 1987, mimeo.

¹⁶⁷ Ver PRT, “Conferencia de prensa”, Servicios Informativos del PRT, 25 de octubre de 1987, mimeo.

presidencialista y buscó ganar influencias en las organizaciones de masas para participar en la formulación del programa y, solamente a raíz de los ataques que recibió como respuesta, modificó el tono y los alcances de su discurso. Antes de que la candidatura de Cárdenas tomara vuelo, en el PRT se consideraba que la CD era simplemente una manifestación superficial de un malestar social que se reflejaba en un sector de la clase política, el cual no contaba con apoyos reales en las masas.¹⁶⁸

En el PRT se aprovechaban las aperturas hechas por el PMS a la CD para atacar a los eternos rivales de izquierda, culpables de perseguir su “objetivo histórico”: una alianza reformista con los nostálgicos del nacionalismo revolucionario.¹⁶⁹ La “izquierda revolucionaria” debía, por lo tanto, combatir este proyecto burgués y no caer en el error de ofrecer una cobertura a la izquierda de lo que se definía “un clásico frente popular”, una alianza de centro izquierda donde el centro sería hegemónico, a diferencia de las experiencias del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador, frentes contruidos a partir de “condiciones revolucionarias”.¹⁷⁰

Si bien no se perdía de vista el riesgo de una actitud tan rígida, con cierta lucidez se vislumbraba el riesgo de que el PRT se quedara aislado y de

¹⁶⁸ Ibid.; ver también el editorial de La Batalla, “La izquierda, la CD y la coyuntura electoral”, núm. 19, octubre-noviembre de 1987, pp. 2-4 y Manuel Aguilar Mora, “La encrucijada de la izquierda” en Uno más uno, 26 de octubre de 1987.

¹⁶⁹ Ver Aguilar Mora, “La encrucijada...”, cit.

¹⁷⁰ Ver “Conferencia de prensa”, cit.

que parte de la izquierda siguiera a la CD. Al mismo tiempo, se valoraban las ventajas que comportaría el no ceder al “canto de sirenas de la colaboración de clases” cuando las ilusiones y las expectativas despertadas por la CD se desvanecieran y se revelara que seguía siendo una corriente al interior del PRI.¹⁷¹ El PRT, siguiendo la brújula de la independencia de los trabajadores, no debía abandonar sus principios y su proyecto estratégico y resistir a la infiltración de la cultura priísta.¹⁷²

Por su parte, en esta etapa, los disidentes -autoexcluidos de los órganos dirigentes- quedaron momentáneamente en segundo plano. Ya desde junio de 1987, Gilly y Anguiano habían considerado cerrada la discusión sobre la unidad con el PMS, mientras que Peñaloza y Pascoe habían retirado su moción. Sin embargo, entre septiembre y octubre, los dos diputados perretistas, a lo largo de varios artículos en *El Universal* y el *Uno más uno*, intentaban encontrar la fórmula para flexibilizar la postura del PRT, y -aún coincidiendo con la dirección en la críticas a la CD y al PMS- insistían en la necesidad de la unidad y en la posibilidad de encontrar un acuerdo. En particular Ricardo Pascoe -después de reconocer su error de previsión cuando pensó que la CD iba a quedarse en el PRI- subrayaba que se podían encontrar

¹⁷¹ Ver “La izquierda, la CD...”, cit..

¹⁷² Ver Aguilar Mora, cit..

convergencias programáticas con relación al problema de la deuda y de la democracia.¹⁷³

El movimiento cardenista

Mientras en la izquierda socialista se afinaban las posturas y se ajustaban las relaciones internas, en los primeros meses de 1988, la candidatura de Cárdenas tomó dimensiones inesperadas. Si en un principio la campaña en favor de una candidatura única había movilizado a algunos sectores politizados, democráticos, progresistas y de izquierda, con el pasar de las semanas, los apoyos se multiplicaron y se extendieron a otros sectores de la sociedad mexicana, confiriendo al movimiento un sorprendente tinte popular. Conforme avanzaba la campaña, la movilización se hacía masiva, abarcando sectores tradicionalmente pasivos y rompiendo lazos clientelares construidos por el PRI a lo largo de medio siglo. El impacto provocado por el *crack* en la Bolsa de valores de octubre y por la devaluación del peso de noviembre –presagios de una crisis económica- y las protestas en contra del Pacto de Solidaridad Económica (PSE) –firmado por gobierno, sindicatos y empresarios a mediados de diciembre de 1987- permitieron engarzar la resistencia social frente al

¹⁷³ Ver Pedro Peñaloza, “Alianzas y contralianzas” en El Universal, 15 de octubre de 1987; Ricardo Pascoe, “Sobre la CD” en El Universal, 28 de septiembre de 1987; Ricardo Pascoe, “Sectarismo o coalición: emergencia de la izquierda” en El Universal, 19 de octubre de 1987; Pedro Peñaloza, “Entre el sectarismo y el oportunismo” en El Universal, 26 de octubre de 1987.

ajuste neoliberal con las reivindicaciones democráticas que surgían de la coyuntura electoral. Las campañas electorales de los principales candidatos revelaban expresiones profundas de los deseos y las frustraciones de los mexicanos: masiva y festiva la de Cárdenas, tensa y opaca la de Salinas de Gortari.¹⁷⁴ La campaña de Manuel Clouthier, candidato del PAN, a pesar de los avances de la derecha a lo largo de los años 80 y de su carisma personal, pasó a segundo plano frente al fenómeno socio-político representado por el renacimiento del movimiento cardenista.

Algunos actos de campaña se volvieron hitos en la historia del ascenso de la figura de Cárdenas y del movimiento: La Laguna y Ciudad Universitaria.¹⁷⁵ En el primero se manifestó el apoyo de los campesinos a los cuales la Revolución -y en particular las reformas cardenistas- habían dado la tierra y un país. La herencia del cardenismo histórico mostró ser un poderoso factor de movilización en el campo. La comparación con el pasaje por La Laguna de la campaña electoral de Carlos Salinas de Gortari -donde se manifestaron las inconformidades y se hizo evidente el carácter artificial de la participación vía estructuras corporativas- impactó a los medios de comunicación y a la opinión pública. En el segundo se expresó el apoyo de la

¹⁷⁴ Ver Carlos Monsiváis, "Cárdenas y Salinas en La Laguna" en Proceso, núm. 589; 15 de febrero de 1988; "De la alegría popular con Heberto, al entusiasmo con Cuauhtémoc, pasando por la languidez del zócalo oficial" en Proceso, núm. 594, 21 de marzo de 1988; "Cárdenas, recibido en la UNAM y el IPN, como una esperanza" en Proceso, núm. 604, 30 de mayo de 1988.

¹⁷⁵ Ibid.

intelectualidad y la juventud que venía de la lucha estudiantil en la UNAM encabezada por el CEU, de dónde surgieron muchos cuadros y muchos militantes cardenistas. Más allá de estos momentos espectaculares, en cada rincón del país, en cada acto proselitista, la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas tomaba un vuelo inesperado y se convirtió en un movimiento político y social de alcance histórico.

En plena coyuntura electoral, México presenciaba un hecho político e histórico de insospechable magnitud: la convergencia en la oposición y alrededor de una candidatura presidencial de varios y diversos sectores sociales. La figura de Cuauhtémoc Cárdenas, que evocaba una tradición política y una época de protagonismo popular, se convirtió en el catalizador de uno de los mayores movimientos políticos de la historia mexicana. La composición de este movimiento se modificaba día tras día, hasta convertirse en un fenómeno de masas, cuyo perfil social escapa a una caracterización rígida. Se trataba de un típico fenómeno de movilización popular, donde los orígenes de clase se desdibujaban en la medida en que cruzaban, a su interior, reivindicaciones democráticas y demandas sociales surgidas de la participación de sectores organizados y de ciudadanos sin militancia o filiación. Indudablemente los contingentes campesinos, obreros y vecinales ofrecían una imagen cercana a las coaliciones populares que protagonizaron los momentos más altos de la larga historia de luchas que recorrieron México

y toda América Latina a lo largo del siglo. Al mismo tiempo, participaron -y este parece ser el hecho novedoso- amplios sectores de clase media, los cuales enarbolaban, además del descontento frente al empobrecimiento sufrido a partir de la crisis de la deuda y el ajuste estructural neoliberal, demandas ciudadanas que enriquecían el tema de la justicia social desde la perspectiva de la participación democrática, el rechazo al autoritarismo y al corporativismo, en dirección de la refundación de un sistema político en el que los derechos políticos y civiles se hicieran efectivos.

La convergencia de esta pluralidad de sujetos sociales producía una movilización alrededor de algunos principios básicos, donde primaba la protesta y el cuestionamiento al *status quo*. El punto de articulación se acercaba entonces al mínimo denominador común, encarnado por la figura de Cárdenas y los planteamientos de la CD, cercanos a la tradición política del país: lo suficientemente conservadores para reagrupar a un gran número de sectores sociales y lo suficientemente contestatarios para ofrecer un cauce al descontento que se había acumulado a raíz de la crisis económica, en contra del autoritarismo priísta y del giro neoliberal de la política gubernamental. La figura y el nombre de Cárdenas fueron el catalizador de un movimiento que rebasó los marcos representados por la CD: una corriente surgida del PRI para defender el nacionalismo revolucionario y democratizar el proceso de selección de los candidatos. Cárdenas y la CD tuvieron entonces que

responder a las expectativas que despertaron y seguir el camino trazado por la movilización: ampliando y profundizando el alcance de sus planteamientos, encabezando un movimiento popular en lugar de conducir una lucha al interior de una organización política. Las circunstancias y la magnitud del fenómeno social en curso impusieron en gran medida la línea política a seguir.

Después de años de luchas relativamente aisladas, conducidas por organizaciones sociales determinadas y limitadas -apoyadas por una izquierda socialista fragmentada y desgastada- la lucha social encontraba un cauce político que la proyectaba en la arena electoral, un eje articulador y -sobre todo- la fórmula para extender, más allá de los límites tradicionales, su capacidad de convocatoria. El resurgimiento del movimiento cardenista politizó nuevos espacios de la sociedad mexicana, abriendo márgenes de alianzas políticas y sociales antes inconcebibles, dando sentido a la lucha electoral, que el PRI había neutralizado desde 1929 cuando se suscitó el primer fraude en detrimento de José Vasconcelos.

La politización y la movilización crecientes, conforme avanzaba 1988, despertaron el entusiasmo de muchos intelectuales y militantes socialistas, los cuales, a título individual, o a nivel de su organización -como en el caso pionero de la ORPC- se sumaban al caudal de adhesiones que reforzaban la

candidatura de Cárdenas.¹⁷⁶ Un fenómeno, cada día más visible, que no podía pasar inadvertido en la izquierda partidaria.

Tensiones en el PMS

Desde la clausura del Congreso del PMS, conforme iba creciendo el movimiento alrededor de la candidatura de Cárdenas, se habían ido multiplicando en ese partido las voces en favor de retomar la posibilidad de una alianza con la CD y el FDN.¹⁷⁷ Para febrero, en ocasión de la Asamblea Nacional Electoral del partido, la crítica al interior del PMS se hizo explícita y el mismo grupo de dirigentes que había intentado la conciliación en el Congreso presentó un documento que planteaba una revisión profunda de la línea política.¹⁷⁸

En el marco de la situación excepcional que vivía el país, los disidentes destacaban el incipiente movimiento de masas, “las tendencias unitarias en la

¹⁷⁶ Para poner alguno ejemplo regional, en Jalisco apareció un llamado en El Occidental de Guadalajara el 4 de marzo de 1988 –suscrito por intelectuales y militantes de distintos orígenes- y se organizó una asamblea a favor de la candidatura única de la izquierda. Ver también las opiniones de destacados intelectuales de izquierda como Rosalbina Garavito (La Jornada, 20 de febrero de 1988) y Andrea Revueltas y Enrique González Rojo, (“¿Qué hacer ante la sucesión presidencial?” en La Jornada, 6 de marzo de 1988).

¹⁷⁷ Ver Eduardo Montes, “PMS el reto del 88” en La Unidad, núm. 19, 10 de enero de 1987, p. 15, y Daniel Carlos García, “La unidad bloqueada. 10 puntos para reflexionar” en La Unidad, núm. 17, 20 de diciembre de 1987, p. 20. Francisco Ortiz Pinchetti, “El norte se previene contra el esperado fraude del PRI” en Proceso, núm. 587, 1 de febrero de 1988, núm. 591, 29 de febrero de 1988 y núm. 592, 7 de marzo de 1988.

¹⁷⁸ Ver Antonio Becerra Gaytán, Eduardo Montes Manzano, Francisco Javier Pizarro, Marcos Leonel Posadas, Reynaldo Rosas Domínguez y Jesús Sosa Castro, “Una propuesta de táctica para el PMS” en Corriente del Socialismo Revolucionario, cit., pp. 51-61.

izquierda social y la emergencia de nuevos segmentos de la sociedad civil”. Criticaban la falta de comprensión del reacomodo de fuerzas en curso, de la génesis de un amplio movimiento opositor -que no era solamente electoral como tampoco una maniobra del régimen- porque los pasos llevados a cabo por la CD y las movilizaciones alrededor de Cárdenas eran la señal inequívoca de una ruptura real y del surgimiento de una nueva fuerza política. Se criticaba abiertamente la actitud del partido, desde el manejo de las negociaciones hasta los ataques a Cárdenas y la CD, con quienes por lo demás había que reconocer la coincidencia en cuanto a ejes programáticos y enemigos.¹⁷⁹ Finalmente se acusaba a la dirección del PMS de conducir una campaña electoral débil, de haber ideologizado el discurso para enmascarar debilidades políticas, de predicar abstractamente el socialismo sin sustentos políticos y programáticos, sino con base en una hipótesis remota de un estallido popular espontáneo que modificara las relaciones de fuerza en el país, abriendo paso al socialismo.¹⁸⁰

Frente a este “radicalismo verbal”, que llegaban a tachar de populismo, los disidentes consideraban que, por el contrario, había que reconocer que no existían en México las condiciones para una rápida transición al socialismo, mientras que la tarea actual de los socialistas era, sin renunciar a su identidad, aglutinar a vastos sectores sociales y promover un gobierno democrático,

¹⁷⁹ Ibid., ver también Jesús Zambrano, “En el filo de la navaja” en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1938, pp. 3-4; Daniel Carlos García, “La unidad bloqueada, 10 puntos para reflexionar”, cit., p. 20.

¹⁸⁰ Ver Zambrano, “En el filo de la navaja”, cit., p. 4.

popular, antioligárquico y antiimperialista, recogiendo “lo más avanzado de la Constitución”.¹⁸¹ Se trataba de la formulación de una línea política para la coyuntura histórica al interior de una concepción de lucha política e ideológica prolongada, línea centrada en los tres ejes fundamentales: defensa de la soberanía y de los intereses populares y establecimiento de la democracia en México. Según los disidentes la causa principal de los errores táctico-estratégicos del PMS había sido el grave déficit de análisis y de debate interno que ya había sido señalado en ocasión del I Congreso.¹⁸² Faltaban, retomando los argumentos del documento en cuestión, una cabal comprensión de la historia del país y de los códigos culturales de su pueblo, que permitiera ver el conjunto y entender la coyuntura; faltaban pensamiento propio, claridad política y un proyecto de largo plazo que surgieran de una reflexión sobre la vigencia del socialismo y la caducidad de algunos postulados.¹⁸³ Para los disidentes, el PMS vivía en el pragmatismo inmediatista y en un movimientismo que confundía cada avanzada de los movimientos sociales con una avanzada del socialismo.¹⁸⁴ Así se alimentaba la deriva de una izquierda estancada, dividida, confusa, poco atractiva e incapaz de explicar su división a

¹⁸¹ Ibid., ver también Manuel Pasillas Salas, “La necesidad de crear un frente” en *La Unidad*, núm. 18, 27 de diciembre de 1987, p. 10 y Eduardo Montes, “Una política para avanzar” en *La Unidad*, núm. 39, suplemento, 5 de junio de 1988, p. 3.

¹⁸² Ver Zambrano, “En el filo de la navaja”, cit., Daniel Carlos García, cit. y Eduardo Montes, “Una política para avanzar”, cit.

¹⁸³ Ver Jesús Zambrano Grijalva, “Las difíciles elecciones del PMS” en *La Unidad*, núm. 28, 13 de marzo de 1988, p. 4.

¹⁸⁴ Ver Eduardo Montes, “Una política para avanzar”, cit.

unos militantes desesperanzados, que en número creciente abandonaban el partido para apoyar a la candidatura de Cárdenas.¹⁸⁵

A las debilidades políticas del PMS ya señaladas, venían a sumarse problemas más concretos de orden interno. La unidad en el PMS estaba lejos de haberse asentado y en cada momento de la vida del partido afloraban las diferencias, las molestias y las críticas. Estas inconformidades tenían origen variado y no siempre coincidían con las divisiones propiamente políticas, aunque las inconformidades políticas eran siempre acompañadas por críticas a los métodos de dirección y a la vida interna del partido.

Un momento particularmente conflictivo de la vida del PMS fueron las elecciones internas para las candidaturas a diputados y senadores. El proceso electoral fue marcado por las irregularidades, algunas a causa de los límites infraestructurales del partido, otras por fraude o prácticas clientelares.¹⁸⁶ Se

¹⁸⁵ Ver "En la última reunión de dirigentes comunistas" en *Corriente del Socialismo Revolucionario*, cit., pp. 69-75.

¹⁸⁶ El Comité Ejecutivo Nacional, después de subrayar que las elecciones habían sido un avance democrático, tuvo que admitir los límites: "las dificultades y los errores no han sido pocos. La información general a los electores fue deficiente; la información política sobre los precandidatos fue muy reducida; fue evidente la falta de mecanismos para lograr una mejor y mayor participación de los precandidatos para que expusieran tesis políticas; sufrimos serias carencias en la organización nacional del proceso de elecciones preliminares; el diseño de las boletas no fue el más adecuado; se favoreció la creación de planillas y se presentaron comportamientos excluyentes entre grupos de precandidatos. La dirección del PMS no tomó en sus manos con la necesaria madurez y decisión el proceso eleccionario y fallaron muchos mecanismos de información y participación política, indispensables para lograr una mucho más cuantiosa participación ciudadana. La más importante crítica que hay que hacer a este nuevo y democrático procedimiento es que, si de origen se buscaba la participación más amplia y decisiva del electorado, esto no se logró como deseábamos." Declaración del Comité Ejecutivo Nacional, "Elecciones preliminares del PMS: un paso más a la democracia", 3 de marzo de 1988, mimeo. En las preliminares del 28 de febrero participaron entre 180 000 y 150 mil personas.

asistía a la reproducción de los viejos vicios del régimen priísta y nadie en el PMS se atrevía a negar la existencia de una penetración de rasgos de la cultura política oficial al interior del partido.¹⁸⁷ Se asomaron claras y peligrosas señales de descomposición y recrudecieron las críticas a la dirección y las pugnas entre las corrientes, divididas más por la lucha por el poder interno que por explícitas divergencias políticas.¹⁸⁸ En particular los dirigentes provenientes del MAP (Arnaldo Córdova, José Woldenberg, Adolfo Sánchez Rebolledo y Antonio Gershenson) manifestaron clara y bruscamente sus divergencias, denunciando el ostracismo de la dirección en su contra - acusando en particular a los ex-comunistas- y amenazando con la escisión.¹⁸⁹

Este conjunto de tensiones desembocaba naturalmente en reflexiones más generales sobre los límites de la fusión y la razón de ser del PMS, en donde se lamentaba la ausencia de una verdadera unidad ideológica y política, de un proyecto de síntesis viable y atractivo. Ni el balance ni las perspectivas permitían justificar el entusiasmo y se asistía a una amarga toma de conciencia

¹⁸⁷ Ver Rodolfo Armenta Scott, "La marcha apenas comienza", cit., p. 10-11, "En la última reunión de dirigentes comunistas", cit., p. 74.

¹⁸⁸ Ver Eduardo Cervantes Díaz Lombardo "Qué partido construimos" en La Unidad, núm. 39, suplemento, 5 de junio de 1988, p. 9; Carmelo Henríquez, "Un partido en proceso de construcción", pp. 4-5; "Última reunión de dirigentes comunistas", cit., p. 24. Ver también los artículos y ponencias de Jesús Zambrano, Eduardo Montes y Rodolfo Armenta ya citadas.

¹⁸⁹ Ver Arnaldo Córdova, Antonio Gershenson, Adolfo Sánchez Rebolledo, José Woldenberg, "El partido de la unidad non puede ser el partido de la exclusión" en La Unidad, núm. 30, 27 de marzo de 1988; Adolfo Sánchez Rebolledo, "Solución falsa para un problema real" en La Unidad, núm. 35, 8 de mayo de 1988, p. 14. Respondieron, en defensa de la corriente comunista, Eduardo Montes, "¿Inmadurez para la democracia?" en La Unidad, núm. 31, 10 de abril de 1988, p. 9.; y Cuauhtémoc Sandoval, "La exclusión del MAP" en La Unidad, núm. 31, 10 de abril de 1988, p. 14.

sobre la deriva de un proyecto de unificación que quiso ser la solución a la crisis de la izquierda socialista mexicana.¹⁹⁰

El PMS no podía no percibir el clima que se respiraba en el país a raíz de la movilización despertada por la candidatura de Cárdenas ni el clamor creciente a su alrededor y a su interior. Por una parte, puesta en dificultad, la dirección avanzaba sin convicción la propuesta de candidatos unitarios, encontrando el favor de la CD y el rechazo del PRT; por otra parte se invitaba a matizar los tonos, a valorar las coincidencias y no diluir las fuerzas en ataques fratricidas. Se reconocía la existencia de un movimiento popular, de lo peligroso que -en términos de imagen- podía resultar quedar al margen y se ventilaban hipótesis de un fantástico camino unitario de los tres candidatos - Heberto Castillo, Rosario Ibarra y Cuauhtémoc Cárdenas- que reviviera las elecciones primarias.¹⁹¹ Pero, en última instancia, prevalecía la lógica autoreferencial y las aperturas más bien se proyectaban hacia el periodo postelectoral. Con siempre menor fuerza y convicción, desde los grupos dominantes al interior de PMS, se ratificaban las acusaciones, la desconfianza y las reservas hacia los partidos miembros del FDN, de la misma manera se

¹⁹⁰ Ver algunas de las ponencias presentadas en la mesa redonda organizada en el CEMOS, publicadas en suplementos de La Unidad.

¹⁹¹ Ver Cuauhtémoc Sandoval, "El debate sobre la candidatura única" en La Unidad, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 13; Gabriel M. Santos, "Desterrar la discordia" en La Unidad, núm. 20, 17 de enero de 1988; Eduardo Valle, "Después del 6 de julio, diálogo constructivo y positivo con el FDN" en La Unidad, núm. 20, 17 de enero de 1988.

desdibujaba el discurso que insistía en la “diferencia” del PMS.¹⁹² Se apuntaba a las contradicciones en el FDN -del cual solamente la CD participaba en las movilizaciones en contra del Pacto de Solidaridad Económica (PSE)- en relación a su plataforma electoral que -cuando todavía no había sido aprobada por todos los participantes- fue publicada por el PFCRN y registrada como propia por el PPS, mientras que el PARM se deslindaba de algunos planteamientos.¹⁹³ Se concluía que la CD buscaba a los socialistas solamente como fuerza de apoyo y que la campaña para la candidatura única era en realidad una campaña en favor de Cárdenas aunque -se reconocía- en ella participaban muchas personas honestas.¹⁹⁴

La defensa del PMS

Frente a sus manifiestas debilidades y a los crecientes cuestionamientos internos y externos, la dirección del PMS se atrincheró en defensa de la precaria unidad partidaria, de su candidato, de su identidad y de su programa socialistas. El Congreso de noviembre sancionó que la candidatura de Heberto

¹⁹² Ver Gilberto Rincón Gallardo, “Declaración a la prensa” en La Unidad, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 12; el editorial de La Unidad, “Es posible una sola candidatura” en La Unidad, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 1; Gabriel M. Santos V., “Restaurar al PRI o buscar otra alternativa” en La Unidad, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 4.

¹⁹³ Ver Rincón Gallardo, “Declaración a la prensa”, cit., p. 12.

¹⁹⁴ Eduardo Valle acusaba de lombardismo tardío a tal campaña, ver “Entrevista con Mario Medina. Quienes llaman a la candidatura única responden a un lombardismo tardío” en La Unidad, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p.7. Ver también Pablo Gómez, “Esa es una política arrogante” en La Unidad, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 3.

Castillo ya no estaba a discusión y adoptó una resolución en donde se invitaba a todo el partido a participar en la campaña, lo que indicaba una línea política y al mismo tiempo un llamado de atención.¹⁹⁵ El PMS se volcó en la búsqueda de sí mismo e intentó convencer al país de ser una opción válida y viable.

La afirmación y el fortalecimiento de su identidad socialista y de su perfil político iban de la mano de la diferenciación. En el partido, seguía imperando el rechazo hacia la CD y los partidos paraestatales, aunque el trato era evidentemente menos agresivo hacia la CD, y en particular hacia Cárdenas. Se subrayaban ahora las divergencias por encima de las convergencias. Se volvían a desacreditar a los partidos integrantes del FDN recurriendo a los viejos argumentos sobre su origen y su pasado y se acusaba a la CD de revitalizarlos, dañando así a la izquierda mexicana en su lucha por la independencia.

A pesar de que los argumentos para justificar el fracaso de la alianza fueron, en un primer momento, de carácter procedimental, ahora se insistía en que la diferencia fundamental era política. Se rechazaba que el proyecto de recuperación de la Revolución Mexicana -horizonte político de la CD y de Cárdenas- fuera adecuado para el México contemporáneo, que más bien necesitaba un cambio radical en lugar de la continuidad del nacionalismo

¹⁹⁵ Ver "Impulsar la campaña electoral. Heberto Castillo para presidente. Resolución del Congreso del PMS" en La Unidad, núm. 15, suplemento, 6 de diciembre de 1987, p. 8; y Mario. A. Medina, "El Congreso pemesista ratificó la candidatura de Heberto Castillo" en La Unidad, núm. 14, 29 de noviembre 1987, p. 10.

revolucionario.¹⁹⁶ Sin negar los valores de la Revolución de 1910, los dirigentes del PMS los consideraban simplemente insuficientes. Este argumento llegaba a ser usado provocativamente por Heberto Castillo, quien acusaba al FDN de buscar la restauración del régimen priísta, de “lombardismo tardío”, polemizando directamente con Cárdenas, acusándolo de haberse refugiado al PRI cuando se deshizo el MLN.¹⁹⁷ Se consideraba, además, que la CD había detenido su evolución y no había completado la ruptura ideológica y política con el régimen -incluso visiones extremas y simplistas asociaban Cárdenas con la gran burguesía y la alianza con la CD con una capitulación.¹⁹⁸

La diferenciación conducía así a la reivindicación de una identidad propia. Se subrayaba la existencia de “dos proyectos distintos y diferenciados en raíces y propósitos”: la restauración del PRI y una “nueva revolución, un nuevo régimen y una nueva economía que nos lleve al socialismo”.¹⁹⁹ Se enfrentaban, según esta visión, pasado y futuro. Así se reivindicaba un proyecto más avanzado: “rescatar lo rescatable de la revolución de 1910, pero

¹⁹⁶ Heberto Castillo repetía constantemente esta idea: “la tesis que sustento va más allá de la Revolución Mexicana: hay que limitar la propiedad privada de los medios e instrumentos de producción”, en Enrique Maza, “La unidad, aún posible: Cuauhtémoc; candidatura única, ya no: Heberto”, en Proceso, núm. 586, 25 de enero de 1988, pp. 23-24; ver también Pablo Gómez, “Esa es una política arrogante”, cit., p. 3; Gabriel Santos, “Restaurar al PRI o buscar otra alternativa”, cit.

¹⁹⁷ Ver Heberto Castillo, “El FDN por restaurar el sistema de 1934. El PMS busca el cambio para 1988”, en Proceso, núm. 587, 1 de febrero 1988, p. 7.

¹⁹⁸ Ver Valentín Campa, entrevista de Carlos Padilla, “De aceptar la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, el PMS hubiera capitulado” en La Unidad, núm. 30, 27 de marzo 1988, p. 7..

¹⁹⁹ Ver Gabriel M. Santos V. “Restaurar al PRI...”, cit., p. 4.

avanzando más, es decir construir una gran fuerza de izquierda, no de centro-izquierda”.²⁰⁰ Se insistía en que el PMS era un partido socialista radical, un partido histórico, y se volvían a dibujar, en grandes líneas, los contornos y los principios de la futura sociedad socialista, aún cuando la plataforma electoral del partido se limitara a enumerar reformas de alcance inmediato.²⁰¹

No se aceptaba la idea de que el PMS estuviera acorralado, ni que aceptara “diluirse como opción y como portador de un alternativa real, radical y viable”. Hacia el interior, el discurso se hacía más autoreferencial y defensivo, mientras que hacia el exterior vibraba el triunfalismo de Heberto Castillo y de la dirigencia, quienes hablaban de ganar la mayoría, de conquistar el poder del Estado y del futuro gobierno popular.²⁰² Finalmente, Rincón Gallardo, a lo mejor involuntariamente y en forma contradictoria, argumentaba la línea política con un tono pesimista y heroico, típico de tantas luchas minoritarias del pasado:

“Ahora, cuando los caminos parece cerrarse, cuando el desánimo nacional cunde, cuando todo parece inmovilizarse y la inercia parece ganarnos; cuando el dominio de la clase dominante aparece como suficiente; ahora, cuando algunos sectores prefieren negociar a luchar por un

²⁰⁰ Ibid., p. 4.

²⁰¹ Ver “Informe de la CONACO al Primer Congreso del PMS”, cit., p. 8; “Plataforma Electoral del PMS” en La Unidad, núm. 30, suplemento, 27 de marzo de 1988.

²⁰² Ver “Informe de la CONACO al Primer Congreso del PMS”, cit., y los artículos de Heberto Castillo en la revista Proceso.

camino distinto, radicalmente distinto, nosotros, socialistas, llamamos al pueblo de México para que despierte... ”.²⁰³

En general, se reconocía la importancia de la coyuntura y las posibilidades de la oposición y se consideraba que el PMS podía crecer, ofreciendo al descontento social los canales de la organización y la radicalidad de sus planteamientos socialistas. Para esto era necesario insertarse en el movimiento de masas y evitar que el malestar fuera capitalizado por el PAN.

Aunque pusiera al centro de su política la campaña de Heberto Castillo, el PMS se proyectaba más allá de lo electoral. El mismo Castillo, ya en enero, en lo que podía parecer un *lapsus*, afirmaba que si el PMS era derrotado debía seguir siendo un instrumento de lucha del pueblo.²⁰⁴ Muchos ya vislumbraban las posibilidades de extender el proceso unitario: unos volvían a plantear la idea de la fusión con el PRT²⁰⁵, otros veían todavía con interés una alianza con la CD, algunos de ellos ventilando la hipótesis de formar otro partido.²⁰⁶

Pero, en lo inmediato, la tarea principal era la campaña electoral y mediante ella la construcción, la defensa y el fortalecimiento del partido, de su

²⁰³ “Informe...”, cit., p. 8.

²⁰⁴ Enrique Maza, “La unidad, aún posible: CC; candidatura única, ya no: Heberto”, cit., p. 23.

²⁰⁵ Gabriel M. Santos V. “Restaurar al PRI o buscar otra alternativa”, cit., p. 4.

²⁰⁶ Jesús Zambrano “Respuesta” en La Unidad, núm. 38, suplemento, 29 de mayo de 1988, pp. 2-3, y Carmelo Henríquez, “Un partido en proceso de construcción”, cit., pp. 4-5.

independencia del Estado y de su unidad.²⁰⁷ Volvían a aparecer, en el debate interno, que hasta este momento estaba monopolizado por la cuestión de las alianzas, los temas clásicos de la identidad y del perfil socialista. Se discutió, a lo largo de un seminario organizado en el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, de la raíz clasista o popular del partido y se insistía, reconociendo la importancia de otros sectores como el campesino, el urbano-popular y el estudiantil, en la centralidad del movimiento obrero, donde el PMS debía luchar:

“por su unidad a fin de que la clase obrera recupere su papel de vanguardia en la lucha por la democracia y frente a la crisis económica, derrotando la política seguida hasta ahora por el actual grupo gobernante”.²⁰⁸

Todavía algunos dirigentes, como Pablo Gómez, no compartían el optimismo mayoritario y consideraba que el corporativismo, aún en decadencia, no estaba todavía en crisis:

“los socialistas no tenían asegurado, de ninguna manera, que puedan canalizar hacia sus filas y su tendencia política a los sectores del proletariado que se substraigan a la influencia directa del poder del Estado y del partido de éste”.²⁰⁹

²⁰⁷ Ver, por ejemplo, “Llamamiento de los secretarios generales y de los representantes de los consejos estatales” en La Unidad, 14 de febrero de 1988, aprobado por el II pleno del Consejo Nacional, 6-7 de febrero de 1988, p. 12.

²⁰⁸ “Informe...”, cit., p. 7.

Mientras que Heberto Castillo, en su campaña, insistía en genéricos llamados al pueblo, a los trabajadores y a los pobres,²¹⁰ se volvía a discutir de la naturaleza de la nueva revolución, que la mayoría de los dirigentes veían no como momento épico de ruptura sino como una larga conquista de espacios democráticos populares, como acumulación de fuerzas y construcción de una hegemonía, a partir de los cuales se podía avanzar hacia el socialismo.²¹¹ Por otra parte se debatía sobre el papel de la vanguardia, donde algunos demostraban más apego al dogma leninista de la centralidad del partido y otros más interés en el desarrollo del movimiento popular y en el papel de las organizaciones sociales.²¹²

En este clima de introversión, se valía volver a discutir de doctrina porque, como argumentaba un dirigente:

²⁰⁹ Pablo Gómez, "El PMS surgió para conformar una fuerza de poder" en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, p. 6.

²¹⁰ Ver Heberto Castillo, "Socialismo a la mexicana" en *Proceso*, núm. 590, 22 de febrero de 1988, pp. 35-37, donde habla del PMS como del "partido de los pobres".

²¹¹ Ver Mario Medina, "Entrevista a Carmelo Henríquez" en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 7, así como Ciro Mayén Mayén, "Los quehaceres de un partido socialista democrático", en *La Unidad*, suplemento, núm. 39, 5 junio de 1988, pp. 5-6, y Eduardo González, "Para tomar el poder" en *La Unidad*, suplemento, núm. 39, 5 junio de 1988, pp. 7-8.

²¹² Como resulta evidente en las posiciones manifestadas en ocasión de los seminarios organizados en el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, "¿Para qué el PMS?", confróntese las posturas de Jesús Ortega ("Un partido con nombre y apellido", en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, pp. 7-8) y Jesús Zambrano ("En el filo de la navaja", cit., pp. 3-4, por un lado y las de Pablo Gómez ("El PMS surgió para conformar una fuerza de poder", cit., pp. 6-7) y Carmelo Henríquez ("Un partido en proceso de construcción", cit., pp. 4-5.) por el otro.

“Cuando el PMS no tiene aún bien definida su fisonomía y cuando en el escenario nacional concurren otras tendencias con objetivos democráticos, antiimperialistas pero no revolucionario-socialistas, no marxistas-leninistas, la fundamentación teórica, ideológica y moral de la política cobra una dimensión y un sitio especial en la construcción del partido, en la agitación y la política de organización”.²¹³

Las diferencias incluso en estos temas eran evidentes. Por ejemplo, si algunos consideraban que el PMS debía definirse como marxista²¹⁴ o hasta marxista-leninista²¹⁵, había quienes pensaban más bien en una renovación del marxismo²¹⁶, mientras que para otros, como Martínez Verdugo, sin negar la importancia del marxismo, el PMS debía ser “laico” y definirse a partir de sus programas, sus concepciones organizativas y sus decisiones tácticas²¹⁷. Finalmente, Heberto Castillo, fiel a su tradición, afirmaba: “ni el PMS ni yo somos marxistas”.²¹⁸ Pero la discusión sobre estos puntos, así como las referencias a los países del socialismo real, aunque sintomáticas del estado de ánimo imperante en el PMS, no tuvieron mayor trascendencia.

²¹³ Osiris Cantú, “La necesidad del cambio” en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, p. 9.

²¹⁴ Ver Alma Romo, “Entrevista con Manuel Terrazas” en *La Unidad*, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 7.

²¹⁵ Osiris Cantú, por ejemplo, afirmaba que el PMS “tiene que enriquecer la única ciencia de la revolución: el marxismo-leninismo.”, cit., p. 10.

²¹⁶ Por ejemplo, Rodolfo Armenta Scott, “La marcha apenas comienza”, en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, p. 11.

²¹⁷ Arnoldo Martínez Verdugo, “Por un partido de masas que sea una fuerza organizada” en *La Unidad*, núm. 16, 13 de diciembre de 1987, p. 7.

²¹⁸ Heberto Castillo, “Nuestro socialismo mexicano” en *Proceso*, núm. 600, 2 de mayo de 1988, pp. 34-38.

Siendo preocupación fundamental del PMS su unidad y su existencia como partido, tenía un lugar central la referencia a la organización. La centralidad de la organización, la idea del partido de masa, siempre fueron temas recurrentes al interior del PMS, así como de la izquierda socialista en general. Se insistía en que el PMS debía dedicarse a su implantación territorial, empezando por los municipios, estabilizar grupos dirigentes, unificar organizaciones sociales, integrando distintas líneas de luchas, diversidades regionales y sociales.²¹⁹ Se pensaba en la campaña electoral como en una gran jornada organizativa, una etapa crucial para la construcción del PMS.²²⁰ En este caso también afloraban distintas visiones. Heberto Castillo y su grupo insistían en que el PMS debía incorporar a los llamados “dirigentes naturales”, de los cuales el partido podía aprovechar la capacidad de movilización, pero esta idea suscitaba muchas resistencias a causa de la desconfianza a todo lo que podía sonar a “natural” en un país permeado de una cultura política caciquil, autoritaria, demagógica y corporativa.

²¹⁹ “Tareas centrales de la construcción orgánica del partido en 1988” en La Unidad, núm. 5, 27 de septiembre de 1987, p. 12, y “II Pleno del Consejo Nacional” en La Unidad, núm. 20, 17 de enero de 1988.

²²⁰ Ver “Plan general de campaña” en La Unidad, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 12. Donde se expresaban los siguientes objetivos: 1 Fortalecer y crear los vínculos del partido con las masas trabajadoras, 2. Construir y fortalecer el partido, 3. Movilizar las fuerzas del partido y del pueblo en torno al objetivo de ganar la mayoría electoral. Ver también Arnoldo Martínez Verdugo, “Por un partido de masas que sea una fuerza organizada” en La Unidad, núm. 16, 13 de diciembre de 1987, p. 7.

La campaña fue también la ocasión para que circularan las propuestas concretas del PMS.²²¹ En los discursos de campaña y en sus artículos en la revista *Proceso*, Heberto Castillo dibujaba su “socialismo a la mexicana”²²², insistiendo en temas como la soberanía y el petróleo, socialismo y cristianismo, y en la propuesta económica del PMS, admitía que “el gobierno tendría una inspiración socialista, pero desarrollará un programa que, por supuesto, no lo es”.²²³ En general todo el discurso pmesista resentía fuertemente del estilo personal de Heberto Castillo, quien conducía su campaña con algunos destellos de radicalismo, como en los casos de las tomas de tierra que encabezaba y legitimaba, o cuando dijo -con resonancias fuertemente cardenistas- a un grupo de campesinos de Tlapehuala:

“Vamos a solicitar al Secretario de la Defensa Nacional que les devuelvan sus armas. Hagan una relación de ellas. Los campesinos tienen derecho a un arma para defender su casa, su familia, sus propiedades. El gobierno del PMS les va a dar armas a los campesinos para que defiendan sus tierras. El gobierno del PMS no temerá a los campesinos armados...”²²⁴

²²¹ Ver, en especial, “Informe de la CONACO al Primer Congreso del PMS”, cit. , y “Plataforma electoral”, cit. Ver también Heberto Castillo, “Una economía para vivir mejor” en *Proceso*, núm. 591, 29 de febrero de 1988, donde dibuja una solución nacionalista-popular, a partir de la suspensión del pago de la deuda y de una reforma fiscal que permitirían liberar recursos para impulsar medidas sociales, p. 28.

²²² Ver Heberto Castillo, “Socialismo a la mexicana” en *Proceso*, núm. 590, 22 de febrero de 1988, pp. 35-37.

²²³ Ver Heberto Castillo, “Nuestro socialismo mexicano”, cit., pp. 34-35, y “Chiapas: pasado y futuro” en *Proceso*, núm. 589, 15 de febrero de 1988, p.32-36.

²²⁴ Citado en Gerardo Galarza “Los rojos de Tlapehuala narran a Heberto la hostilidad oficial” en *Proceso*, núm. 590, 22 de febrero de 1988, p. 27.

La política de alianzas del PMS, ahora limitada a los acuerdos con la OIR-LM²²⁵ y la COCEI²²⁶, pasaba a segundo plano frente a una campaña electoral que permitía, a los ojos de muchos socialistas, recuperar una pureza, una identidad propia y construir al partido.²²⁷

La escisión en el PRT

Si el PMS se dividía entre la impugnación y la defensa de la línea política, también en la llamada izquierda revolucionaria se manifestaron fuertes tensiones y conflictos.

Para enero, en medio de la campaña por la candidatura única²²⁸, la OIR-LM se retiraba de la UP y se acercaba al PMS. En una carta al PRT, la comisión política de la OIR-LM argumentaba esta decisión por el total desacuerdo hacia el “radicalismo verbal injustificado y en muchos sentidos demagógico” de la campaña de Rosario Ibarra, por el rechazo al sectarismo del PRT que había impedido crear nuevas alianzas y el comportamiento

²²⁵ Ver Mario Medina, “Se concretó la alianza OIR-LM-PMS para ir más allá de lo electoral” en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, pp. 4-5, por la OIR firmaron Alberto Anaya, Jesús Pérez Cuevas, Pedro Moctezuma Barragán, Jesús Martín del Campo, Yañez y Guillermo Rodríguez Curriel. Ver también la entrevista de Mario Medina a algunos dirigentes de la OIR-LM, “La realidad del país nos hizo abandonar el abstencionismo” en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 7.

²²⁶ Ver “Convenio político-electoral que celebran PMS y COCEI” en *La Unidad*, núm. 25, 21 de febrero de 1988, p. 14.

²²⁷ Ver Alma Romo, “La campaña de HC logró destacar el perfil consecuente y verdadero del PMS” en *La Unidad*, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 5.

²²⁸ Ver “Carta de la Coordinadora Universitaria por la Candidatura Única” en *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, p. 22.

hegemónico y mezquino con el cual se había tratado a la organización maoísta.²²⁹ La OIR-LM-Valle de México, a diferencia de la dirección nacional, confirmaba su permanencia en la UP y su contrariedad a una alianza con el PMS, lo cual provocaba una ruptura al interior de una organización de por sí fragmentada.²³⁰

El PRT aceptaba la salida de la OIR-LM argumentando que esta organización no representaba a toda la izquierda revolucionaria y que había, desde un principio, privilegiado la dimensión electoral en lugar de un proceso de convergencia orgánica. Además, como lo habían denunciado anteriormente, existían serias diferencias políticas, en particular en relación al apoyo que sectores de la OIR-LM en el norte del país, expresaron hacia el candidato priísta, Carlos Salinas de Gortari.²³¹

A pesar de que las demás organizaciones permanecieron en la UP y aceptaron disciplinarse a la lógica de la campaña de Rosario Ibarra, la coalición era ya un fantasma, tanto uno de los máximos dirigentes del PRT, Edgar Sánchez, señalaba la necesidad de:

²²⁹ Ver "Carta de la OIR-LM", en Boletín Interno de Discusión e Información, núm. 80, marzo de 1988, p. 14.

²³⁰ Ver "Carta de la OIR-LM/Valle de México", Boletín Interno de Discusión e Información, núm. 80, marzo de 1988, pp. 14-15.

²³¹ Ver "En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido" en Boletín Interno de Discusión e Información, núm. 80, marzo de 1988, p. 32.

“llamar a votar PRT porque la UP creó confusión si es otro partido. También en las pintas se trata de hacer claro que el objetivo es la construcción del PRT”.²³²

Este acontecimiento dio mayor fuerza a la críticas que venía avanzando la minoría del partido trotskista, con el apoyo de Peñaloza y Pascoe.

Para la minoría, la ruptura con la OIR-LM significa el fin de la UP así como había sido concebida en el último Congreso. Los disidentes acusaban al PRT de sectarismo y de no haber sabido evitar la ruptura con los maoístas, que fueron empujados hacia el PMS, destruyendo la credibilidad, la capacidad de atracción y convocatoria y provocando el aislamiento del PRT.²³³ Que la OIR-LM era heterogénea y regionalizada era un hecho conocido, y la dirección del PRT no había sido suficientemente flexible, al punto que los disidentes sospechaban que, detrás de la actitud tan cerrada de la dirección, existía la intención de provocar la ruptura de la alianza.²³⁴

Por otra parte, consideraban que la campaña del PRT era meramente propagandística, centrada en estériles y contraproducentes ataques a Heberto Castillo y Cuauhtémoc Cárdenas, vacía de propuestas concretas y organizadoras; que su radicalismo verbal nada tenía que ver con las necesidades de organización concreta de las masas, su actual nivel de

²³² Ver “Actas del Comité Central del 5, 6 y 7 de febrero de 1988” en Boletín Interno de Discusión e Información, núm. 80, marzo de 1988, pp. 1-5.

²³³ Ver “Documento sobre la coyuntura de la minoría del CC” en Boletín Interno de Discusión e Información, núm. 80, marzo de 1988, p. 11.

²³⁴ Ver “La ruptura de la UP”, 5 de febrero de 1988, en Por una alternativa socialista para los trabajadores, folleto, 1988, pp. 76-77.

conciencia y con sus posibilidades prácticas; que no existía la radicalización política que presuponían los llamados a las armas y a la insurrección, producto de ultraizquierdismo verbal e infantilismo político; que ni el Comité Central ni el Congreso habían aprobado estas líneas de campaña y a esto se debía la desmoralización expresada en la falta de participación de sectores del partido en la campaña.²³⁵ Los disidentes apuntaban, además, a las graves contradicciones debidas a falta de análisis y a la marginalidad del partido frente a los procesos socio-políticos en curso, al movimiento de masas en gestación, lo que era una señal de crisis profunda. Por último denunciaban el ostracismo, las negativas a discutir, las amenazas, las represalias y las violaciones a las normas estatutarias.²³⁶

La minoría del PRT ya desde noviembre empezó a plantear en forma orgánica una línea política distinta a la de la dirección del partido. El análisis que se desprendía a lo largo de los varios documentos abarcaba las distintas dimensiones del momento histórico, la coyuntura y las tareas del partido a corto, mediano y largo plazo.

Como en sus documentos anteriores, la minoría arrancaba de la evaluación de una situación defensiva de las masas -a pesar de las

²³⁵ Ver "Documento sobre la coyuntura de la minoría del CC", p. 11, y "La ruptura de la UP", citados.

²³⁶ Ver "A los militantes del PRT. Al pueblo de México" en Proceso, núm. 591, 29 de febrero de 1988. "Declaración de los camaradas firmantes del desplegado llamando a la candidatura única", 6 de febrero de 1988, en Boletín interno de Discusión e Información, núm. 80, marzo de 1988, pp. 18-19.

movilizaciones en contra del Pacto de Solidaridad Económica- frente a la crisis. La izquierda socialista en particular mostraba grandes dificultades para vincularse con ellas y el malestar social era capitalizado por el PAN y la abstención, con la sola excepción de algunos sectores “radicalizados y politizados” muy minoritarios.²³⁷ A pesar de esto, la conjunción de la sucesión presidencial y la reestructuración capitalista mexicana, condicionada por la crisis mundial, había agudizado los elementos de crisis del régimen de partido de Estado y creado las condiciones para una fractura en el sistema de dominación y subordinación política.²³⁸

El alcance de la salida de la CD del PRI era determinado por la naturaleza de un sistema político que no toleraba fisuras sin tambalear en su conjunto. Si los propósitos iniciales de la CD eran de aprovechar el descontento y mantenerlo en los marcos del régimen, la naturaleza misma del régimen “no tolera una escisión masiva sin que éste entre en crisis estructural” y la ruptura, entonces, superaba los límites del proyecto de la CD. El contenido político y la lógica de creciente radicalización de la CD estaban ligados a “proceso social en curso” que apuntaba hacia una ruptura real e histórica, que

²³⁷ Ver “La política electoral del PRT y la izquierda socialista” en *Por una alternativa socialista para los trabajadores*, folleto, 1988, pp. 68-72, y “A los militantes del PRT. Al pueblo de México”, cit.

²³⁸ Ver “Documento sobre la coyuntura de la minoría del CC”, cit., p. 9.

iba más allá de la diatriba electoral y anunciaba una ruptura desde abajo, en las organizaciones de masas, incapaces de contener el malestar social.²³⁹

Para la minoría, aunque la CD era la manifestación de una “disputa interburguesa” no era una maniobra para neutralizar el potencial subversivo de la izquierda socialista, acercándola al régimen, sino “un desplazamiento de la izquierda nacionalista hacia perspectivas antiimperialistas y socialdemócratas, en un alejamiento siempre más profundo del PRI”. Además de este desplazamiento “hacia la izquierda” y las coincidencias programáticas, había que valorar la presión de los sectores populares, que, a través de la campaña electoral, se iban aglutinando alrededor de Cárdenas y prometían conformar un movimiento de masas que no solamente incidiría en la crisis económica y política sino que se proyectaría hacia adelante.²⁴⁰

A partir de esta caracterización, la minoría del partido trotskista, consideraba que los socialistas tenían la obligación de intervenir, ahondar la crisis del régimen, enfatizar la rupturas en el sistema de dominación. Y Cárdenas era, contrariamente a lo que sostenían en la dirección del partido, un elemento que empujaba en esta dirección. Según la minoría del PRT, la respuesta ideal era la formación de un polo unitario de la izquierda socialista independiente, fundamentalmente alrededor de la UP y del PMS, que se constituyera en el interlocutor socialista de esta ruptura democrática nacional

²³⁹ Ver “La política electoral del PRT y la izquierda socialista”; y “A los militantes del PRT. Al pueblo de México” citados.

²⁴⁰ Ibid.

antiimperialista -impidiendo que quede atrapada por los partidos paraestatales- para construir una alianza táctica al interior de “un frente amplio”. Como sustento a esta propuesta, la minoría invitaba a inspirarse en los principios de las revoluciones centroamericanas: dividir al enemigo, aumentar su crisis, acumular fuerzas y lograr la máxima unidad posible, conservando identidad e independencia organizativa propia.²⁴¹

En este último aspecto, los disidentes consideraban que la independencia política de los trabajadores se iba a dar mediante un proceso que iniciara al interior de las estructuras de dominación, mediante rupturas nacionalistas de izquierda, nacional populistas e incluso antiimperialista. Es decir, mediante las mismas líneas ideológicas que permitieron la integración de las masas al Estado desde la Revolución Mexicana, con la diferencia que ahora éstas se habían transformado en estorbos.²⁴² Insistían en que esto no dependía de una voluntad, sino que se trataba de un proceso de maduración de conciencia de las masas que -en última instancia- conduciría al socialismo.²⁴³

La mayoría del PRT, por medio de sus órganos directivos, contestó estos argumentos uno por uno en otros tantos documentos. En ellos se reconocía la crisis del PRI pero se insistía que el punto central era quien la iba

²⁴¹ Ver “La política electoral del PRT y la izquierda socialista”, cit..

²⁴² Ver “Documento sobre la coyuntura de la minoría del CC”, cit., p. 10.

²⁴³ Esta visión extremadamente gradualista de la transformación socialista ya aparecía en la carta de renuncia de Gilly donde el autor apuntaba a la construcción de un: “partido promotor de una nueva cultura nacional que adelfante y prepare los valores y los horizontes de la revolución socialista en la lucha misma contra la opresión y la explotación”.

a capitalizar: si una corriente “nacional-burguesa” cuyo objetivo era renovar el sistema priista o un sujeto revolucionario.²⁴⁴ Insistían en que la CD no rompía con lo marcos del Estado burgués, que no había ninguna diferencia ideológica o política con los sindicatos de la CTM: ambos usaban la amenaza de la ruptura por miedo a perder el respaldo social y para ganar peso en la negociación en la cúpula del poder, ambos querían regresar al Estado benefactor del nacionalismo revolucionario de antaño.²⁴⁵ Así cuestionaban la profundidad de la ruptura necesaria:

“La lucha por la independencia de masas implica la ruptura en la conciencia de éstas con el sistema político, con su ideología y su control, no sólo con el aparato político”.²⁴⁶

Para la dirigencia del PRT, la CD seguía siendo simplemente un indicio: más que por su importancia intrínseca valía por lo que anunciaba en las estructuras corporativas, aunque en el mediano plazo, consideraban que “no habrá cuarteaduras”. Así negaban la magnitud de las movilizaciones alrededor de Cárdenas, pensaban que las masas no se iban a incorporar a la corriente, y que simplemente asistían a los mítines porque pesaban todavía mucho los aparatos

²⁴⁴ Ver “En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido”, cit., p. 31.

²⁴⁵ Ver Sergio Rodríguez, “Unidad a toda costa o lucha por la independencia política de los trabajadores” en Boletín Interno de Discusión e Información, núm. 79, marzo de 1988, pp. 5-9.

²⁴⁶ Ver “En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido”, cit., p. 31.

y los modos de dominación.²⁴⁷ La verdadera lucha era por las masas, no una simple disputa electoral y, en este aspecto, la CD era un “competidor”: un partido burgués con un proyecto socialdemócrata de negociación con el gobierno. Por lo tanto, la izquierda socialista debía evitar de convertirse en la “tabla de salvación del sistema”, dando la falsa ilusión de la posibilidad de reformar el Estado.²⁴⁸

La mayoría del PRT cuestionaba además la idea de un “pasaje obligatorio” por el “nacional-populismo” para llegar a la independencia de las masas. Insistía en que entre el nacionalismo y el socialismo “la cuestión es de clase”, y que no era inevitable el reformismo, sino que dependía de las relaciones de fuerza al interior de las masas y en este caso -sostenían- no era mayoritario. Como sustento de estas ideas, relucía la tesis clásica contra el PCM, considerado oportunista y opuesto a la independencia de clase:

“no fue el abstencionismo, ni el sectarismo ni el ultraizquierdismo a aislar la izquierda de las masas. Sino el contrario”.²⁴⁹

Otro argumento recababa la dirigencia del PRT de la experiencia sandinista y cubana, en donde consideraban que solamente a partir de la unidad de los de

²⁴⁷ Ver Sergio Rodríguez, “Unidad a toda costa o lucha por la independencia política de los trabajadores”, cit., p. 6.

²⁴⁸ Ver “En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido”, cit., p. 31.

²⁴⁹ Ver Sergio Rodríguez, “Unidad a toda costa o lucha por la independencia política de los trabajadores”, cit., pp. 7-8.

abajo se pudieron aprovechar, en un contexto de crisis revolucionaria, las divisiones entre los sectores dominantes. Rechazaba, por otra parte, la visión “espontaneísta” de la minoría, según la cual había que seguir simplemente la dinámica propia de las masas mientras que subrayaban el papel de la voluntad, de la subjetividad, del partido y de la vanguardia.²⁵⁰

La mayoría del PRT se encerraba así en la defensa de la línea política y de la organización -que sentían amenazadas- e insistía en su idea de organizar el descontento popular, de no dejar libre el terreno al PAN en la lucha por la democracia, de organizar la desobediencia civil y avanzar en una lucha de principios. En las palabras de Rosario Ibarra:

“A la modernización reaccionaria del salinismo, jamás le opondremos el populismo trasnochado de los que aspiran por una sociedad paternalista a la sombra de una Tata indulgente y benévolo”

Así la dirección, sin hacer un análisis profundo de las posibilidades del PRT y de la izquierda en su conjunto, se dedicaba más bien a criticar a los disidentes por haberse “intoxicado” con la idea de unidad como antídoto a la debilidad, y apuntaba hacia sus contradicciones en relación al lombardismo y al colaboracionismo de clase, que criticaban en palabras mientras en los hechos

²⁵⁰ Ibid., pp. 7-8.

proponían la subordinación del movimiento de masas a una corriente burguesa, cuyo objetivo era renovar el pacto de dominación.²⁵¹

Así se negaba la existencia de un movimiento espontáneo a favor de una candidatura única y se acusaba a la minoría de ser la fuente de una campaña de desprestigio, negando que ésta se originaba también en organizaciones cercanas, de sectores del CEU y del movimiento urbano popular. Se reconocían simplemente algunas divergencias manifestadas en el marco de la UP, como en el caso de la Unión Popular Nueva Tenochtitlan (UPNT). La dirección del PRT rechazaba, además, las acusaciones de sectarismo y aislamiento, evocando las acciones en contra del Pacto de Solidaridad Económica (PSE) y en particular el Día Nacional de Protesta, el 18 de febrero de 1988, pero reconocía la existencia de un sector desmoralizado en el partido, que no estaba participando en la campaña electoral, aunque lo tachaba de “muy minoritario” y lo acusaba de apoyar “abierta o veladamente” a Cárdenas.²⁵²

La mayoría rechazaba, por lo tanto, un Congreso extraordinario o una conferencia electoral en la medida que ya se habían discutido los problemas políticos planteados por la minoría; aseguraba que eran falsas las informaciones reportadas por el cotidiano *La Jornada* sobre la campaña de Rosario Ibarra. Se negaban además las acusaciones de antidemocracia y se

²⁵¹ Ver Mario Medina, “Entrevista con Edgar Sánchez: Intentamos que las masas no adopten una alternativa burguesa” en *La Unidad*, núm. 28, 13 de marzo de 1988, p. 7.

²⁵² Ver “En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido”, cit., pp. 31-32.

contraatacaba acusando la minoría de no respetar los acuerdos votados en el último Congreso así como las resoluciones del Comité Central, rompiendo el “centralismo democrático”; de llamar a “la rebelión de las bases” y de haber declarado la “guerra” al partido; de fomentar la represión; de ausentismo, de sabotaje; de organizar una provocación para que fueran expulsados sus miembros, mientras ya estaban organizando otra agrupación política; de ser una minoría desleal que aprovechaba el partido para aplicar una política distinta como conclusión lógica de una lucha fraccionalista empezada años atrás. Bajo el argumento de que los demás disidentes eran de la CIR y la LOM y que Peñaloza y Pascoe habían sido influenciados por su frecuentación de la Cámara de Diputados, se sostenía la integridad del partido. La acusación de claudicar iba acompañada de la crítica hacia cierta convergencia entre dirigentes de la minoría y sectores intelectuales cercanos a *La Jornada* y *Nexos*, lo que iba principalmente dirigido a Adolfo Gilly, articulista del cotidiano y miembro del comité de redacción de la revista mensual.²⁵³

Después de haber solicitado a los disidentes “cesar los ataques públicos al partido y a su campaña electoral”, fue removido Peñaloza de la Comisión Federal Electoral y Tomás Galindo del Registro Nacional de Electores y desconocidos los integrantes de la minoría como voceros del partido sobre asuntos electorales, amenazando que:

²⁵³ Ver “En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido”, cit.

“los camaradas que participen a esta campaña pública de presión al PRT o manifiesten públicamente una línea opuesta a la aprobada por este comité estarán colocándose por fuera del partido”.²⁵⁴

Así fue y la minoría abandonó el PRT.

El Movimiento al Socialismo

De la escisión del PRT nació el impulso para la formación de una nueva agrupación política: el Movimiento al Socialismo (MAS). En el MAS se reunían, además de los integrantes de la minoría trotskista, un importante número de militantes socialistas de distintas proveniencias.²⁵⁵ El MAS se alimentaba de los socialistas que habían, a lo largo de la campaña de Cárdenas, mostrado simpatías hacia el ingeniero michoacano e insistido en la posibilidad y la necesidad de una candidatura única de la izquierda.

Era evidente la presencia de la juventud universitaria, en particular de la dirigencia del CEU.²⁵⁶ De hecho la contribución más importante del MAS a

²⁵⁴ Ver actas de Comité Central del 5, 6 y 7 de febrero de 1988, cit., p. 4.

²⁵⁵ Según una nota en la revista Proceso, núm. 593, 14 de marzo de 1988, entre los promotores destacaban: Adolfo Gilly, Arturo Anguiano, Pedro Peñaloza, Antonio Santos, Max Mejía, Raúl Álvarez Garín, Marcos Rascón, Carlos Imaz, Imanol Ordorika, Rodolfo Echeverría, José Ramón Henríquez y Axel Didriksonn.

²⁵⁶ Ver “Entrevista con Carlos Imaz: Defender la educación es tarea de los universitarios y sectores sociales” en La Unidad, núm. 21, 24 de enero de 1988, p. 7, donde afirmaba que ante

la campaña cardenista, además de ofrecer un paraguas a los socialistas que apoyaban a Cuauhtémoc Cárdenas, fue organizar un acto en la UNAM, en contra de la voluntad de las autoridades universitarias.²⁵⁷ El mitin en la explanada de la Ciudad Universitaria fue, en los hechos, el acto fundador del MAS y un hito de la campaña electoral, en el cual se hizo evidente que la juventud universitaria y la intelectualidad progresista, más allá de sus filiaciones más o menos radicales, apoyaba al hijo del general.

La convocatoria a la constitución del MAS, retomaba en gran medida los argumentos avanzados anteriormente por la minoría del PRT: arrancaba de la idea de que México vivía, en 1988, un proceso de transformaciones históricas irreversibles, que la fractura en el régimen priísta estaba destinada a ahondarse -“las masas no pueden volver atrás”- y que la CD seguiría en su proceso de radicalización. Si la razón de ser del MAS era organizar la participación de los socialistas en el naciente movimiento de masas, su tarea era garantizar que éste se consolidara y trascendiera la coyuntura electoral. En esto se ubicaba la crítica a la actitud del PMS y el PRT -“direcciones desbordadas y a la defensiva”- quienes negaron y después asumieron como enemigos a la CD y a Cárdenas.²⁵⁸

la ausencia de verdaderos partidos de masas son las organizaciones sociales que empujan hacia una lógica de concertación y a una candidatura única.

²⁵⁷ Ver “Un primer balance del Movimiento al Socialismo” en La Jornada, 2 de julio de 1988.

²⁵⁸ Convocatoria para el Movimiento al Socialismo, folleto, s.f., p. 8.

El análisis de los dirigentes del MAS ubicaba el movimiento en una continuidad histórica -“se gesta desde lejos y encuentra cauce unificador”- en la persistencia del nacionalismo en la conciencia de las masas.²⁵⁹ Se reconocía la reaparición del cardenismo histórico en los sectores populares, una identidad de larga duración que emergía sobre todo en el campo mexicano pero que evocaba en general la idea de justicia social y de protagonismo popular.²⁶⁰ Adolfo Gilly, quien sería el ideólogo del MAS y el analista más entusiasta del resurgimiento del cardenismo, llegaba a decir que el testamento de Lázaro Cárdenas era para los socialistas un punto de partida.²⁶¹

Al mismo tiempo, se reconocía la existencia de un elemento novedoso: el reclamo democrático que caracterizaba al movimiento, lo que llevaba al MAS a no repetir simplemente la vieja alianza entre los socialistas mexicanos y el ala nacionalista de la revolución mexicana, que la izquierda revolucionaria -de donde venían la mayor parte de los integrantes del MAS- había siempre condenado, sino que la actualizaba a la luz de las exigencias y las necesidades del presente.²⁶² Sin la pretensión entonces de repetir el cardenismo se identificaban tres proyectos -“con raíces históricas”- de los cuales los últimos dos tenían muchos puntos en común en esta coyuntura: el proyecto de la

²⁵⁹ Convocatoria para el MAS, cit., p. 7.

²⁶⁰ Ver “Lineamientos políticos del MAS”, en Boletín núm. 3 y Ricardo Pascoe, “Cardenismo y socialismo” en El Universal, 4 de abril de 1988.

²⁶¹ Ver Adolfo Gilly, “Cardenismo, socialismo y elecciones”, suplemento a La Jornada, 1 de junio de 1988.

²⁶² “Un primer balance del Movimiento al Socialismo” en La Jornada, 2 de julio de 1988.

reestructuración capitalista bipartidista, el proyecto de desarrollo nacional que se emancipaba del PRI y el proyecto socialista. Por esto el MAS asumía que:

“El gran desafío histórico para la izquierda socialista mexicana, en estos días decisivos, es insertarse con su propio proyecto político y organizativo independiente, en el nacimiento y el desarrollo del movimiento de masas que está buscando en esta ruptura sus canales de expresión política y su independencia del Estado y del PRI”.²⁶³

El MAS era el instrumento para que los socialistas participaran en el gran “movimiento histórico nacional” que se proponía romper con el régimen priísta, condición para la apertura de caminos al socialismo.

Para aplicar sus principios y sus ideales socialistas en esta coyuntura, los integrantes del MAS:

“Comprenden las potencialidades del movimiento que nace y que, en esta coyuntura, no puede sino tomar las formas ideológicas que son propias de la conciencia de las masas formadas en su luchas, experiencia e historia precedentes. Y, en consecuencia, intervienen en él, acompañan y contribuyen a organizar sus luchas con su propia experiencia y tienden, en su camino y dentro de su lógica de masas, a llevarlo más allá, hacia el transcrecimiento de los movimientos y de las luchas de los próximos años -y no en las disputas doctrinarias- hacia las ideas y el proyecto socialista”.²⁶⁴

²⁶³ Convocatoria para el MAS, cit., p. 8.

²⁶⁴ Convocatoria para el MAS, cit., pp. 8-9.

Evidentemente, se subrayaba la existencia, al interior del FDN, de un proyecto distinto:

“corrientes afines a la ideología lombardista que se proponen crear un frente nacional con sectores de la burguesía para oponerse al FMI, al imperialismo y a la penetración del capital extranjero y actualizar, bajo nuevas formas, el corporativismo y el nacionalpopulismo”.²⁶⁵

El MAS se concebía como un intento de renovación y recomposición de la corriente socialista, lo que no excluía en el futuro relaciones estrechas con las otras componentes de tal corriente.²⁶⁶

En el MAS se quería abrir una nueva etapa de la historia de la izquierda mexicana, renovar el socialismo, cuya programa “crece y se diversifica en el movimiento, incorporando aspiraciones y experiencias”, en donde la lucha por la democracia –“sin la cual el socialismo no sería posible”- recuperaría vuelo, como en los ‘60 se había renovado la “perspectiva revolucionaria abandonada”.²⁶⁷

En su interior, el MAS quería reunir distintas fuerzas y corrientes socialistas, no se concebía como un partido sino, como lo indicaba su nombre, como un “movimiento”, un proceso político y social, que no negara sino que

²⁶⁵ Convocatoria para el MAS, cit., p. 9.

²⁶⁶ Ver “Lineamientos políticos del MAS”, en Boletín núm. 3, pp. 1-5; y Mario Medina, “Entrevista con Ricardo Pascoe: Frente al fanatismo radical decidimos formar el MAS” en La Unidad, núm. 27, 6 de marzo de 1988, p. 7, donde no excluía una fusión futura con el PMS.

²⁶⁷ Convocatoria para el MAS, cit., p. 10.

incorporara “experiencias partidarias existentes”, pero que impulsara nuevas prácticas y nuevas formas organizativas, “que den espacio a la creatividad individual y colectiva”. Esta organización quería alcanzar la “unidad indivisible entre movimiento social y político” y criticaba severamente los esquemas tradicionales de organización de la izquierda: verticales, dogmáticos y autoritarios, responsables de la incapacidad de “acercarse al movimiento” y de la desconfianza de amplios sectores sociales.²⁶⁸

El MAS se concebía como un movimiento flexible en su pensamiento y su acción, un movimiento no exclusivo, en el que se podía participar manteniendo otra afiliación partidaria. Merece subrayarse el hecho que, más allá de la explicación teórica, la doble afiliación tenía la ventaja de que, en la compleja y variada dinámica política que vivía la izquierda socialista mexicana en estos días, el MAS pudiera crecer sin crear excesivos conflictos al interior de otras organizaciones.

A pesar de estos elementos renovadores, el MAS se insertaba plenamente en la continuidad en cuanto a sus postulados socialistas:

“Por el socialismo como una sociedad cuyo fundamentos sean la igualdad, la justicia, la tolerancia, la ausencia de toda relación de explotación, opresión y subordinación entre los seres humanos y el gobierno autoorganizado de éstos sobre sus propios destinos; una sociedad

²⁶⁸ Ver “Lineamientos políticos del MAS”, cit., p. 3.

donde la posibilidad de realización y expansión ilimitada de todas las capacidades y potencialidades individuales sea la condición misma de la existencia colectiva social. (...)

En la actividad social de los modernos trabajadores asalariados y en los lazos de solidaridad entre los seres humanos libres que dicha actividad genera y consolida se encuentran los gérmenes de las relaciones de solidaridad de la sociedad futura ya existentes en el seno de la presente sociedad dominada por relaciones de explotación y dominación”.²⁶⁹

Mientras el PRT se mantenía en una postura de abierta hostilidad hacia la candidatura de Cárdenas y el movimiento que lo apoyaba²⁷⁰, de su seno se había desprendido un núcleo dirigente que dio vida, junto a otros grupos socialistas, al MAS, el resultado más original del impacto del movimiento cardenista en la izquierda socialista mexicana.

La declinación de Heberto Castillo

A poco más de un mes de las elecciones, el PMS se encontraba frente a un movimiento de masas en pleno ascenso, donde la participación de militantes y organizaciones de izquierda era siempre más importante. El contraste entre la campaña de Cárdenas y la de Heberto Castillo era día tras día más notable y apuntaba a la marginalidad de la segunda.

²⁶⁹ Ver “Lineamientos políticos del MAS”, cit., pp. 3-4.

²⁷⁰ Enrique Garay, “Si es necesario empuñaremos las armas para defender el voto: Ibarra de Piedra” en *La Jornada*, 8 de abril de 1988.

Dos hechos, ligados entre sí, parecen haber sido los detonantes para que Heberto Castillo, a principio de junio, declinara su candidatura. Por una parte, pocos días antes Cárdenas había demostrado en la Ciudad Universitaria su arrastre de masas; por la otra, circuló en el PMS una encuesta comisionada, a principios de mayo, por Eduardo González, jefe de campaña, según la cual Heberto Castillo y el PMS obtendrían poco más del 2 por ciento de los votos, con tendencia descendiente.²⁷¹ Los dos hechos hablaban de lo mismo, de lo que se venía diciendo con siempre más vigor dentro y fuera del PMS: se corría el riesgo de una caída estrepitosa en términos de votos y después, probablemente, a un ajuste de cuenta interno.²⁷²

Todavía el 20 de mayo, Rincón Gallardo definía “inoportuno y clientelar” el llamado de Cárdenas al PMS y al PRT, cuando – sorpresivamente- en los primeros días de junio, Heberto Castillo propuso retirar su candidatura y aliarse a la CD, lo que aprobaron inmediatamente el Comité Ejecutivo y el Consejo Nacional de su partido por unanimidad. En el acuerdo de alianza que subscribieron PMS y CD se formulaban algunos puntos de programa alrededor de los tres grandes ejes de convergencia: soberanía, democracia y justicia social.²⁷³

²⁷¹ Ver Eduardo Montes, “La izquierda en la encrucijada”, cit., p. 23, y documento “Retirar la candidatura de Heberto Castillo” en Corriente del Socialismo Revolucionario, cit., p. 78.

²⁷² Ver también Jesús Zambrano “En el filo de la navaja”, en La Unidad, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988.

²⁷³ Ver “Convenio que subscriben la CD y el PMS” en La Unidad, núm. 40, 12 de junio de 1988, pp. 12-13. Firmaban el convenio Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia

En la resolución adoptada por el Consejo Nacional, además de elogiar al partido, a la campaña electoral, a Heberto Castillo y reivindicar la independencia del PMS, se consideraba que la situación del país exigía una “acción concertada entre diversas corrientes”, a raíz de una crisis económica, que “reclamaba grandes iniciativas” y una “nueva opción”, y de un “nuevo clima político” en donde primaba el anhelo democrático. Por esto la alianza expresaba una necesidad política, que iba más allá del “interés concreto de las dos organizaciones”, y se podía finalmente expresar en forma de “pacto democrático y abierto a la opinión pública”. En perspectiva, se consideraba que esta convergencia debía:

“procesarse hasta convertirse en una alianza de gran alcance, de carácter histórico, que permita la transición a la democracia”.²⁷⁴

Martínez, César Buenrostro por el CD, Heberto Castillo, Gilberto Rincón Gallardo, Graco Ramírez y Eduardo Valle por el PMS. El Acuerdo de Programa incluía los siguientes puntos: 1. Reforma democrática, transición a la democracia, régimen de partidos, competición, alternancia, igualdad, proporcionalidad. Acabar con el régimen de partido oficial y el corporativismo, recuperar federalismo y municipalismo y transformar el DF en un Estado de la federación; 2. Libertad y derecho a la información; 3. Soberanía y no alineación; 4. Democracia y autonomía en la educación superior; 5. Derechos indígenas, 6. Contra la discriminación; 7. Reforma del sistema judicial; 8. Papel de los militares; 9. Economía popular, de pleno empleo, redistributiva, que conserve la planta productiva; 10. suspender el servicio de la deuda; 11. Defender el ejido y la comunidad, crear propiedad cooperativa y comunal; 12. Responsabilidad social del Estado en sectores estratégicos, economía mixta, empresas públicas democráticas, cooperativas y autogestionarias; 13. Aprovechamiento racional de los recursos ecológicos. En cuanto a los Compromisos Políticos: 1. Consulta para la integración del gabinete; 2. Quedarse en la oposición, crear alianzas con otras fuerzas democráticas; 3. Coordinamiento conjunto de la campaña electoral; 4. Defensa conjunta del voto; 5. Libertad de alianzas paralelas en la dirección establecida; 6. Concertar la posición política ante cada situación.

²⁷⁴ “Resolución del Consejo Nacional del Partido Mexicano Socialista” en La Unidad, núm. 40, 12 de junio 1988, p. 8.

Heberto Castillo, por su parte, negaba las versiones que atribuían a los ex-comunistas fuertes presiones para que renunciara.²⁷⁵ Relacionaba su decisión más bien a las presiones de “fuerzas populares no tradicionalmente de izquierda”, que reclamaban la unidad y a la evidencia de que Cárdenas era el mejor situado para encabezar la unificación, porque el movimiento social estaba ligado directamente a su persona y “los mismos planteamientos eran mejor recibidos si formulados por Cárdenas, por venir del sistema, por su apellido”²⁷⁶. Heberto Castillo convenía que había sido un error poner al centro de la campaña el socialismo, aún en la versión “mexicana” que le era propia, cuando ésta era una aspiración de largo plazo y generaba desconfianza en un pueblo que consideraba el régimen priísta como el mayor problema y el establecimiento de la democracia su principal objetivo.²⁷⁷ A partir de este momento, Heberto Castillo se convirtió en unos de los mayores defensores de

²⁷⁵ Declaró Heberto Castillo: “quiero aclarar que mis compañeros que vienen del PC son mis hermanos de lucha, que Pablo Gómez, Montes, Arnoldo, Rincón Gallardo y Posadas son mis hermanos y que tenemos diferencias, pero tengo también la capacidad para comprender que de ellos debo aprender muchas cosas” (...) “Nadie, sino mi conciencia y mi sensibilidad políticas, me han aconsejado...”, Entrevista con Heberto Castillo de Juan Hernández, “La alianza con la CD es un paso hacia adelante: HC” en La Unidad, núm. 40, 12 de junio 1988, p. 7.

²⁷⁶ Heberto Castillo, “La campaña demostró que le pueblo confía más en Cuauhtémoc” en Proceso, núm. 605, 6 de junio de 1988, pp. 6-13.

²⁷⁷ Ver Entrevista con Heberto Castillo, cit., p. 7; Antonio Cadena, “Frente a la unidad, politiquería” y Gabriel M. Santos V., “Nuevo escenario político” en La Unidad, núm. 40, 12 de junio de 1987, p. 4 y p. 6.

la alianza con la CD y habló, desde un principio, de la posibilidad de crear un nuevo partido.²⁷⁸

Para argumentar este cambio repentino de línea, la dirección del PMS aducía la previa falta de voluntad política y de transparencia en los acuerdos, mientras otros dirigentes apuntaban más a un proceso de acercamiento ligado a los pasos progresivos llevados a cabo por la CD en términos de ruptura con el régimen y de definiciones políticas, ideológicas y programáticas.²⁷⁹ Es decir, Cárdenas se había radicalizado. Para el PMS su participación daba a la lucha de la CD y del FDN nuevos y superiores contenidos, permitía que el voto cardenista no fuera solamente para los partidos paraestatales y vincularse, como partido, a la transformación democrática del país.²⁸⁰

Algunos dirigentes argumentaban que, mediante la campaña, el PMS se había consolidado suficientemente para que no hubiera desprendimientos en el caso de un apoyo a Cárdenas, lo que estaba referido en particular a Heberto Castillo y a los ex-pemetistas. En realidad la cuestión de la unidad interna pesó en otra dirección: los desprendimientos podían darse si no se daba tal paso y

²⁷⁸ Ver Heberto Castillo, "El 7 de julio" en *Proceso*, 30 de mayo 1988, pp. 32-35. En el día de la firma del Convenio entre el PMS y la CD, Heberto Castillo dijo: "Esta no es una unión coyuntural ni una unión electoral", lo que concordaba con la declaraciones de Cárdenas: "Este acuerdo nos está apuntando ya cual es la perspectiva que nos estamos planteando en esta lucha. No es una perspectiva que termine el 6 de julio", ver *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 1.

²⁷⁹ Ver Gerardo Unzueta, "Una perspectiva real de triunfo" en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 3; y Gabriel M. Santos V., "Nuevo escenario político", cit., p. 6.

²⁸⁰ Ver Editorial, "Convertir el descontento en votos para la izquierda" en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 2; y Jesús Zambrano Grijalva, "Las tareas electorales del PMS" en *La Unidad*, núm. 41, 19 de junio de 1988, p. 5.

algunos avisos ya habían llegado. El fiel de la balanza se había inclinado y la conservación de la unidad estaba ligada a la presencia política del partido, a su capacidad de vincularse con los acontecimientos en curso. La decisión de Heberto Castillo no fue posible gracias a una consolidación del PMS sino por su principio de descomposición. Efectivamente, el PMS se arriesgaba a sí mismo y aportaba a la candidatura de Cárdenas un importante capital político,²⁸¹ pero esta decisión, como se decía por todas partes, había sido necesaria, impuesta por la situación.

Así que para encontrar el factor determinante hay que remitir al movimiento social, el clamor popular, a la participación de ciudadanos y organizaciones democráticas, progresistas y de izquierda, que modificaron el cuadro político y dictaron sus condiciones. La magnitud de este acontecimiento había hecho brecha entre los socialistas, y muchos veían ahí un hito, un parte aguas en la historia del país y de la izquierda, y comparaban la alianza a la formación del Comité de Defensa Popular en los principios del cardenismo, y festejaban el nacimiento de una nueva izquierda.²⁸²

²⁸¹ Ver el Editorial, "Política concreta ante la situación concreta" en La Unidad, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 2; en el cual se menciona "un patrimonio de experiencia, de su elaboración programática, de su eficacia organizativa pero sobre todo, de su congruencia moral y política".

²⁸² Ver Gabriel M. Santos V., "Nuevo escenario político", cit.; Pablo Gómez, "La política" en La Unidad, núm. 41, 19 de junio de 1988, p. 3; Editorial, "Política concreta ante la situación concreta", cit., p. 2; ver también las opiniones a p. 5 en "Es patente la voluntad por cambiar las estructuras políticas de México". Gerardo Unzueta, recogiendo una sugerencia de Cárdenas, establecía una comparación entre la nueva alianza y la creación —en los años 30- del Comité de Defensa Proletaria, ver "Una perspectiva real de triunfo", cit., p. 3.

Conclusiones

La irrupción en escena del movimiento en favor de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas agitó las aguas sociales y revolvió las cartas del tablero político mexicano. La izquierda socialista, después de una etapa de incompreensión, sorpresa y escepticismo, tuvo que reconocer la magnitud de fenómeno político y la movilización social que lo acompañaba.

En el primer semestre de 1988, los socialistas mexicanos vivieron una de las etapas más intensas de su historia no solamente porque subió inesperadamente la temperatura política en todo el país sino también porque, en este contexto, se encontraron frente a una disyuntiva de extraordinaria relevancia política para la coyuntura y para el futuro de la izquierda en México.

Así como fue reconocido por todos los protagonistas, el acontecimiento que volvió a abrir la discusión interna sobre la línea política y las alianzas electorales fue el surgimiento del movimiento popular alrededor de la candidatura de Cárdenas. Este hecho de masas no podía pasarse por alto bajo el riesgo de alejarse más de la sociedad y, por el contrario, ofrecía la posibilidad de una penetración y una incidencia que iban más allá de las trincheras de resistencia donde los socialistas estaban reclusos y los podía

proyectar en el ámbito nacional y –por primera vez- en una contienda real por el poder estatal.

La condición para dar este salto era la alianza con un desprendimiento del PRI, lo cual entraba en contradicción con la histórica postura intransigente de la izquierda revolucionaria y con la misma lógica de los acercamientos tácticos y de las incorporaciones que se habían planteado en el PMS. Más aún cuando los orígenes, las banderas, los referentes y la composición del movimiento llevaban a reconocer la subordinación, por lo menos coyuntural, de la izquierda a la figura de Cárdenas y a la CD, cuya visibilidad y centralidad eran indudables. Sobre estas bases se dio un debate trascendental sobre el papel de los socialistas en la coyuntura, en el que se enfrentaba una gran mayoría que optó por participar y fortalecer a la izquierda al interior del movimiento y una minoría que decidió seguir en la reconstrucción de la izquierda socialista a partir de sí misma, de sus raíces y sus concepciones originales.

Alrededor de este debate las tensiones ya existentes al interior de las distintas organizaciones asumieron una fuerte connotación política y, conforme avanzaba el movimiento, llegaron a manifestarse como rupturas. La escisión en el PRT fue el ejemplo más notable de ruptura, desde el punto de vista de la transparencia del debate y sus alcances, así como el nacimiento del MAS fue el producto más original porque nació asumiendo plenamente el reto

que el movimiento cardenista representaba para la izquierda socialista. Sin embargo, también el giro de última hora en el PMS puede ser concebido como una respuesta a una ruptura subterránea que se estaba gestando al interior de un partido que no había, por lo demás, acabado de consolidarse. La actitud de otra fuerzas como la ACNR, la ORPC y la OIR-LM respondió a la misma lógica, a una realidad que imponía un viraje en la ruta que se estaba recorriendo. La ORPC fue la primera organización en sumarse al movimiento cardenista²⁸³, la ACNR lo hizo sucesivamente al par de gran parte de la OIR-LM, la cual terminó fragmentándose a lo largo del proceso. Solamente la mayoría del PRT mantuvo la postura inicial de rechazo hacia Cárdenas y lo que representaba y se quedó al margen del movimiento.

El torbellino del movimiento popular impuso su lógica y su ritmo a las estructuras políticas de la izquierda socialista mexicana que –en su gran mayoría– tuvieron que aceptar y aprovechar las circunstancias. La movilización social fue el *humus* que hizo florecer la crisis de la izquierda socialista, sacándola a la luz, exponiéndola a la intemperie de la lucha política de un movimiento de rumbo incierto, oxigenándola con el contacto con la sociedad y abriendo los pétalos de un debate profundamente político cuyos alcances potenciales no se agotaban en el apoyo electoral a la candidatura de

²⁸³ “La ORPC apoya la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas”, mimeo, 6 de marzo de 1988.

Cárdenas. Floreciendo, la crisis de la izquierda socialista mexicana pasó de ser una deriva a ser una oportunidad.

Capítulo 3

LA FLOR MARCHITA Y LA SEMILLA. DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA A LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

El tercer momento de la crisis de la izquierda socialista mexicana corresponde a los meses que siguieron la elección presidencial del 2 de julio y que llevó a la fundación de un nuevo partido: el Partido de la Revolución Democrática (PRD). En este periodo destacaron el debate y los argumentos mediante los cuales los socialistas mexicanos, en su gran mayoría, revisaron sus posturas y aceptaron participar en una organización política que no se definía socialista.

El partido del 6 de julio

La historia del 6 de julio de 1988 es la historia de un fraude electoral descomunal. Mucho se ha investigado y escrito sobre sus modalidades y la batalla cívica y legal que trató de revertirlo.²⁸⁴ A pesar de que las boletas serían quemadas posteriormente negando la posibilidad de comprobar el fraude, quedaron dos hechos políticos fundamentales. Por un lado existía la

²⁸⁴ Ver, por ejemplo, Pablo Gómez, México 1988. Disputa por la Presidencia y lucha parlamentaria, Ediciones de Cultura Popular, México, 1989; Pablo González Casanova (coordinador), Segundo Informe sobre la democracia: México el 6 de julio de 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1990.

convicción generalizada de que Cuauhtémoc Cárdenas había ganado las elecciones presidenciales y que el régimen priista se había visto obligado a manipular las cifras a última hora –la famosa “caída del sistema” declarada por Manuel Bartlett, Secretario de Gobernación- porque los mecanismos tradicionales de control del voto no habían sido suficientes para detener las preferencias electorales a favor del candidato del FDN. Por otro lado, a la indignación suscitada por el fraude correspondía una movilización ciudadana en defensa del voto, lo cual significaba la continuación del movimiento popular que se había gestado durante la campaña.

Corrieron rumores, y la historiografía no los ha desmentido, que desde distintos lugares, al interior de la heterogénea alianza social neocardenista y en ciertas regiones de la República mexicana, se manifestó la tentación de recurrir a la resistencia armada para defender el triunfo electoral. Así lo indican varias de las cartas recibidas por Cárdenas en los días posteriores al fraude.²⁸⁵ En lo que se refiere a las organizaciones de la izquierda socialista es posible descartar que filtraran tales propósitos, que más bien germinaban en las provincias campesinas en donde la exasperación social había llegado a niveles intolerables, aquellas mismas regiones en donde –desde mediados de los noventa- germinarán nuevos grupos guerrilleros. La izquierda socialista desde tiempo atrás había desarrollado una crítica a la lucha armada y se había

²⁸⁵ Ver Adolfo Gilly (coord.), Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas, ERA, México, 1988.

volcado en las contiendas electorales y la lucha de masas. Lo que es innegable es que entre la opción guerrillera y la movilización pacífica hay una gran variedad de matices -mismos que acompañan la historia de la resistencia en México- y en el movimiento de 1988 se vivió la tensión y el debate sobre los horizontes y los límites de la acción popular. El clima político era más que tenso, el Estado sentía el asedio de la opinión pública, el movimiento podía desbordar en cualquier momento y desatar una radicalización impredecible de los acontecimientos.

Distintos factores canalizaron la resistencia hacia cauces pacíficos. En primer lugar el perfil del liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas, la cabeza reconocida y legítima del movimiento, para el cual era inconcebible plantear una acción política que atentara contra la institucionalidad.²⁸⁶ En esto había perfecta coincidencia con todo el grupo de dirigentes reconocidos del FDN. Por otra parte, lo que parece ser el elemento fundamental que permite echar luz sobre la actitud de la izquierda a lo largo de este periodo, pesaba la presencia y la vitalidad de una movilización social de insospechable persistencia. La primera forma que asumió la indignación por el fraude electoral no fue la desmovilización, sino todo el contrario, y las formas que tomaba el movimiento correspondían a sus banderas principales: la democracia y la participación. Era inconcebible entonces pensar en mantener y

²⁸⁶ En línea con la actitud de su padre Lázaro en reiteradas ocasiones, empezando por el nombramiento de su Manuel Ávila Camacho en lugar de Francisco J. Mújica para su sucesión en la Presidencia de la República.

capitalizar este movimiento pluriclasista tratando de forzar sus niveles de radicalización. La defensa del voto asumió entonces la forma de movilizaciones pacíficas y acciones legales sustentadas en las pruebas del fraude recolectadas a lo largo y ancho del país.

Así que, una vez más, los acontecimientos tomaban la delantera y los grupos dirigentes los sancionaban. Incluso -junto a la indignación por el fraude y la decepción por la derrota- como al principio del movimiento, reinaba la sorpresa y el entusiasmo por un resultado electoral inesperado y por la continuidad de un movimiento que marcaba el nacimiento de una nueva fuerza política. Más allá de la manipulación de los resultados, el análisis más detenido de la votación mostraba cómo vastos sectores populares se habían sacudido de la tutela priísta. Así que, detrás del voto “ciudadano”, destacaba un importante y significativo contingente de votos obreros y de votos campesinos, tradicionalmente oficialistas.²⁸⁷ Este era un indicio más de la crisis del sistema de poder postrevolucionario, lo cual abría perspectivas muy interesantes para la construcción de organizaciones sociales independientes. Así que, en conclusión, se podría llegar a decir que fue justamente la intensa dinámica política y social la que descartó en los hechos la hipótesis de acciones violentas, que en muchos casos son el producto de la desesperación

²⁸⁷ Ver Pablo Sandoval Ramírez, “6 de julio e independencia sindical” en Memoria, núm. 25, marzo-abril de 1989, pp. 179-194; Manuel Terrazas Guerrero, “Movimiento Sindical para el cambio democrático”, *ibid.*, pp. 195-200; Porfirio Muñoz Ledo, “El voto de los trabajadores por Cárdenas”, *ibid.*, pp. 201-206, Muñoz Ledo estimaba en más de 8 millones los votos obreros por Cárdenas, equivalentes al 60% de la clase obrera industrial.

provocada por la incapacidad o la imposibilidad de llevar adelante acciones políticas de masa.

Pasado el 6 de julio, sancionado el fraude electoral y conforme disminuían las movilizaciones en defensa del voto, se ponía al orden del día la cuestión de la organización del movimiento, cuestión que ya estaba presente en la medida en que, más allá de los partidos con registro que integraron el FDN, existía una constelación de fuerzas menores y sobresaltaba la participación de ciudadanos sin partido. En la caracterización del movimiento destacaba un perfil ciudadano indeterminado, aún cuando la presencia de organizaciones políticas y sociales lo había vertebrado. El hecho novedoso, reconocido por todos, era la politicización y el vuelco participativo de sectores tradicionalmente ajenos a las contiendas electorales, desde organizaciones sectoriales, grupos políticos abstencionistas hasta simples ciudadanos al margen de la estructura corporativa del PRI o que se desprendían de ella. La apuesta era entonces articular las distintas componentes que se habían aglutinado alrededor de la candidatura de Cárdenas y ofrecerle un espacio y un instrumento político, evitar que el inevitable reflujo disolviera las energías desatadas a lo largo de estos intensos meses de campaña y de resistencia al fraude. La consigna de “organizar al movimiento” fue asumida desde el principio por Cárdenas y los miembros de la Corriente Democrática, quienes se habían colocado al centro del mismo y debían encontrar una fórmula que

los mantuviera en el corazón político de la oposición al régimen. En la misma dirección se movían los grupos menores de la izquierda, para los cuales mantener su estructura organizativa significaba quedar relativamente marginados mientras que las circunstancias permitían extender su campo de influencia.

Cárdenas, nadie más podía hacerlo, después de consultar a las distintas fuerzas que conformaban el FDN, abrió el debate, dejando un primer momento entrever distintas posibilidades: desde un frente pasando por una coordinación, una federación, hasta la formación de un nuevo partido.

“Convoco desde aquí a que organicemos políticamente la gran unidad revolucionaria que entre todos hemos edificado y que constituye nuestra garantía de continuidad y de triunfo. Tenemos como bandera primigenia la Constitución de 1917 y la afirmación de sus grandes principios, emanados de la Revolución Mexicana. Puede surgir una coalición, una federación o un partido político. (...) México requiere que formemos una organización que sea la expresión política del voto ciudadano del 6 de julio, así como del cambio cultural que la conciencia colectiva está viviendo en estos tiempos de lucha y de esperanza”.²⁸⁸

Más allá de la exigencia de las organizaciones menores de trascender sus marcos organizativos para compensar el peso de los partidos con registro, la disgregación del FDN fue el elemento decisivo para que se optara por la

²⁸⁸ Ver Cuauhtémoc Cárdenas, Nuestra lucha apenas comienza, Nuestro Tiempo, México, 1988, pp. 162-163.

construcción de un nuevo partido. La campaña electoral había marcado un proceso de radicalización de la alianza cardenista y el vuelco popular había rebasado los partidos con registro que formaron originalmente el FDN. Estos crecieron electoralmente pero no parecían ser la expresión más plena del sentir popular sino que, más bien, seguían despertando suspicacias por sus relaciones ambiguas con el régimen priísta. Por otro lado, quedó claro desde un principio que tanto el PARM como el PPS y el PFCRN se encontraban tan satisfechos con su mayor presencia parlamentaria que no estaban dispuestos a asumir consecuentemente la línea de “intransigencia democrática” trazada por Cárdenas y menos la de desdibujarse o disolverse al interior de una nueva organización política, fuese una federación o un nuevo partido.

Cárdenas y sus colaboradores más cercanos optaron entonces por la constitución de un partido que uniera a los ciudadanos sin partido y los grupos menores que habían destacado en el movimiento y que pudiera atraer otras organizaciones más importantes, empezando por el PMS. El nuevo partido, se pensó en un principio, podía ser el eje fundamental del FDN y permitía dar un respaldo organizativo a Cárdenas al interior del mismo.

Las primeras reacciones a la propuesta del ex candidato presidencial confirmaron que la radicalización del movimiento había modificado los equilibrios y las relaciones al interior del FDN. Así, el PFCRN, el PARM y el PPS contestaron, con distintos tiempos y modalidades, que no aceptaban

disolverse para entrar en un nuevo partido, aunque pensaban mantenerse en el FDN. Sin embargo, el FDN ya había mostrado sus límites en varias ocasiones: en los colegios electorales de las cámaras que sancionaron el fraude, en el último informe presidencial de Miguel De la Madrid y en la toma de posesión de Carlos Salinas de Gortari, ocasiones en que afloraron acusaciones recíprocas y diferencias políticas que oponían la “intransigencia” de la izquierda y la CD al “oportunismo” de los partidos “paraestatales”. El PFCRN y el PARM, además, presentaron candidaturas propias en las elecciones estatales que siguieron el 6 de julio y el “ferrocarril” llegó a otorgar legitimidad a la elección fraudulenta en el Estado de Tabasco mediante la cual se despojó del triunfo al FDN y a su candidato a gobernador, Andrés Manuel López Obrador.

En marzo de 1989, en coincidencia con la celebración del aniversario de la expropiación petrolera, el FDN culminó su agonía. El PFCRN organizó un acto en el Zócalo a nombre del FDN -cuando se había resuelto que éste fuera en Jiquilpan- e invitó al PRI. Esto provocó una dura reacción de Cárdenas, de la comisión política del FDN y de la recién formada comisión organizadora del PRD, lo cual provocó la ruptura definitiva del FDN.²⁸⁹

²⁸⁹ Ver “Declaración de Cuauhtémoc Cárdenas” y “Carta del secretariado del PRD” en Memoria núm. 25, pp. 225-227; ver también Oscar Hinojosa, “El Frente Democrático Nacional no se rompe, pero tampoco se integra” en Proceso, núm. 640, 6 de febrero de 1989, pp.14-19.

Paralelamente, la construcción del nuevo partido se daba con la rapidez que dictaba la coyuntura política. Solamente un mes después del anuncio de Cárdenas, el Partido de la Revolución Democrática ya era una realidad política. El 21 de octubre, en un acto público y formal, se constituyó una comisión organizadora, encargada de impulsar la construcción del partido, desde la formación y consolidación de los comités locales hasta la formulación de los documentos básicos, además de ser el órgano directivo transitorio. La presencia de la izquierda socialista al interior de la comisión era plural y significativa: por el PMS, figuraban Arnoldo Martínez Verdugo, Heberto Castillo y Gilberto Rincón Gallardo; por el MAS, Adolfo Gilly; por la ORPC, Raúl Álvarez Garín; por la ACNR, Mario Saucedo.²⁹⁰ En esta primera presentación pública del PRD se reunieron los que serán los miembros fundadores, quienes, además de un gran número de ciudadanos y de luchadores sociales de las más distintas trayectorias o organizaciones, se reagrupaban en las siguientes organizaciones: CD, Fuerzas Progresistas, Consejo Nacional Obrero y Campesino de México, Partido Liberal Mexicano, ORPC, ACNR, Asamblea de Barrios, Convergencia Democrática, MAS,

²⁹⁰ La Comisión Organizadora de la Asamblea Nacional Constitutiva del PRD estaba compuesta por: José Luis Alonso, Cristóbal Arias Solís, César Buenrostro, Bulmaro Castellanos (Magú), Heberto Castillo, Ignacio Castillo Mena, Lucas de la Garza, Leonel Durán, Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Enrique González Rojo, Andrés Manuel López Obrador, Ifigenia Martínez, Arnoldo Martínez Verdugo, Manuel Moreno Sánchez, Octavio Moreno Toscano, Porfirio Muñoz Ledo, Ricardo Pascoe, Guadalupe Rivera Marín, Gilberto Rincón Gallardo, Roberto Robles Garnica, Ricardo Valero, Luis Villoro, Rosalfo Wences Reza y Cuahtémoc Cárdenas Solórzano. Ver Manuel Robles, "El nuevo partido empezó a nacer; PPS y PFCRN, sólo coincidencias" en Proceso, núm. 625, p. 27.

Grupo Poliforum, Partido Verde, la gran mayoría del PMS y buena parte de la OIR-LM.²⁹¹ En el mismo acto, Cárdenas lanzó el “Llamamiento a la construcción del Partido de la Revolución Democrática”, un documento de carácter fundacional.²⁹²

En éste, el ex candidato reconocía y valoraba la pluralidad al interior del nuevo partido:

“Vamos a coincidir y convivir, como lo hemos venido haciendo en esta lucha, por ahora en un agrupamiento que nos de unidad orgánica, quienes tenemos diferentes formaciones filosóficas y políticas, distintos orígenes políticos o partidarios y hemos seguido rutas muy diversas en la actuación pública”.²⁹³

Reiteraba, además, los lineamientos políticos fundamentales que iba a enarbolar el PRD:

“México requiere que formemos una organización que sea la expresión política del cambio social y cultural que estamos viviendo, el partido de la democracia, de la constitucionalidad, de la Revolución Mexicana, de la dignidad del pueblo y del progreso. Necesitamos un partido nuevo que en alianza con todos los partidos y organizaciones democráticas que conquistaron la

²⁹¹ Cárdenas, Cuauhtémoc, Nace una esperanza, Nuestro Tiempo, México, 1990, p. 10.

²⁹² *Ibid.*, pp. 21-37

²⁹³ *Ibid.*, p. 28.

victoria del 6 de julio, sea expresión de la pluralidad y al mismo tiempo de la inmensa masa ciudadana todavía no organizada”.²⁹⁴

Por otro lado, apuntaba a otros rasgos característicos de la nueva organización política:

“La organización de ciudadanos que proponemos construir necesita la capacidad de acción y decisión propia de un partido y la flexibilidad, inventiva y autonomía de sus diferentes componentes, propias de un movimiento. Será una alianza en la cual convergerán, sobre grandes principios comunes, diversas corrientes de ideas, ninguna de las cuales se considera excluyente de las otras: demócratas y nacionalistas, socialistas y cristianos, liberales y ecologistas”.²⁹⁵

En noviembre de 1988, Cárdenas emprendía una gira por el país que empezaría por dos lugares claves en la geopolítica cardenista -Michoacán y La Laguna- con el claro objetivo de alentar la edificación del nuevo partido. Para febrero de 1989, el PRD había avanzado decididamente en su articulación, desde las cámaras hasta los comités territoriales, aún cuando subsistían las dificultades inherentes a un proyecto de tal magnitud: las trabas legales, las amenazas y la violencia represiva del gobierno, la desigual distribución

²⁹⁴ Ibid., pp. 33-34.

²⁹⁵ Ibid., p. 36.

territorial, los problemas de organización y de finanzas, pero también las desconfianzas y las polémicas entre los distintos componentes.

El 5 de febrero de 1989 -aniversario de la batalla de Puebla- se llevó a cabo otro importante acto público, que fue antecedido por otra reunión organizativa, a la que podemos considerar fundacional. En esta reunión se presentaron los anteproyectos de documentos básicos.²⁹⁶ Por otro lado, afloraron algunos temas controversiales. El primero con relación a la obtención del registro por parte del PRD. Cárdenas insistió en que se recurriera al registro del PMS solamente si las autoridades negaran este derecho al PRD, el cual tenía que esforzarse por llenar los requisitos, por razones de imagen, como partido nuevo y no como heredero del PMS -lo cual hubiera abierto un flanco a la propaganda anticomunista gubernamental- y para demostrar su arraigo territorial.

Por otra parte, además de algunas puntualizaciones sobre los documentos básicos, fue central la discusión alrededor de la conformación del partido, en términos de la afiliación y de la presencia de corrientes organizadas. En este aspecto, como veremos en el análisis del debate al interior de la izquierda socialista, las posiciones estaban enfrentadas. La cuestión era determinante porque definía el carácter del partido y sus modalidades de funcionamiento interno. Nadie discutía el hecho de que la gran

²⁹⁶ Hablaron, en esta ocasión, además de Cárdenas, Marcos Rascón, Andrés Manuel López Obrador y Heberto Castillo.

riqueza del movimiento neocardenista residía en su componente “ciudadana” frente al aporte de las diversas organizaciones que lo vertebraron. Al mismo tiempo, en particular al interior de las mismas organizaciones, se consideraba de igual importancia el carácter “frentista” del movimiento y se ponía énfasis en sus componentes orgánicos, lo que podía llegar incluso a entender el nacimiento del PRD como una “fusión”. Al final, se impuso la idea –defendida por Cárdenas– del rechazo a la doble afiliación y la disolución de las organizaciones políticas previas.

Otro aspecto de esta cuestión era la relación con los movimientos sociales y las organizaciones sociales en general. La crítica al corporativismo priísta –que paulatinamente había mermado el principio leninista de las “correas de transmisión”– llevaba a valorar la independencia de las organizaciones sociales y a concebir una relación de autonomía. Al mismo tiempo, pesaba la tradición corporativa nacional y, sobre todo, una consideración táctico-estratégica: había que reconocer que el movimiento ciudadano se había alimentado en gran medida de las organizaciones populares que lo habían apoyado. Esta constatación se convertía en un primer nivel de confusión: ¿dónde terminaba el partido político y dónde empezaban los movimientos sociales? Corolario de esta imbricación que no permitía definiciones claras era la consideración de que había por lo menos dos terrenos estratégicos de lucha: el electoral y el social. Entendiendo este último en

particular como el relacionado con las organizaciones populares, lo cual constituía un desafío de primer orden para el régimen priísta. Si bien pesaban estas consideraciones, primó la lógica ciudadana de la adhesión individual - impulsada decididamente por Cárdenas y la CD- la cual no impedía que, en la práctica, las relaciones con los movimientos sociales pudieran ser particularmente estrechas e incluso sus representantes tener puestos directivos en el nuevo partido.

Otra cuestión que despertaba grandes discusiones era la del alcance y la profundidad de la crisis del régimen. A este respecto, la mayoría sostenía un balance optimista que señalaba la oportunidad de romper con el corporativismo hacia la formación de organizaciones sociales independientes y una minoría reconocía que el partido de Estado conservaba, a pesar de todo, grandes recursos y fuerzas. Resumiendo este debate, Cuauhtémoc Cárdenas dijo, el 15 de septiembre, al pleno del PMS:

“aún cuando sufrió fuertes sacudidas, agrietamientos y desprendimientos, todavía es un aparato fuerte... por los recursos que tiene, por las instituciones que domina. Y todavía tenemos que seguir trabajando para que esas estructuras de dominación y explotación podamos transformarlas en estructuras políticas y económicas democráticas”

En el análisis de la coyuntura, se contraponían y se articulaban dos imágenes: la de la movilización ciudadana y la del fraude electoral que, a final de

cuentas, se consumó impunemente. Estas mismas imágenes orientaban la tensión en la izquierda socialista entre vocación electoral y movimientismo. Al interior de esta aparente contradicción había consenso alrededor del reconocimiento del cambio de clima político, desde la ofensiva neoliberal y la postura defensiva de los sectores populares, hacía un escenario todavía incierto pero donde se volvían a presentar elementos de protagonismo popular y un gran potencial transformador.

Finalmente, en la izquierda socialista, esto se convertía en la percepción generalizada de que se imponía, en la práctica y desde abajo, la unidad de las fuerzas democráticas y progresistas y que, para estar a la altura de las circunstancias, la izquierda socialista debía responder despojándose de dogmatismos y sectarismos.

Estas cuestiones, así como la de la definición ideológica del partido y el lugar del socialismo en la coyuntura y en el largo plazo, fueron los ejes del debate y de las reflexiones que se hicieron al interior de la izquierda socialista, la cual -en su gran mayoría- decidió sumarse al proyecto de revolución democrática enarbolado por el nuevo partido.

Los socialistas rumbo al PRD

A diferencia del momento previo al 6 de julio, en el que la escisión en el PRT y la construcción del MAS fueron los reflejos más transparentes y

significativas de las tensiones y las transformaciones en la izquierda socialista mexicana, en la etapa postelectoral el debate más relevante se dio al interior del PMS.

Recién pasado el 6 de julio, en el PMS afloraba claramente el sabor agríndice del resultado electoral. Más allá del fraude electoral, el PMS había obtenido una votación particularmente decepcionante. Decepcionante con relación a las aspiraciones que habían acompañado el nacimiento del partido, en las cuales –como vimos- era central la dimensión electoral. Más aún cuando a la oposición fue reconocida –a pesar del fraude- la votación más alta de su historia y cuando en esta oposición la componente nacional-popular y progresista había conocido un crecimiento espectacular, llegando a ser la primera fuerza opositora, mientras que el PAN había simplemente mantenido las posiciones alcanzadas en elecciones anteriores. Nadie podía esconder estos hechos y la realidad de una votación mínima para el PMS, que superaba de muy poco la que obtuvo el PSUM en las elecciones de 1982 y de 1985.²⁹⁷

A pesar de esto, el 6 de julio había sancionado un giro en la historia política del país y, en el documento aprobado en el V pleno del Consejo Nacional, inmediatamente posterior a las elecciones, se reconocía su magnitud:

²⁹⁷ En la elección de diputados plurinominales en 1982 el PSUM obtuvo el 4.08%, en 1985 el 3,30% y en 1988 el 4,31%.

“el sistema de partido de Estado recibió el golpe más grande de toda su historia” (...) “veinte años después del movimiento estudiantil popular por las libertades democráticas asistimos hoy a la acción democrática más importante del México contemporáneo”.²⁹⁸

Se asumía, asimismo, que la cuestión de la democracia había adquirido un papel central en la lucha política, la cual -sin olvidar el peso del rechazo a la política económica- era “la mayor aspiración del pueblo mexicano”. A partir de esa lucha democrática, el 6 de julio había sido un “momento alto de la politización del pueblo mexicano” y, en este contexto, el concepto de ciudadanía tomaba otras connotaciones y se yuxtaponía al de pueblo. Se reconocía que el resultado de las elecciones demostraba la ventaja de “las alianzas y la acción conjunta” de las fuerzas democráticas y populares, más aún cuando era una necesidad y una expresión “de la realidad misma, de la presión de los acontecimientos, de la exigencia del movimiento de masas”. Había surgido una “nueva fuerza nacional-popular” y los partidos y las organizaciones políticas tenían que estar a la altura del momento. Había que “organizar el movimiento”, lo que implicaba trascender las estructuras

²⁹⁸ “Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado”, documento del V pleno del Consejo Nacional del PMS, en La Unidad, núm. 47, 31 de julio de 1988, suplemento, p 1.

existentes y ofrecer algo nuevo y original, que consolidara el movimiento y evitara la desmovilización.²⁹⁹

En esta dirección, recitaba el documento:

“La primera obligación del PMS es hacer todo su esfuerzo para lograr la conquista de tales transformaciones y el surgimiento de las nuevas bases políticas y organizativas en las que deberá descansar y sobre las que se habrá de desplegar la fuerza popular que se ha manifestado en la jornada electoral”.³⁰⁰

Detrás de esta formulación muy general, en los días posteriores al 6 de julio, el horizonte seguía siendo el FDN, en el cual se tenía que expresar un “nivel superior de organización y dirección”, cuyos contornos se mantenían inciertos, oscilando entre la “integración de un frente, una federación de partidos o una coalición permanente”. Al mismo tiempo se señalaban los límites del FDN, proponiendo redimensionar el peso de los “equilibrios internos” y la necesidad de elevar el “trabajo dirigente” y extender, profundizar y consolidar su arraigo nacional.

Por otro lado, otra tarea fundamental seguía siendo la “construcción orgánica” del PMS, para la cual se convocaba a una “jornada nacional”, mediante la cual el PMS se fortalecería en el ámbito territorial, aumentaría sus

²⁹⁹ Gilberto Rincón Gallardo, “Organizar al movimiento” en La Unidad, núm. 45, 17 de julio de 1988, y Juan N. Guerra, “El movimiento es prioritario” en La Unidad, núm. 46, 24 de julio de 1988, p. 4.

³⁰⁰ “Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado”, cit., p. 2.

fuentes de financiamiento independiente y el número de sus afiliados.³⁰¹ Esta jornada iba a desarrollarse paralelamente a las acciones de defensa del voto y, en general, se consideraba que el lugar privilegiado donde podía crecer el partido eran el movimiento ciudadano y las organizaciones sociales, espacio en el que el PMS se postulaba –en línea con sus planteamientos fundacionales– como el punto de referencia de “todos los partidarios de la transformación socialista de México”.

En este primer análisis postelectoral, no se desaprovechaba la ocasión para un severa autocrítica sobre la actuación del PMS durante la campaña electoral antes de la renuncia de Heberto Castillo:

“Sin embargo el partido y especialmente su dirección no fueron consecuentes en el programa democrático y nuestra política de unidad, lo que condujo a limitar la capacidad del PMS para actuar con flexibilidad política ante nuevos acontecimientos nacionales”.³⁰²

Desde esta perspectiva, no se había entendido el significado profundo de la postulación de Cárdenas y no se supieron llevar a cabo las negociaciones y las mediaciones necesarias. Por esto, como un castigo por la falta de *timing*, se explicaba la baja votación obtenida por el PMS. En ningún momento se ponía en duda el valor y la vigencia de la propuesta socialista.

³⁰¹ Se planteaba aumentar el financiamiento propio a dos tercios del total. Ver también “Jornada Nacional de construcción orgánica del Partido Mexicano Socialista” en *La Unidad*, núm. 48, 7 de agosto de 1988, p. 14.

³⁰² “Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado”, cit., p. 2.

Lo que no estaba escrito en el documento era que el PMS pensaba, desde la declinación de Heberto Castillo, en una relación privilegiada, entre iguales, con Cárdenas y la CD y concebía toda alianza a partir de este eje fundamental, poniendo en segundo lugar a los partidos con registro e incluso a las organizaciones menores de la izquierda que participaron en el FDN. A diferencia de los primeros días de aparición de la CD, nadie pensaba que ésta pudiera incorporarse a la casa socialista.

No fue sino hasta la propuesta de Cárdenas de formar el “partido del 6 de julio” que la disponibilidad general del PMS se concretó en un proyecto definido. En el VI pleno del Consejo Nacional, el PMS respondía positivamente -con sólo dos votos en contra- al llamado del día anterior de Cárdenas, quien estuvo presente en la reunión y agradeció públicamente la disponibilidad de los socialistas:

“este es el reto que enfrentamos quienes ya hemos decidido sumarnos al PRD: sentar las bases de los cambios democráticos que nos conduzcan a etapas superiores de la organización social y política del país, y nos lleven a la conformación de una sociedad verdaderamente igualitaria”.

303

³⁰³ “Resolución del VI Pleno del Consejo Nacional del Partido Mexicano Socialista” en La Unidad, 25 de septiembre de 1988, suplemento, p. 2.

El documento que se aprobó en esta ocasión, después de subrayar la continuidad del movimiento –en la lucha contra el fraude y a lo largo de la primera gira poselectoral de Cárdenas- y su proyección en términos de la “disputa real por la dirección del Estado”, planteaba lo siguiente:

“Al estudiar las propuestas contenidas en el trascendental discurso pronunciado por el compañero Cuauhtémoc Cárdenas el día 14 de septiembre, el Consejo Nacional del PMS resuelve someter a la consideración de todos los organismos y miembros del partido la iniciativa de avanzar resueltamente hacia la constitución de un partido con todas las organizaciones y ciudadanos que integran el actual movimiento. La unión en un partido de aquellas fuerzas que impulsan la transformación democrática de México, que aspiran a consolidar su independencia nacional y alcanzar la igualdad social que implica la emancipación económica de los trabajadores, tareas que se identifican con nuestro objetivo socialista, será un inmenso aporte a la lucha política del presente y el futuro”.³⁰⁴

Se abría la discusión, pero se anticipaba una lectura que sería popular entre los dirigentes del PMS: la entrada en el partido propuesto por Cárdenas no sólo no estaba en conflicto con los “objetivos socialistas” sino que, por el contrario, era un paso hacia su afirmación.

Por otro lado se abría el debate sobre el perfil del nuevo partido, que debía tomar en cuenta “el crecimiento de la iniciativa y la conciencia social de grandes núcleos de ciudadanos” y al mismo tiempo reconocer la pluralidad de

³⁰⁴ “Resolución del VI Pleno del Consejo Nacional del Partido Mexicano Socialista”, cit., p. 2.

las fuerzas políticas que integraban el movimiento, “la libertad de tendencias y el aporte de cada uno de los afluentes y de la gran masa que constituirá su columna vertebral”.³⁰⁵

Así el PMS, a pocos días de la proclama de Cárdenas, se encaminaba hacia la disolución y la incorporación en el PRD. De hecho, se sumaron inmediatamente al grupo restringido que iba a propiciar la construcción del PRD varios dirigentes del partido, en particular tres destacados miembros de la Comisión Política del PMS -Arnoldo Martínez Verdugo, Gilberto Rincón Gallardo y Heberto Castillo- quienes iban a participar en el Secretariado del PRD.

Corrientes y derivas

A partir de la disponibilidad a avanzar en la alianza con la CD, aclarando que se haría al interior de un nuevo partido y no de un frente o una federación, se abrió un intenso debate al interior del PMS. Las discusiones giraban alrededor de dos ejes fundamentales: la naturaleza del PRD y las razones del involucramiento de los socialistas en él, por un lado, y la discusión sobre el carácter individual o colectivo de afiliación y sobre la presencia o menos de corrientes organizadas, por el otro. La perspectiva de su disolución y

³⁰⁵ “Resolución del VI Pleno del Consejo Nacional del Partido Mexicano Socialista”, cit., p. 2.

desintegración en curso hizo que varias corrientes tomaran o retomaran forma en su interior. La desbandada del partido se percibía a partir de un regreso a lealtades más cercanas y más profundas, así como en el desdibujamiento de la dirección y de los miembros más representativos del partido, todos volcados en la construcción del PRD. Además de la reconfiguración de corrientes al interior del PMS, se organizaron seminarios de discusión y en la páginas del semanario *La Unidad* se expresaban numerosas tomas de posición individuales, en su mayoría dirigidas a sustentar la entrada al PRD.

En diciembre del 1988, sobre las bases del viejo PMT y con Heberto Castillo a la cabeza, nació la Corriente Revolucionaria (CR).³⁰⁶ En su declaración política, la nueva corriente enfatizaba los cambios ocurridos en 1988: la caída del mito de la invencibilidad del PRI, el freno a la tendencia bipartidista y la modificación en la correlación de fuerzas. No se negaba la sorpresa y la torpeza con la que la izquierda había recibido el movimiento ciudadano:

“La izquierda recibió un fuerte impacto. La tradición grupuscular y vanguardista fue negada por el ímpetu de la insurgencia ciudadana, la que no fue prevista con precisión por nadie”.³⁰⁷

³⁰⁶ Mario Medina, “Llama Heberto Castillo a formar la Corriente Revolucionaria del PRD” en *La Unidad*, núm. 69, 8 de enero de 1989, p. 4.

³⁰⁷ “Declaración política de la Corriente Revolucionaria” en *La Unidad*, 5 de marzo de 1989, suplemento, pp. 1-4. La Comisión Organizadora de esta corriente estaba conformada por José Álvarez Icaza, Violeta Vázquez Osorno, Javier Santiago Castillo, José Antonio Ríos Rojo, Porfirio Martínez González, Marco Eduardo Murrieta Reyes, Tulio César García, María Angelina Barona, Andrés Magaña, José de Jesús Menez, Cointa Lagunes, Eduardo Ortega,

Aparecía, además, una severa crítica a su propio partido, en la que se señalaba que “no fue posible erradicar del PMS muchos de los vicios y errores tradicionales de la izquierda”: el sectarismo, el dogmatismo, el rechazo a lo nuevo, la incapacidad de tejer amplias alianzas, los privilegios y la falta de democracia.

Según otro documento de la nueva corriente:

“El PMS es un partido de reciente formación, sin estructura de base, sin cohesión, con una dirección dividida, que en algunos momentos ha estado inclusive enfrentada, que sufre un proceso de burocratización galopante, que se refleja en la concentración de funciones y facultades en pocos individuos, que no ha permitido la discusión política en las bases. Un aspecto negativo del PMS es su gran dependencia económica del financiamiento público y el manejo poco claro de sus recursos económicos”.³⁰⁸

Lo anterior correspondía a un distanciamiento del PMS y a suscribir su acta de defunción. La CR consideraba al PRD como el lugar para:

Enrique Muñoz, Rosalío Hernández, José Luis Hernández, Iris Salomón, René Arce, Alfredo Rustriain, Jorge Villamil Rivas, Miguel Ángel Hernández, Aurora Santana, Gustavo Suárez, Luis García y Carlos Bracho.

³⁰⁸ José A. Ríos Rojo, Porfirio Martínez, Marilina Barona, Violeta Vázquez O., Javier Santiago, Marco Eduardo Murrúa, José Álvarez Icaza, “¿Porqué una corriente revolucionaria en el PRD?” en La Unidad, núm. 70, 15 de enero de 1989, suplemento, p. 3.

“dar forma organizada y consistente al movimiento social de 1988 para lograr la conquista del poder político (...) y el partido realmente revolucionario, nacionalista, democrático y popular que necesitaba México”.³⁰⁹

La corriente de Heberto Castillo indicaba, en su perfil ideal del PRD, los viejos lemas del PMT, desde la defensa de la soberanía y la Constitución hasta la tradición de la revolución mexicana, el pragmatismo, la idea de partido pluriclasista, abierto a los pequeños y medianos empresarios, la lucha contra el corporativismo, por lo que proponía la afiliación individual al PRD y la garantía de la independencia de las organizaciones sociales del partido así como la democracia interna, mediante corrientes organizadas y el respeto a la libre opinión individual.³¹⁰

Heberto Castillo, a nivel personal, fue uno de los mayores impulsores del PRD y, a lo largo de una serie de artículos en la revista *Proceso* y el semanario *La Unidad*, se dedicó a enfatizar la convergencia entre los proyectos históricos que enarbolaban la CD y los socialistas:

“Contra lo que algunos piensan, no son grandes distancias las que separan a quienes desean proyectar los ideales de la revolución mexicana y los que se inspiran en los principios planteados por Carlos Marx en sus más lucidas exposiciones. Los socialistas defendemos ahora libertades superiores a las que enarbolaron en 1910. Es necesario crear un socialismo

³⁰⁹ “Declaración política de la Corriente Revolucionaria”, cit., p. 3.

³¹⁰ “Declaración política de la Corriente Revolucionaria” y “¿Porqué una corriente revolucionaria en el PRD?”, citados.

cada vez más libertario, más humanista, no cancelador de ninguno de los derechos de los demás. Los socialistas ahora ya no pretendemos acabar con esa propiedad como se planteaba en el pasado, sólo queremos limitarla de manera semejante a como la revolución mexicana limitó la propiedad privada de la tierra”.³¹¹

Al mismo tiempo, Heberto Castillo y otros miembros de la Corriente Revolucionaria reconocían que el PRD tenía que reflejar y ofrecer un cauce a la participación de ciudadanos sin partido y sin referentes ideológicos precisos. Por otra parte, defendían la idea socialista –y con ella la construcción de una corriente socialista en el PRD- aún cuando se aceptaba que el programa y el proyecto del PRD plantearan un “capitalismo democrático”. La Revolución Democrática era asociada a una profunda reforma institucional y a la salida de la quiebra económico-social que vivía el país para que, en un contexto internacional más favorable, en un futuro impreciso, se pudiera plantear el socialismo.³¹²

³¹¹ Heberto Castillo, “Nuestra identidad socialista” en Proceso, núm. 630, 12 de diciembre de 1988, p. 35.

³¹² Ver los numerosos artículos de Heberto Castillo en el Proceso y La Unidad. “Extraño silencio” en Proceso, núm. 545, 13 de abril de 1987, pp. 35-37; “La posible unidad” en Proceso, núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 35-36; “Socialismo a la mexicana” en Proceso, núm. 590, 22 de febrero de 1988, pp. 35-37; “El FDN por restaurar el sistema de 1934. El PMS busca el cambio para 1988” en Proceso, 1 de febrero 1988, p. 7; “Nuestro socialismo mexicano” en Proceso, núm. 600, 2 de mayo de 1988, pp.34-38; “Una economía para vivir mejor” en Proceso, núm. 591, 29 de febrero de 1988; “Chiapas: pasado y futuro” en Proceso núm. 589, 15 de febrero de 1988, pp. 32-36; “El 7 de julio” en Proceso, 30 de mayo de 1988, pp. 32-35; “Exitosa reunión del Prd” en La Unidad, núm. 74, 12 de febrero de 1989, p. 4; “Vayamos unidos al PRD en La Unidad, núm. 75, 19 de febrero de 1989, p. 4; “El congreso del PMS” en La Unidad, núm. 82, 16 de abril de 1989, p. 4; “Nuestro congreso” en La Unidad, núm. 83, 23 de abril de 1989, p. 4; “Adiós y bienvenidos” en La Unidad, núm. 85, 7 de mayo de 1989, p. 4; “El país es paja seca” en Proceso, núm. 626, 31 de octubre de 1988, pp. 37-38;

También al interior de otra corriente, formada por antiguos miembros del MRP, se consideraba en que el PRD sería el producto de una convergencia en la diversidad y en el pluralismo ideológico planteando –por lo tanto- la necesidad de que fuera un partido de corrientes, en donde los socialistas pudieran tener un perfil y un papel destacado.³¹³ Así, se proponía la entrada en un “partido popular” de profundas raíces histórico-culturales, en el que el socialismo era sólo una componente y donde el marxismo tenía que entenderse como un “instrumento metodológico”.³¹⁴ Por otro lado, el perfil socialista se desprendía de la distinción entre objetivos inmediatos y de largo plazo, desde la restauración de la legalidad constitucional hasta la construcción de una “nación de los trabajadores”, basada en la autogestión y la socialización del poder y de la riqueza, pasando por la centralidad de la lucha antimperialista, la

“PRD, partido viable” en Proceso, núm. 633, 18 de diciembre de 1988, pp. 34-36; “Llamado a pemetistas y pemesistas” en Proceso, núm. 634, 26 de diciembre de 1988, pp. 38-39; “El Partido de la Revolución Democrática” en Proceso, núm. 635, 2 de enero de 1989, pp. 34-36; “La política del avestruz” en Proceso, núm. 644, 6 de marzo de 1989, pp. 32-34; “De lealtades y deslealtades” en Proceso, núm. 647, 27 de marzo de 1989, pp. 34-36; “La hora de los hornos” en Proceso, núm. 653, 8 de mayo de 1989, pp. 36-38; “Democracia y patria para todos” en Proceso, núm. 655, 22 de mayo de 1989, pp. 34-37; “La neoizquierda” en Proceso, núm. 620, pp. 35-37; “La campaña demostró que el pueblo confía más en Cuauhtémoc” en Proceso, núm. 605, 6 de junio de 1988. Ver también las opiniones de otros ex dirigentes del PMT, Jorge A. Villamil Rivas, “El PRD, partido en gestación” en La Unidad, 23 de abril de 1989, p. 4 y Julio Zenón Flores, “Al socialismo por la revolución democrática”, *ibid.*, p. 3; y Javier Santiago, “El PRD y la democracia” en La Unidad, núm. 86, 14 de mayo de 1989, p. 6.

³¹³ Gerardo Avalos Lemus, Rodolfo Armenta Scott, José Hernández Delgadillo, Benito Balma, Cecilia Soto, Martín Longoria, Leopoldo Enzástiga, Pedro Velásquez, Gloria Maciel, Celio Contreras, Antonio Martínez Torres, Guillermo Flores, Rogel del Rosal, Rosa Esther Peña, José Luis Pérez, Miguel Ángel Chavesti, “Elementos para el perfil del nuevo partido” en La Unidad, 27 de noviembre de 1988, suplemento, p. 1.

³¹⁴ *Ibid.*, ver también Antonio Cadena y Gabriel Santos, “Entrevista con Rodolfo Armenta Scott” en La Unidad, núm. 85, 7 de mayo de 1989, p. 7.

cual había sido un eje central del discurso del MRP.³¹⁵ Como desde otras partes, se insistía en que el nuevo partido debía ponerse a la cabeza de una “alianza democrática” más amplia, no podía ser simplemente un recurso electoral sino que tenía que ser un instrumento de lucha del pueblo, ligándose al movimiento social, respetando la autonomía de sus organizaciones y –por lo tanto- integrándose vía afiliación individual y no por adhesión corporativa.³¹⁶

También para otro grupo de dirigentes, provenientes del antiguo PPR, el 6 de julio significaba un quiebre histórico para las izquierdas que –algunos con claridad y otros por obligación- habían vivido un acercamiento táctico y programático con la CD, cuyo lineamientos eran definidos como de “socialdemocracia avanzada”.³¹⁷ Para ellos, el riesgo era que – a raíz del derrumbe del FDN- el PRD se transformara en el partido de la CD. Se denunciaba con preocupación la crisis de dirección del PMS, la constitución de corrientes sin clara definición y los resabios de los recientes conflictos, así como la participación prematura de destacados pmesistas –en particular Heberto Castillo- en el PRD.³¹⁸ Se reivindicaba un proyecto de transformación

³¹⁵ “Se trata de construir un partido democrático y revolucionario, popular y de masas, nacional y antimperialista, de las clases explotadas y oprimidas del pueblo mexicano y de otros sectores que están de acuerdo en terminar con la dominación de la gran oligarquía proimperialista y construir una nueva nación dirigida por los trabajadores”, “Elementos para el perfil del nuevo partido”, cit., p. 1

³¹⁶ Ibid., p. 1.

³¹⁷ Camilo Valenzuela, Gilberto López y Rivas, José Domínguez R., “Propuesta de política para el periodo” en La Unidad, 30 de abril de 1989, p. 3.

³¹⁸ Gilberto López y Rivas, Alfonso Ramírez Cuellar, Camilo Valenzuela, Jesús Zambrano, Lourdes Durán C., José Domínguez R. Susana Quintana, Pedro Velásquez, “El PMS y el partido del 6 de julio” en La Unidad, 27 de noviembre de 1988, suplemento, pp. 2-3.

económica y política que trascendiera la Revolución Mexicana y la Constitución de 1917 y planteara la construcción de un genérico “nuevo poder”. Se pensaba en un PRD que fuera abierto -sin exclusiones ni hegemonismos-, amplio, flexible, plural y democrático; un partido-frente de corrientes, que superara el dogmatismo y el sectarismo de la izquierda y que promoviera una nueva cultura política, que reconociera la centralidad de la lucha electoral pero que fuera también “gestor y orientador de las luchas sociales”.³¹⁹

Mientras tanto, los exponentes más distinguidos del antiguo MAP ponían al interior del PMS problemas tácticos y coyunturales, tachando de intransigente la postura de la direcciones del PMS y del FDN. Se criticaba la decisión de no aceptar el diálogo con el gobierno de Salinas y las “posturas catastrofistas y polarizantes” producidas por un rebrote de “izquierdismo sectario”, mientras que proponían una vía reformista y gradualista, expresada en el voto del 6 de julio, hacia el cambio pacífico, legal e institucional.³²⁰ Por otra parte expresaban, en su adhesión al PRD, la necesidad de que éste asumiera rasgos moderados, incluyentes, alejados del extremismo y el sectarismo de la izquierda actual.³²¹

³¹⁹ “El PMS y el partido del 6 de julio”, cit., p. 3.

³²⁰ Rodolfo Cordera, Adolfo Sánchez Rebolledo y José Woldenberg, “Crisis y perspectivas del FDN” en *La Unidad*, núm. 87, suplemento, 21 de mayo de 1989, p. 7.

³²¹ Adolfo Sánchez Rebolledo, “Balance y perspectiva del socialismo en México” en *La Unidad*, núm. 67, suplemento, 18 de diciembre de 1988, p. 4.

Los ex-comunistas, por su parte, no sólo no se articularon en una corriente, sino que entre ellos se dio una ruptura significativa: por un lado los que adherían entusiastamente al PRD y por el otro los que se rehusaban a disolver el PMS.

Entre los que apoyaban la propuesta de Cárdenas se decidió no conformar una corriente –tanto en el PMS como en el PRD- para no repetir las experiencias recientes de la izquierda, de los grupos de interés y de las cuotas de poder y para respetar el carácter de movimiento.³²² Al mismo tiempo, cuando aún no estaba clara la forma que iba a tomar el nuevo partido muchos ex-comunistas optaban por la idea de un partido-frente donde los socialistas tendrían un papel central y no faltaba quien evocaba las experiencias del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua y del Movimiento 26 de julio en Cuba.³²³ Progresivamente, con los pasos dados en la construcción del PRD, quedó claro que se trataría de un partido unitario y se abandonó la idea de crear una corriente socialista.³²⁴

La cuestión de los ideales socialistas no podía desaparecer como eje de debate. El ex-secretario general del PCM, Arnoldo Martínez Verdugo, por ejemplo, consideraba que los ideales socialistas podían preservarse solamente en la medida en que se pudieran insertarse en un movimiento más amplio y

³²² Gabriel M. Santos V., “Entrevista con Amalia García” en *La Unidad*, núm. 68, 25 de diciembre de 1988, p. 7.

³²³ *Ibid.*, p. 7.

³²⁴ Gabriel M. Santos, “Entrevista con Arnoldo Martínez Verdugo. Lo que no puede soslayar el programa del nuevo partido” en *La Unidad*, núm. 59, 23 de octubre de 1988, p. 5.

plural.³²⁵ Otro destacado dirigente de la vieja guardia comunista, Gerardo Unzueta, contestando a los opositores de la disolución, argumentaba que en el PRD se recuperaban los principios de la Revolución Mexicana pero no su ideología, y que el alcance revolucionario se desprendía de la demanda democrática en la medida en que postulaba un cambio profundo en la estructura estatal existente, lo cual empataba con el programa de los socialistas.

“Ello, sobre todo, porque en las condiciones de México la lucha por la democracia es el objetivo transformador de más trascendencia. La lucha por la democracia *hasta sus últimas consecuencias* es sin duda, el objetivo más cercano a la socialización del poder que, junto con la socialización de los medios fundamentales de producción -que no significa estatización- constituye la base del socialismo que hemos preconizado para México”.³²⁶

Sin renunciar a sus ideas y concepciones, los socialistas:

³²⁵ Pascal Beltrán del Río y Oscar Hinojosa. “En doce años la izquierda se destiñó hasta quedar en tricolor” en Proceso, núm. 653, 8 de mayo de 1989, pp. 16-19. Hiraes declaró: “Durante mucho tiempo vimos el poder como una remota isla, a la que no sabíamos cómo llegar. Ahora vemos claras las taras. Cada destefimiento ha sido un avance democrático. Los comunistas hemos estado expuestos a muchas cosas pero nunca hemos renunciado a nuestros grandes objetivos. Simplemente, los hemos racionalizado”. Mientras que Arnoldo Martínez Verdugo reivindicaba la constancia de la lucha unitaria, desde la reunificación con el Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM) en 1960, pasando por la experiencia del MLN. El ex dirigente comunista declaraba: “Yo no he renunciado al socialismo. Saldrá enriquecido. El socialismo es el movimiento que tiende hacia la igualdad. Vamos a demostrar que hay diferentes vías para llegar a la justicia social, al socialismo”.

³²⁶ Gerardo Unzueta, “El PRD es el proyecto revolucionario del momento actual” en La Unidad, 18 de diciembre de 1988, suplemento, p. 2.

“tendremos la oportunidad de participar en las primeras filas de la lucha revolucionaria por la democracia, con la convicción de que la transformación democrática será, en fin de cuentas, la revolución de las grandes mayorías de México”.³²⁷

Este tipo de ejercicio retórico, volcado a justificar en términos socialistas la disolución del PMS y la entrada en el PRD, era repetido por varios dirigentes. Además, añadía Unzueta, no había perspectivas para el socialismo —“quizá por mucho tiempo más”— afuera del movimiento ciudadano articulado alrededor de Cárdenas, mientras que:

“lo que se abre al socialismo con su integración al PRD es un campo de desarrollo tan amplio como nunca lo había tenido en México”.³²⁸

Aún más si se consideraba que en el PRD se reunían un número mayor de socialistas —de distintas corrientes— de los que estuvieron en el PMS.

Otro tema de debate —de corte más tradicional— era el de la relación entre reforma y revolución, en la cual se entrelazaban los temas de la hegemonía, la acumulación de fuerzas y la construcción paulatina del socialismo.³²⁹

³²⁷ *Ibid.*, p. 2.

³²⁸ Gerardo Unzueta Lorenzana, “El socialismo en el PRD: ¿liquidación o nuevos horizontes?” en *La Unidad*, 16 de abril de 1989, suplemento, p. 2.

³²⁹ Ciro Mayén Mayén, “Partido de la transición democrática” en *La Unidad*, 9 de abril de 1989, suplemento, p. 4.

Con estos argumentos se invitaba a entrar al PRD y a no “pintar una raya socialista”, que contrapondría “un proyecto socialista al gran proyecto nacional”, a no identificar al socialismo con un partido, a no confundir “el amor de partido a la vanidad de partido”.³³⁰ A partir de argumentos de esta naturaleza, gran parte de los ex comunistas se oponían a la formación de una corriente socialista en el PRD, que pudiera ser fácilmente confundida con un grupo de interés.

Algunos dirigentes particularmente polémicos, como Gustavo Hiraes, aprovechaban de la ocasión para reafirmar una lectura extremadamente crítica sobre la actuación de la izquierda socialista en el pasado, rechazando el “marxismo dogmático” y su distancia de las “necesidades objetivas” que brotaban de la situación nacional. Partiendo de una crítica despiadada del PMS, Hiraes veía una crisis mucho más profunda y general que arrancaba del socialismo internacional para aterrizar en México en una crisis de identidad y asociaba el fenómeno cardenista con el “fracaso del tópico específicamente socialista”, el cual se demostraba “inviable” en el corto plazo. Al mismo tiempo, identificaba en el PRD la posibilidad de avanzar en una revisión de fondo que en la práctica ya había empezado, trastocando una serie de postulados: el partido monoclasiista vanguardista; la superioridad intrínseca de las tesis, organizaciones y militancia socialistas; las etapas de la

³³⁰ Gerardo Unzueta, “El socialismo en el PRD...”, cit., p. 4, y Rincón Gallardo en la entrevista con Emiliano Flores, “La idea de un nuevo partido surge de la lucha por el poder del Estado” en La Unidad, 16 de septiembre de 1988, p. 3.

transformación socialista; la ambigüedad frente a la democracia; la lógica del hegemonismo y del tacticismo. Esta revisión de fondo podía garantizar la vigencia del socialismo en el largo plazo, pasando por la lucha democrática y la experiencia del movimiento cardenista.³³¹

Otros dirigentes de distinto origen y tradición recalcaban los mismos temas para argumentar la disolución del PMS y la entrada en el PRD. Por ejemplo, Jesús Ortega, originario del PST, partía de la crisis del socialismo y del marxismo y planteaba la necesidad de su revisión crítica para sostener que el programa del PRD, sin ser socialista, tenía que ir más allá de la Revolución Mexicana y no olvidar el horizonte socialista.³³² A sus ojos, el PRD aparecía como la:

“realización de un viejo objetivo de la izquierda mexicana; esto es: la unidad política de los socialistas con fuerzas patrióticas y democráticas, en un necesario proceso de acumulación de fuerzas para enfrentar con posibilidades de éxito a enemigos comunes”.³³³

Por su parte, Jesús Zambrano, antes del PPR, retomaba la crítica al PMS, desde los conflictos y las deficiencias internas hasta su actuación política: la

³³¹ Gustavo Hiraes, “El socialismo de hoy” en *La Unidad*, 30 de abril del 1989, p. 4; “La asamblea del PRD” en *La Unidad*, núm. 86, 14 de mayo de 1989, p. 5; “Enfrentamiento permanente o convergencia democrática: el cardenismo debe estar preparado”, en *La Unidad*, 9 de octubre de 1988.

³³² Jesús Ortega, “Claridad y tolerancia para marchar juntos” en *La Unidad*, núm. 68, suplemento, 25 de diciembre de 1988, p. 2.

³³³ *Ibid.*, p. 2.

alianza tardía que lo mantuvo en gran medida al margen del movimiento.³³⁴ Por otro lado, resumía el debate actual sobre las alianzas ligándolo a la vieja polémica sobre la caracterización del régimen de la Revolución Mexicana.

“Se fortalece la tendencia dentro de la izquierda marxista y socialista que viene pugnando desde hace muchos años por reinterpretar la historia y la realidad mexicana, por hacer creativo el pensamiento revolucionario y hacer caminar el proyecto socialista a un encuentro histórico con las fuerzas políticas y sociales que representan de manera más directa y orgánica lo más avanzado del proyecto original de la Revolución Mexicana, para hacer del nuestro un movimiento revolucionario de masas, de millones de gente, que camine al socialismo con lenguajes y vestimentas, por así decirlo, autóctonos, nacionales”.³³⁵

Para Gabriel Santos, también originario del PPR, la disolución del PMS no era una traición a la lucha socialista, sino que ésta iba a ser un eje del nuevo partido y, por lo tanto, se encontraba en perfecta continuidad con el convenio de fusión que dio vida al PMS en el cual se planteaba la posibilidad de alianzas más amplias.³³⁶ En esta lógica de continuidad, festejaba que el socialismo mexicano pasara de la defensiva a la ofensiva, del aislamiento en la

³³⁴ Jesús Zambrano Grijalva escribía: “desde el principio el PMS fue dominado por una visión política que invirtió los términos de relación del partido con el movimiento. (...) El quiebre histórico encontró el PMS alejado del curso de la vida real y sujeto a caprichos y voluntades personales”, “Superar al PMS en el PRD” en La Unidad, núm. 67, 18 de diciembre de 1988, p. 3.

³³⁵ Jesús Zambrano, “Izquierda: futuro inmediato”, en La Unidad, núm.48, 7 de agosto de 1988, p. 4.

³³⁶ Gabriel Mario Santos V., “Mucho escudo para minoría tan reducida” en La Unidad, núm. 85, 7 de mayo de 1989.

oposición a la lucha por el poder, de la marginalidad al protagonismo político, y describía al PRD como la cristalización de la alianza “definitiva” y a los perredistas como futuros “hombres nuevos que construyen una sociedad nueva”.³³⁷

Si éstos eran los argumentos de la mayoría de las corrientes organizadas y de los dirigentes del PMS, de la desarticulación del partido surgieron posturas críticas.

En defensa del socialismo

Fue en el seno de la vieja militancia del PCM fue donde se gestó la mayor oposición a la disolución del PMS en el PRD. Un grupo de dirigentes organizado por Eduardo Montes constituyó la Corriente del Socialismo Revolucionario (CSR) sobre la base de profundas divergencias frente a la línea adoptada por el PMS a partir de la invitación de Cárdenas a formar el PRD.

El análisis de este conjunto de militantes del PMS arrancaba de la historia reciente de la izquierda comunista mexicana, la cual desde la disolución del PCM había procedido a una serie de fusiones en donde el dogma de la unidad había enmascarado el hecho de que el socialismo se hacía siempre menos influyente en el país. La falta de verdadera unidad política -

³³⁷ Gabriel M. Santos V., “Construir el PRD, desde abajo” en *La Unidad*, núm. 75, 19 de febrero de 1989, p. 3; “El PRD: una alianza definitiva”, núm. 78, 12 de marzo de 1989, p. 3; “De la marginalidad al protagonismo político”, núm. 73, 5 de febrero de 1989, p. 3.

junto con el economicismo, el caudillismo y el clientelismo- eran indicadas como las causas principales de esta retirada histórica.³³⁸

A lo largo de dos documentos, los integrantes de este grupo avanzaron una crítica muy severa a las direcciones del PSUM y el PMS, las cuales se habían revelado incapaces de dar concreción a un proyecto socialista viable. En particular se recordaba que las principales causas de la derrota electoral del PMS se encontraban en el reconocimiento tardío del significado de la candidatura de Cárdenas y en los largos meses de campaña en donde primó la prédica abstracta, la lucha entre grupos internos, el temor a la división y una actitud conservadora generalizada.

Para los disidentes era evidente que el movimiento había rebasado a todas las dirigencias –incluso a la CD- y que el 6 de julio había nacido una fuerza social y política y se había iniciado el proceso de transición a la democracia. Sin embargo consideraban un grave error político la idea de una fusión y más aún la actitud de la dirección del partido de dar por hecha la disolución sin abrir el debate correspondiente. En la CSR, se reconocía que la propuesta de Cárdenas era legítima y que existía el espacio para:

³³⁸ Bazúa, Posadas, Montes, Pizarro, Rosas, Sosa Castro, “La lucha por el socialismo, irrenunciable e inaplazable” en La Unidad, 13 de noviembre de 1988, p. 2. Así como “Contribución al debate” en Corriente del Socialismo Revolucionario, cit., pp. 95-108. La segunda reunión de la CSR se dio entre el 19 y el 20 de noviembre de 1988.

“un nuevo partido democrático, nacionalista y antiimperialista, cuyas banderas serían las de la Revolución Mexicana y la Constitución, y lucharía por sus metas incumplidas o traicionadas por los herederos de ese movimiento.” (...) “Este partido sería un aliado natural de los socialistas”³³⁹

Pero esto no se contraponía a la permanencia organizada y autónoma de los socialistas, cuando no existían “coincidencias programáticas, un mínimo de identidad ideológica y enfoques comunes fundamentales sobre la sociedad”, además de “condiciones estatutarias para la actividad organizada de los socialistas”, elementos necesarios para una fusión orgánica.³⁴⁰ Lo que se podía dar eran formas de unidad política y, más que un nuevo partido, esta corriente proponía la formación de una federación de partidos o de un partido-frente, que garantizara la unidad en la diversidad entre partidos, grupos e individuos, lo que había sido la gran fuerza del movimiento de 1988.³⁴¹

Lo que estaba en juego era la permanencia de una fuerza socialista organizada y autónoma a la cual –según los miembros de la CSR- no se podía renunciar:

“es una necesidad política, ideológica e histórica asegurar la continuidad de la organización socialista, comunista, marxista y revolucionaria de México”.³⁴²

³³⁹ ““La lucha por el socialismo, irrenunciable e inaplazable”, cit., pp. 3-4.

³⁴⁰ “Contribución al debate”, cit., p. 102.

³⁴¹ Ver Eduardo Montes, “Vigencia de la lucha socialista” en La Unidad, núm. 70, 15 de enero de 1989, suplemento, pp. 1-2.

³⁴² Ibid., p. 2.

El grupo de disidentes socialistas cuestionaba además la adhesión a los postulados de la Revolución Mexicana, cuando estaba claro que estos postulados eran enarbolados por el partido de gobierno. Los socialistas no debían, por lo tanto, renunciar a “su proyecto de transformación radical de la sociedad”, si no que esta alternativa seguía siendo necesaria, a pesar de la dificultad actual, “en un país donde el capitalismo ha demostrado su incapacidad completa para resolver los grandes problemas nacionales”.³⁴³ Así que ni el PRD podía ser el Partido de la Revolución Mexicana, ni los socialistas tenían que renunciar a su programa y a sus principios. La unidad orgánica no era la solución y hubiera sido más oportuno pensar en un partido federado, que mantuviera a su interior distintas organizaciones y permitiera la presencia organizada de los socialistas y reconociera sus aspiraciones en el programa. Sólo así, según los miembros de la CSR, se podía hablar seriamente de la unidad de las fuerzas del socialismo con una parte de los herederos del movimiento revolucionario de 1910.

Sobre la base de la defensa de la identidad y la lucha socialistas y manifestando sus discrepancias con relación a las resoluciones mayoritarias, se constituía la Corriente del Socialismo Revolucionario, la cual en un primer momento dejaba abierta la definición de su espacio de acción entre una posible

³⁴³ “Contribución al debate”, cit., p. 100.

ala o sector socialista en PRD, la reforma del PMS o la construcción de una nueva organización de la izquierda socialista.

Después de estas primeras reflexiones y avanzando el proceso de construcción del PRD, la CSR confirmó y profundizó sus posturas, denunciando que en los proyectos de documentos básicos se expresaban los límites del PRD en la medida en que quería juntar intereses sociales y proyectos políticos irreductiblemente distintos. El pluralismo del PRD, a los ojos de los miembros de la CSR, era muy distinto al del PMS porque en el segundo se compartía el horizonte socialista, mientras que el primero no se comprometía ni siquiera con el anticapitalismo.³⁴⁴

La CSR criticaba aspectos centrales de la propuesta de declaración de principios del PRD, en particular –además de lamentar la ausencia de una mención al socialismo- la continuidad de la ideología de la Revolución Mexicana y la ausencia de una lectura crítica sobre el régimen que de ella descendió. Por otro lado, se señalaba la falta de un análisis clasista de la sociedad mexicana, de planteamientos sólidos sobre el papel de los trabajadores en una amplia alianza social, de definiciones claras sobre el lugar de la propiedad privada y la falta de definición de la “Revolución

³⁴⁴ “Reformar y organizar el socialismo mexicano” en CSR, cit., pp. 109-138.

Democrática” que el PRD enarbolaba y que –según los miembros de la CSR- había que entender como etapa previa a la revolución socialista.³⁴⁵

El PRD no era el partido-frente que hubieran querido ni en sus documentos básicos se reflejaban las aspiraciones de los socialistas. Estaba claro entonces que la tarea era como dar continuidad a la lucha por el socialismo.³⁴⁶ Sobretudo –se subrayaba- cuando se había resultado no formar una corriente del PMS en el nuevo partido y, por lo tanto, los socialistas se encontrarían sin partido y sin programa propios. La diáspora ya había empezado tanto entre los dirigentes como entre los militantes, lo cuales –se reconocía- tenían sus razones frente a los resultados electorales y la falta de autocrítica de la dirigencia del PMS.³⁴⁷

Por otro lado, en la CSR, se manifestaba cierto optimismo sobre la reforma del socialismo mexicano y no se ocultaban las simpatías hacia la *perestroika* soviética y la confianza de que su éxito abriría el espacio para un socialismo democrático y autogestionario que permitiría, en México como en otras partes, un nuevo auge del pensamiento marxista, depurado del estalinismo y los excesos del igualitarismo.

La CSR resolvía entonces participar en el PMS y en el PRD para defender la opción socialista, reconociendo que entre sus miembros había quienes optaban por mantener el PMS, en alianza con el PRD, y los que

³⁴⁵ Ibid., p. 130.

³⁴⁶ Ibid., p. 110.

³⁴⁷ Ibid., p. 111.

pensaban en impulsar modificaciones en los documentos básicos del nuevo partido. Se dejaba –por lo tanto- libertad de participar en el PRD porque:

“Si se culmina la liquidación del PMS, el PRD sería directamente el instrumento político principal para la lucha por una serie de objetivos que los socialistas compartimos con otras fuerzas”.³⁴⁸

De hecho la lectura política y las tareas del periodo coincidían perfectamente con las del PRD, pero –en el mediano largo plazo- la presencia de la corriente se entendía como un paso hacia una unidad socialista más amplia que daría vida, en un futuro, al Partido Obrero Socialista que necesitaba el país.³⁴⁹

Otra corriente coincidía en gran parte con estos planteamientos: lo que quedaba de la vieja UIC que se constituía ahora en Corriente de Izquierda Socialista (CIS).³⁵⁰

Aún cuando reconocían que la gran tarea después del 6 de julio era asegurar la unidad de las fuerzas democráticas, populares y progresistas, los miembros de esta corriente reivindicaban que las razones del PMS seguían vigentes y que los problemas internos no justificaban una disolución. Si la

³⁴⁸ Ibid., p. 112.

³⁴⁹ Ibid., p.120. Ver también Leonel Posadas, Eduardo Montes, Pizarro, Jaime Perches, Reynaldo Rosas, Ramón Sosamontes, Jesús Sosa Castro, “Resolución de la reunión de delegados al Segundo y último Congreso del PMS”, 13 de mayo de 1989.

³⁵⁰ “Resolución de la reunión nacional constitutiva de la Corriente de Izquierda Socialista del PMS” en La Unidad, 16 de abril de 1989, pp. 3-4 (la reunión se dio entre el 11 y el 12 de marzo). Ver también Manuel Terrazas, “¿Aciertos o graves desaciertos de la mayoría de la dirección ante el PRD?” en La Unidad, núm. 74, 12 de febrero de 1989.

creación del PRD tenía su razón de ser, esto no implicaba que los socialistas se redujeran a una corriente en su interior o tuvieran que desaparecer como tales. Se criticaba la precipitación con la cual, en el Consejo Nacional y el Comité Ejecutivo, se entregó el PMS al PRD sin siquiera discutir previamente sus características.

Los resultados –a los ojos de los miembros de esta corriente- fueron la dispersión, la desmovilización, la ausencia de dirección política, el deterioro y el debilitamiento de la organización y de la actividad partidaria. Se denunciaba que siempre más militantes participaban en la construcción del PRD antes de que el Congreso del PMS sancionara la línea política. Se criticaba abiertamente a la dirección del partido, desde los deficientes esfuerzos en términos de unidad y cohesión hasta los errores políticos que llevaron a despreciar la candidatura de Cárdenas. Para los miembros de la CIS, los objetivos políticos principales eran el fortalecimiento del FDN y la renovación del programa socialista, que tenía que articularse con una etapa de transición a la democracia. Se reiteraba la vigencia de la lucha por el socialismo como una “necesidad objetiva del desarrollo histórico de la sociedad mexicana actual” y, por lo tanto, la necesidad de un partido socialista que la impulsara. A partir de estas posiciones, en la CIS se reconocía abiertamente una identidad de opiniones con la CSR.

A pesar de la presencia de una minoría que se oponía a la disolución del PMS, se impuso la voluntad mayoritaria y se procedió a la creación del PRD.

¡El PMS ha muerto, viva el PRD!

Del 5 al 7 de mayo se dio la Asamblea Constitutiva del PRD, que sancionó el nacimiento formal del partido, al cual adhirieron, según las cifras de los organizadores, 80 000 afiliados. Una semana después de la fundación oficial del PRD -el 14 de mayo de 1989- el PMS dejaba de existir. En su último congreso, el PMS aceptó cambiar su nombre en PRD, para que éste obtuviera el registro electoral, y se aprobaron los documentos básicos correspondientes.

En el documento político presentado en el II Congreso del PMS, que sancionó su desaparición, se confirmaban las líneas de análisis de los documentos anteriores sobre el movimiento, su trascendencia, el ascenso de la lucha ciudadana y social y el protagonismo popular.³⁵¹ Se asumía que en 1988, con la irrupción del movimiento cardenista, se había abierto la transición a la democracia en México, transición en la que la centralidad de las

³⁵¹ Ver Informe del Consejo Nacional al II Congreso Nacional del PMS, en La Unidad, 21 de mayo de 1989, suplemento.

reivindicaciones propiamente democráticas se entrecruzaba con una serie de luchas sociales.³⁵²

Por otro lado, se argumentaba la entrada en el PRD en términos de la contribución a una gran alianza histórica, a la que los socialistas habían hecho grande aportes desde la revolución mexicana, pasando por el cardenismo hasta llegar al MLN. Se subrayaban los avances que había logrado la izquierda socialista, eliminando las trabas del “doctrinarismo, el vanguardismo, el voluntarismo y el sectarismo” e incorporando al ideal socialista los grandes temas de “la democracia política y la independencia nacional”, para salir de “la marginalidad y el testimonio”. Una izquierda que había reconocido y valorado el pluralismo y que quería influir sobre la realidad.³⁵³

El movimiento ciudadano y el PRD eran la oportunidad para dar un paso más en esta dirección. Si bien el PRD no podía ser concebido como una continuación del PMS, para los socialistas se trataba de un avance en el camino unitario trazado en los objetivos de este partido desde su nacimiento en 1987.³⁵⁴ Se desempolvaba –para la ocasión- la sempiterna idea de la alianza

³⁵² Ibid., p. 3. Según el documento en la transición democrática iniciada en 1988 se entrecruzaban luchas de distintos tipo, electorales, parlamentarias, sociales, reivindicativas, económicas, programáticas, de crítica al sistema, de difusión de la cultura democrática. Se ponía énfasis y se desglosaban, además, algunas reformas urgentes, cuales la efectividad de sufragio, el fin de la impunidad, la autonomía de las organizaciones sociales, el fin del partido de estado y una reforma electoral.

³⁵³ Ver “La situación nacional y la construcción del Partido de la Revolución Democrática” (documento para discusión preparatoria del II Congreso Nacional del PMS, aprobado por el VIII pleno del Consejo Nacional) en La Unidad, 29 de enero de 1989, suplemento.

³⁵⁴ Gilberto Rincón Gallardo, “Conclusiones en el II Congreso: El lugar de los socialistas está en el PRD” en La Unidad, 21 de mayo de 1989, p. 5.

histórica entre distintas corrientes del movimiento revolucionario mexicano, alianza basada en una serie de objetivos comunes: un sistema político democrático, la independencia de los poderes, la democratización de la vida social, una economía mixta, el compromiso con el movimiento social y la elevación de la lucha reivindicativa al plano de la política. En estas convergencias los socialistas veían el reflejo de sus esfuerzos para unir democracia, soberanía y socialismo. En la reforma democrática del Estado y el planteamiento de revolución democrática residían los “puntos esenciales de la lucha de hoy para alcanzar los objetivos socialistas que nos proponemos”.³⁵⁵

Así, los ideales y la lucha socialistas seguían vigentes en el PRD, aún con las correcciones dictadas por la realidad:

“La principal lección está en que la lucha por la transformación socialista de la sociedad debe ser replanteada en las nuevas condiciones del país, que han generado, a la vez, las bases para la construcción del instrumento nuevo para la revolución democrática”.³⁵⁶

Se manifestaban así el orgullo partidista y una reivindicación de coherencia del PMS y, sin embargo, se reconocía la legitimidad de las inquietudes y de la inconformidad que se habían manifestado a lo largo de los últimos meses respecto al papel de la lucha socialista en el PRD. Recitaba el documento:

³⁵⁵ “Informe del CN al II Congreso Nacional del PMS”, cit. p. 2.

³⁵⁶ “Informe del CN al II Congreso Nacional del PMS”, cit., p. 2.

“no abandonaremos el lugar fundamental del socialismo en México. Por lo contrario, lo ocuparemos donde está: en el seno del PRD”.³⁵⁷

Con relación a la posibilidad de crear una corriente socialista en el PRD, se resolvió no formarla siguiendo las resoluciones adoptadas en este partido, las cuales respondían a la lógica de un partido ciudadano, en el que la participación sería fundamentalmente individual, se evitaría la lucha interna de grupos consolidados, se superaría el debate ideológico para concentrarse en los principios y en la conquista del poder político. A pesar de esto, para tranquilizar a los que pudieron pensar en una liquidación de la posición socialista y de su presencia organizada en la sociedad mexicana, se dejaban entrever dos hipótesis: la posibilidad de una futura corriente o, por lo menos, una indefinida actuación conjunta de los pmesistas. Gilberto Rincón Gallardo, en las conclusiones del Congreso del PMS, hacía una reflexión que equilibraba ventajas y desventajas, dejando entender que –aunque el estatuto del PRD no las reconocía- las corrientes se iban a formar y que “el socialismo, que es una corriente histórica, jugará su papel en plenitud”.³⁵⁸ Así, la dirección proponía, por el momento, que los miembros del PMS actuaran en forma organizada pero que no se constituyeran en una corriente “que dañaría al

³⁵⁷ Gilberto Rincón Gallardo, “El lugar de los socialistas está en el PRD”, cit., p. 5.

³⁵⁸ Ibid., p. 5.

mismo PRD al someterlo desde su nacimiento a un juego de presiones de bloques”.³⁵⁹ En el mismo documento se encontraba una formulación que dejaba abiertos otros caminos y el mismo Rincón Gallardo, en una entrevista, había sugerido que la corriente se formara en un segundo momento:

“nuestro tránsito debe ser, organizados y unidos, en ningún caso para actuar como fuerza de presión en el PRD, sino para contribuir a elevar el carácter organizado del nuevo partido, para colaborar mejor al buen funcionamiento de su estructura y a la coherencia de su política. La disgregación y los enfrentamientos son lastres que no tenemos derecho a llevar al proyecto de partido más importante en la historia de la democracia mexicana”.³⁶⁰

A pesar de que se justificaba la entrada en un partido no socialista a la luz de la historia reciente de América Latina y de la visión del socialismo como “movimiento político real”, aparecían consideraciones de oportunidad que apuntaban hacia otra interpretación de la eutanasia del PMS:

“los trabajadores socialista están obligados a no separarse del resto, justamente cuando este resto está en movimiento”.³⁶¹

Es innegable, aunque no fue reconocido de esta forma, que la disolución era una admisión implícita a la idea de que la lucha socialista pasaba a segundo

³⁵⁹ “Informe del CN al II Congreso Nacional del PMS”, cit. p. 8.

³⁶⁰ Ibid., p. 8.

³⁶¹ Ibid., p. 8.

plano, que un partido socialista no tenía justificación ni razón de ser en el México de 1989. De hecho la entrada en el PRD parecía ser una salida a la crisis del PMS como de la izquierda socialista en general más que una decisión política asumida desde una posición de fuerza.

En el balance de la experiencia del PMS, la autocrítica se manifestaba sin eufemismos, subrayando límites y errores: el PMS había sido un partido contradictorio y un esfuerzo inacabado.³⁶² En el mismo informe al Congreso de disolución, se reconocía sin dificultad el proceso de disgregación interna que se había desatado desde el nacimiento del PRD:

“...tomada la decisión de proponer al partido la construcción del PRD; la dirección del partido entró en un serio deterioro y la unidad sufrió retrocesos, apareció la desconfianza; los partidos que le dieron vida al PMS; con ciertas modalidades, volvieron a reunirse por separado, y afloraron interpretaciones diversas y aún opuestas sobre el camino recorrido. La dirección está más separada del conjunto del partido. La desorganización y la inoperancia de los órganos

³⁶² “El año transcurrido fue insuficiente para lograr la cohesión del partido, tanto porque no es fácil ni rápido unir vertientes políticas y concepciones forjadas a lo largo de muchos años, como por las dificultades internas para adoptar decisiones fundamentales, cuando el PMS empezaba a vivir, lo cual nos impidió captar entonces lo que a la postre se expresó como un cambio histórico en el país. Hacia afuera existe una imagen de dispersión y tensiones internas que nos impiden jugar el papel que podríamos jugar. Hacia adentro crece la preocupación por el lugar futuro de muchos valiosos cuadros con los que cuenta el PMS, pero sobre todo por la incertidumbre acerca de nuestra capacidad para superar los errores que experimentamos en este corto proceso unitario, así como por la ausencia de precisiones, que reclaman muchos compañeros, sobre como el ideal socialista encuentra su continuidad histórica en el PRD”. “Informe del CN al II Congreso Nacional del PMS”, cit., p. 9.

dirigentes se acentuaron ante el hecho de que un número reducido de dirigentes tomó por su cuenta decisiones principales”.³⁶³

Al mismo tiempo, no sin cierto nivel de contradicción, se vanagloriaba la presencia destacada y el papel fundamental del PMS en el PRD desde sus inicios, por medio de sus principales dirigentes.

Para la dirigencia socialista, si bien el PRD era el instrumento para afianzar la “nueva correlación de fuerzas”, el desafío era que su organización combinara “las formas específicas de un partido y las de un movimiento”, reflejando y respetando la pluralidad adentro y afuera del PRD.³⁶⁴ Sin embargo, aunque el PRD y la lucha electoral eran el horizonte político -“el espacio de confrontación por el poder”- en donde el PMS podía reflejarse, al mismo tiempo se aclaraba que:

“una mayoría que no se logra sólo en los terrenos electorales. Crear una mayoría democrática es asunto ante todo político, ideológico, cultural, trasciende la formación del nuevo partido, se trata de la continuidad política y orgánica del movimiento que ya empezó la transición del país a la democracia”.³⁶⁵

³⁶³ Ibid., p. 9.

³⁶⁴ Según los principios de horizontalidad, democracia y dirección colectiva, p. 7.

³⁶⁵ Ibid., p. 9.

Finalmente el PMS proponía cuatro puntos fundamentales para la construcción del PRD: su carácter revolucionario, que en la actualidad se expresaba en la necesidad de una revolución democrática que eliminara el régimen autoritario priísta y que permitiera una futura reestructuración económica y social; su vocación de poder; la independencia del partido y de las formas de organización popular; la democracia interna, en términos de libre debate, derechos de minorías y presencia de corrientes organizadas.

A nivel coyuntural, el PMS consideraba que la tarea principal era consolidar las posiciones alcanzadas para evitar que el régimen pudiera recomponer su estructura de poder, y al mismo tiempo evitar el estallido de la violencia que, por el lado del movimiento o desde el lado gubernamental, hubiera impedido la transición a la democracia, la cual tenía que asumir cauces *pacíficos mediante reformas electorales e institucionales*. Según el PMS, la aparente consolidación de las relaciones de fuerzas no debía frenar los esfuerzos de las fuerzas democráticas por impulsar nuevas convergencias, disputar las organizaciones sociales al aparato estatal, fomentar nuevos desprendimientos del partido oficial y acompañar las luchas populares a todo nivel.³⁶⁶

Con el acto formal del Congreso terminaba la corta vida del PMS y sus integrantes iban a engrosar las filas del “partido del 6 de julio”.

³⁶⁶ “Informe del CN al II Congreso Nacional del PMS”, cit., p. 9.

Afluentes

Varias organizaciones menores de la izquierda socialista contestaron afirmativamente a la invitación de Cárdenas y se sumaron al PRD. Además del MAS, la ACNR, la ORPC entraron en el nuevo partido un gran número de militantes y de dirigentes de la OIR-LM y una serie de simpatizantes socialistas sin afiliación partidaria.

El MAS era el último nacido de la numerosa familia de la izquierda socialista y, por distintas razones, gozaba de simpatía en varios círculos, empezando por el más cercano a Cuauhtémoc Cárdenas. Eso se debía principalmente a los acontecimientos de la campaña electoral, en la cual el MAS conquistó cierta visibilidad, desde la escisión del PRT hasta el acto en Ciudad Universitaria. Por otra parte el MAS era la organización en la que con mayor claridad se había intentado definir y teorizar la presencia de los socialistas en el movimiento ciudadano al lado de Cárdenas. Finalmente, la forma laxa de su organización respondía perfectamente a la fluidez que se vivía después de la propuesta del 14 de septiembre de formar el PRD. El reflejo de esto hacía del MAS, a nivel organizativo, un proyecto precario, nacido al calor de la coyuntura, simple punto de encuentro de corrientes y pensamientos distintos, principalmente de intelectuales, estudiantes y

militantes de muy vieja o de muy reciente trayectoria. La heterogeneidad ideológica y la fragilidad organizacional del MAS fueron su cruz y su delicia.

En su primer balance postelectoral, el MAS mencionaba orgullosamente su contribución para que parte de la izquierda se sumara y participara en la lucha democrática contra el régimen y festejaba tres victorias obtenidas el 6 de julio: la salida de la posición defensiva, el cambio en la correlación de fuerzas y el nacimiento de un amplio movimiento democratizador. En el MAS se sostenía que la tarea fundamental de organizar el movimiento debía arrancar de cinco conclusiones básicas que se desprendían de la experiencia reciente: la existencia de nuevas y vivaces formas de organización democrática con iniciativas locales y sectoriales que surgían desde abajo; la convergencia alrededor de unos marcos programáticos comunes; el rechazo a los métodos priistas de discusión y de toma de decisiones; y la construcción en la práctica de una línea política y de una dirección.³⁶⁷

En el primer Congreso del MAS, que se llevó a cabo entre el 30 septiembre y el 2 de octubre de 1988, los ejes del debate fueron la entrada en el PRD, la disolución de la organización y el perfil del nuevo partido.

Para sustentar la calidad del aporte del MAS al PRD, se reiteraban los lineamientos fundacionales que señalaban que el MAS era un movimiento de

³⁶⁷ “Declaración del MAS: México votó por la democracia, la justicia, la legalidad y por Cuauhtémoc Cárdenas” en La Bola, núm. 2, julio de 1988, p. 3.

“influencia” de masas, en la medida en que las masas no estaban físicamente en el MAS pero se tenía influencia sobre ellas. Se señalaba la contribución del MAS al movimiento popular en la medida en que ofreció un punto de convergencia y llenó un vacío, aglutinando grupos, organizaciones y ciudadanos quienes, desde una perspectiva socialista y marxista, rechazaban las estructuras anquilosadas de los partidos existentes y pensaban sumarse a una lucha concreta, liberándose de mitos y dogmas, buscando otra terminología, otro discurso, otro acento, otra conducta.³⁶⁸

Al mismo tiempo, en este Congreso se manifestaron abiertamente los puntos de discrepancia de los que no aceptaban la disolución inmediata del MAS -rechazando la unidad orgánica entre proyectos distintos pero aceptando la continuidad de la alianza que se había expresado el 6 de julio- y la entrada colectiva en el PRD -aún cuando planteaban que los miembros podían afiliarse individualmente a este partido, manteniendo una doble militancia. Frente a estas divergencias se creó una comisión para redactar una moción unitaria, en la cual se resolvió finalmente aceptar la invitación de Cárdenas poniendo algunas condiciones de principio.³⁶⁹

³⁶⁸ Ver Fernanda Navarro, “Lineamientos Políticos”, Cesar Pellicer, “Formas de Organización”, I Congreso Nacional del MAS, mimeos.

³⁶⁹ La Comisión de mediación fue integrada por Gilly, Enrique González Rojo y Margarita Hofner. La dirección elegida por el Congreso incluía a 15 miembros: Adolfo Gilly, Ricardo Pascoe, Telésforo Nava, Rosario Ortiz, Pedro Peñaloza, Rocío Oscos, Carlos Imaz, Montserrat Gisfert, Max Mejía, Fernanda Navarro, Alex Didriksson, Diego Prieto y Enrique Laviada.

Adolfo Gilly, principal dirigente del MAS, fue probablemente el intelectual que más insistió en la lectura del movimiento de 1988 como un “movimiento político nacional con profundas raíces en la historia del país y en su ideología”, producto de la convergencia en la oposición de trabajadores asalariados, campesinos y pequeña burguesía urbana e intelectual, como un “nuevo cardenismo”, lo que lo llevó en los años que siguieron, en su labor de historiador, a recuperar sistemáticamente la herencia política de Lázaro Cárdenas. Por otra parte, Gilly sostenía, en sus artículos en el cotidiano *La Jornada*, la idea de una “modernidad desde abajo” que se había conquistado en las plazas y los mítines, subrayando el carácter de ruptura del movimiento y con éste el nacimiento de una nueva izquierda que rebasaba a las organizaciones y las direcciones existentes.³⁷⁰ Para él, el movimiento era el fundamento que determinaba la “radicalidad de los hechos del 6 de julio y el nuevo cardenismo”. Un movimiento político que iba a dar “cobertura política a los movimientos sociales”, y que iba a sustentar la construcción de un nuevo partido, un partido de masas:

“que no pierda las características del movimiento, que no trate de usarlo, que no sea un aparato electoral, sino una instancia para la independencia, la coordinación y politización de las luchas sociales.”

³⁷⁰ Adolfo Gilly, “Nuestra entrada en la modernidad” en *La Jornada*, 18 de julio de 1988, ver también Arturo Anguiano, “Victoria del Pueblo y de Cuauhtémoc” en *La Bala*, núm. 2, julio de 1988.

Si bien Gilly compartía el entusiasmo y el “movimientismo” verbal de la mayoría de los dirigentes de izquierda socialista, así como la idea que la tarea fundamental era la de organizar tal movimiento, al mismo tiempo advertía:

“Pero es preciso también comprender que partido y movimiento no son la misma cosa y que no todo lo que es movimiento cardenista será PRD”.

En términos generales, Gilly se orientaba a que el PRD se definiera por un programa simple ordenado alrededor de algunas ideas básicas y no por un verdadero proyecto de gobierno que se tenía que definir más adelante. Por otro lado, el escritor de origen argentino, sin renegar su filiación socialista, consideraba que:

“el socialismo una palabra de delimitación, de confrontación o de deslinde. En el mundo contemporáneo tanta gente, tan diversa y muchas veces antagónica se dice socialista e infinidad de cosas se hacen en nombre del socialismo. Para nosotros las ideas socialistas no tratan sólo de un programa o un proyecto de porvenir. Se refieren sobre todo a la comprensión del presente desde el punto de vista del trabajo manual e intelectual, de los trabajadores y de los pobres...”³⁷¹

³⁷¹ Adolfo Gilly, “Un partido del movimiento” en *En movimiento*, núm. 1, s.f., pp. 2-6.

El acercamiento entre los grupos menores de la izquierda socialista fue sensible desde un primer momento, en particular entre la ORPC y el MAS, hasta el punto que ya a finales de julio, el periódico *Corre la Voz*, boletín creado por Álvarez Garín, dirigente de PC, entró a *La Bola*, periódico del MAS.³⁷²

La ORPC, que desde un principio se había sumado a la candidatura de Cárdenas, aceptó con entusiasmo la propuesta del ingeniero michoacano y se sumó al PRD. Su principal dirigente, Raúl Álvarez Garín, entró en el restringido grupo que se encargó de llevar adelante la construcción del nuevo partido. El ex dirigente estudiantil del 1968 destacaba, en el movimiento que llevaba al PRD, el papel crucial de los partidos sin registro así como la efervescencia y la politización de las organizaciones sociales. Además de reconocer el significado del PRD como un avance en la organización y la cohesión de las fuerzas democráticas, los “críticos” insistían en que el nuevo partido tenía que estructurarse a partir de la relación entre trabajo político y conflictos sociales y de las alianzas con las organizaciones populares, por lo que se insistía en un arraigo del PRD también a nivel “sectorial”.³⁷³ Lo central, para Álvarez Garín, era entonces mantener y potenciar el vínculo entre la lucha política y la lucha social que se había formado el 6 de julio, con la politización de los movimientos sociales que esto implicaba. Por lo demás, la

³⁷² “Corre la voz, órgano electoral de la ORPC, entra a La Bola” en *La Bola* núm. 4, 26 de julio de 1988.

³⁷³ “Para transformar la realidad: PRD” en *Punto Crítico*, núm. 162, mayo de 1989, pp. 15-16.

contribución al PRD de los miembros de la ORPC fue la de un grupo organizado y cohesionado, integrado por cuadros preparados y entusiastas, que ya desde la campaña habían podido crear un ambiente de “camaradería y trabajo colectivo” con otros grupos presentes en el PRD.³⁷⁴

Por otra parte, en la ACNR, en su II Congreso, llevado a cabo entre el 30 de marzo y el 2 de abril de 1989, se aprobó por unanimidad su disolución e integración al PRD. Los “cívicos” -según Mario Saucedo, su representante en el secretariado del PRD- aportaban al nuevo partido 1500 militantes, vinculados a la CNPA, la CUD, el Consejo General de Colonia Populares de Acapulco, la Asamblea de Barrios, la Federación de Estudiantes de Guerrero, la Coordinación Estudiantil Politécnica y otras. En su entrada en el PRD, la ACNR consideraba indispensable mantener una unidad ideológica entre sus militantes y defender la vigencia del proyecto “cívico”, centrado en la ideas de soberanía nacional y de justicia social, expresadas -según la fórmula ritual- por las luchas históricas del pueblo mexicano. Esta postura dejaba entrever la intención de formar una corriente, hecho que puntualmente ocurrió.³⁷⁵

La convergencia alrededor del PRD borraba las viejas fronteras de la izquierda socialista mexicana. Muchos miembros de la OIR, algunos de los cuales ya habían participado en el MAS, no dudaron en incorporarse al PRD.

³⁷⁴ Mario Loya y Antonio Cadena, “Entrevista con Álvarez Garín: La fuerza de los hechos obligó a construir el PRD” en La Unidad, núm. 72, 30 de enero de 1989, p. 7.

³⁷⁵ Ver Mario Saucedo, Entrevista de Gabriel Santos y Antonio Cadena B., “El movimiento cardenista requiere abrir un frente que supere los límites del PRD” en La Unidad, núm. 81, 9 de abril de 1989, p. 7

Así que la OIR-LM desapareció sin ningún acto formal, sobre la base de la salida de buena parte de sus dirigentes y militantes hacia el PRD. Rastrear los caminos que recorrieron los grupos salidos de la OIR-LM implica revisar los “abajo firmantes” de los documentos y las iniciativas políticas que se multiplicaron antes y después del 6 de julio. Así que las posturas eran tantas cuantos eran los militantes o los grupos de origen maoísta que estaban participando en la construcción del PRD. En general, la lógica de su acercamiento no difería de la expresada por otras organizaciones y otros dirigentes de la vieja izquierda revolucionaria, enfatizando la relación entre partido y organizaciones sociales y el carácter de partido-movimiento del PRD. Así, por ejemplo, Saúl Escobar, reproducía las palabras de orden de la lucha contra el corporativismo, la autoorganización y la autogestión sociales y enfatizaba la idea de democracia radical, contenida en los documentos básicos del PRD, llevándola a ser el sustento de la vigencia de un proyecto de “sociedad de trabajadores”. Por otro lado, el ex maoísta resaltaba el carácter de partido-frente del PRD, en donde se encontraban distintas ideologías y corrientes, lo que dificultaría la formulación de una “línea” única, impuesta a los militantes que se mantuvieran en las organizaciones sociales, de las cuales había que respetar la autonomía, limitándose a apoyarlas y coordinarlas.³⁷⁶

³⁷⁶ Saúl Escobar, “Partido y organizaciones sociales: la fórmula mágica” en *En Movimiento*, núm. 1, s.f., pp. 16-19.

Conclusiones

Después de las elecciones y del fraude que negó el triunfo electoral a Cárdenas e impuso a Carlos Salinas de Gortari en la presidencia, el debate al interior de la izquierda socialista dio un paso más, llegando a plantear la desaparición de una serie de organizaciones y la confluencia en una nueva agrupación política que no se definía socialista.

El resultado de esta etapa de la crisis de la izquierda socialista mexicana fue el pasaje del apoyo electoral a Cárdenas y la alianza política con la CD a la reubicación de varias corrientes socialistas al interior de un nuevo partido: el PRD. Desde el punto de vista de la organización se aceptaba la entrada en un partido que no se definía socialista, se renunciaba a las tradiciones partidarias previas sin siquiera conformar una corriente que mantuviera la denominación y la perspectiva socialista. Así el proyecto político y la ideología socialista se subordinaban o se diluían en la revolución democrática, nacionalista y popular propuesta en los documentos básicos del PRD. El “adiós al socialismo” no fue explícito sino que, desde varios lados, se argumentó su permanencia y fortalecimiento al interior de un proyecto más amplio y viable en el corto periodo. De hecho, las definiciones programáticas del PRD correspondían, en gran medida, a los planteamientos de muchas organizaciones sobre la etapa de “transición al socialismo”, en particular en el

caso del PMS.³⁷⁷ La diferencia sustancial residía entonces en la desaparición del proyecto de largo alcance, del objetivo de una nueva sociedad, del “sol del porvenir” que representaba la brújula, el horizonte de visibilidad y la utopía posible que definía al proyecto socialista más allá de los programas inmediatos. En términos ideológicos se iba incluso más allá que la socialdemocracia europea, la cual si bien actuaba bajo una lógica estrictamente pragmática, mantenía en el discurso y los documentos partidarios inequívocas referencias a la tradición socialista, aunque los planteamientos presentes en los documentos básicos del PRD sean potencialmente más radicales, en muchos aspectos, de los de varios partidos socialdemócratas europeos.

¿Podía hacer otra cosa la izquierda socialista mexicana? La otra hipótesis que se manejó al interior de varias organizaciones, en el PMS por algunas corrientes, en el MAS y, por supuesto, en lo que quedaba del PRT, fue la de constituir un polo socialista a partir del cual definir la relación con la CD y el FDN. Se podría especular sobre el alcance de esta alternativa, lo que llevaría a una historia contrafactual insostenible. Lo que vale la pena analizar es que, además de minoritaria, esta posición no consideraba un hecho fundamental. La dinámica del movimiento había llevado a los varios grupos socialistas a acercarse en tiempos distintos a Cárdenas y sus colaboradores más cercanos lo que había producido relaciones más estrechas para algunos

³⁷⁷ Confróntese Los Documentos fundamentales del PMS con los Documentos Básicos del PRD, folleto, 1988.

grupos que para otros, en particular los de la ORPC y el MAS. Además, estos mismos grupos que habían conquistado el espacio y la influencia que nunca habían tenido, tendían a descartar constituir un polo o un partido socialista por temor a que el mayor peso organizativo del PMS iba a restarle la visibilidad y la incidencia que le daba la cercanía con Cárdenas. Evidentemente podía argumentarse que si algunos grupos de origen socialista iban a participar en el PRD, otros podían legítimamente constituir un polo socialista alternativo o mantener el PMS. El hecho, más allá de estas especulaciones, es que no había alternativa porque la crisis interna de todas las organizaciones de la izquierda socialista era indiscutible. No solamente había sido sorprendida, superada y se había desgarrado frente al movimiento cardenista, sino que en medio de la campaña electoral había terminado su descomposición y empezado a rearticularse alrededor de grupos o corrientes, rearticulación que la mayoría consideraba más oportuno y viable hacer al lado de Cárdenas y al interior de su partido.

La experiencia de la movilización popular en la campaña electoral y – posteriormente- en la defensa del voto fue el elemento decisivo: no había duda de por donde se movían las masas. El movimiento había impuesto las formas y las palabras, tenía una dirección reconocida, en la que participaban varios socialistas e iba a tener un partido de referencia. La comparación entre la crisis

del PMS y la popularidad creciente de las fuerzas cardenistas no dejaba margen de maniobra.

Por otro lado, la apuesta política iba en la dirección de un fortalecimiento en términos de disputa real del poder, desde la conquista futura del gobierno hasta la influencia desde la oposición, y en términos de arraigo social, a partir de un movimiento que había despertado y politizado a amplios sectores de la población. En cuanto al proyecto político se daban lecturas distintas. Unos resaltaban la convergencia programática plasmada en los documentos básicos del PRD y reconocían que el socialismo no era una alternativa para el presente o, incluso, para el futuro y que los socialistas –a partir de sus experiencias y su visión del mundo- contribuían a la formulación de una fuerza política y un proyecto que definía una nueva izquierda, lo que pedían las circunstancias, tanto en el ámbito nacional como internacional. Otros, finalmente, valoraban el radicalismo democrático presente en los documentos fundacionales del nuevo partido y pensaban que existían márgenes para mantener vivo o fortalecer el pensamiento y el horizonte socialista al interior de un partido-movimiento que iba a definirse paulatinamente.

Así que las corrientes más diversas de la izquierda socialista entraron en el PRD, participando en la construcción del mayor partido de oposición de izquierda de la historia de México. La relevancia de esta coyuntura para la

historia de la izquierda socialista mexicana, además de ser reconocida por los protagonistas, merece ser enfatizada, sobre todo ante la ausencia de estudios al respecto, a más de diez años de distancia. A lo largo de un proceso de apenas diecinueve meses -desde la ruptura de la CD con el PRI en noviembre del 1987 y el nacimiento del PRD en mayo del 1989- la izquierda socialista se había transformado profundamente. Algunos dirán, a la luz de los acontecimientos posteriores, que desapareció como tal, en la medida que el horizonte socialista quedó marginado a algunas organizaciones de mínima trascendencia en la vida política mexicana, la cual, por lo demás, había adquirido un nuevo protagonista en el centro-izquierda: el PRD, un partido que reivindicaba los ideales de la Revolución Mexicana -tratando de integrar a los sectores progresistas del país- y planteaba una indefinida revolución democrática que podía atraer tanto a socialistas como a nacionalistas y liberales de izquierda.

Los años 1988 y 1989 presenciaron lo que podemos considerar el último debate socialista de la historia de México. En adelante, la discusión tendrá otro curso, otros temas y otras perspectivas. El proceso de definición del perfil de la izquierda mexicana apenas empezó con la formación del PRD, aún cuando el debate posterior no haya tenido la consistencia y la transparencia que tuvo al principio, cuando el movimiento obligó a las distintas posturas a expresarse claramente, a la luz de los acontecimientos y de

la necesidad de actuar en ellos. Será la historia de la construcción del PRD en los años sucesivos la que dará cuenta de la definición o la indefinición de la nueva izquierda mexicana y de la presencia y la influencia de los socialistas y de sus ideales. Si bien la flor socialista aparentemente acabó marchita en el PRD, pudo haber sembrado una semilla...

Apertura

LA EXPERIENCIA MEXICANA EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO

Es posible y útil sacar de la experiencia de la izquierda socialista mexicana entre 1987 y 1989 algunas escuetas reflexiones de carácter general que permitan esbozar unas líneas de investigación en dirección del necesario análisis comparativo de la crisis de la izquierda socialista latinoamericana entre finales de los años 80 y principios de los 90.

En estos años, antes de la caída del muro de Berlín y de la disolución de la Unión Soviética, todo el movimiento socialista internacional sufría una etapa de retirada. Los socialismos realmente existentes entraron en una época de crisis terminal. El fracaso del modelo soviético estaba desde hace tiempo bajo los ojos de todos, a pesar de que algunos grupos se aferraban al mito o a una hipótesis de reforma inspirada en la *perestroika*.³⁷⁸ Afuera del bloque, después de la muerte de Tito, la Federación Yugoslava iniciaba su descomposición étnica y la solitaria Albania de Enver Hodja entraba en una deriva económica irreversible.³⁷⁹ Lo mismo ocurría en el caso de los socialismos asiáticos después de la desmaoización, con una progresiva caída

³⁷⁸ Eric J. Hobsbawm, *Il secolo breve*, Rizzoli, 1994, pp. 537-579.

³⁷⁹ Ver Bogdan Denitch, *op. cit.*, pp. 54-86.

en el pragmatismo, el nacionalismo y la dictadura de partido único en contextos socio-económicos involutivos.³⁸⁰ Los socialismos africanos y árabes, productos de las sucesivas oleadas de descolonización, cuando no se sumieron en guerras civiles prologadas, asumieron expresiones nacionalistas y dictatoriales, remitiendo a referentes religiosos o étnicos que poco tenían que ver con la liberación nacional que los había inspirado. Cuba sufría el embargo, el acoso norteamericano y la disminución de la ayuda soviética y proseguía en el proceso de aislamiento inaugurado con el fracaso de la revolución latinoamericana.

En Europa, donde la gran mayoría del movimiento socialista se había mantenido en el marco democrático del segundo posguerra, los años setenta - más allá del crecimiento de las luchas sociales- fueron los años en donde se gestaron las bases de una profunda derrota histórica de esta corriente política.³⁸¹ Después de décadas de oposición, los proyectos de gobierno impulsados o apoyados por fuerzas socialistas y social-demócratas en Francia, Italia, España, Portugal y Grecia se estrellaron contra la dura realidad de las nuevas reglas del capitalismo mundial que disolvieron sus programas de

³⁸⁰ Ver, por ejemplo, Roland Lew, "En Chine démaoïsation et réforme" en Michel Dreyfus et al., op. cit., pp. 313-323.

³⁸¹ Años que coinciden con el fin de la "edad de oro del capitalismo", según la definición de Eric J. Hobsbawm (*Il secolo breve*, Rizzoli, Milano, 1994), lo cual llevaría a relacionar el auge del modelo del capitalismo de la segunda posguerra con la neutralización de los movimientos revolucionarios. En este aspecto, la obra del historiador británico es insuficiente.

reformas estructurales.³⁸² En Alemania y Gran Bretaña la derecha regresó al gobierno mientras que en los países escandinavos el Estado de Bienestar socialdemócrata mostraba grietas entre las cuales se vislumbraba un retorno de los conservadores. Particularmente indicativa del clima de la época fue la experiencia del primer gobierno de Mitterrand en Francia, el cual había triunfado en las elecciones de 1981 sobre la base de un proyecto político ambicioso y de una alianza con el Partido Comunista, para rendirse inmediatamente a las nuevas tendencias del capitalismo de fin de siglo.³⁸³ Por último, en los países donde habían mantenido cierto peso político, los partidos comunistas entraron en una etapa de descenso electoral que expresaba la pérdida de esperanzas de una parte de la población en la posibilidad de una transformación en sentido socialista.³⁸⁴ La retirada de la izquierda socialista europea se percibía además en el desplazamiento de la centralidad obrera, del mundo del trabajo y de la producción por nuevas líneas de conflicto social las cuales fortalecieron las demandas avanzadas por los llamados nuevos movimientos sociales. En estos años, crecieron sensiblemente las organizaciones ecologistas las cuales, en distintos países, llegaron a competir como alternativa política a la izquierda tradicional.³⁸⁵

³⁸² Ver, en particular, Donald Sassoon, op.cit., pp. 513-746.

³⁸³ Ver Serge Halimi, *Quand la gauche essayait*, Arléa, París, 2000, pp. 479-626.

³⁸⁴ Ver Agosti, *Bandiere rosse*, cit., pp. 302-313.

³⁸⁵ Ver, entre otros, Paramio, op. cit., pp. 218-240; Denitch, op. cit., pp. 192-219.

En América Latina la derrota histórica en los años 70 se expresó en forma más brutal, afuera de los marcos institucionales, mediante la represión de los movimientos sociales y la guerra de baja intensidad contra las guerrillas a lo largo de toda la región. Los años ochenta fueron los años de la normalización conservadora, frente a una izquierda reducida a su mínima expresión, sea por la cooptación en los pactos que abrieron transiciones a la democracia, sea por la represión. Si bien es necesario diferenciar las modalidades, caso por caso, país por país, en que se presentaba este escenario, podemos aceptarlo como punto de partida para avanzar en nuestra apertura comparativa de la experiencia mexicana.

En primer lugar porque, como ya hemos señalado, la izquierda socialista mexicana no se encontraba, antes de la coyuntura que hemos tratado, en una situación sensiblemente distinta a la de otros países latinoamericanos. Antes de la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la Unión Soviética, la izquierda socialista latinoamericana ya había sufrido una evidente derrota política y se debatía entre la continuidad de sus estructuras partidarias y sus referentes ideológicos y la búsqueda de salidas que la levantarán como opción real de poder.

El reconocimiento de una derrota histórica se encuentra en varios documentos partidarios así como en las opiniones de protagonistas y observadores. Generalmente se ubican las causas en por lo menos tres

vertientes: los tropiezos propios de la izquierda, el embate de las dictaduras militares y, como momento culminante, la difusión y el arraigo del neoliberalismo en América Latina.

Sin pretender analizar a profundidad estas tres coordenadas básicas, es necesario subrayar cómo en el análisis histórico, necesariamente, aparecen articuladas en un *continuum*. Tratando de sintetizar, podemos individuar una secuencia general al interior de la cual se situarían los casos particulares. La izquierda socialista, a pesar de su avanzada desde los años 60, como parte de un movimiento mundial hacia el socialismo, expresado en el sur por los movimientos de liberación nacional, no pudo adquirir la consistencia y la unidad que ella misma ponía como condición para la conquista del poder y la consiguiente transformación de la sociedad. Los socialistas se dividieron, se enfrentaron entre sí, se pelearon por la interpretación de la realidad, la visión de la sociedad futura, el papel de la vanguardia y las formas de lucha. A pesar del creciente protagonismo de las masas y de algunas excepciones notables, los socialistas no pudieron ir más allá de un arraigo limitado, en restringidos núcleos o influenciando eventuales movimientos populares. Estos límites se hicieron evidentes en el momento de enfrentar a los militares, quienes asumieron la conducción, por parte de la burguesía, de la lucha de clases que sacudía a la región. Si bien la modalidad de la dictadura militar fue característica de los países del cono sur, es indudable que el conjunto de los

países latinoamericanos asistieron a una militarización de las relaciones políticas y a una politización de las fuerzas armadas, las cuales –con intensidad variable- vieron crecer su influencia en la toma de decisiones al interior de los Estados de la región.

Ciertamente, la represión sistemática, el uso descarado de la violencia y el terror fueron elementos decisivos para que el movimiento socialista latinoamericano detuviera su avance irregular, contradictorio, fragmentado, pero constante. Más aún, allá donde se conocieron las dictaduras más feroces – Argentina-Brasil-Guatemala-Chile-Uruguay, se llevó a cabo un proyecto estratégico el cual no se limitaba a la coyuntura si no que se planteaba socavar las bases históricas del movimiento socialista y democrático en estos países: una generación de activistas y luchadores sociales fue asesinada, desaparecida, “quebrada”. En estos países la izquierda posterior, aún cuando se definiera socialista, no podía ser la misma. Sociedades enteras fueron sometidas a un verdadero chantaje moral: los militares quisieron demostrar que la revolución –o sea la tensión hacia una transformación profunda de las sociedades latinoamericanas en dirección de la justicia social- implicaba enormes costos humanos, sociales y económicos. Plantear la lucha de clases como guerra sin reglas, en respuesta a la violencia revolucionaria que acompañaba el movimiento de masas, sin distinguir las formas de luchas y el carácter de las organizaciones que las llevaban a cabo, fue un intento de “solución final”.

Si bien se puede discutir si el propósito fue logrado, cuando siguen existiendo una serie de organizaciones políticas y sociales, a lo largo y ancho de latinoamérica, que no han abandonado el proyecto revolucionario, hay que reconocer que la respuesta militar, en sus diversas intensidades, logró gran parte de su objetivo. La izquierda socialista latinoamericana de los años 80, en términos numéricos y de influencia, fue netamente inferior a la de las dos décadas anteriores.

El último factor mencionado es el neoliberalismo, sobre cuyos embates -habiéndose escrito mucho- no es necesario insistir. Sin embargo hay que mencionar la necesidad de investigaciones que analicen sistemáticamente el impacto de las transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales de los últimos veinte años sobre el movimiento socialista, sobre su visión del mundo su discurso, su lenguaje y sus formas de lucha.

Regresando a la relación entre el caso mexicano y el contexto latinoamericano, un esquemático recorrido permite ubicar las diferencias necesarias entre las izquierdas latinoamericanas sin que esto ponga en discusión la tesis de la crisis generalizada. El final de los años 80 y el principio de los 90 fue indudablemente, para las principales organizaciones de la izquierda latinoamericana, una época de crisis y de transición.

En Centroamérica, la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)

mantenían viva la opción de las armas con resultados alternos y solamente en El Salvador se conservaba una débil esperanza de un triunfo militar, mientras que en ambos países la represión arrasaba con las organizaciones populares y las bases de apoyo de las guerrillas. Los primeros años 90 marcarán el pasaje, mediante acuerdos de pacificación, a la participación electoral de estas dos organizaciones armadas, las cuales tuvieron que -con evidentes dificultades- convertirse en frentes políticos.³⁸⁶ En Nicaragua, seguía la intervención norteamericana y de la *contra*, mientras que el régimen sandinista empezaba a mostrar evidentes fisuras, lo que llevará a la inesperada derrota electoral en 1990, a partir de la cual el FSLN pasó a jugar el papel de la oposición democrática.³⁸⁷

En el Cono Sur, después que las dictaduras hicieron el trabajo sucio de aniquilamiento de la oposición revolucionaria, las llamadas “transiciones a la democracia” institucionalizaron una izquierda socialista mucho más moderada que en el pasado. Particularmente en Chile, el Partido Socialista (PSCh) renovó su ideario y su programa, aceptó negociar los acuerdos que sancionaron el asentamiento de la democracia parlamentaria, que permitieron

³⁸⁶ Ver Adriana de la Garza, “De la Guerra a la política: el FMLN en El Salvador” en Carlos Figueroa Ibarra (comp.), América Latina: violencia y miseria en el crepúsculo del siglo, BUAP-ALAS, México, 1996, pp. 115-135; Carlos Figueroa Ibarra, “Guatemala: balance de treinta y cinco años de lucha armada” en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 5, enero-junio de 1996, pp. 163-181, Gonzalo Sichar Moreno, “Izquierda en Guatemala: del levantamiento a la pérdida de horizonte” en *Iniciativa Socialista*, núm. 60, primavera 2001.

³⁸⁷ Ver Juan José Monroy García, Tendencias ideológicas del Frente Sandinista de Liberación Nacional (1975-1990), UAEM, México, 1996; Nayar López Castellanos, La ruptura del Frente Sandinista, Plaza y Valdés, México, 1996.

la salida de Pinochet de la presidencia, manteniendo privilegios y cotos de poder a las Fuerzas Armadas. Frente al giro moderado del PSCh, el Partido Comunista Chileno (PCCh) no logró levantar una opción distinta después de los golpes de la represión y de la experiencia guerrillera del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).³⁸⁸ También en Argentina, donde la izquierda socialista -desde el surgimiento del peronismo- no había tenido un gran peso, todo lo que olía a revolución quedó al margen del nuevo régimen democrático, el cual se rearticuló alrededor de los partidos históricos: el radical y el peronista depurado del radicalismo montonero.³⁸⁹ Algo distinto fue el caso de Brasil donde, a partir de las huelgas del 1979, se desató un vasto movimiento social que dio vida al Partido de los Trabajadores (PT), una organización de franca orientación socialista que fue paulatinamente ocupando un lugar central en la vida política del país.³⁹⁰ En Uruguay, a pesar de los pactos de transición a la democracia de corte conservador, la reconstrucción del Frente Amplio (FA) mostraba cierta capacidad expansiva y se convertía paulatinamente en una fuerza de izquierda de alcance nacional.

En la región andina, donde la izquierda había tenido un peso importante en las décadas anteriores, la única fuerza importante era –después

³⁸⁸ Ver Luis Maira y Guido Vicario, Perspectivas de la izquierda latinoamericana, FCE, México, 1991, pp. 85-135.

³⁸⁹ Ver Atilio Borón, "Problemas estructurales y desafíos estratégicos de la izquierda: una mirada desde la Argentina" en Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo, FCE, México, 2001, pp. 285-209.

³⁹⁰ Sobre el nacimiento del PT ver la investigación de Martha Harnecker, PT: El sueño es posible, LOM, Santiago de Chile, 1995.

de la descomposición de Izquierda Unida (IU) en Perú- la guerrilla maoísta del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL), con sus rasgos mesiánicos, terroristas y extremistas.³⁹¹ En Bolivia, después que la dictadura de Hugo Bánzer barrió con los avances logrados a principios de los setenta, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) giró hacia la socialdemocracia y protagonizó, ya en los años ochenta, una experiencia de gobierno de orientación neoliberal.³⁹²

En Colombia, las aperturas relativas del gobierno de Belisario Betancourt habían permitido la incorporación de algunos grupos guerrilleros a la vida política, pero la represión militar y paramilitar demostraron rápidamente los límites de la democratización, así que la opción armada -que seguían encarnando las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL)- volvió a ser la única alternativa socialista frente al Estado oligárquico de liberales y conservadores.

En Venezuela, el desgaste del régimen político surgido Pacto de Punto Fijo -que desde 1957 sancionó la alternancia AD-COPEI- permitió que dos fuerzas de izquierda cabalgaran el malestar popular y adquirieran alguna influencia. Primero fue una escisión del Partido Comunista Venezolano

³⁹¹ Ver, entre muchos otros trabajos, Jorge Lora Cam, El EZLN y Sendero Luminoso, BUAP, México, 1999, pp. 47-238.

³⁹² Ver Erick Rolando Torrico V., "Bolivia: izquierdas en transición" en *Nueva Sociedad*, núm. 141, enero-febrero de 1996, pp. 155-165.

(PCV), el Movimiento al Socialismo (MAS), organización que suscitó adhesiones y simpatías por sus intentos de renovación del socialismo desde una perspectiva democrática.³⁹³ Después apareció La Causa Radical (LCR) que -a partir de las desilusiones suscitadas por el MAS, de una práctica y un discurso más radicales- logró conquistar espacios políticos y sociales importantes, en particular en algunos gobiernos locales.³⁹⁴

A partir de esta revisión panorámica y sumaria, es posible detectar, en la historia reciente de las izquierdas socialistas de la región, los orígenes de una profunda crisis histórica. Entre los años 80 y el principio de los 90, se cerró un ciclo ascendente empezado en los años 60 y las izquierdas latinoamericanas que sobrevivieron emprendieron diversos y nuevos caminos. Así como varían las intensidades en las crisis, varían las modalidades y los avances en términos de los intentos de reconfiguración. Posiblemente, en términos de alianzas, el caso de México pueda asemejar al de Uruguay donde se regresó a la fórmula del Frente Amplio, en el cual participaron distintas agrupaciones democráticas y de izquierda y se privilegió un perfil de centro-izquierda, manteniendo sin embargo el horizonte socialista. La experiencia más alejada, aún cuando surgió como en México de una oleada de

³⁹³ Ver Steve Ellner, *De la derrota guerrillera a la política innovadora*, Monte Ávila, Caracas, 1989, uno de los escasos estudios sistemáticos sobre la izquierda socialista latinoamericana contemporánea.

³⁹⁴ Ver Margarita López Maya, "Alcaldías de izquierda en Venezuela: gestiones locales de La Causa Radical (1989-1996)" en Beatriz Stolowicz, *Gobiernos de izquierda en América Latina*, Plaza y Valdés, México, 1999, pp. 81-110.

movilización, fue la del PT de Brasil, organización que no solamente renovó y reagrupó la izquierda brasileña dándole una proyección que no había tenido sino que asumió el reto de formular un proyecto abiertamente socialista.³⁹⁵

Sin embargo, más allá de esto, no es posible hacer del caso de México un parámetro o un paradigma para revisar las crisis históricas y los distintos procesos de transformación de la izquierda socialista latinoamericana. La experiencia mexicana representa una –entre varias– modalidad de recomposición al interior de una tipología todavía por establecer. Algunos elementos la caracterizan y podrían considerarse variables importantes al interior de un análisis comparativo de largo alcance. En primer lugar, la transformación de la izquierda socialista mexicana se gesta en estrecha relación con un movimiento político y social, lo que podría asemejarse a los movimientos huelguistas, democráticos y populares que empujaron la transición a la democracia en Brasil y Uruguay y crearon las condiciones para el nacimiento del PT y la rearticulación del Frente Amplio. No todo movimiento conduce a una transformación o reconfiguración de la izquierda pero las transformaciones más profundas y duraderas de la izquierda dependen de un movimiento político y social. En esta relación se encuentran una indispensable clave de lectura de la historia de esta corriente política, en América Latina como en otras partes del mundo. La izquierda es sensible y se

³⁹⁵ Sobre el intenso debate al interior del PT ver, por ejemplo, Nils Castro (comp.), La renovación de la izquierda latinoamericana, Nuestro Tiempo, México, 1992.

define a partir de su relación con los sectores populares y, por lo tanto, a cualquier movimiento que se suscite en ellos corresponde una respuesta por parte de las organizaciones que la conforman. Esta respuesta puede, es evidente y comprobado, ser simplemente la indiferencia o el rechazo, lo que – aunque sea en términos negativos- acaba por provocar un cambio: la izquierda política se aleja de los movimientos sociales y reduce su arraigo social. No se trata de juzgar estas actitudes que, por lo demás, responden a los criterios y objetivos de cada organización, sino de subrayar un campo de análisis.

El estudio de los partidos políticos, así como el de cualquier organización política y social, tiene que alimentarse de distintos enfoques. Además de analizar los elementos rutinarios y burocráticos, tienen que tomarse en cuenta las coyunturas críticas, las disfunciones y las transformaciones que ocurren en ellos. Más aún, la historia de los partidos políticos es la historia de la administración del poder (opositor o de gobierno) pero también, y esto es válido sobre todo para los partidos populares, de las crisis históricas de un país y de los movimientos políticos y sociales que se expresaron en ellas.

Un segundo elemento que se desprende de la experiencia mexicana es la confluencia de la mayoría de los socialistas al interior de una fuerza política más amplia. Aquí la conformación del PRD podría asemejarse a la del FA si no fuera que en este último como en el PT el socialismo representa el objetivo

explícito y los socialistas son mayoría indiscutible a su interior. Más bien, la alianza que sustenta al PRD se acerca a las que tomaron los partidos o coaliciones de centro-izquierda en muchos países europeos. Avanzando más en el tiempo hasta llegar a nuestros días la mayor similitud la encontramos en la construcción del Frente País Solidario (FREPASO) en Argentina, aunque es importante destacar que en esta alianza la participación de los socialistas fue menos relevante que en el caso del PRD.³⁹⁶ La convergencia del centro democrático y la izquierda socialista es un fenómeno generalizado y constituye una tendencia mundial que empieza en la década de los 80 y que no ha terminado hoy en día. La mexicana fue una experiencia precoz de una recomposición que ya se manifestaba antes de la caída del muro de Berlín.

La relación con los acontecimientos ocurridos en el bloque soviético tiene que ser matizada a la luz de la experiencia mexicana. Seguramente la caída del modelo soviético impactó a las izquierdas socialistas en todo el mundo y América Latina no es la excepción. Sin embargo, suele hacerse una asociación mecánica que mistifica esta relación.³⁹⁷ La izquierda socialista vivía, antes de 1989-1991, una crisis solamente en mínima parte asociada al

³⁹⁶ Ver Julio Godio, *La Alianza*, Grijalbo, Buenos Aires, 1998.

³⁹⁷ Carlos Vilas apunta en esta dirección solamente de pasada: "El colapso de la Unión Soviética tomó por sorpresa al conjunto de la izquierda –incluso a aquella que criticaba acremente a la URSS–, pero sería erróneo reducir las tensiones y desencuentros actuales a la desaparición del bloque soviético. Salvo en el caso cubano y en mucho menor medida en el del sandinismo, la gravitación del modelo soviético en América Latina fue reducida y en todo caso de carácter simbólico", "La izquierda latinoamericana. Búsquedas y desafíos" en *Nueva Sociedad*, núm. 157, septiembre-octubre de 1998.

descrédito y la crisis propias del bloque soviético. Indudablemente el posicionamiento frente a la URSS era variable al interior de las distintas corrientes, mientras algunas defendían la patria del socialismo, otras habían procedido a un paulatino distanciamiento crítico mientras otras más desde hace tiempo habían dejado de considerarla un punto de referencia. Ahora bien, la experiencia involutiva del “socialismo real” seguramente manchaba la imagen pública de un socialismo latinoamericano que se proclamaba democrático y libertario, pero sería excesivo atribuir los límites y las dificultades de las distintas organizaciones socialistas a esta asociación. Los elementos de la crisis de la izquierda latinoamericana –como lo demostramos para el caso mexicano- eran fundamentalmente de carácter nacional, políticos y sociales –aún cuando eran parte de una modificación de la correlación de fuerzas a escala mundial. Así que hay que matizar la tesis que sostiene la estrecha relación entre la caída del bloque soviético y la crisis de la izquierda socialista mexicana. Más bien, habría que plantear que, en la medida en que la crisis era de naturaleza interna, las distintas reconfiguraciones respondieron a las condiciones nacionales en las cuales se insertaban las distintas organizaciones. De hecho, allá donde la izquierda socialista renovada mantuvo un peso en la vida política y social, fue a raíz de coyunturas críticas, marcadas por importantes movilizaciones sociales. Lo que vuelve a plantearnos la necesidad de revisar a fondo los procesos históricos a través de los cuales la

izquierda latinoamericana adquirió las formas que la caracterizan en nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

I. Libros

Agosti, Aldo, Bandiere Rosse, un profilo storico dei socialismi europei, Editori Riuniti, Roma, 1999).

Storia del PCI, Laterza, Roma, 1999.

Aguilar Mora, Manuel, Huellas del porvenir 1968-1988, Juan Pablos, México, 1989. La crisis de la izquierda en México. Orígenes y desarrollo, Juan Pablos, México, 1978.

Alcocer, Jorge (compilador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988.

Alonso, Jorge y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, dos tomos.

Álvarez Garín, Raúl, La estela de Tlatelolco, Grijalbo, México, 1998.

Anderson, Perry, Tras las huellas del materialismo histórico, Siglo XXI, México, 1986.

Anguiano, Arturo, El socialismo en el umbral del siglo XXI, UAM-X, México, 1991.

Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México, 1997.

Baccetti, Carlo, Il PDS, Il Mulino, Bologna, 1997.

Bartra, Armando, Oficio Mexicano, Grijalbo, México, 1993.

Basañez, Miguel, El pulso de los sexenios. 20 años de crisis en México, Siglo XXI, México, 1991.

Bellucci P. y M. Maraffi, P. Segatti, PCI, PDS, DS. La trasformazione dell'identità politica della sinistra di governo, Donzelli, Roma, 2000.

Bertrand, Michéle et al., La reconstruction des identités communistes, L'Harmattan, Paris, 1997.

Blackburn, Robin, Después de la caída, Crítica, Barcelona, 1991.

Bobbio, Norberto, Destra e Sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica, Donzelli, Roma, 1994.

Cansino, César, La transición mexicana. 1977-2000, Centro de Estudios de Política Comparada, México, 2000.

Cárdenas, Cuauhtémoc, Nuestra lucha apenas comienza, Nuestro Tiempo, México, 1988.

Nace una esperanza, Nuestro Tiempo, México, 1990.

Carr, Barry, La izquierda mexicana a través del siglo XX, México, ERA, 1996.

Castañeda, Jorge, La utopía desarmada, Joaquín Mortíz, México, 1993.

Castro, Nils (comp.), La renovación de la izquierda latinoamericana, Nuestro Tiempo, México, 1992.

Chiarante, Giuseppe, Da Togliatti a D'Alema. La tradizione dei comunisti italiani e le origini del PDS; Laterza, Roma, 1996.

Cordera, Rolando y Carlos Tella, La disputa por la nación, Siglo XXI, México, 1983.

Cordera, Rolando et al. Clase obrera, nación y nacionalismo. Textos en homenaje a Rafael Galván, El Caballito, México, 1985.

Courtois, Stéphane, Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression, Robert Laffont, Paris, 1997.

Cueva, Agustín, La tradición marxista. Categorías de base y problemas actuales, Planeta, México, 1987.

Cuellar, Angélica, Movimientos sociales y neocardenismo, Aguirre y Beltrán, México, 1988.

Una rebelión dependiente. La tendencia democrática frente al Estado mexicano, Terranova, México, 1986.

La noche es de ustedes, el amanecer es de nosotros, UNAM, México, 1993.

Del Río, Eugenio, La izquierda. Trayectoria en Europa occidental, Talasa, Madrid, 1999.

Denitch, Bogdan, Más allá del rojo y del verde. ¿Tiene futuro el socialismo?, Siglo XXI, México, 1991.

Deustcher, Isaac, El maoísmo y la Revolución Cultural China, ERA, México, 1971.

Dreyfus, Michel y Bruno Groppo, Claudio Ingerflom, Roland Lew, Claude Pennetier, Bernard Pudal, Serge Wolikow (coords.), Le siècle des communismes, Les Editions de l'Atelier, París, 2000.

Dormagen, Jean-Yves, I comunisti. Dal PCI alla nascita di Rifondazione Comunista, Koinè, Roma, 1996.

Ellner, Steve, De la derrota guerrillera a la política innovadora, Monte Ávila, Caracas, 1989.

Flores, Marcello y Nicola Gallerano, Sul PCI. Un'interpretazione storica, Il Mulino, Bologna, 1992.

Furet, François, Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX siècle, Robert Laffont-Calmann-Levy, Paris, 1995.

Galli, Giorgio, Storia del PCI, Kaos, Milano, 1993.

Garrido, Luis Javier, La ruptura. La corriente democrática del PRI, México, Grijalbo, 1993.

El Partido de la Revolución Institucionalizada, Siglo XXI, México, 1982.

Giddens, Anthony, Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales, Cátedra, Madrid, 1994.

Gilly, Adolfo, La larga travesía, Nueva imagen, México, 1985.

Nuestra caída en la modernidad, Joan Boldó i Climent, México, 1988.

(coordinador), Cartas a Cuauthémoc Cárdenas, ERA, México, 1988.

Godio, Julio, La Alianza, Grijalbo, Buenos Aires, 1998.

González Casanova Pablo y Jorge Cadena Roa (coordinadores), Primer Informe sobre la democracia: México 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988.

Gramsci, Antonio, Cuadernos de la cárcel, ERA, México, 1981-1999.

Halimi, Serge, Quand la gauche essayait, Arléa, París, 2000.

Harnecker, Martha, PT: El sueño es posible, LOM, Santiago de Chile, 1995.

Hobsbawm, Eric J. (coord.), Historia del marxismo. El marxismo hoy, Bruguera, Madrid, 1980.

Il secolo breve, Rizzoli, Milano, 1994.

Ignazi, Piero, Dal PCI al PDS, Il Mulino, Bologna, 1992.

La reforma política y la izquierda. Encuestas y debates, Nuestro Tiempo, México, 1979.

López Castellanos, Nayar, La ruptura del Frente Sandinista, Plaza y Valdés, México, 1996.

Lora Cam, Jorge, El EZLN y Sendero Luminoso, BUAP, México, 1999.

Maira, Luis y Guido Vicario, Perspectivas de la izquierda latinoamericana, FCE, México, 1991.

Márquez Fuentes, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo, El Partido Comunista Mexicano, México, El Caballito, 1973.

Martínez Verdugo, Arnoldo, Historia del comunismo en México, Grijalbo, México, 1985.

Mendel, Gérard, La mouvance des communistes critiques. Enquête sur le désarroi militant. Une écoute sociopsychanalytique, L'Harmattan, París, 1997.

Meyer, Lorenzo y Héctor Aguilar Camín, A la sombra de la Revolución Mexicana, Cal y Arena, México, 1989.

Monroy García, Juan José, Tendencias ideológicas del Frente Sandinista de Liberación Nacional (1975-1990), UAEM, México, 1996.

Monsiváis, Carlos, Entrada libre. Crónica de la sociedad que se organiza, ERA, México, 1987.

Muro, Víctor Gabriel y Manuel Canto Chac (coords.), El estudio de los movimientos sociales. Teoría y método, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de México-Xochimilco, México, 1991.

Nuncio, Abraham (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987.

Paramio, Ludolfo, Tras el diluvio. La izquierda ante el final del siglo, Siglo XXI, México, 1988.

Portelli, Hugues, Le parti socialiste, Montchrétien, París, 1998.

Salvadori, Massimo L., L'utopia caduta. Storia del pensiero comunista da Lenin a Gorbaciov, Laterza, Roma, 1992.
La sinistra nella storia italiana, Laterza, Roma, 1999.

Ramírez Sáiz, Juan Manuel, El movimiento urbano popular en México, Siglo XXI, México, 1984.

Rodríguez Araujo, Octavio, La reforma política y los partidos en México, Siglo XXI, México, 1979.

Rousset, Antonio, La izquierda cercada. El partido comunista y el poder durante las coyunturas de 1955 a 1960, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez-Instituto Mora, México, 2000.

Sánchez Vásquez, Adolfo, De Marx al marxismo en América Latina, Itaca, México, 1999.

Santamaria, Yves, Histoire du Parti communiste français, La Découverte, París, 1999.

Santiago, Javier, PMT, la difícil historia 1971-1986, Posada, México, 1987.

Sassoon, Donald, Cent'anni di socialismo. La sinistra nell'Europa occidentale del XX secolo, Editori Riuniti, Roma, 1997.

Sawicki, Frédéric, Les réseaux du parti socialiste. Sociologie d'un milieu partisan, Belin, París, 1997.

Semo, Ilán et al., La transición interrumpida. México 1968-1988, Nueva Imagen, México, 1993.

Wallerstein, Immanuel (coord.), Abrir las ciencias sociales, Siglo XXI, México, 1996.

II. Ensayos y ponencias

Alvarez, Alejandro y Gabriel Mendoza, "México 1988: un capitalismo depredador en crisis" en *Cuadernos Políticos*, núm. 53, enero-abril de 1988, pp. 34-46.

Aguilar Mora, Manuel, "La democracia en México: ¿burguesa o socialista?" en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp. 141-150.

Barbosa, Fabio, "La izquierda radical en México" en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, México, abril-junio de 1984.

Bartra, Roger, "La izquierda ante las elecciones de 1988" en Oficio Mexicano, Grijalbo, México, 1993, pp. 165-174.

"La unidad, ¿para qué?" en Oficio Mexicano, Grijalbo, México, 1993, pp. 175-186.

y Luis Javier Garrido, Adolfo Gilly, Rubén Jiménez Ricárdez y Carlos Pereyra, "México: la democracia y la izquierda" en *Cuadernos Políticos* núm. 49/50, ERA, México, enero-junio de 1987, pp. 5-29.

Bellingheri, Marco, "La imposibilidad: la guerrilla y el movimiento estudiantil en México, 1960-1974" en Ilán Semo et al., La transición interrumpida. México 1968-1988, Nueva Imagen, México, 1993, pp. 49-73.

Borón, Atilio, "Problemas estructurales y desafíos estratégicos de la izquierda: una mirada desde la Argentina" en Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo, FCE, México, 2001, pp. 285-209.

Braudel, Fernand, "La larga duración" en La historia y las ciencias sociales, Alianza, México, 1986.

Caballero Urdiales, Enrique y Felipe Zermeño López "La larga crisis de la agricultura y su impacto en la economía nacional", en Jorge Alcocer

(compilador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988, pp. 63-96.

Cadena Roa, Jorge “Las demandas de la sociedad civil, los partidos y las respuestas del sistema” en Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa (coordinadores), Primer Informe sobre la democracia: México 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988, pp. 285-327.

“Notas para el estudio de los movimientos sociales y los conflictos en México” en Victor Gabriel Muro y Manuel Canto Chac (coords.), El estudio de los movimientos sociales. Teoría y método, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de México-Xochimilco, México, 1991, pp. 37-49.

Carrasco, Rosalba, “La clase obrera en la crisis” en *Memoria*, núm. 19, México, marzo-abril de 1988, pp. 265-274.

Castillo, Heberto, “Por la toma del poder” en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987, pp. 281-290.

Cordera, Rolando, “El escenario económico de la sucesión presidencial en 1988” en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987, pp. 109-128.

De la Garza, Adriana, “De la guerra a la política: el FMLN en El Salvador” en Carlos Figueroa Ibarra (comp.), América Latina: violencia y miseria en el crepúsculo del siglo, BUAP-ALAS, México, 1996, pp. 115-135.

De la Garza Toledo, Enrique; Raúl Corral y Javier Melgoza, “México: crisis y reconversión industrial” en *Brecha*, núm. 3, México, junio de 1987, pp. 51-72.

De la Peña, Sergio, “La política económica de la crisis” en Pablo González Casanova, y Jorge Cadena Roa (coordinadores), Primer Informe sobre la democracia: México 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988, pp. 73-114.

“La deuda externa: nuevo fiel de la balanza” en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987, pp. 129-145.

Durand, Maxime, “Deuda y acumulación en México” en *Brecha*, núm. 5-6, México, diciembre de 1988, pp. 97-108.

Echeverría, Rodolfo y Federico Piña, La fusión de la crisis, Ediciones del Círculo de Estudios Políticos José Revueltas, México, 1987.

Figuroa Ibarra, Carlos, "Guatemala: balance de treinta y cinco años de lucha armada" en *Estudios Latinoamericanos*, núm. 5, enero-junio de 1996, pp. 163-181.

Galindo Caceres, Luis Jesús "De la izquierda perdida, lo que aparezca. Comentario a la ponencia sobre la democracia y el PMT" en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp.129-139.

Gallardo, Rigoberto "Como ve las cosas y que propone la izquierda" en *Patria Nueva*, núm. 3, México, marzo 1987, pp. 22-25.

García, Iván, "El PSUM", en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Alonso, Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp. 173-176.

Gilly, Adolfo y Arturo Anguiano, "Crisis social, recomposición política y unidad electoral de la izquierda" en *Pueblo*, núm. 128, julio de 1987, pp. 32-34.

Hirales, Gustavo, "Adiós al comunismo mexicano" en *Nexos*, núm. 133, México, enero de 1989.

Huerta, Arturo y José C. Valenzuela, "Economía política de la transición capitalista. México en los ochenta" en Jorge Alcocer (coordinador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988, pp. 37-50.

Lew, Roland, "En Chine, démaoisation et reforme" en Michel Dreyfus y Bruno Groppo, Claudio Ingerflom, Roland Lew, Claude Pennetier, Bernard Pudal, Serge Wolikow (coords.), Le siècle des communismes, Les Editions de l'Atelier, París, 2000. pp. 313-323.

López Maya, Margarita, "Alcaldías de izquierda en Venezuela: gestiones locales de La Causa Radical (1989-1996)" en Beatriz Stolowicz, Gobiernos de izquierda en América Latina, Plaza y Valdés, México, 1999, pp. 81-110.

Martínez Verdugo, Arnoldo, "El movimiento estudiantil popular y la táctica de los comunistas" en *Memoria*, núm. 57, México, agosto de 1993.

Mayén Mayén, Ciro, “Corriente Socialista: por una democracia de los trabajadores”, en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp.181-191.

Moctezuma, Pedro, “Necesidad de la construcción del partido revolucionario. Su democracia”, en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz, Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp. 207-226.

Modonesi, Massimo “Alle origini del partito di Stato messicano” en *Latinoamerica*, núm. 67, Roma, mayo-agosto de 1998, pp. 45-77.
“Izquierda institucional vs. Izquierda social” en *Bajo el Volcán*, núm. 2, BUAP, Puebla, 2001, pp. 13-26.

Moguel, Julio, “La crisis de la izquierda” en *Brecha*, núm. 3, junio de 1987, pp. 3-17.

Montes, Eduardo, “La izquierda en la encrucijada” en Corriente del Socialismo Revolucionario, La izquierda en la encrucijada, Ediciones Socialismo, 1992, pp. 9-47.

Nivón, Eduardo, “El MPR y la democracia” en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz, Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp. 193-206.

Ortiz, Rosario M. y Roberto Iriarte, “Reconversión industrial y lucha obrera” en *Brecha*, núm. 5-6, México, diciembre de 1988, pp. 81-96.

Peña, Rodolfo F., “El mundo obrero en vigilia” en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987, pp. 351-371

Provencio, Enrique, “1982-1984, los efectos sociales de la crisis” en Jorge Alcocer (coordinador), México: presente y futuro, Ediciones de Cultura Popular, México, 1988, pp. 97-116.

Ramírez Saíz, Juan Manuel, “El movimiento urbano popular (MUP): teoría y metodo” en Víctor Gabriel Muro y Manuel Canto Chac (coords.), El estudio de los movimientos sociales. Teoría y método, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de México-Xochimilco, México, 1991, pp. 93-109.
“Entre el corporativismo y la lógica electoral. El Estado y el Movimiento Urbano Popular (MUP)” en Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo (coordinadores), El nuevo Estado mexicano. III. Estado, actores y movimientos sociales, Nueva Imagen, México, 1992, pp. 171-194

Rhi Sausi, José Luis, “La parábola de la guerrilla mexicana” en *Coyoacán*, núm. 3, año 1, México, abril-junio 1978, pp. 65-78.

Rodríguez Araujo, Octavio, “Construir la democracia socialista desde ahora”, en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz, Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp. 151-155.

Semo, Enrique, “La izquierda vis à vis” en Ilán Semo et al., La transición interrumpida. México 1968-1988, Nueva Imagen, México, 1993, pp. 127-142.
“La izquierda mexicana frente a la crisis” en Jorge Alcocer (compilador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988, pp. 119-120.

Sichar Moreno, Gonzalo, “Izquierda en Guatemala: del levantamiento a la pérdida de horizonte” en *Iniciativa Socialista*, núm. 60, primavera 2001.

Tamayo, Jaime, “El neocardenismo y el nuevo Estado” en *Memoria*, núm. 29, enero-febrero de 1990, pp. 113-134.

Torrico V., Erick Rolando, “Bolivia: izquierdas en transición” en *Nueva Sociedad*, núm. 141, enero-febrero de 1996, pp. 155-165.

Trejo Delabre, Raúl, “Trabajadores y crisis de la A a la Z. Panorama frente a la sucesión presidencial” en Abraham Nuncio (coord.), La sucesión presidencial en 1988, Grijalbo, México, 1987, pp. 333-349.
y José Woldenberg K., “Sindicatos y proyecto nacional en la crisis de hoy”, en Jorge Alcocer (compilador), México: presente y futuro, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988, pp. 177-194.

Velasco, Miguel Ángel, “Esfuerzos en aras de la construcción de la fuerza organizada de los trabajadores. Comentario a la ponencia sobre el PCM y el PSUM” en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp. 177-179.

Vilas, Carlos, “La izquierda latinoamericana. Búsquedas y desafíos” en *Nueva Sociedad*, núm. 157, septiembre-octubre de 1998.

Villamil Rivas, Jorge A., “Porqué nace y lucha el Partido Mexicano de los Trabajadores” en Jorge Alonso y Sergio Sánchez Díaz (coords.), Democracia emergente y partidos políticos, CIESAS, México, 1990, pp. 103-128.

Woldenberg, José, "La negociación político social en México" en Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa (coordinadores), Primer Informe sobre la democracia: México 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988, pp.188-208.

Zermeño, Sergio, "Los intelectuales y el Estado en la década perdida" en Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo (coordinadores), El nuevo Estado mexicano. III. Estado, actores y movimientos sociales, Nueva Imagen, México, 1992, pp. 195-223.

III. Artículos

Aguilar Mora, Manuel, "La encrucijada de la izquierda" en *Uno más uno*, 26 de octubre de 1987.

Anguiano, Arturo, "Victoria del Pueblo y de Cuauhtémoc" en *La Bola*, núm. 2, julio de 1988, p. 2.

Aréstegui, Rafael y Germán Pintor, "Campañas electorales" en *Patria nueva*, núm. 7, octubre-noviembre de 1987, pp. 15-18.

Armenta Scott, Rodolfo, "La marcha apenas comienza", en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, pp. 10-11.

Béltran del Río, Pascal y Oscar Hinojosa, "En doce años la izquierda se destiñó hasta quedar en tricolor" en *Proceso*, núm. 653, 8 de mayo de 1989, pp. 16-19.

Cadena, Antonio, "Frente a la unidad, politiquería" en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1987, p. 4.

"Buscando la punta" en *La Unidad*, núm. 4, 20 de septiembre de 1987, p. 4.

Cantú, Osiris, "La necesidad del cambio" en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, pp. 9-10.

Cárdenas, Cuauhtémoc, "Respuesta al PMS", en *La Unidad*, núm. 9, 25 de octubre de 1987, p. 5.

Castillo, Heberto, "Extraño silencio" en *Proceso*, núm. 545, 13 de abril de 1987, pp. 35-37.

"La posible unidad" en *Proceso*, núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 35-36.

“Socialismo a la mexicana” en *Proceso*, núm. 590, 22 de febrero de 1988, pp. 35-37.

“Nuestra identidad socialista” en *Proceso*, núm. 630, 12 de diciembre de 1988, pp. 32-36.

“El FDN por restaurar el sistema de 1934. El PMS busca el cambio para 1988”, en *La Unidad*, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 7.

“Nuestro socialismo mexicano” en *Proceso*, n. 600, 2 de mayo de 1988, pp. 34-38.

“Una economía para vivir mejor” en *Proceso*, núm. 591, 29 de febrero de 1988.

“Chiapas: pasado y futuro” en *Proceso*, núm. 589, 15 de febrero de 1988, pp. 32-36.

“El 7 de julio” en *Proceso*, 30 de mayo de 1988, pp. 32-35.

“Exitosa reunión del Prd” en *La Unidad*, núm. 74, 12 de febrero de 1989, p. 4.

“Vayamos unidos al PRD” en *La Unidad*, núm. 75, 19 de febrero de 1989, p. 4.

“El congreso del PMS” en *La Unidad*, núm. 82, 16 de abril de 1989, p. 4.

“Nuestro congreso” en *La Unidad*, núm. 83, 23 de abril de 1989, p. 4.

“Adios y bienvenidos” en *La Unidad*, núm. 85, 7 de mayo de 1989, p. 4.

“El país es paja seca” en *Proceso*, núm. 626, 31 de octubre de 1988, pp. 37-38.

“PRD, partido viable” en *Proceso*, núm. 633, 18 de diciembre de 1988, pp. 34-36.

“Llamado a pemetistas y pemesistas” en *Proceso*, núm. 634, 26 de diciembre de 1988, pp. 38-39.

“El Partido de la Revolución Democrática” en *Proceso*, núm. 635, 2 de enero de 1989, pp. 34-36.

“La política del avestruz” en *Proceso*, núm. 644, 6 de marzo de 1989, pp. 32-34.

“De lealtades y deslealtades” en *Proceso*, núm. 647, 27 de marzo de 1989, pp. 34-36.

“La hora de los hornos” en *Proceso*, núm. 653, 8 de mayo de 1989, pp. 36-38.

“Democracia y patria para todos” en *Proceso*, núm. 655, 22 de mayo de 1989, pp. 34-37.

“La neoizquierda” en *Proceso*, núm. 620, 19 de septiembre de 1988, pp. 35-37.

“La campaña demostró que el pueblo confía más en Cuauhtémoc” en *Proceso*, núm. 605, 6 de junio de 1988, pp. 6-13.

Cervantes Díaz Lombardo, Eduardo, “Qué partido construimos” en *La Unidad*, núm. 39, suplemento, 5 de junio de 1988, p. 9.

Concheiro, Juan Luis, "Democracia: objetivo de la alianza" en *La Unidad*, núm. 8, 18 de octubre de 1987, p. 5.

Domínguez, José, "El PMS actuó con congruencia" en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 5.

Echeverría, Rodolfo, "Interrogantes en torno a la unidad de la izquierda" en *La Jornada*, 30 de noviembre de 1986.

Editorial, "Convertir el descontento en votos para la izquierda" en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 2.

Editorial, "Política concreta ante la situación concreta" en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 2

Editorial, "Es posible una sola candidatura" en *La Unidad*, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 1.

Escobar, Saúl, "Partido y organizaciones sociales: la fórmula mágica" en *En Movimiento*, núm. 1, s.f., pp. 16-19.

Galarza, Gerardo, "El lanzamiento de Cuauhtémoc, sofocón para sus presuntos aliados" en *Proceso*, núm. 572, 19 de octubre de 1987, pp. 16-21.

"Los rojos de Tlapehuala narran a Heberto la hostilidad oficial" en *Proceso*, núm. 590, 22 de febrero de 1988, p. 27.

Garavito Rosalbina, "Milenarismo y modernidad" en *La Jornada*, 20 de febrero de 1988.

Garay, Enrique, "Si es necesario empuñaremos las armas para defender el voto: Ibarra de Piedra" en *La Jornada*, 8 de abril de 1988.

García, Daniel Carlos, "La unidad bloqueada. 10 puntos para reflexionar" en *La Unidad*, núm. 17, 20 de diciembre de 1987, p. 20.

Gilly, Adolfo, "El desafío de Cuauhtémoc Cárdenas" en *La Jornada*, 13 de marzo de 1987.

"Renuncia" en *La Jornada*, 11 de mayo de 1987.

"Las elecciones y la izquierda radical" en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 4, julio de 1987, pp. 12-14.

"Frivolidades" en *La Jornada*, 13 de mayo de 1987.

"Nuestra entrada en la modernidad" en *La Jornada*, 18 de julio de 1988.

"Un partido del movimiento" en *En movimiento*, núm. 1, s.f., pp. 2-6.

Gómez, Pablo, "Esa es una política arrogante" en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 3.

"El PMS surgió para conformar una fuerza de poder" en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, pp. 6-7.

"La política" en *La Unidad*, núm. 41, 19 de junio de 1988, p. 3.

González, Eduardo, "Para tomar el poder" en *La Unidad*, suplemento, núm. 39, 5 junio de 1988, pp. 7-8.

Guerra, Juan N., "El movimiento es prioritario" en *La Unidad*, núm. 46, 24 de julio de 1988, p. 4.

"Unidad de izquierda: hacia una nueva mayoría" en *La Unidad*, núm. 9, 25 de octubre de 1987, p. 12.

Hernández Delgadillo, José, "¿Habrá candidato único?" en *La Unidad*, núm. 11, 8 de noviembre de 1987, p. 3.

Hernández, Luis, "Durango: de la lucha reivindicativa a la democracia social" en *Pueblo*, núm. 135, mayo de 1988, pp. 29-30.

Henríquez, Carmelo, "Un partido en proceso de construcción", *La Unidad*, suplemento, núm. 39, 5 junio de 1988, pp. 4-5.

Hinojosa, Oscar, "El nacimiento del PMS, más importante pero menos atrayente que el del PSUM" en *Proceso* núm. 543, 30 de marzo de 1987, pp. 25-26.

"De una elección preliminar saldrá el candidato de la izquierda y podría ser en mayo" en *Proceso*, núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 12-13.

"El PRD contendiente en la disputa por la Revolución" en *Proceso*, núm. 657, 5 de junio de 1989, pp. 6-13.

"El Frente Democrático Nacional no se rompe, pero tampoco se integra" en *Proceso*, núm. 640, 6 de febrero de 1989, pp. 14-19.

Gustavo Hiraes, "El socialismo de hoy" en *La Unidad*, núm. 84, suplemento, 30 de abril del 1989, p. 4.

"La asamblea del PRD" en *La Unidad*, núm. 86, 14 de mayo de 1989, p. 5.

"Enfrentamiento permanente o convergencia democrática: el cardenismo debe estar preparado" en *La Unidad*, núm. 57, 9 de octubre de 1988.

López y Rivas, Gilberto, "La discusión y la construcción del partido" en *La Unidad*, núm. 13, 22 de noviembre de 1987, p. 12.

Martínez Verdugo, Arnoldo, "Reorganización de las fuerzas políticas" en *La Unidad*, núm. 6, 4 de octubre de 1987, p. 3.

"Luchar por la democracia y promover cambios, el compromiso de la Corriente" en *La Unidad*, núm. 7, 11 de octubre de 1987, p. 4.

"Por un partido de masas que sea una fuerza organizada" en *La Unidad*, núm. 16, 13 de diciembre de 1987, p. 7.

Mayén Mayén, Ciro, "Los quehaceres de un partido socialista democrático" en *La Unidad*, suplemento, núm. 39, 5 junio de 1988, pp. 5-6.

"Partido de la transición democrática" en *La Unidad*, núm. 81, 9 de abril de 1989, p. 4.

Maza, Enrique, "La unidad, aún posible: Cuauhtémoc; candidatura única, ya no: Heberto", en *Proceso*, núm. 586, 25 de enero de 1988, pp. 23-24.

Medina Mario, "El PST formalizó su ingreso al PMS" en *La Unidad*, núm. 1, 30 de agosto de 1987, p. 3.

"Llama HC a formar la Corriente Revolucionaria del PRD" en *La Unidad*, núm. 69, 8 de enero de 1989, p. 4.

"Se concretó la alianza OIR-LM-PMS para ir más allá de lo electoral" en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, pp. 4-5.

"Se criticó a la Conaco. Una conferencia nacional decidirá sobre el programa" en *La Unidad*, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 10

"El Congreso pemesista ratificó la candidatura de Heberto Castillo" en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre 1987, p. 10.

Moguel, Julio, "Pluralidad en un frente popular" en *Uno más uno*, 18 de octubre de 1987.

"La Unión Popular Emiliano Zapata y las elecciones" en *Pueblo*, núm. 135, mayo de 1988, pp. 27-28.

Monsiváis, Carlos, "Cárdenas y Salinas en La Laguna" en *Proceso*, núm. 589; 15 de febrero de 1988.

"De la alegría popular con Heberto, al entusiasmo con Cuauhtémoc, pasando por la languidez del zócalo oficial" en *Proceso*, núm. 594, 21 de marzo de 1988.

"Cárdenas, recibido en la UNAM y el IPN, como una esperanza" en *Proceso*, núm. 604, 30 de mayo de 1988.

Montes, Eduardo, "PMS, el reto del 88" en *La Unidad*, núm. 19, 10 de enero de 1987, p. 15.

“Una política para avanzar” en *La Unidad*, núm. 39, suplemento, 5 de junio de 1988, p. 3.

“¿Inmadurez para la democracia?” en *La Unidad*, núm. 31, 10 de abril de 1988, p. 9.

“Vigencia de la lucha socialista” en *La Unidad*, núm. 70, suplemento, 15 de enero de 1989, pp. 1-2.

“La opción socialista” en *La Unidad*, núm. 70, suplemento, 15 de enero de 1989, p. 4.

Muñoz Ledo, Porfirio, “El voto de los trabajadores por Cárdenas” en *Memoria*, núm. 25, marzo-abril 1989, pp. 201-206.

Ortega Martínez, Jesús, “Un partido con nombre y apellido” en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, pp. 7-8.

“Claridad y tolerancia para marchar juntos” en *La Unidad*, núm. 68, 25 de diciembre de 1988, p. 2.

Ortiz Pinchetti, Francisco, “Los candidatos del PMS comparecieron donde pudieron” en *Proceso*, núm. 565, 1 de septiembre 1987, pp. 16-19.

“El norte se previene contra el esperado fraude del PRI” en *Proceso*, núm. 587, 1 de febrero de 1988, núm. 591, 29 de febrero de 1988 y núm. 592, 7 de marzo de 1988.

Paoli, Francisco José, “Izquierda: aritmética viciosa que suma y disminuye” en *Uno más uno*, 22 octubre de 1987.

Pascoe, Ricardo, “Sobre la CD” en *El Universal*, 28 de septiembre de 1987.

“Sectarismo o coalición: emergencia de la izquierda” en *El Universal*, 19 de octubre de 1987.

“Cardenismo y socialismo” en *El Universal*, 4 de abril de 1988.

Pasillas Salas, Manuel, “La necesidad de crear un frente” en *La Unidad*, núm. 18, 27 de diciembre de 1987, p. 10.

Peñaloza, Pedro, “Entre el sectarismo y el oportunismo” en *El Universal*, 26 de octubre de 1987.

“Alianzas y contralianzas” en *El Universal*, 15 de octubre de 1987.

Pérez Canchola, José Luis, “El PMS y el programa para la nueva revolución” en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 15

Pintor, Germán, "La campaña que viene" en *Patria Nueva*, núm. 6, agosto-diciembre de 1987, pp. 27-33.

Pizarro, Francisco Javier, "Se impusieron atraso y sectarismo" en *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 4.

Revueltas, Andrea y Enrique González Rojo, "¿Qué hacer ante la sucesión presidencial?" en *La Jornada*, 6 de marzo de 1988.

Rincón Gallardo, Gilberto, "Cerca de los cambios...hora de mirar de lejos", *La Unidad*, núm. 0, 17 de agosto 1987, p. 3.

"Organizar al movimiento" en *La Unidad*, núm. 45, 17 de julio de 1988.

"Declaración a la prensa" en *La Unidad*, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 12.

Robles, Manuel, "El nuevo partido empezó a nacer; PPS y PFCRN, sólo coincidencias" en *Proceso*, núm. 625, p. 27.

Romo, Alma, "La campaña de HC logró destacar el perfil consecuente y verdadero del PMS" en *La Unidad*, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 5.

Sandoval, Cuauhtémoc, "La exclusión del MAP" en *La Unidad*, núm. 31, 10 de abril de 1988, p. 14.

"El debate sobre la candidatura única" en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 13.

Sandoval Ramírez, Pablo, "6 de julio e independencia sindical" en *Memoria*, núm. 25, marzo-abril de 1989, pp. 179-194.

Sánchez Rebolledo, Adolfo, "Solución falsa para un problema real" en *La Unidad*, núm. 35, 8 de mayo de 1988, p. 14.

"Balance y perspectiva del socialismo en México" en *La Unidad*, núm. 67, suplemento, 18 de diciembre de 1988, p. 4.

Santiago, Javier, "El PRD y la democracia" en *La Unidad*, núm. 86, 14 de mayo de 1989, p. 6.

Santos Villareal, Gabriel Mario, "Nuevo escenario: viejos actores" en *La Unidad*, núm. 56, 2 de octubre de 1988, p. 3.

"Desterrar la discordia" en *La Unidad*, núm. 20, 17 de enero de 1988, p. 3.

"Restaurar al PRI o buscar otra alternativa" en *La Unidad*, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 4.

"Nuevo escenario político" en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 6.

“Mucho escudo para minoría tan reducida” en *La Unidad*, núm. 85, 7 de mayo de 1989.

“Construir el PRD, desde abajo” en *La Unidad*, n. 75, 19 de febrero de 1989, p. 3.

“El PRD: una alianza definitiva” en *La Unidad*, n. 78, 12 de marzo de 1989, p. 3.

“De la marginalidad al protagonismo político” en *La Unidad*, n. 74, 12 de febrero de 1989, p. 3.

“El PRD avanza, no hay vuelta atrás” en *La Unidad*, núm. 73, 5 de febrero de 1989, p. 3.

Saray, Hilda y Tatiana Maganda, “Unión de Vecinos y Damnificados: por la vía electoral se dará el cambio” en *Pueblo*, núm. 135, mayo de 1988, pp. 31-32.

Saucedo, Francisco, “La Asamblea de Barrios en las elecciones” en *Pueblo*, núm. 135, mayo de 1988, pp. 33-34.

“PMS ¿Unidad para la lucha o unidad electoral” en *Patria Nueva*, núm. 4, abril-mayo 1987, pp. 24-27.

Semo, Enrique, “La Izquierda ve en su unidad la única salida” en *Proceso*, núm. 533, 19 de enero de 1987, pp. 12-15.

Sosa Elizaga, Raquel, “Elecciones preliminares y tareas partidistas” en *La Unidad*, núm. 6, 4 de octubre de 1987, p. 12.

Terrazas Guerrero, Manuel, “Movimiento Sindical para el cambio democrático”, en *Memoria*, núm. 25, marzo-abril 1989, pp. 195-200.

“¿Aciertos o graves desaciertos de la mayoría de la dirección ante el PRD?” en *La Unidad*, n. 74, 12 de febrero de 1989, p. 1.

Unzueta, Gerardo, “El PRD es el proyecto revolucionario del momento actual” en *La Unidad*, núm. 67, suplemento, 18 de diciembre de 1988, pp. 1-2.

“El socialismo en el PRD: ¿liquidación o nuevos horizontes?” en *La Unidad*, núm. 82, suplemento, 16 de abril de 1989, pp. 1-3.

“Una perspectiva real de triunfo” en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, p. 3.

Valle, Eduardo, “Jugadas de candidatos”, *El Universal*, 15 de octubre de 1987.
“Después del 6 de julio, diálogo constructivo y positivo con el FDN”. en *La Unidad*, núm. 20, 17 de enero de 1988.

Villamil Rivas, Jorge A., "Coalición de la izquierda: un nuevo intento de unidad" en *La Unidad*, núm. 2, 6 de septiembre de 1987, p. 12.
"El PRD, partido en gestación" en *La Unidad*, 23 de abril de 1989, p. 4.
"Preliminares vs. Dedazo", *Uno más uno*, 18 de octubre de 1987.

Zambrano Grijalva, Jesús "En el filo de la navaja" en *La Unidad*, núm. 37, suplemento, 22 de mayo de 1988, pp. 3-4.
"¿Quiénes rechazan la unidad electoral de la izquierda?" en *La Unidad*, núm. 7, 11 de octubre de 1987, p. 12.
"La política de alianzas del PMS" en *La Unidad*, núm. 1, 30 de agosto de 1987, p. 12.
"Luces y sombras del primer congreso del PMS" en *La Unidad*, núm. 16, 20 de diciembre de 1987, p. 13.
"Las difíciles elecciones del PMS" en *La Unidad*, núm. 28, 13 de marzo de 1988, p. 4.
"Las tareas electorales del PMS" en *La Unidad*, n. 41, 19 de junio de 1988, p. 5.
"Izquierda: futuro inmediato" en *La Unidad*, núm.48, 7 de agosto de 1988, p. 4.
"Superar al PMS en el PRD" en *La Unidad*, núm. 67, 18 de diciembre de 1988, p. 3.

Zazueta, Humberto, "Qué entendemos por democracia" en *Patria Nueva*, núm. 8, enero de 1988, pp. 16-18.

Zenón Flores, Julio, "Al socialismo por la revolución democrática", en *La Unidad*, 23 de abril de 1989, p. 3.

IV. Documentos partidarios

Partido Mexicano Socialista

"Carta del PMS a Cuauhtémoc Cárdenas" en *La Unidad*, núm. 9, 25 de octubre de 1987, p. 5.

"Comunicado: no hubo posibilidad de candidato único" en *La Unidad*, núm. 12, 15 de noviembre de 1987.

"Conclusiones en el II Congreso: El lugar de los socialistas está en el PRD" (Gilberto Rincón Gallardo) en *La Unidad*, núm. 87, 21 de mayo de 1989, p. 5.

"Contribución al debate", en *Corriente del Socialismo Revolucionario, La izquierda en la encrucijada*, Socialismo, México, 1992, pp. 95-108.

“Convenio de Fusión” en Partido Mexicano Socialista, Documentos Fundamentales, Ediciones del Consejo Nacional, México, 1988, pp. 7-12.

“Convenio político-electoral que celebran PMS y COCEI” en *La Unidad*, núm. 25, 21 de febrero de 1988, p. 14.

“Convenio que subscriben la CD y el PMS” en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio de 1988, pp. 12-13.

“Crisis y perspectivas del FDN” (Rodolfo Cordera, Adolfo Sánchez Rebolledo y José Woldenberg) en *La Unidad*, núm. 87, suplemento, 21 de mayo de 1989, p. 7.

“Declaración de prensa”; en *La Unidad*, núm. 23, 7 de febrero de 1988, p. 12.

“Declaración política de la Corriente Revolucionaria” en *La Unidad*, núm. 77, 5 de marzo de 1989, pp. 1-4.

“El partido de la unidad no puede ser el partido de la exclusión” (Arnaldo Cordova, Antonio Gershenson, Adolfo Sánchez Rebolledo, José Woldenberg) en *La Unidad*, núm. 30, 27 de marzo de 1988.

“El PMS y el partido del 6 de julio” (Gilberto López y Rivas, Alfonso Ramírez Cuellar, Camilo Valenzuela, Jesús Zambrano, Lourdes Durán C., José Domínguez R. Susana Quintana, Pedro Velázquez) en *La Unidad*, núm. 64, suplemento, 27 de noviembre de 1988, pp. 2-3.

“Elementos para el perfil del nuevo partido” (Gerardo Avalos Lemus, Rodolfo Armenta Scott, José Hernández Delgadillo, Benito Balma, Cecilia Soto, Martín Longoria, Leopoldo Enzástiga, Pedro Velázquez, Gloria Maciel, Celio Contreras, Antonio Martínez Torres, Guillermo Flores, Rogel del Rosal, Rosa Esther Peña, José Luis Pérez, Miguel Ángel Chavesti) en *La Unidad*, núm. 64, suplemento, 27 de noviembre de 1988, p. 1.

“En la última reunión de dirigentes comunistas” en Corriente del Socialismo Revolucionario, La izquierda en la encrucijada, Ediciones Socialismo, México, 1992, pp. 69-75.

“II Pleno del Consejo Nacional” en *La Unidad*, núm. 20, suplemento, 17 de enero de 1988.

“Implusar la campaña electoral. Heberto Castillo para presidente. Resolución del Congreso del PMS” en *La Unidad*, núm. 15, suplemento, 6 de diciembre de 1987, p. 8.

“Informe de la Comisión Nacional Coordinadora al Primer Congreso del PMS”, en *La Unidad*, núm. 15, suplemento, 6 de diciembre de 1987.

“Informe del Consejo Nacional al II Congreso Nacional del PMS” en *La Unidad*, núm. 87, suplemento, 21 de mayo de 1989.

“Jornada Nacional de construcción orgánica del Partido Mexicano Socialista” en *La Unidad*, núm. 48, 7 de agosto de 1988, p. 14.

“La lucha por el socialismo, irrenunciable e inaplazable” en Corriente del Socialismo Revolucionario, La izquierda en la encrucijada, Socialismo, México, 1992, pp. 81-94.

“La situación nacional y la construcción del Partido de la Revolución Democrática” (documento para la discusión preparatoria del II Congreso Nacional del PMS, aprobado por el VIII pleno del Consejo Nacional) en *La Unidad*, núm. 72, suplemento, 29 de enero de 1989.

“Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado”, documento del V pleno del Consejo Nacional del PMS, en *La Unidad*, núm. 47, 31 de julio de 1988.

“Llamamiento de los secretarios generales y de los representantes de los consejos estatales” en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 12.

“Plataforma Electoral del PMS” en *La Unidad*, núm. 30, suplemento, 27 de marzo de 1988.

“¿Porqué una corriente revolucionaria en el PRD?” (José A. Ríos Rojo, Porfirio Martínez, Marilina Barona, Violeta Vázquez O., Javier Santiago, Marco Eduardo Murrqueta, José Álvarez Icaza) en *La Unidad*, núm. 70, 15 de enero de 1989, pp. 3-4.

“Programa del PMS” en Partido Mexicano Socialista, Documentos Fundamentales, 1987, Ediciones del Consejo Nacional, México, 1988, pp. 13-33.

“Propuesta de política para el periodo” (Camilo Valenzuela, Gilberto López y Rivas, José Domínguez R.) en *La Unidad*, núm. 84, 30 de abril de 1989, pp. 3-4.

“Reformar y organizar el socialismo mexicano”, en *Corriente del Socialismo Revolucionario*, *La izquierda en la encrucijada*, Socialismo, México, 1992, pp. 109-136.

“Resolución de la reunión de delegados al Segundo y último Congreso del PMS” (Leonel Posadas, Eduardo Montes, Pizarro, Jaime Perches, Reynaldo Rosas, Ramón Sosamontes, Jesús Sosa Castro) en *Corriente del Socialismo Revolucionario*, *La izquierda en la encrucijada*, Socialismo, México, 1992, pp. 137-138.

“Resolución de la reunión nacional constitutiva de la Corriente de Izquierda Socialista del PMS” en *La Unidad*, núm. 82, 16 de abril de 1989, suplemento, pp. 3-4.

“Resolución del Consejo Nacional del PMS” en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio 1988, p. 8.

“Resolución del VI Pleno del Consejo Nacional del Partido Mexicano Socialista” en *La Unidad*, núm. 55, suplemento, 25 de septiembre de 1988.

“Retirar la candidatura de Heberto Castillo” en *Corriente del Socialismo Revolucionario*, *La izquierda en la encrucijada*, Ediciones Socialismo, México, 1992, pp. 77-79.

“Reunión de Direcciones Nacionales y Locales”, 22-23 de agosto, *La Unidad*, núm. 1, 30 de agosto de 1987, p. 12.

“Tareas centrales de la construcción orgánica del partido en 1988” en *La Unidad*, núm. 5, 27 de septiembre de 1987, p. 12.

“Una propuesta de táctica para el PMS” (Antonio Becerra Gaytán, Eduardo Montes Manzano, Francisco Javier Pizarro, Marcos Leonel Posadas, Reynaldo Rosas Domínguez y Jesús Sosa Castro) en *Corriente del Socialismo Revolucionario*, *La izquierda en la encrucijada*, Ediciones Socialismo, México, 1992, pp. 51-61.

“Unidad por la democracia y el socialismo”, Informe del Comité Central al 3er Congreso del PSUM, presentado por Pablo Gómez y aprobado por el Congreso, Suplemento de *Así es*, México, núm. 198, 8 de julio de 1987.

“Declaración del Comité Ejecutivo Nacional. Elecciones preliminares del PMS: un paso más a la democracia”, 3 de marzo de 1988, mimeo.

“Plan general de campaña” en *La Unidad*, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 12.

“Un candidato común. Proyecto de resolución” en Corriente del Socialismo Revolucionario, La izquierda en la encrucijada, Ediciones Socialismo, México, 1992, pp. 49-50.

Partido Revolucionario de los Trabajadores

“A diez años del PRT” en *La Batalla*, núm. 6, septiembre-octubre de 1986, pp. 2-6.

“A los militantes del PRT. Al pueblo de México” en *Proceso*, núm. 591, 29 de febrero de 1988.

“A propósito de los que se retiran del debate sobre la unidad de la izquierda” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 3, junio de 1987, p. 22.

“Actas del Comité Central del 5,6 y 7 de febrero de 1988” en *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, pp. 1-5.

“Adecuar nuestra política electoral”, *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 4, julio de 1987, p. 8.

“Carta a la OIR y al MRP”, mimeo, 23 de octubre de 1987.

“Carta de la OIR-LM al PRT” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, pp. 36-37.

“Carta del CP a Pascoe” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, pp. 42-43.

“Carta del PRT a la OIR-LM” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, pp. 37-38.

“Conferencia de prensa”, Servicios Informativos del PRT, 25 de octubre de 1987, mimeo.

“Confusiones y diversiones” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, pp. 27-30

“Convenio de fusión de la LOM al PRT”, en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, p. 12.

Comisión Coordinadora de Unificación PRT-PMT, *Boletín Interno Conjunto*, mayo de 1986.

“Declaración de los camaradas firmantes del desplegado llamando a la candidatura única”, en *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, pp. 18-19.

“Declaración del buro político del PRT sobre el anuncio de fusión entre PCM, PMT, PPM, PSR, y MAUS”, 18 de agosto de 1981, mimeo.

“Documento sobre la coyuntura de la minoría del Comité Central” en *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, 2 de febrero de 1988, pp. 9-12.

“En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido”. En defensa de la democracia y la acción política de nuestro partido” en *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, pp. 28-33.

“Fusiones y Confusiones. La unidad de la izquierda y las divergencias en el PRT” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, pp. 21-26.

“Hacia un partido revolucionario de masas. Proyecto de resolución sobre la construcción del partido para el V Congreso” en *Cuadernos de La Batalla*, núm. 6, junio de 1987, p. 11.

“Informe electoral” (Efraín Calvo) en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 3 junio de 1987, pp. 25-35.

“La izquierda, la CD y la coyuntura electoral”, Editorial de *La Batalla*, núm. 19, octubre-noviembre de 1987, pp. 2-4.

“La política electoral del PRT y la izquierda socialista” en *Por una alternativa socialista para los trabajadores*, folleto, 1988, pp. 68-72.

“La ruptura de la UP”, 5 de febrero de 1988 en *Por una alternativa socialista para los trabajadores*, folleto, 1988, pp. 76-77.

“La unidad posible y necesaria” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, pp. 30-32.

“La unidad que queremos” (Pedro Peñaloza y Ricardo Pascoe) en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 2, junio de 1987, pp. 34-35.

“Nuestra propuesta sobre la unidad en la coyuntura electoral” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 4, julio de 1987, pp. 6-8.

“Por un partido revolucionario enraizado en los trabajadores” en *La Batalla* núm. 5, febrero de 1987, pp. 28-41.

“Precisando nuestra política electoral y de alianzas” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 4, julio de 1987, pp. 2-4.

“Protocolo de fusión de la CIR al PRT” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 4, julio de 1987, p. 11.

“Renuncia al Comité Central” (Adolfo Gilly) en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 4, julio de 1987, pp. 37-43.

“Respuesta a la renuncia de Adolfo Gilly” en *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 3, junio de 1987, pp. 45-48.

“Unidad a toda costa o lucha por la independencia política de los trabajadores”, (Sergio Rodríguez) en *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, pp. 5-9.

Movimiento al Socialismo

Acta de acuerdos del I Congreso Nacional del MAS, mimeo.

“Al pueblo de México” en *Proceso*, núm. 591, 29 de febrero de 1988.

“Cardenismo, socialismo y elecciones”, (Adolfo Gilly), suplemento a *La Jornada*, 1 de junio de 1988.

Convocatoria para el Movimiento Al Socialismo, folleto, s.f.

“Corre la voz, organo electoral de la ORPC, entra a La Bola” en *La Bola* núm. 4, 26 de julio de 1988.

“Declaración del MAS: México votó por la democracia, la justicia, la legalidad y por Cuauhtémoc Cárdenas” en *La Bola*, núm. 3, julio de 1988, p. 3.

“Formas de Organización”, I Congreso Nacional del MAS, mimeo.

“Lineamientos políticos del MAS”, en *Boletín*, núm. 3, s.f.

“Un primer balance del Movimiento al Socialismo” en *La Jornada*, 2 de julio de 1988.

Otras organizaciones

COORDINADORA REVOLUCIONARIA NACIONAL (CDP, UCI, MLP, MLR, ORPC), “¡En México la oposición es mayoría!” en *Excelsior*, 21 de febrero de 1985.

MULTILATERAL, “Comunicado de la Multilateral al CP del PRT” en PRT, *Documentos de discusión preparatoria del V Congreso del PRT*, núm. 4, julio 87, p. 9.

ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA PUNTO CRÍTICO, “Notas sobre la situación actual de la izquierda” en *Punto Crítico*, núm. 151, México, julio de 1986, pp. 20-28.

“Al Primer Congreso Nacional del Partido Mexicano Socialista”, 24 de noviembre de 1987, mimeo.

“Para transformar la realidad: PRD” en *Punto Crítico*, n. 162, mayo de 1989, pp. 15-16.

“La ORPC apoya la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas”, 6 de marzo de 1988, mimeo.

“Hacia una política de organización” en *Punto Crítico*, núm. 160, septiembre-octubre 1988, pp. 7-9.

“Participación electoral de la Asamblea de Barrios” en *Punto Crítico*, núm. 158, mayo de 1988, pp. 16-18.

ORGANIZACIÓN DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA-LÍNEA DE MASAS (OIR-LM), “Informe al Congreso de Fusión”, 5-7 febrero de 1982, mimeo.

Resoluciones de Estrategia, mayo de 1987, folleto.

Táctica del periodo, mayo de 1987, folleto.

“Movimiento popular: balances y perspectivas” en *Documentos Fundamentales de la OIR-LM*, mayo de 1982, folleto.

Informe CPN a la I Asamblea Nacional Plenaria, junio de 1985, folleto.

“Informe de la Comisión Política Nacional a la II Asamblea Nacional Plenaria”, mayo de 1987, mimeo.

“Carta de la OIR-LM” en PRT, *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, p. 14.

OIR-LM/Valle de México, “Carta al PRT” en PRT, *Boletín Interno de Discusión e Información*, núm. 80, marzo de 1988, pp. 14-15.

PARTIDO COMUNISTA MEXICANO, “Nueva provocación contra la libertad y la democracia” en *Memoria*, núm. 115, México, septiembre de 1998, pp. 38-39.

“Comunicado del V Pleno del Comité Central del PCM” en *Memoria*, núm. 115, México, septiembre de 1998, pp. 40-42.

“Nueva etapa en la lucha por la democratización del régimen político” en *Memoria*, núm. 115, México, septiembre de 1998, pp. 43-46.

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA, “Carta del Secretariado del PRD a las direcciones nacionales del PPS, PARM y PSD” en *Memoria*, núm. 25, marzo-abril de 1989, pp. 226-227.

Documentos básicos, folleto, 1989.

PARTIDO DEL TRABAJO, Línea de Masas, número monográfico de la revista *Paradigmas y Utopías*, núm. 1, México, marzo de 2001.

PARTIDO MEXICANO DE LOS TRABAJADORES, “Informe del Comité Nacional a la 4 Asamblea Nacional Ordinaria”, 26 marzo 1987, mimeo.

II Encuentro de Dirigentes de Izquierda, Partido Socialista Unificado de México, “Por una izquierda consecuentemente democrática”, 14 de marzo de 1986, mimeo; Movimiento Revolucionario Popular, “Sobre la democracia y el país”, 14 de marzo de 1986, mimeo; Partido Mexicano de los Trabajadores “Ponencia sobre la democracia en México”, 14 de marzo de 1986, mimeo; Partido Social Demócrata, Ponencia, 14 de marzo 1986, mimeo; Partido Patriótico Revolucionario, “Elevar la lucha impostergradable por la democracia:

una necesidad impostergable”, 14 de marzo de 1986, mimeo; Partido Revolucionario de los Trabajadores, “La verdadera democracia” en *La Batalla*, núm. 15, México, junio-julio 1986, pp. 13-16.

III Encuentro de Dirigentes de Izquierda, Partido Mexicano de los Trabajadores, “Ponencia para el tercer encuentro de dirigentes de izquierda”, 9 de mayo de 1986, mimeo; Partido Revolucionario Socialista, “Acerca de la unidad de izquierda”, 9 de mayo de 1986, mimeo; Partido Patriótico Revolucionario, “Por la mayor unidad política de la izquierda”, 9 de mayo de 1986, mimeo.

UNIÓN NACIONAL DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA, *Tesis políticas a discusión*, México, 9 de junio de 1985, folleto.

V. Entrevistas

Álvarez Garín, Raúl, Entrevista de Mario Loya y Antonio Cadena, “La fuerza de los hechos obligó a construir el PRD” en *La Unidad*, núm. 72, 30 de enero de 1989, p. 7.

Armenta Scott, Rodolfo, Entrevista de Antonio Cadena y Gabriel Santos, *La Unidad*, núm. 85, 7 de mayo de 1989, p. 7.

Campa, Valentín, Entrevista de Carlos Padilla, “De aceptar la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, el PMS hubiera capitulado” en *La Unidad*, núm. 30, 27 de marzo 1988, p. 7.

Castillo, Heberto, Entrevista de Juan Hernández, “La alianza con la CD es un paso hacia adelante: HC” en *La Unidad*, núm. 40, 12 de junio 1988.

Cárdenas, Cuauhtémoc, Entrevista, *La Unidad*, núm.1, 30 de agosto 1987, p. 7

Dirigentes de la OIR-LM, Entrevista de Mario Medina, “La realidad del país nos hizo abandonar el abstencionismo” en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 7.

García, Amalia, Entrevista de Gabriel M. Santos V., *La Unidad*, núm. 68, 25 de diciembre de 1988, p. 7.

Henríquez, Carmelo, Entrevista de Mario Medina, *La Unidad*, núm. 14, 29 de noviembre de 1987, p. 7.

Ibarra de Piedra, Rosario y Heberto Castillo Martínez, Entrevistas de Rafael Aréstegui y Germán Pintor, “Los candidatos de la izquierda” en *Patria nueva*, núm. 7, octubre-noviembre de 1987, pp. 33-41.

Imaz, Carlos, Entrevista, “Defender la educación es tarea de los universitarios y los sectores sociales” en *La Unidad*, núm. 21, 24 de enero de 1988, p. 7.

Martínez, Ifigenia, Entrevista, *La Unidad*, núm. 4, 20 de septiembre de 1987, p. 7.

Martínez Verdugo, Arnoldo, Entrevista de Gabriel M. Santos, “Lo que no puede soslayar el programa del nuevo partido” en *La Unidad*, núm. 59, 23 de octubre de 1988 p. 5.

Entrevista de Elvira Concheiro y Gerardo de la Fuente, “Comprometidos con el movimiento” en *Memoria*, núm. 115, septiembre de 1998, pp. 4-10.

Muñoz Ledo, Porfirio, Entrevista, “La candidatura única surge de una necesidad y de una realidad” en *La Unidad*, núm. 10, 1 de noviembre de 1987, p. 7.

Pascoe, Ricardo, Entrevista de Mario Medina, “Frente al fanatismo radical decidimos formar el MAS” en *La Unidad*, núm. 27, 6 de marzo de 1988, p. 7.

Ramírez, Graco, Entrevista de Oscar Hinojosa, “En el PST tenemos que considerar nuestro comportamiento político” en *Proceso*, núm. 545, 13 de abril de 1987, pp. 24-27.

Rincón Gallardo, Gilberto, Entrevista de Emiliano Flores, “La idea de un nuevo partido surge de la lucha por el poder del Estado” en *La Unidad*, núm. 53, 18 de septiembre de 1988, p. 3.

Sánchez, Edgar, Entrevista de Mario Medina, “Intentamos que las masas no adopten una alternativa burguesa” en *La Unidad*, núm. 28, 13 de marzo de 1988, p. 7.

Saucedo, Mario, Entrevista de Gabriel Santos y Antonio Cadena B., “El movimiento cardenista requiere abrir un frente que supere los límites del PRD” en *La Unidad*, núm. 81, 9 de abril de 1989, p. 7

Terrazas, Manuel, Entrevista de Alma Romo, *La Unidad*, núm. 15, 6 de diciembre de 1987, p. 7.

Valenzuela, Camilo, Entrevista de Mario Medina, *La Unidad*, núm. 35, 8 de mayo de 1988, p. 7.

Valle, Eduardo, Entrevista de Mario Medina, "Quienes llaman a la candidatura única responden a un lombardismo tardío" en *La Unidad*, núm. 24, 14 de febrero de 1988, p. 7.

Woldenberg, José, Entrevista de Mario Medina, "Necesitamos un partido moderno, con alternativas y respuestas" en *La Unidad*, núm. 35, 8 de mayo de 1988, p. 7.

Zazueta, Humberto y Germán Pintor, Entrevista, "La ACNR y la coyuntura electoral" en *Patria Nueva*, núm. 9, marzo-abril de 1988, pp. 30-32.

ÍNDICE DE SIGLAS

AB: Asamblea de Barrios
ACNR: Asociación Cívica Nacional Revolucionaria
ANOCF: Asociación Nacional Obrera Campesina y Popular
CONACO: Comisión Nacional Coordinadora del PMS
CTM: Confederación de los Trabajadores Mexicanos
CNOP: Confederación Nacional de Organizaciones Populares
CT: Congreso del Trabajo
CEU: Consejo Estudiantil Universitario
COCEI: Consejo Obrero Campesino y Estudiantil del Istmo
CRN: Coordinación Revolucionaria Nacional
CNDEP: Coordinadora Nacional de Defensa de la Economía Popular
CNTE: Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación
CONAMUP: Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular
CNPA: Coordinadora Nacional Plan de Ayala
COSINA: Coordinadora Sindical Nacional
CUD: Coordinadora Única de Damnificados
CIR: Corriente de Izquierda Revolucionaria
CIS: Corriente de Izquierda Socialista del PMS
CSR: Corriente del Socialismo Revolucionario del PMS
CD: Corriente Democrática del PRI
CR: Corriente Revolucionaria del PMS
ELN: Ejército de Liberación Nacional (Colombia)
EPL: Ejército Popular de Liberación (Colombia)
FA: Frente Amplio (Uruguay)
FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
FDN: Frente Democrático Nacional
FMLN: Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional
FNDESCAC: Frente Nacional en Defensa del Salario, contra la Austeridad y
contra la Carestía
FPIR: Frente Político de la Izquierda Revolucionaria
FPMR: Frente Patriótico Manuel Rodríguez (Chile)
FREPASO: Frente País Solidario (Argentina)
FSLN: Frente Sandinista de Liberación Nacional (Nicaragua)
IU: Izquierda Unida (Perú)
LCR: La Causa Radical (Venezuela)
LOM: Liga Obrera Marxista
MAS: Movimiento al Socialismo
MAS: Movimiento al Socialismo (Venezuela)

MAP: Movimiento de Acción Política
MAUS: Movimiento de Acción y Unidad Socialista
MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Bolivia)
MLN: Movimiento de Liberación Nacional
MRP: Movimiento Revolucionario del Pueblo
OIR-LM: Organización de la Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas
ORPC: Organización Revolucionaria Punto Crítico
PSE: Pacto de Solidaridad Económica
PCCh: Partido Comunista Chileno
PCI: Partido Comunista Italiano
PCM: Partido Comunista Mexicano
PCP-SL: Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (Perú)
PCV: Partido Comunista Venezolano
PRD: Partido de la Revolución Democrática
PRS: Partido de la Revolución Socialista
PT: Partido de los Trabajadores (Brasil)
PTZ: Partido de los Trabajadores Zapatistas
PFCRN: Partido del Frente Cardenista de Renovación Nacional
PPM: Partido del Pueblo Mexicano
PMT: Partido Mexicano de los Trabajadores
PMS: Partido Mexicano Socialista
POCM: Partido Obrero Campesino Mexicano
PPR: Partido Popular Revolucionario
PPS: Partido Popular Socialista
PRT: Partido Revolucionario de los Trabajadores
PRI: Partido Revolucionario Institucional
PSCh: Partido Socialista de Chile
PST: Partido Socialista de los Trabajadores
PSR: Partido Socialista Revolucionario
PSUM: Partido Socialista Unificado Mexicano,
SME: Sindicato Mexicano de Electricistas
SNTE: Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación
SUTERM: Sindicato Único de los Trabajadores Electricistas de la República Mexicana
SUTIN: Sindicato Unitario de los Trabajadores de la Industria Nuclear
UP: Unidad Popular
UIC: Unión de la Izquierda Comunista
UNIR: Unión Nacional de la Izquierda Revolucionaria
UPNT: Unión Popular Nueva Tenochtitlan
UPREZ: Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata
URNG: Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca